KAROLAYN PINEDA

LIBRO #2 DE LA SAGA NO DIGAS NADA



NO DIGAS NADA Y Ámame

¿VALDRÁ LA PENA UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD?

NO DIGAS NADA Y Ámame

Karolayn Pineda

©NO DIGAS NADA Y ÁMAME
©KAROLAYN PINEDA
©PRIMERA EDICIÓN: 2022
Trujillo – Venezuela

Facebook: Karola Escritos
Instagram: @karolaescritos

Diseño de portada: Karolayn Pineda – Daniel Araujo

Registro:
ISBN: 9798847068567.
Safe Creative: 2006144414121.
Sello: Publicación independiente.

©Todos los derechos reservados
Prohibida la reproducción o distribución total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la autora. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

DEDICATORIA

Para mis padres, familia y amigos que fueron mi gran apoyo mientras escribía este libro.
Para Lola y Roger, que gracias a ellos descubrí que tenía un talento y, ese era escribir.
Para cada lector virtual que leyó este libro desde su inicio.
Para ustedes.

TABLA DE CONTENIDO

DEDICATORIA
SINOPSIS
EPÍGRAFE
CAPÍTULO I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII

Capítulo final
EPÍLOGO
ESCENA EXTRA
AGRADECIMIENTOS
TERCER LIBRO
AUTORA

SINOPSIS

Roger Butler y Lola Walts pactaron un acuerdo luego de una noche de pasión; con el tiempo se fueron enamorando, pero la mentira y el engaño siempre estuvieron de por medio sin que Lola se diera cuenta.

Ahora, ella lleva consigo el fruto de ese amor que creyó que tenía con su apuesto jefe. Un amor que duró poco, porque luego conoció la mentira que él había estado ocultando.

¿Qué debe hacer Roger para poder conquistar de nuevo a Lola? ¿Podrá amarlo o nunca dejó de hacerlo?

Envuélvete en su historia, donde todo comenzó con el disfrute de una noche hasta que conocieron el amor. No todo está perdido, aún falta historia por contar y por amar. ¿Valdrá la pena una segunda oportunidad?

Libro #2 de la Saga No digas nada.

EPÍGRAFE

Éramos dos personas que no se hallaban,
pero se complementaban.
La simpleza de los dos, yacía en cada corazón.
Buscábamos maravillas, pero encontramos espinas.
Cada una perforaba nuestras almas.
Mentira tras mentira, dolor por dolor.
Éramos una pareja que se comenzaba a querer,
hasta que llegó el momento de dejarlo ir.
No podíamos seguir de esa manera.
Torturando la presencia del otro, por la mera pasión.
Quizás, en otra vida, nos volvamos a encontrar.
Tal vez, nuestro único turno era este.
Y el tren dejamos pasar.
No supimos disfrutar del camino.
Debo admitir, que fuiste algo bueno,
aunque me causaste dolor.
En algún momento, fue mejor, pero eso terminó.
Agradezco por las primeras veces que compartimos tú y yo.
Por haber sido el primer amor que mi corazón llenó.
Ahora debo decir adiós,
quedando un recuerdo, nuestro fruto de amor.
Lo que un día fue un buen amor, porque en algún momento,
así se sintió.

CAPÍTULO I
Lola

Si me dijeran que iba a estar embarazada casi a los veinticinco años, que dejaría de trabajar en un sótano y que el padre de mi hijo o hija sería mi jefe, además que Leslie estaría viviendo conmigo y que me enamoraría de alguien comprometido que me dejó con un corazón roto, no les hubiese creído.

Esta semana no ha sido fácil, luego de haber leído el *positivo* en esa prueba de embarazo, mi vida cambió. No sé si para bien o para mal, pero ya después de unos días, estoy decidida que le daré la mejor vida a este bebé, a mi hermana y a mí. Me duele demasiado saber que Roger no estará conmigo; que mi bebé no sabe aún si su padre lo querrá, lo aceptará, pero lo que tiene que estar seguro es que yo lo amaré para toda la vida.

Recuerdo su cara, sus ojos transmitían tristeza, pero no podía caer de nuevo, no ahora que debo ser fuerte por el bebé que crece dentro de mí. Roger me rogó que lo perdonara, me dijo que me amaba y yo simplemente le dije que no.

—Te lo dije, muchas palabras, pocas acciones —musito.

—Esta vez será diferente, lucharé por ti, Rubia hermosa. —Sus palabras me dañan, por más que quiera, no voy a dar el brazo a torcer. Ya no.

—Adiós, Roger —digo con firmeza.

—Lola, espera… —me llama casi en un susurro.

Me volteo y camino rápido hacia la salida, sigo hasta la puerta sin mirar atrás.

Recordar el momento en que dejé de verlo y caminé hasta el auto donde me esperaba Raymond, me dolió. Mi corazón se redujo a nada, llegué al auto llorando a mares, Ray solo me abrazó y me dijo que las cosas mejorarían. Yo negaba con mi cabeza, todo había cambiado, y lo que más me duele es que lo amo, pero no creo en

sus palabras, después de tantas mentiras, no sé cuándo dice la verdad.

Me llevo mi mano derecha hacia mi vientre, allí está creciendo una ilusión muy grande, no esperé ser madre tan joven, quería estar estable para cuando llegara este momento, tener a alguien que me amara, y fuéramos felices. Pero si así van a suceder las cosas, lo voy a aceptar.

Me veo en el espejo de mi habitación, estoy en solo ropa interior, debo ir a la oficina, pero antes de vestirme quise apreciar el pequeño bulto que hay en mi vientre. Sé que está muy pequeñito, que ni siquiera se mueve como para sentirlo, pero me ha dado guerra este último mes, los vómitos y los mareos no han cesado. El médico me dijo que para el cuarto mes podrían quitarse del todo. Ahora duermo más, porque siempre me siento cansada.

El primer eco del bebé fue el viernes pasado, antes de ver a Roger, Raymond me buscó antes del almuerzo, luego me dejó en la empresa y me buscó de nuevo al salir.

En la mañana estaba muy nerviosa. Después de que Raymond y yo viéramos el resultado fue un caos entre lágrimas, abrazos y felicidad por parte de él, porque sería tío. Un médico me atendió en urgencias, me recetó un tratamiento para las náuseas y vómitos, suplementos vitamínicos y me refirió a un ginecólogo obstetra. La consulta fue el viernes, Raymond me acompañó, pero no quise que entrara a la consulta conmigo, me disculpé mucho con él, pero esto lo iba a enfrentar sola, aunque sé que en el fondo solo quería que fuera Roger el que estuviese conmigo en ese momento.

Estamos esperando que la asistente del médico me llame para poder entrar, mi turno es el siguiente. Mis manos tiemblan, muerdo mis labios y mi pierna derecha no deja de moverse inquietamente. Siento como la mano de Raymond se posa en ella.

—Tranquila, todo estará bien. —Me soba la rodilla con su mano, miro en su dirección y él me está sonriendo.

—Gracias por estar aquí, Ray. Lo aprecio mucho, eres un gran amigo —digo, colocando mi mano sobre la suya, le doy un pequeño apretón.

—Sabes que te quiero, Lola —confiesa, yo abro mis ojos de impresión—. Eres una buena amiga, eres la segunda en serlo conmigo en esta vida, y quiero apoyarte en estos momentos.

Su segunda amiga, me quedo con la curiosidad.

—Gracias, Ray. También te quiero, eres increíble. —Beso su mejilla y escucho como dicen mi nombre.

Es mi turno.

Veo como Ray se levanta conmigo, pero lo detengo.

—Iré sola. —Él se sorprende, luego arruga su entrecejo—. Quiero ir sola, este es un momento… que quiero enfrentarlo por mí misma.

—Entiendo por qué lo haces —dice asintiendo y tomando mi mano derecha—. No soy él, este debería ser un momento para ustedes.

—Pero él no está, seré solo yo con mi bebé —digo segura, frunciendo el ceño.

Raymond suspira, vuelven a anunciar mi nombre, suelto su mano.

—Gracias por estar, pero este es un momento para nosotros dos, para mi bebé y para mí. —Mis propias palabras atraviesan mi pecho como una daga, es cierto que esto será solo nosotros dos, pero no negaré que me duele el hecho de saber que Roger no está aquí conmigo. Me duele.

Entro a la habitación, el médico me espera, alza su vista y me sonríe. Me da la bienvenida, hace el protocolo de conocerme, le entrego los análisis de sangre con el resultado de la prueba de embarazo, así como otros que tuve que hacerme porque el médico que me atendió la vez pasada me los indicó.

—Lola, ¿Es tu primera gesta? —cuestiona.

Asiento, no contesto.

—Pasa al baño y te colocas la bata azul, te haremos un ultrasonido transvaginal porque es muy pequeño aún.

Hago lo que me indica, llego a la cama y me acuesto esperando. Le informo que mi última menstruación fue hace dos meses, fui tan despistada que pasé por alto el hecho de que no me llegaba, pensé que solo era un retraso normal por no tener una menstruación

regular. El médico comienza a introducir el instrumento, tomo una bocanada de aire, muerdo la parte trasera de mis labios.

—Allí está —musita el doctor, cierro mis ojos y al abrirlos de nuevo, volteo hacia la pantalla, puedo ver una mancha negra en el centro. Mi corazón late muy deprisa—. Esta pequeña mancha negra que puedes ver, es tu bebé, tienes 6 semanas.

Llevo mi mano a mi boca, emito un sollozo, ese es mi bebé, mi futuro hijo o hija, ¡Oh por Dios, es tan pequeñita esa mancha!

—Podemos escuchar su corazón, ¿está feliz, señorita Walts? —pregunta el médico sonriente.

Estoy muy feliz, a pesar de todo, esto es una bendición, es un hijo que amaré y lo cuidaré toda la vida. Es el fruto de un amor que en su momento se sintió así, de algo que quizás sí se sintió correcto. Lloro de felicidad por él, porque está conmigo, pero lloro de tristeza al mismo tiempo porque su papá no está aquí sosteniendo mi mano y conociéndole también.

Me estremezco en el momento en que un sonido de palpitaciones rápidas se escucha en la habitación, es su corazón. Mis latidos se unen al de él o ella, esto es impresionante.

—Es su corazón —murmuro en un susurro.

El médico asiente y sonríe.

—Lo es. Está creciendo bien, su entorno está en perfecto estado. Le indicaré suplementos vitamínicos, pruebas de laboratorio y una dieta balanceada.

Asiento sonriendo. Terminamos el chequeo, me siento en la cama, acomodo la bata y él me entrega una lámina de papel de fotografía, puedo ver que es la impresión del ultrasonido. Sonrío y le agradezco. Me dirijo al baño para vestirme, regreso con el médico, me da las indicaciones, me asigna una próxima cita para dentro de un mes, salgo de la habitación con una sonrisa en mi rostro. Raymond se levanta y yo le abrazo.

— ¡Está bien! —Es lo único que le digo, él sonríe y me abraza de vuelta.

Volteo para buscar una falda corte alto de color salmón, mi blusa blanca con bolados en los extremos y unos tacones blancos bajos,

no sabía mucho de estar embarazada, pero no quiero caerme o algo, así que he decidido en no usar zapatos de tacón muy alto.

—Bueno, bebé, hoy vamos a trabajar. Un nuevo lunes, una nueva semana, espero no encontrarme con tu papá… no puedo. —Empecé a hablarle al bebé desde que lo vi en el ultrasonido. Aun no le he dicho a Leslie, esta noche lo haré después de la cena, no sé cómo vaya a reaccionar. En cuanto a *su* papá, sé que en algún momento debo decirle, pero no me siento preparada. Todo es tan reciente.

Me visto, desayuno un emparedado de queso con jugo de naranja, aunque las náuseas matutinas estén presentes cada mañana, intento de engullir algo antes de salir de casa. Me lamento cuando estoy corriendo al baño para vomitar.

Bebé, sé buena o bueno con mami.

Expulso el emparedado que me había comido, qué lástima, estaba delicioso. Me lavo, me cepillo los dientes y vuelvo por un poco de jugo, tomo las vitaminas y salgo de casa. A media mañana debo salir a comprar una ensalada de fruta, lo que recomendó el médico en su dieta, debo comer cosas saludables, no más bollos de chocolate tan seguido.



Llego a la empresa, todo está de la misma manera que siempre, el vigilante de la entrada me mira, pero lo ignoro, sé que él estaba en el momento en que Roger y yo hablamos en recepción. Saludo a Rose y subo a mi oficina, el ambiente dentro es tenso aún, Laura y yo no nos hablamos y es algo incómodo. Estoy molesta con ella, y ella tampoco se disculpa, solo me ignora. Trato de no necesitarla para los balances, pero algunas veces cuando estoy trabajando en uno, y necesito un dato importante, le hablo y ella responde robóticamente. Estamos en la era del hielo.

Veo como alguien toca la puerta de la oficina y entra. Visualizo como Dewon Donovan va vestido con una camisa mangas largas, veo su rostro y tiene ese molesto bigote. Frunzo el ceño al verlo, después de nuestra conversación hace un mes, no hemos entablado conversa alguna.

—Buenos días, señoritas —saluda yendo al ventanal que da con la vista de la ciudad.

—Buen día, Donovan —contesto—. ¿A qué se debe tu visita?

Me acomodo en mi silla giratoria entrelazando mis brazos frente a mi pecho. El pelinegro se voltea.

—Vengo a informarles que las presentaciones semanales que ustedes estaban haciendo se cancelan. Volveré a ser yo, quien las realice cada semana —dice con una sonrisa arrogante, con el pecho inflado y con las manos en ambos bolsillos de su pantalón. ¡Lo detesto!

—¿Qué? ¿Por qué? —inquiere Laura. La miro de reojo y ella tiene su ceño fruncido hacia mí, me lanza dagas por los ojos.

La ignoro, lamo mis labios y observo a Donovan.

—Orden de presidencia —responde caminando hacia la puerta—. Eso es todo, espero tener el balance de la semana para el jueves, la presentación es el viernes. Tengan buen día.

Sale de la oficina con su arrogancia y ego por las nubes. Caerá de su nube en cualquier momento.

—Es tu culpa —reclama Laura hacia mí—. Tienes problemas con el jefe y debemos pagar todos.

Frunzo el ceño, la miro sin ánimos.

—Le dije que yo no haría la presentación, no sé por qué a ti también te metieron en ese paquete —contesto.

—Obviamente porque si una asistente no puede hacerlo, se vería raro que la otra sí. Gracias Lola, por arruinar esto. Lo estábamos haciendo bien, pero ¡Claro, como la favorita del jefe no va a presentar, no presenta nadie!

Alza su voz, me enfurece su comportamiento.

—Mira, Laura. No sé qué pasa en tu vida, pero me tienes cansada de tus desplantes, de tus comentarios sarcásticos, de que me ignores. No voy a soportar más insinuaciones de tu parte, me cansé, mi vida está hecha un lío como para agregar también el tuyo. Cálmate o busca un hombre que te quite toda esta ira y estupidez que tienes últimamente. —Me levanto de mi silla, tomo mi teléfono y monedero, camino hasta la puerta—. Cuando vuelvas en sí, a ser una buena compañera y amiga, espero que no sea muy tarde.

Digo esto y camino directo al elevador, estoy molesta, ella no puede estar insinuando cosas sin saber. Odio cuando la gente hace eso, me enoja mucho, porque me conoce de años y viene con estos comentarios mediocres. No voy a soportar más desplantes de nadie.

Muevo mi pie en desesperación esperando que el ascensor llegue a mi planta. Reviso mi teléfono, pero no tengo ninguna notificación ni mensaje. Alzo mi vista al ver que el ascensor se abre. No pudo haber estado solo.

Ahí está la persona a la que menos quería ver hoy.

Roger me mira cautelosamente, frunzo mi ceño, suspiro y entro. No emito ninguna palabra, ningún saludo, nada. Lo ignoro completamente.

La tensión se puede cortar con un cuchillo, siento su mirada en mí, yo solo observo los números pequeños que indican en qué piso estamos.

—Lola... —susurra llamándome.

Debo de dejar de mover mi pie, me siento inquieta.

Bebé, esa es la voz de tu papá.

Se me forma el nudo en la garganta al pensar en mi pequeño bebé en mi vientre, tenerlo a él y a Roger cerca, es demasiado.

No le contesto.

Llegamos a planta baja, se abren las compuertas del elevador y salgo, ignorando a Roger de una manera monumental. Camino hasta la salida de la empresa, para ir a comprar mi ensalada de frutas.

¿Lo escuchaste, bebé? Es tu papá, pero no sabe que existes. Pero en algún momento debo decirle.



De vuelta a la oficina, son las once de la mañana, Laura no está aquí, así que me tranquilizo. En mi camino a la tienda, pensé en que enojarme o discutir podría hacerle daño al bebé. Necesito comprar libros para saber qué es bueno o no en un embarazo. Quiero que todo vaya bien.

Mi teléfono suena, lo busco en mi escritorio, lo tomo y veo la pantalla. Una foto de un Raymond enviándome un beso se visualiza, me rio. Atiendo la llamada.

—¡Hermosa, Lola! —saluda un Raymond sonriente.

Sonrío también.

—Ray, ¿cómo estás? —pregunto.

—Estoy bien, en mi oficina... Debo hablar contigo —dice de pronto de manera seria. Es algo malo, porque es muy raro que él hable así.

—¿Qué ocurre?

—No sé si esté bien esto, pero Marie quiere hablar contigo —comenta rápidamente.

Me quedó en silencio.

¿Ella se ha enterado de lo nuestro? ¿Para qué quiere hablar conmigo?

—Lola.

—Eh... no sé qué decir, quiero que me trague la tierra —digo, llevando una de mis manos a mi rostro, mientras mi codo se apoya en la mesa—. Qué vergüenza, Ray.

—Tranquila, Lola. Ella no es una mala persona, ella... quiere conocerte, hablar contigo. Fue un momento demasiado incómodo cuando me preguntó por ti. Pero me contó que Roger habló con ella.

Me quedo petrificada con sus palabras. Él habló con ella... Le comentó lo de nosotros. ¡Oh por Dios!

Lucharé por ti, Lola. Sus palabras retumban en mi cabeza, él de verdad habló con su novia sobre mí. ¿Ahora qué? ¿Para qué ella quiere hablar conmigo? Se me cae la cara de la vergüenza.

Una parte de mí quiere solo ignorar todo, olvidar lo que pasó, pero otra parte de mí tiene duda, tiene curiosidad. ¿Por qué la prometida de Roger quiere hablar conmigo? Siento mucha pena por ella, saber que está pasando por una enfermedad incurable y que tiene que lidiar con la amante de su prometido... no es fácil.

Trago saliva. Escucho como Raymond me llama al otro lado de la línea.

—Está bien, ¿dónde debo verla? —respondo, con una seguridad que no sé de dónde salió, pero quiero saber de qué quiere hablar

conmigo. Quiero tomar esto como un cierre para mi vida amorosa con Roger, quiero disculparme con ella, que a pesar de engañarla inconscientemente, lo lamento.

Es verdad, lo lamento muchísimo, a pesar de no saber de ella, siento que le debo una disculpa.

Capítulo II
Lola

Leslie está colocando los platos en la mesa de la sala de estar, la caja de pizza está a un lado junto con las gaseosas. Ella sonríe y me indica que está todo listo. Quizás sea cierto eso de los antojos porque desde la tarde quería comer pizza, así que le pregunté a Leslie si quería comer eso de cena y ella dijo rápidamente sí. Los jóvenes y su emoción por la pizza.

—Lola, este yeso es una molestia.

Hago una mueca, debe de serlo y solo lleva con el yeso una semana.

—Lo es, pequeña. Pero diles a tus amigas que te hagan dibujos en él, ¿no te gusta? —pregunto. Me acerco a la pizza y tomo un trozo, luego lo coloco en mi plato.

Leslie y yo nos sentamos en el mueble.

—No, se vería feo con tantos rayones.

Me rio.

—Ay, Leslie.

Como mi pedazo de pizza, Leslie hace lo mismo. El televisor está encendido en un programa de farándula pedido por ella, últimamente le ha gustado un chico rubio canadiense que canta pop, es un chico realmente lindo. Tiene varios días escuchando su música, ahora mismo hablan sobre él.

—El joven canadiense está flechado por una modelo unos años menor que él, se dice que están saliendo en secreto. ¿Qué pensarán las fans de esta nueva pareja del mundo de la farándula? Déjanos tu comentario por nuestra etiqueta #SensacionalTv.

—No creo que estén saliendo —comenta Leslie limpiándose con una servilleta la comisura de su boca.

—¿Por qué lo dices? —pregunto.

—Ellos han salido solo dos veces y ha sido con amigos, en ese mundo siempre quieren emparejar a las personas.

—Uhmm... —Miro mi plato pensando en cómo decirle a Leslie que estoy embarazada. Tomo otra rebanada de pizza de la caja—. Les...

—Dime, Lola. —Deja de ver el televisor y voltea a mirarme.

—Ehm... Debo decirte algo que no sé si te vaya a molestar.

Ella me mira con curiosidad en su rostro.

Pasan algunos segundos y ella alza sus cejas incentivándome a hablar.

Llevo mis manos a mi rostro, cubriéndolo mientras digo—: Estoy embarazada, Leslie.

Ella y yo nos quedamos en silencio, destapo un poco mis ojos para ver su expresión, está con los ojos abiertos de sorpresa y su boca emite una pequeña "o".

—Vale, seré tía joven —exclama sonriendo.

Oh, mi niña grande.

—¿No estás molesta? —pregunto.

Ella niega con su cabeza.

—No, Lola. Como te dije hace unos días: No te juzgo, tú eres fuerte.

Mis ojos se humedecen rápidamente. Ella es simplemente muy madura para su edad.

—Gracias por comprenderme y aceptar esto conmigo. Va a ser muy difícil.

—Tú puedes con eso, Lola. No llores.

Ella se acerca y me abraza. No me había dado cuenta que tenía lágrimas deslizándose por mis mejillas. Utilizo una de mis manos para limpiarme el rostro.

—Eres la mejor, te amo mucho, hermana.

Leslie ríe.

—Yo te amo más. Lo harás excelente, serás una gran madre.

Trato de deshacer el nudo en mi garganta, pero me es imposible.

Me separo de ella, le sonrío y ella me devuelve la sonrisa. Luego arruga su frente.

—¿Qué pasa con Roger? —inquiere comiendo de nuevo su pedazo de pizza—. Yo creo que él sí te quiere, Lola.

Trago saliva.

—Él no lo sabe aún, sé que debo contarle pronto porque será evidente la panzota en algunos meses. —Inconscientemente llevo mi mano hacia mi vientre, se está volviendo un poco común, aunque sigo pensando que es un poco extraño—. Pero las veces que me lo consigo o lo veo, siento un dolor en mi pecho, me duele verlo y saber que me engañó... es difícil.

—Debes decirle, hermana. No se vaya a enterar por otros y sea peor el momento.

Asiento, ella tiene razón. Si Roger se entera de mi embarazo por otros y no por mí, se volverá loco.

—¿Qué haremos en tu cumpleaños? Es dentro de dos semanas —inquiero, tratando de cambiar de tema.

Leslie sonríe abiertamente.

—Ese día quiero ir al cine con mis amigos y luego si puedes, me haces un pastel aquí en casa y cantamos cumpleaños.

—Me parece buena idea, debes celebrar tus trece años, estás creciendo muy rápido, Les.

Ríe.

—Eso creo —hace una mueca con sus labios.



Al terminar de comernos la pizza, acomodamos el desorden y vimos una película en la televisión, Leslie comentó cada parte que le parecía absurda, pero a mí me gustaban, era como que ella era la hermana mayor y luego estaba yo. No sé si son las hormonas que me tienen asustadiza y melancólica, pero cuando el hombre con máscara y una sierra persigue a las personas y matan al personaje que me estaba cayendo bien, comienzo a llorar porque no era justo. Leslie se rio mucho de mis escenas, yo en medio de lágrimas también reía.

A la media hora estaba en el baño vomitando la pizza, con eso pude confirmar que sí era un antojo o simplemente mi estómago no soportó tanta grasa. Leslie con la ayuda de su brazo disponible me pasa una botella de agua fría para beber y dejar que se alivie el

ardor de mi garganta. No sé cuánto tiempo durarán los vómitos, pero necesito que se acaben lo más pronto posible.

Estoy acostada en la cama con la pijama puesta, lista para dormir, reviso un momento el teléfono, abro la galería de fotos y allí están, todas las fotos que tomé en California, la presión en el pecho aparece de nuevo, siempre vuelve cuando pienso en Roger.

Abro la imagen donde Roger está mirándome de vuelta, cuando estuvimos en la playa. Se veía muy apuesto, con una sonrisa de felicidad, sus ojos estaban brillosos y sus mejillas sonrojadas por el alcohol. Sin darme cuenta estoy sonriendo como estúpida. Paso mi dedo pulgar por encima de su rostro y pienso en qué estará haciendo en estos momentos.

Más temprano cuando me lo encontré en la empresa fue incómodo, mi cuerpo ansiaba abrazarle y mi corazón unirse con el suyo, pero dejé de pensar con mis emociones, no volveré a caer por él. En su momento le contaré sobre el bebé, pero de tener una relación con él, no lo creo. No cuando ella está mal y lo necesita.

Pienso en lo que me dijo Raymond, Marie quiere hablar conmigo. Aún no puedo creerme el hecho de que Roger haya hablado con ella. No sé cómo sentirme, porque pensé que no lo haría, él divagó tanto cuando lo vi borracho en la empresa, la semana pasada, pero sus palabras fueron tan prometedoras.

—No sé qué haré contigo, Roger —le digo a la foto en el teléfono —. Estás ahí todo sonriente, siendo feliz conmigo... y ahora somos dos extraños, porque nunca te conocí realmente. Todo es tu culpa.

Las lágrimas aparecen y quieren derramarse por mis mejillas, dije que no lloraría más por él, pero las hormonas hacen todo lo contrario.

—Solo tenías que haber sido sincero —menciono con voz quebrada—. Simplemente debiste decir la verdad.

Me salgo de la galería de fotos y bloqueo el teléfono, no quiero sufrir más por él.

Joder, lo quiero demasiado, no lo puedo negar.

Suspiro.

Me volteo hacia un lado en la cama e intento dormir con el corazón arrugado de tristeza y anhelo por el único hombre del que

me he enamorado.



Es viernes, Leslie tiene una presentación artística en la escuela, todos los estudiantes de su grado presentarán obras que hicieron en la clase de arte hace unos meses atrás, me parece una buena iniciativa por parte de la cátedra de arte.

Voy camino a tomar un taxi, invité a Raymond, pero él me dijo que me iría a visitar a la casa en la noche, se suponía que me vería con Marie hoy, pero nuestro encuentro fue pospuesto porque ella no se sentía bien, lo comprendí y le dije a Ray que me avisara el día y la hora.

En lo que transcurrió la semana no volví a ver a Roger, la presentación del balance de la semana lo presentó Donovan esta mañana. El ambiente en la oficina es tenso, ninguna de las dos hablamos, ni los buenos días nos damos, yo me cansé de rogarle atención y simplemente paré en saludarla.

Saco la mano para hacerle señas a un taxi, pero este no se detiene. Siento que me observan, así que veo hacia todos lados, pero no veo nada sospechoso. Una pareja hablando unos metros lejos en donde estoy, peatones cruzando la calle y transeúntes caminando sin detenerse. Como dije antes, quizás solo sean las hormonas que me tienen paranoica.

Intento con otro taxi, este sí se detiene. Le indico la dirección de la escuela de Leslie y nos dirigimos hacia allá.

La exposición de arte estuvo maravillosa, los compañeros de Leslie estuvieron excelentes, alguno que otro no tiene habilidad para ello, pero la mayoría me gustaron. Recuerdo el cuadro de Leslie y sonrío. Realmente era bueno, era una pintura que abarcaba una manzana en el centro de una mesa, pero a los alrededores tenía colores abstractos que la hacían ver única, era diferente a todas las otras pinturas. Me sentí muy orgullosa de ella cuando vi su cuadro.

Algunos representantes me preguntaron por Cecilia y George, les dije que ya no estarían presentes en las próximas reuniones porque

ahora yo soy la representante de Leslie. Sin tantos detalles. Las personas solo murmuraron y luego sonreían tan falsamente.

Ahora vamos camino a casa, me siento muy cansada, siento que el embarazo será un poco tormentoso con todos estos síntomas, y apenas solo tengo siete semanas. Leslie viene comentando sobre la pintura de una de sus amigas que sufrió mucho en hacerla porque se frustraba en buscar el concepto ideal.

—Ella lloraba en clases, me hacía sentir mal.

—Compréndela, ella quería tener un buen concepto y hacerlo bien.

—Sí, lo sé.

Llegamos a mi piso y veo a un hombre esperando apoyado en la puerta, me tenso, pero él voltea y es Raymond vestido casual, pero con un hematoma en el ojo. Camino rápidamente hacia él.

—¿Qué te ocurrió? —le pregunto, llevando mi mano hacia su mejilla. Él voltea la cara a un lado.

—Hablé con mi hermano y esto sucedió —masculla—. Le dije que me importabas, él se lo tomó mal y me golpeó.

—Que imbécil —respondo enojada—. Mira cómo te dejó la cara.

—Él quedó igual, me lo debía por ti y por Marie.

Tenso mi mandíbula cuando él los relaciona.

—No debiste golpearlo.

—Tienes que decirle la verdad, Lola. No lo engañes como él lo hizo contigo. A pesar de los golpes vi que le importas, y realmente quiere luchar por ti.

Bajo mi cabeza, de nuevo ese dolor en el pecho cuando hablamos sobre Roger.

—No, Ray...

—Dile o le diré yo.

—¡No! Todavía no.

—Dile, Lola —dice Leslie, tomando con su mano mi brazo.

—Está bien, pero una semana más.

Una semana más para prepararme mentalmente y hablar con él. No será fácil y tampoco sé cuál será su reacción. Tengo miedo que rechace a mi bebé.

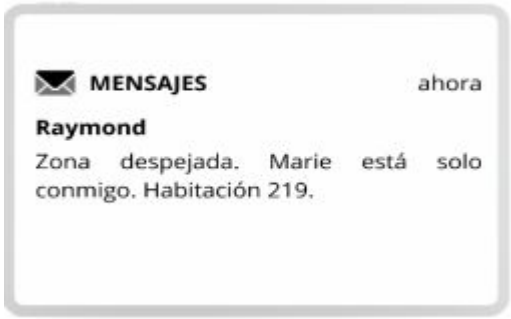
Capítulo III
Lola

Esta semana también me he negado en ver a Roger y contarle la verdad, no estoy preparada para enfrentarlo y decirle la noticia del año o de la vida. Raymond está un poco molesto conmigo porque me dio una semana más para decirle, y llevo dos semanas ignorando el tema. Leslie está pensando en hacer huelga de hambre para que yo pueda dar ese paso hacia Roger. Su cumpleaños es mañana y está muy emocionada.

Tengo nueve semanas de embarazo, estoy entrando al tercer mes, pronto será la consulta correspondiente del mes con el obstetra y quiero tanto que Roger esté, pero no puedo hacerlo, no todavía. No sin antes hablar con Marie.

Raymond me dijo que nuestro encuentro sería hoy en el hospital donde se encuentra hospitalizada desde hace semanas, me contó que está delicada de salud, pero que necesitaba hablar conmigo hoy, no otro día. Así que aquí estoy, en la entrada del hospital de Seattle con los nervios a flor de piel, con mis manos temblorosas y con hambre porque no pude comer bien en el almuerzo a causa de los nervios y la preocupación en lo que dirá Marie.

Mi teléfono suena, como lo llevo en la mano puedo ver el mensaje que ha llegado. Es Raymond.



Respiro hondo y me dirijo a donde me indicó.

Vine a escucharla y a disculparme con ella. Raymond me ha contado que ella es una buena persona, ha sido la mejor amiga de Roger desde la secundaria. Eso me hace tener un poco de celos, pero me da curiosidad del por qué no se enamoró de ella en tanto tiempo.

Llego a la habitación que me indicó mi amigo, respiro hondo de nuevo, agarrando fuerzas para enfrentarme a esto. Acomodo mi vestido un poco holgado de color lila, he estado usándolos últimamente, un pequeño bulto se nota en la parte baja de mi abdomen, pero cualquiera pensaría que he engordado. Leslie y Raymond dicen que aún no tengo cara de embarazada. Así que no creo que Marie sospeche.

Toco la puerta dos veces, muerdo mis labios con nerviosismo. Espero unos segundos y veo como el menor de los hermanos Butler abre la puerta y esboza una sonrisa para mí.

—Hola, hermosa Lola —murmura, saludándome—. Ella te espera, está en el baño en estos momentos. Espero que se entiendan y puedan hablar correctamente. Ella me importa mucho, Lola... es una persona importante para mí también.

Me sorprendo ante sus palabras, pero le doy un asentimiento y ladeo una pequeña sonrisa. Él se despide y sale de la habitación dejándonos a Marie y a mí en ella con muchas cosas por contar.

La puerta del baño se abre y una Marie vestida en pijama de color verde claro sale de él, lleva consigo el colgador de su suero intravenoso, como la primera vez que la vi. Su cabello sigue corto, es de color negro y está muy bien arreglado para estar hospitalizada. También noto que está un poco maquillada.

Ella se da cuenta de mi presencia y esboza una sonrisa con sus labios cerrados.

—Hola —mascullo.

—Pasa, bienvenida. Estaba esperando por ti —dice con una voz aguda casi en susurro.

Ella se ve un poco pálida, sus labios están agrietados, a pesar de que lleve maquillaje. No se ve como la chica de hace algunas semanas atrás.

Le doy una sonrisa ladeada, aunque creo que fue un poco más como una mueca.

—Raymond me dijo que podía entrar.

Veo como ella se acuesta lentamente en su cama, emitiendo algunos sonidos de molestia. Al estar completamente acostada, ella me observa y asiente. Yo me acerco un poco hacia donde está para que no se esfuerce alzando su voz.

—Sí, le dije que necesitaba hablar contigo antes que...

No dice más nada, pero sé a qué se refiere y siento pena por ella.

—Ray dijo que hablaste con Roger. —Directo al grado, bien Lola, qué sutil eres.

—Él me habló sobre ti —comienza a contar—. Yo ya sabía quién eras tú antes de conocernos en el hospital.

Mis ojos se abren por la sorpresa de sus palabras. Me quedo en silencio esperando que siga hablando. Mis manos se sienten sudorosas. Mi corazón está latiendo rápido desde que entré a la habitación.

—Roro... que diga Roger, me habló sobre su viaje a California y me contó que una de las asistentes de contabilidad iría. Me sorprendí porque él no me comenta sobre su trabajo y comenzó a hablar maravillas de ti —traga saliva y se lame los labios—. Desde hace meses noté un cambio en él, se veía feliz, más jovial y siempre revisaba su teléfono. Una vez, lo vi sonriendo viendo su teléfono.

Hace una pausa, creo que hasta hablar demás la hace que se canse.

—Si te sientes mal, puedo venir en otro momento —digo rápidamente mientras me volteo hacia la puerta. Siento su mano fría en mi brazo.

—No, no te vayas. Yo puedo... hablar.

Asiento.

—Solo vine a dar la cara, yo no sabía de tu existencia. Roger... solo jugó conmigo. Me siento muy mal por ser parte de su mentira. Yo no quería hacerte daño.

—Tranquila, Lola —hace una pausa, respira hondo—. Sabes, yo entiendo a Roger.

Frunzo mi ceño, extrañada por lo que está diciendo.

—¿Cómo puedes entenderle si te engañó también? —pregunto un poco molesta.

Suspira.

—Él lo intentó... pero… n-no logró enamorarse de mí —susurra, sus ojos se humedecen—. Se enamoró de ti, Lola. Roger sí está enamorado de ti.

Niego con la cabeza. Esto es absurdo.

—¿Tú lo perdonaste?

Asiente.

—Estuvo mal que aun estando conmigo estuviera contigo, se ve mal y se siente mal también. No te niego que me enojé en el momento en que uní todas las piezas. Pero entiendo que a veces él es un idiota que no sabe hacer las cosas.

—Esto es una locura, eres demasiado buena, Marie. —Sacudo la cabeza en negación.

—Lola, no puedo negarme a perdonarlo, mírame —hace señas a su cuerpo—. Me estoy muriendo. Necesito estar bien con él para poder vivir en lo poco que me queda, él es todo para mí, Lola.

Trago saliva, miro mis manos para que no vea que sus palabras me afectan. Él también es todo para mí.

—No digas eso... —susurro.

—Es la verdad. Roger merece ser feliz, lamento no haberle hecho feliz y que no se hubiese enamorado de mí —ríe a secas—. Siempre he sido yo quién lo ha amado toda la vida. Él me ama, pero como su amiga, su hermana. Él intentó enamorarse, pero falló y luego quiso hacerme feliz pidiéndome matrimonio —voltea su vista hacia un lado, deja de mirarme—. Yo pensé que, si nos casábamos, él podría amarme de la misma manera... pero no fue así.

Sus ojos se posan de nuevo en mí.

—Él encontró a alguien más, se enamoró de alguien más y esa persona eres tú, Lola Walts —continúa diciendo.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. Me quedo mirándola por unos minutos. Sus mejillas están sonrojadas y emite un sollozo.

—Yo... quiero que él sea feliz, y sé que él es feliz contigo —dice con lágrimas rodando por sus mejillas. Trago saliva, mis ojos se

humedecen también—. Voy a morir, Lola... estoy agradecida porque él siempre estuvo para mí. Pero es hora de aceptar que ya no se pudo ni se podrá.

Su voz suena quebrada, eso hace que se me forme un nudo en la garganta.

Saber cómo ella se siente, escuchar su confesión me hace sentir muy confundida. ¿Cómo ella puede ser tan buena? ¿Cómo pudo solo perdonarle así tan fácil? No entiendo. Yo no podría hacerlo. No se supone que las prometidas sean personas agradables que quieran lo mejor para su pareja o que perdone a la amante de su prometido, de su novio. Esto es irreal. Eso solo ocurre en las novelas de romance.

Por otro lado, pienso que ella se ve tan mal, que ella siente que va a morir; mi corazón se arruga por toda esta situación.

—¿No crees lo que te digo? —cuestiona Marie, con una ceja alzada.

—Una parte de mí te cree, pero la otra parte desconfía —respondo, toco mi mano con los dedos de la otra—. Todo este tiempo Roger me mintió, negó tantas veces que no estaba casado o comprometido.

Marie hace una mueca en su rostro, aunque finja, esto le afecta más de lo que lo demuestra.

—Me siento cansada, ya no me suministran tratamiento, solo analgésicos para algunos malestares —me informa suspirando y llevándose una mano hacia su cabeza—. Me duele un poco la cabeza.

—Debería de irme para que descanses.

—Solo quiero pedirte que me prometas que le escucharás sin prejuicios, sin juzgarle. Mi Roro, mi mejor amigo realmente te quiere, Lola. Te hablo como su mejor amiga, porque ya no soy su prometida.

¿Terminaron? No puedo disimular y abro mi boca en sorpresa.

Como si ella leyera mi mente, añade:

—Sí, hemos terminado para responder a tu asombro. —Se ríe—. Él nunca se mostró así con nadie, enamorado, sonriente. Solo has sido tú. Me duele reconocerlo, pero es la verdad.

—Yo...

—Sé que lo amas también, se nota mucho.

Mis mejillas se sonrojan.

—Eso está bien, es bonito quererse mutuamente. Déjalo entrar a tu vida nuevamente. Él lo hará bien esta vez, lo sé. Pero hazlo sufrir un poco —ríe de nuevo haciendo una mueca de molestia—. Date dignidad, estuvo mal que te mintiera.

La miro por unos segundos porque ella realmente nos perdonó, nos está dejando el camino libre para estar juntos. Además, apoya nuestra relación. No sé qué pensar. ¿No habrá algo mal detrás de esto? ¿Puedo confiar en ella? Mi cabeza está tan confundida. Me siento un poco mareada.

Quisiera contarle sobre el embarazo, pero no creo que sea prudente, no quiero hacerla sentir mal de nuevo.

—Haré lo que yo vea que sea mejor. Gracias por esto, por comprender. No esperé esta reacción de tu parte, pero acepto tus palabras.

—Conócelo realmente. Roger es el hombre más increíble de este planeta —confiesa, esbozando una sonrisa. En sus ojos se ve un brillo que lo identifico porque yo tengo el mismo cada vez que estoy con Roger.

Es amor.

Asiento, sonrío ladeadamente.

—Disculpa por si una vez te hice sentir mal.

—Dejemos eso en el pasado —me tiende su mano—. Somos adultas, podemos pasar la página y perdonar. ¿No crees?

Admiro a esta mujer. A pesar de todo, ella sigue siendo optimista, sin darle tanta importancia a este asunto. Se siente mal y aun así sonríe.

Sacudo mi cabeza.

—Si nos hubiésemos conocido en otras situaciones, hubiésemos sido amigas —confieso.

Ella ríe.

—Eso creo.

Unos segundos después, camino hasta la puerta. Me despido de ella, me sonríe y me desea éxito con Roger.

—Lola, por último, quiero que cuides de Raymond —murmura con su mirada fija en mi dirección—. Él... tiene un buen corazón, no dejes que nadie se lo lastime.

Me extraño por su pedido, algún día le preguntaré a Raymond que más hubo entre él y esta chica. Asiento y salgo de la habitación.

Quizás esta sea la última vez que la vea. Me entristece saber que una mujer así, con tanto brillo, se haya apagado tan pronto. Espero que pueda sentirse mejor, aunque digan que ya todo está perdido.

Al cerrar la puerta de la habitación, sin darme cuenta, una lágrima se resbala por mi mejilla, la limpio y veo detrás de mí. Me da mucho pesar por ella.

Raymond se acerca a donde estoy y me pregunta qué ocurre. Solo lo abrazo y él lo corresponde abriendo sus brazos hacia mí.

—Esto es tan difícil, ella ni siquiera me odia, Ray —sollozo en su hombro.

Siento como su mano sube y baja por mi espalda consolándome.

—Te lo dije, ella es increíble. Pero me parece muy raro que se lo haya tomado bien.

Me separo de él limpiándome las lágrimas derramadas.

—Ella me habló cómo la mejor amiga de Roger, me contó que ella ya sabía sobre mí antes de verme en el hospital —hago una mueca con mis labios y cierro los ojos.

—No te creo, ¿Cómo se enteró? —su rostro refleja sorpresa.

—Veía a Roger más feliz, viendo mucho su teléfono y le comentó maravillas de mí antes de irnos a California.

Raymond se pasa una mano por su rostro y me mira.

—Ese idiota no sabe hacer las cosas —dice negando.

—¡Oye! —le reprendo.

Ray alza una ceja y me mira con sus ojos entrecerrados. Me quedo callada porque lo defendí inconscientemente. Mi amigo se ríe y niega con la cabeza.

—Estás loquita por él.

—¿Te quedas o me llevas a comer? Muero de hambre, Ray.

—Tengo que acompañar a Marie hasta que su madre vuelva de su casa.

Suspiro.

—Está bien. No hay problema, me iré a mí casa a esperar a Leslie.

Raymond asiente con su cabeza.

—Te quería invitar para un evento que hay en una empresa socia de *Sunshine* el lunes próximo y no quiero ir solo. ¿Me acompañas? —emite una sonrisa de niño pidiendo que alguien le acompañe para una tienda de juguetes. Me rio por su expresión.

—Te ves muy necesitado, Raymond.

—Lo estoy, en ese evento irá una chica que está divina, pero me tiene un poco mareado. Es algo acosadora.

Me rio.

—Vale, iré contigo, pero debo comprar un vestido, no tengo muchos vestidos de noche y quizás no me vea muy bien con los viejos que tengo.

—¡Yo te lo regalo! —dice apresurado.

—Ese será tu regalo de la amistad.

—Estoy bien con eso —sonríe, mostrando sus dientes perfectos y sus ojos azulados se ven hermosos en estos momentos.

—Hablamos más tarde, gracias por estar aquí —digo, besando su mejilla y abrazándolo.

—No me agradezcas. Lo hago con todo el cariño, cuñada.

Le doy una mirada reprobatoria.

—Raymond, deja de llamarme así, ya te lo he dicho antes.

—Hermosa Lola, serás mi cuñada, yo lo sé.

Niego con mi cabeza.

—Adiós, te has vuelto pesado. Recuerda el cumpleaños de Leslie, es mañana.

Él asiente y yo camino hacia el ascensor del hospital.

—Lo serás, Lola. Nos vemos mañana —grita un poco sonriendo.

Meneo mi cabeza, pero le hago un guiño.

No lo creo, mi cabeza está muy confundida en estos momentos. Es demasiado para procesar.



El edificio donde vivo está cerca, el taxista me está hablando sobre el clima y mi mente solo piensa en las palabras de Marie.

«Él realmente te quiere».

Trago saliva, mi corazón se acelera de nuevo con cada frase que recuerdo. Todavía no puedo entender su reacción, eso no ocurre siempre.

Pienso que es porque lo quiere, porque primero fueron amigos antes de ser prometidos. Me duele saber el hecho de que ahora ella esté sufriendo esa ruptura, aunque me dejó claro que siguen siendo amigos. Me parece bien, Marie merece y necesita que Roger esté con ella en este momento.

El auto se detiene, busco en mi bolso el dinero para pagarle, el señor agradece y me dispongo a bajar del auto. Miro hacia la entrada del edificio y veo a una pareja que pareciera que fueran los engañosos.

Mi cuerpo comienza a sudar frío, siento el miedo correr por mis venas. ¿Serán ellos? ¡Tengo miedo! ¿Llamo a Raymond? ¿Me voy?

¿Ahora qué hago? Ellos están hablando en la entrada, la mujer tiene el cabello parecido a Cecilia. ¿Estoy siendo paranoica?

Veo hacia atrás y el taxista no se ha ido debido a que no he cerrado la puerta, siento que me llama el conductor, pero mi mente se nubla y sé que me acabo de desmayar.

Capítulo IV
Lola

Escucho voces encima de mí, abro lentamente mis ojos y veo que hay algunas personas viéndome, estoy acostada en el suelo, el conductor del taxi que me trajo a mi edificio me llama, vuelvo a cerrar los ojos y trato de sentarme. Las dos personas que pensé que eran los engañosos están preguntándome si estoy bien, su parecido es muy real. Me asusto y trato de levantarme de golpe, pero me mareo.

Recuerdo al bebé y de una vez llevo mi mano a mi vientre.

—Señorita, ¿se siente bien? —cuestiona el hombre que pensé que era George anteriormente. Lo miro un poco reacia, solo quiero irme a mi apartamento.

—Sí, gracias. —Tomo mi bolso con fuerza y camino hacia la entrada de mi edificio. Las personas murmuran detrás de mí, pero no les presto atención. Me siento un poco débil. Ese mal entendido sobre esa pareja puso mis valores en el piso.

Llego a la puerta de mi apartamento con rapidez y cierro. Me apoyo en la puerta y boto el aire contenido. Realmente me siento paranoica. Necesito ayuda, esto no lo puedo enfrentar sola. Esas personas tenían mucho parecido a los engañosos, fue tan raro. Dejo el bolso en el recibidor y me dirijo hasta la cocina por un vaso de agua.

¿Un desmayo no le afecta a un bebé o sí? Tengo miedo, espero que esté todo bien. Mejor duermo un rato hasta que llegue Leslie y planeemos su cumpleaños. Ella está muy emocionada por mañana y eso me hace ilusión.



Siento que me dan golpecitos en los hombros, despierto de mi ensoñación y me doy cuenta que Leslie me está llamando. Cuando veo su rostro sonriente, le sonrío de nuevo.

—Hola pequeña, ¿cómo te fue hoy en la escuela? —pregunto, mientras me siento en la cama, aun somnolienta.

—Muy bien, Lola. Ya le dije a mis amigos sobre mi cumpleaños —dice sonriente.

—Me parece bien. ¿Qué hora es? ¿Tienes hambre? —me levanto de la cama.

—Sí, tengo hambre. Haz unos bocadillos mientras me baño, ¿sí? —dice haciendo pucheros.

Me rio.

—Cumplirás trece años y actúas como un bebé.

Me abraza con cuidado con el yeso de su brazo, aún le faltan semanas para que se lo quiten.

—Yo seré siempre tu bebé, aunque venga alguien por ahí que me va a reemplazar —murmura riéndose mientras lleva su mano disponible hacia mi vientre. Me rio.

—No serás reemplazada, no digas eso —la reprendo.

—Lola, deja lo preocupada, solo estoy bromeando —replica, negando con su cabeza, pero luego sonríe y camina hacia la salida de la habitación—. Te veo en la cocina, me bañaré rápido.

—Ya sabes cómo hacer con el yeso, ¿cierto?

—Lola, siempre me preguntas cuando voy a bañarme, llevo casi un mes con esto. —Alza su brazo enyesado.

Ruedo los ojos.

—Me preocupo por ti.

—Lo sé, pero ya te he dicho varias veces que ya sé hacerlo sola.

—Está bien, ve a bañarte, hueles a sudor adolescente —digo riéndome. Ella pone los ojos en blanco, bufa y sale de mi habitación.

Me dirijo hacia la cocina para prepararle los bocadillos a Leslie. Tuesto el pan, luego le agrego jamón, queso y alguna que otra salsa. Busco en la nevera jugo de naranja y le sirvo un poco en un vaso, busco servilletas y coloco el plato con su emparedado en la mesa, esperando por ella. Vuelvo a la cocina a prepararme uno también, muero de hambre. Recuerdo que con todo el percance de más temprano, se me olvidó comer.

Ya con el emparedado hecho, me siento en la mesa a esperar a Leslie para que comamos juntas. Veo como ella viene con su cabello

mojado, tratando de cepillárselo.

—Ven, te ayudo —le tiendo la mano para que me entregue el cepillo y poder ayudarla.

Leslie se sienta junto a mí, toma su bocadillo y comienza a comer mientras le cepillo su castaña cabellera.

—Está muy bueno, Lola.

Sonrío.

—Es solo un sándwich.

—Pero es uno de los sándwiches de Lola Walts, son especiales.

Rio ante su ocurrencia.

Termino de cepillar su cabello, ella se acomoda en su asiento y yo tomo mi sándwich con la servilleta y comienzo a comer.

—¿Estás emocionada por tu cumpleaños? —inquiero, limpiándome las comisuras de mi boca.

Ella está masticando, solo asiente su cabeza.

—Sí, siento que mañana será un gran día.

Asiento sonriendo.

—Así será —digo—. ¿Irás al cine con tus amigos?

—Sí y luego venimos para lo del pastel.

—Está bien, tendré todo decorado y listo temprano, me avisas con un mensaje cuando vayas a venir.

Así pasamos la tarde, comiendo y planeando el cumpleaños de Leslie. Es de noche, debo revisar un documento que Donovan envió por correo, me siento agotada. El embarazo me hace cansar muy rápido y eso que solamente tengo nueve semanas de embarazo, no es tanto para sentirme así; no me quiero imaginar cuando esté de nueve meses.

Me siento con la laptop en la mesa del comedor, abro mi correo y reviso el documento de contabilidad. Pasan dos horas y ya estoy muriendo de sueño, creo que es casi medianoche.

Hace media hora recibí un mensaje de Raymond agradeciéndome sobre ir a hablar con Marie, no sé por qué me lo agradece, tenía que hacerlo. Ahora que he hablado con ella, debo decirle a Roger pronto. El embarazo se notará más en pocas semanas y él necesita saber que es el padre de mi bebé. Pero sigo teniendo miedo a su reacción, no soportaría otro desplante de su parte.

Invité a Ray al cumpleaños de Leslie, hubiese invitado a Laura también, pero los términos con ella siguen mal y no quiero escribirle, me duele su actitud. Es mi amiga y no entiendo su comportamiento.

Bostezo, mis párpados se cierran. La alarma de medianoche suena, la había colocado para que me avisara que ya era el cumpleaños de Leslie, corro hacia su habitación y ella está durmiendo, no quiero despertarla, pero este es nuestro primer cumpleaños juntas desde hace tanto tiempo que quiero cantarle el feliz cumpleaños y abrazarla mucho.

Me acerco a ella, y la abrazo mientras le canto feliz cumpleaños al oído, ella se mueve, pero sonríe.

—Feliz cumpleaños a ti, feliz cumpleaños Leslie, feliz cumpleaños a ti —canto en voz baja. Leslie se voltea y me abraza también.

—Te amo mucho, Lola. Gracias —dice, abrazándome muy fuerte. Mis ojos se humedecen y comienzo a llorar de la felicidad de tenerla conmigo. ¡Gracias al Cielo!

—Y yo a ti, pequeña. Estoy tan feliz de que estemos juntas —digo con voz quebrada.

—¿Estás llorando? ¡No llores, Lola! —Ríe Leslie.

—¡Déjame! Soy una mujer embarazada que llora por todo, no es mi culpa.

—En realidad sí lo es, es tu cuerpo, ¿no? —hace una mueca y se ríe. Comienzo a hacerle cosquillas, ella comienza a reírse muy fuerte. Amo este momento con ella, por fin estamos juntas. *Mamá, papá, lo logramos.*



El día ha transcurrido entre tranquilo y ajetreado, Leslie se levantó enérgica y saltando por todos lados. Es su cumpleaños número trece y es toda una adolescente. Ha pasado el tiempo tan rápido, que es una locura verla crecer a la velocidad de la luz.

Le entrego los zarcillos en forma de corazón pequeños que le regalé hace unas semanas. Mi regalo de cumpleaños está guardado, se lo entregaré en la fiesta que tendrá con sus amigos más tarde,

luego de que vuelva del cine con ellos. Me alegro que tenga amistades.

—Lola, ¿qué harás mientras no estoy? —pregunta.

—Arreglaré la casa, la decoraré para tu fiesta de cumpleaños y descansaré un rato, me he sentido muy cansada últimamente.

Ella asiente, toma mi mejilla y me besa delicadamente en ella.

—Eres la mejor hermana del mundo.

Sonrío.

—Tú también lo eres.

—Se me olvidó decirte, Laura me felicitó esta mañana —cuenta de manera cautelosa.

—Qué bien, ella te aprecia.

—Sí, espero que ustedes se arreglen, quiero jugar con su perro.

—Ojalá, yo también lo espero —respondo.

—Me voy, la mamá de Teffa y ella me esperan en la entrada del edificio —informa Leslie, tomando su bolso y su teléfono.

—Disfruta mucho y ten cuidado siempre, recuerda sobre ellos...

Leslie emite una mueca en su rostro y asiente. Me da un abrazo y nos despedimos en la entrada del apartamento.

Ahora solo somos tú y yo, bebé.



Raymond llegó hace un rato a ayudarme a decorar, me siento exhausta. A pesar de que es una pequeña reunión con amigos, me he esmerado en la decoración. Ray y yo acomodamos un poco la sala de estar del apartamento, dejando libre un espacio de una pared y decorar allí con globos y papeles de colores. El nombre de Leslie resalta en globos dorados, así como un gran número trece de color plateado en el pie de la mesa del comedor que la usamos para colocar los dulces, bocadillos y el pastel que compré en una pastelería.

—Todo quedó bonito —exclamo, pasándome una mano por la frente. Estoy sudando demasiado, he estado caminando por todo el apartamento, arreglando y decorando.

—¿Quieres agua? —cuestiona Raymond.

—Sí, por favor. Estoy cansada —digo sentándome y apoyando mi cabeza en el mueble.

—¿El embarazo te cansa mucho o es que siempre eres así de floja? —pregunta Raymond burlándose. Me entrega el vaso con agua y lo tomo de un tiro. Estaba sedienta.

—Quizás sean ambas —rio también.

—¿Leslie está feliz viviendo contigo?

—Mucho, me llena de felicidad y amor verla bien. Aunque igual sigo con miedo de que los engañosos vuelvan a hacer algo contra ella.

—O contra ti —replica.

Trago saliva y me quedo mirándole.

—Ve a arreglarte, ya Les debe de llegar pronto. —Agradezco que cambiara el tema.

Asiento, me levanto del mueble y camino hasta mi habitación. Antes de llegar a ella, Raymond dice—: Arréglate más bella de lo que siempre estás.

Lo miro extrañada, pero no le tomo mucha atención. Cierro la puerta de mi habitación en busca de la ropa que voy a utilizar. Luego de un rato, termino eligiendo un vestido manga larga que llega hasta más arriba de mis piernas, es casual y pegado al cuerpo, de color vinotinto; busco las botas altas que le quedaría perfecto al vestido. Tomo mi ropa interior, así como el vestido y me dirijo al baño que está en el pasillo.

Enjaguarme el cuerpo se siente muy bien, ya es costumbre pasar mis manos por mi vientre, sentir el bulto y hacerle caricias para que el bebé sienta mi amor. La maternidad está haciendo mella en mí y me gusta.

Termino de bañarme, me seco muy bien, seco mi cabello rápidamente, me visto y salgo del baño rumbo a mi habitación. Escucho música y sonrío, Raymond es un buen anfitrión. Con el sonido de la canción *Believer* de Imagine Dragons entro de nuevo a mi habitación para terminarme de arreglar y estar lista para cuando Leslie llegue con sus amigos.



—Leslie, cuidado con la alfombra, por favor. No creo que la gaseosa de uva se quite tan fácilmente —murmuro.

Mi hermana bufa, pero asiente, les avisa a sus amigos que tengan cuidado con la alfombra beige que está en la sala de estar. No sé cuántas fotos se ha tomado con sus amigas, Teffa y Londra. El chico que le gusta está aquí, se llama Paul y es simpático. Les me susurró en la cocina que él le había regalado el collar que estaba usando en estos momentos, era sencillo pero muy bonito. Me alegré mucho cuando ella me contó.

Raymond me sirve un vaso con gaseosa de uva, el sabor preferido de Leslie y que obligó a todos a tomar esta noche.

—No me gusta mucho esta gaseosa —confiesa Raymond haciendo una mueca de disgusto—. Debí traer cervezas para mí.

—Eso hubiese estado mal porque estamos con adolescentes y no.

Raymond menea su cabeza.

—Quien sabe qué cosas hacen sin supervisión.

Golpeo su hombro.

—¡Raymond, no digas eso! Me haces preocuparme por mi hermana.

—Tranquila, Lola. Les es muy inteligente y sabe lo que hace.

—Igual, es muy pequeña todavía —digo sacudiendo mi cabeza.

El timbre de la puerta suena, lo escucho a pesar de la música. Me dirijo hasta la entrada de mi apartamento, me extraña que venga alguien más. Supongo que es otro amigo de Leslie, abro la puerta y me sorprendo por la persona que está detrás de ella. Siento mis orejas calentarse por el disgusto.

—¿Qué haces tú aquí? —cuestiono fríamente.

Él se lleva su mano por detrás de la nuca y sonríe de medio lado.

—Vine a felicitar a Leslie.

—Nadie te invitó, así que, por favor, vete.

—Yo lo invité —responde una voz conocida a mis espaldas.

Veo como Raymond se sitúa a lado de Roger y lo abraza con un brazo. Frunzo el ceño y le doy una mirada asesina.

¿Se llevan bien luego del moretón que le hizo Roger a Raymond hace unas semanas?

—Déjalo entrar, Lola. —Me pide Raymond.

—¡Roger! —grita Leslie con emoción. Corre hacia él y lo abraza.

Genial, todos quieren que esté aquí. Gruño y tenso mi mandíbula.

—¡Feliz cumpleaños hermosa! Me dijeron que cumplías tus trece años hoy —la abraza de vuelta, sonriendo—. Ten, es un regalo para ti.

Leslie tiene una sonrisa de oreja a oreja y mi corazón duele a ver que se lleva tan bien con Roger.

—Gracias, Roger. Entra, eres bienvenido. —Toma su mano y lo arrastra hacia adentro del apartamento. Cuando dijo sus últimas palabras me miró haciéndome saber que él iba a entrar sin mi permiso. Los hombres me miran expectante y yo solo entro como una niña malcriada que no le dieron el juguete que quería.

Camino hacia la cocina para llevar más bocadillos a la mesa, bufo mientras busco la bandeja en la nevera, cuando la cierro, coloco la bandeja en el cimiento de la cocina. Reposo mis brazos en la encimera y respiro hondo. Esto es demasiado, él no debería de estar aquí.

—Si quieres, me voy —musita con esa voz ronca que hace que mis piernas flaqueen. Doy un respingo por la sorpresa de que esté en la cocina a centímetros de mí.

Subo mi mirada a él, nuestros ojos se conectan y allí está ese hormigueo dentro de mí.

—Ella quiere que estés aquí, así que lo aceptaré por hoy —respondo, desviando mi mirada a la bandeja con los bocadillos. La tomo y me giro para volver a la sala.

—Tenemos que hablar, Lola —dice con ojos tristes.

Suspiro.

—Ahora no puedo —digo mientras paso a su lado saliendo de la cocina.

Escucho que gruñe y maldice.

Mi corazón se arruga por tanta cercanía, pero igual estamos tan lejanos.



Los amigos de Leslie hacen karaoke sin micrófono, solo bromean, ríen y bailan. Son entretenidos de ver. Raymond me ha hecho bailar con él, me rio por sus ocurrencias. Roger ha estado riendo también por las ocurrencias de Ray. A cada rato, siento su mirada en mí. Nosotros no hablamos, ni siquiera dirijo mucho mi vista hacia él.

Noto que Leslie viene hacia nosotros y habla con Roger, luego los dos están yendo al grupo de amigos de mi hermana y él comienza a hablar con ellos. Los jóvenes se ríen, las chicas se sonrojan. Me siento igual que ustedes, él intimida, cuando te mira, sientes que ve tu alma en segundos.

—Habla con él, Lola —murmura Raymond a mi lado.

—Esta noche no será —respondo cortante.

—Hazlo pronto, sino yo lo haré.

Volteo a verle y él me está mirando seriamente. Suspiro y vuelvo mi mirada al padre de mi bebé.

Sé que debo decirle pronto, pero de ¿dónde agarro fuerzas y voluntad para hacerlo?

Roger y Leslie comienzan a bailar y a cantar *"Party in the USA"* de Miley Cyrus. Sus amigos se le unen y se ríen en conjunto. Sin darme cuenta estoy sonriendo por verlos divertirse juntos. Esta imagen hace un vuelco en mi pecho. Pensar que, si me casara con Roger, así sería siempre, ellos divirtiéndose y llevándose bien. El nudo en la garganta se forma de nuevo, porque es una imagen en mi mente que duele.

—Tenía tiempo sin verlo así de feliz y alegre —comenta Raymond sonriendo también—. Hace unos años, él era así. Un bromista, bailarín y se llevaba bien con todos... pero con el tiempo se fue apagando. Hasta que llegamos a aquí.

Escucho lo que me dice, pero mis ojos siguen encima de él. Roger se da cuenta y su mirada conecta con la mía de nuevo, sonríe

y me llama para que baile con él. Sacudo mi cabeza en desaprobación, desvío mi mirada a Raymond ignorando su petición.



Ya es lunes de nuevo, los días están pasando muy rápido. Hoy el día estuvo un poco pesado, en la mañana vomité varias veces y me duele la cabeza desde hace como dos horas. Laura se ausentó hoy, mejor, no quería sentir el mismo ambiente austero del último mes.

La puerta se abre y Roger Butler entra como perro por su casa. Llevo mi mano a mi cabeza, apoyando el codo con mi escritorio. Subo mí mirada a él y le reprocho de por qué entra así a mi oficina.

—Vamos a hablar. —Va directo al grano.

Lo detallo y hoy se ve muy guapo con su americana beige, camisa blanca y unos vaqueros, se ve casual pero elegante.

—Tú y yo, no tenemos nada de qué hablar.

—Lola, deja lo terca y déjame hablar contigo. Te extraño, quiero estar contigo. Perdóname, por favor.

Me levanto de mi puesto, me quedo mirándole unos segundos.

—Roger, ¿de qué vamos a hablar? —pregunto, entrelazando mis brazos en frente de mi pecho.

Sobre el embarazo, quizás. Mi mente juega conmigo, ahora no.

—Hablé con Marie sobre ti, le confesé que me enamoré de ti.

Aunque ya lo sabía, igual me sorprenden sus palabras.

Asiento.

—Qué bien, ya dejaste de mentirle.

—Ella entendió... me perdonó, aunque haya sido un imbécil y ahora no tengo una relación de esa manera con ella.

—No sé para qué me dices esto, Roger.

Él se acerca a mi puesto, yo me tenso y me pongo nerviosa.

—Porque quiero arreglar las cosas contigo, Rubia —susurra. Mi piel se eriza por el apodo—. Solo pienso en ti.

Mi corazón trata de salirse de mi cavidad para abrazar el suyo y hacer las paces, pero mi cerebro lo detiene.

—No puedo perdonarte, me hiciste mucho daño, Roger. Eso no se olvida de la noche a la mañana. Retrocede, no te acerques más o

llamaré a seguridad.

Roger gruñe y se aleja.

Me estoy sintiendo mal, estoy comenzando a sudar frío. El dolor en mi cabeza se está intensificando. Tengo ganas de vomitar.

—Lola, ¿estás bien? Estás pálida —vuelve a acercarse.

Siento como la oficina da vueltas, estoy mareada. No sé por qué me siento tan mal. ¿Será otro síntoma del embarazo?

—Me... siento... mareada —digo sosteniéndome del escritorio.

Roger me toma de los brazos y me sienta en mi silla reclinable, corre al estante donde hay agua y llena un vaso, escucho como rasga una bolsita de azúcar para el café, luego vuelve a mí y lleva el vaso a mi boca para que pueda beber.

—Bebe, hermosa. Luces como si se te hubiese bajado la presión arterial o la glicemia.

Asiento lentamente.

—Así me siento.

Roger está siendo atento, usa unos papeles que estaba en el escritorio y siento el aire sobre mi rostro. Ya vuelvo a respirar correctamente.

—¿Te sientes mejor, Rubia? —pregunta, mi cuerpo reacciona por la manera en que me llamó, lo dejo pasar.

—Sí, un poco.

—Te llevaré al médico.

—¡No! —digo rápidamente—. No es nada grave, quizás es gripe. Yo solo me iré a mi casa.

—Te llevaré a tu casa entonces. No puedes irte así en trasporte público. ¿Qué si te sientes mal de nuevo? No, no lo permitiré.

—No es necesario, puedo llamar a Ray.

—Joder, deja de pensar en mi hermano, estoy aquí, yo te llevaré, Lola.

Suspiro.

—No me queda de otra, quiero irme a mi casa.

No tengo más opción, aceptaré que Roger Butler me lleve a mi casa.

Capítulo V
Lola

Este silencio es más allá de lo incómodo, Roger está manejando y yo solo veo por la ventana los edificios de *Seattle*, la radio está encendida y llena un poco el ambiente silencioso que Roger y yo mantenemos. El auto se detiene en un semáforo en rojo.

—Que no estemos juntos, no significa que no puedas hablarme, Lola —dice Roger volteando su mirada a mí.

Volteo a verlo igual.

—No quiero hablar contigo.

—Lola, te estás comportando como una adolescente.

Poco a poco siento como el disgusto sube por mi cuerpo. Me acomodo en mi asiento para encararlo.

—¿Adolescente? —digo exaltada—. ¿Me hablas en serio? ¿Cómo quieres que te trate si me engañaste y me mentiste tanto?

Él traga saliva y tensa su mandíbula.

—¿Ves? Tengo todo el derecho de estar enojada contigo, Roger.

Nos quedamos mirando por unos segundos hasta que las bocinas de los autos comienzan a sonar, el semáforo está en verde y Roger no empieza a manejar.

—Maneja antes de que nos multen —digo viendo a la carretera, entrecruzo mis brazos y trato de escuchar la canción de la radio.

—Muy enojada y todo, pero te ves muy bella, Rubia —confiesa Roger.

Mi respiración se acelera un poco, mi corazón corre millas por hora y la piel se me ha erizado. Trato de ignorarlo.

—Sé que lo que hice no es fácil de perdonar, pero seguiré luchando por ti, porque eres lo más importante para mí, Lola.

—¿Dónde dejas a tu prometida? —pregunto, obviando el hecho de que ya mencionó anteriormente que no están juntos.

—No estamos comprometidos, ya te lo dije.

—Igual, Roger. Ella te necesita siempre, no puedes estar por ahí con otra persona.

—Eso no es cierto. Yo estoy siempre preocupado por ella, la atiendo, estoy con ella cuando el trabajo me lo permite. Estoy ahí para ella. Es mi mejor amiga, Lola.

Asiento lentamente, mis ojos se desvían a él de nuevo. Es un movimiento que lo hago por inercia.

Lo detallo por unos segundos, allí está su belleza innata, veo que se dejó crecer la barba, su nariz respingada y sus cejas pobladas, luego están sus ojos de color marrón que me enamoran. Es tan doloroso tenerlo emocionalmente lejos.

Hago una mueca por el dolor de cabeza. Debo ir al médico, este cansancio no puede solo ser por el embarazo.

Me pregunto cuando seré capaz de decirle a Roger.

—En el cumpleaños de Leslie, estabas radiante —comenta Roger sonriendo, sus ojos brillan—. Estás más bella que nunca, Lola. ¿Lo sabes?

Mi corazón se ha detenido ante sus palabras. Siento como mis mejillas se sonrojan.

—Estoy igual que siempre... —respondo.

—No, tú eres bella, pero ahora luces más hermosa. Y en los momentos que sonreías, me enamoré otra vez de ti.

—Detente.

—¿Te sientes mal de nuevo? ¿Detengo el auto?

Meneo mi cabeza.

—Detén tus palabras, no digas esas cosas.

—¿Por qué no? Es la verdad, te diré todas las veces que sea posible que estoy enamorado de ti, Lola.

Mi vista se nubla, mis ojos se han humedecido. ¡Malditas hormonas!

Quito mi mirada de él y me centro a ver por la ventana, hemos cruzado la interestatal hacia mi casa, solo faltan pocos minutos para llegar.

Cuando llegamos a la entrada de mi edificio, trato de despedirme de Roger, pero él insiste en subir hasta mi apartamento y cerciorarse que esté completamente bien.

—No hay necesidad de que subas a mi apartamento —replico.

—Lola, subiré contigo y veré que estás bien en tu casa.

Suspiro resignada.

Él entra al estacionamiento, aparca el auto y apaga el motor. Me desabrocho el cinturón de seguridad y volteo en su dirección.

—No creas que porque subas, estamos haciendo las paces.

Él se ríe de mi comentario.

—Estás muy quisquillosa, mi vida.

— *¿Quisquillosa?* —pregunto—. Estoy siendo muy clara, Roger.

—Subamos para que descanses.



El viaje hasta mi apartamento se sintió eterno, Roger iba detrás de mí y sentía su mirada en mi espalda. Odio tenerlo cerca porque no saben cuánto quiero lanzarme a él y besarlo. Pero mi orgullo es más grande que todo ese deseo de lanzarme hacia sus brazos.

Llegamos a la puerta de mi apartamento, la abro y nos adentramos en él. Leslie llegará de la escuela aproximadamente en una hora. No quiero que vea a Roger, sé que es egoísta pero no puedo dejar que se encariñe más con él. No es justo cuando él y yo ya no somos pareja.

—Iré a cambiarme de ropa por algo más cómodo —informo dirigiéndome a mi habitación.

—Está bien, solo estaré un rato mientras te sientas mejor.

Asiento.

Ya en la habitación, respiro hondo; su cercanía me hace nublar la mente, una parte de mí le dice *sí* a todo. Como ahora mismo, lo he dejado estar en la sala de mi casa hasta que yo me sienta bien.

Busco un cambio de ropa, este vestido holgado que usé hoy para trabajar es muy cómodo, pero necesito estar en pantalones de chándal y una blusa cómoda. Me decido por tomar un baño rápido, tomo lo necesario para salir e ir al baño.

Cuando salgo de la habitación escucho el sonido del televisor, Roger se decidió por ver televisión como si fuera su casa, luego escucho un sonido proveniente de la cocina, no me digan que él está

cocinando. Desde el pasillo no puedo ver hasta la cocina, pero los movimientos y el sonido de las ollas me hacen confirmar que está allí. Sin darme cuenta estoy sonriendo, niego con la cabeza y camino para ir a tomar mi ducha rápida.

Mi abdomen se está encorvando un poco en la parte de mi vientre, sonrío al saber que poco a poco va creciendo. Abrocho el sujetador y me pongo mis bragas, cuando me voy a secar el cabello, la puerta se abre de pronto, doy un pequeño grito por el susto y Roger me está mirando de arriba abajo.

Nos quedamos mirando sin reaccionar ninguno de los dos.

—Estás muy hermosa, ¿tus pechos han crecido? —inquiere.

Mis mejillas se tiñen rápidamente. Me cubro con la toalla el abdomen para que no se dé cuenta del cambio allí.

—Sal del baño —digo con una voz que no es mía. Sonó tan desesperada que se escuchó aguda.

—En serio, Lola. Estás más bella que siempre.

—Vete, cierra la puerta, ya voy a salir.

Escucho su risa gruesa, hasta ese mínimo gesto tiene un efecto en mí. Siento que mis piernas se vuelven gelatina. Él cierra la puerta.

Exhalo el aire que había contenido. Este hombre no me deja respirar correctamente.

Deja de gustarme, Roger. Pienso frustrándome en el hecho de que él está incrustado en mi piel y en mi alma, no piensa salir de allí en un corto plazo.

Me visto rápidamente, peino mi cabello y salgo del baño. Cuando abro la puerta, veo como Roger está apoyado a un lado de ella.

—¿Me estabas esperando? —cuestiono, arrugando mi frente.

Roger esboza una sonrisa ladeada, pero niega con su cabeza.

—Me estoy orinando, pero estaba esperando que salieras.

Sacudo mi cabeza.

Cuando voy a dirigirme hasta mi habitación, él toma de mi brazo y me acorrala a la pared. *Como los viejos tiempos…*

Yo me tenso ante su tacto, ha pasado un tiempo y mi cuerpo lo aclama. *¿Cerebro, dónde estás? Detén a mi cuerpo, por favor.*

—Roger —susurro. Su boca está a centímetros de la mía. Inconscientemente lamo mis labios mientras miro sus ojos color miel.

—Lola, sé que quieres esto —dice mientras se acerca más a mi boca. Debo detenerlo, no puedo dejar que me bese.

—Apártate —digo tratando de alejarlo de mí.

—Dime que me amas, porque yo sí lo hago, Rubia —sus ojos me intimidan, en ellos hay un brillo bonito que hace que mi corazón se arrugue por la nostalgia de no tenerlo realmente—. Me estoy volviendo loco por no estar contigo.

Me quedo en silencio, quisiera decirle que no lo amo, pero me estaría mintiendo a mí misma. Le diré que estoy embarazada, no puedo dejar pasar esto a otro momento, no quiero ocultarle el hecho de que será papá, no quiero volver esto una bola de nieve que no se pueda detener y se entere por otra parte.

—Roger, tengo que decirte algo.

Él frunce su ceño.

—Dime, cariño.

Cuando voy a decir las cuatro palabras de «Vas a ser papá», su teléfono comienza a sonar incesantemente. Escucho como gruñe, lo trata de ignorar, pero cuando vuelven a llamar, él retrocede y lo toma.

Mientras contesta la llamada, me mira expectante.

—¿Se siente mal? —pregunta preocupado—. Sí, estaré allí en veinte minutos.

Veo como su mirada se vuelve nostálgica, el dolor es tangible. Sé que su preocupación es por Marie.

—Ve, ella te necesita —musito en voz baja.

Él se acerca de nuevo, pero yo niego con mi cabeza.

—Ve con Marie, Roger.

Roger gruñe, pero asiente. Siento su disputa interna entre quedarse conmigo e ir a ver a su mejor amiga.

—¿Ya te sientes mejor?

—Sí, el baño ayudó a relajarme.

—En la cocina te dejé un té y un emparedado.

Sonrío con mis labios cerrados.

—Gracias.

Sé que se preocupa por mí y procura mi bienestar en estos momentos, este gesto tan sencillo me llena el alma, hace que mi corazón se derrita un poco por él.

No reacciono rápido y siento sus labios húmedos sobre los míos, fue un beso corto, pero mi cuerpo reaccionó inmediatamente. Mi corazón se acelera en segundos, mis mejillas se sienten calientes y mis manos comienzan a sudar.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque te extraño y quería besarte.

—No lo vuelvas a hacer, Roger.

—Lo haré porque así poco a poco iré derritiendo ese corazón helado que hay ahora en ti.

Camina hacia la entrada, toma su americana del recibidor donde no me había dado cuenta que estaba puesta y abre la puerta. Voltea y dice:

—Recuerda, lucharé por ti. Come, nos vemos en la empresa.

Con esas palabras, él cierra la puerta y me deja con el corazón en la boca, con frases no dichas y estática ante el hecho de que me besó, me dejó comida hecha y se preocupó por mí.

Quiero llorar, él no puede hacer esto.

¡No quiero amarte más, Roger Butler!



Luego de que Roger se fuera, Leslie llegó de la escuela, contándome que Paul le regaló chocolates. El dolor de cabeza y los síntomas que tenía se quitaron mágicamente después del beso de Roger. Rio, porque es una estupidez. Pero admito que mariposas volaron dentro de mi estómago cuando sentí sus labios sobre los míos. Para la próxima vez no dejaré que me bese, estaré siempre alerta a sus movimientos, no puede tomarme de nuevo desprevenida.

Mi teléfono suena lejos, creo que está en mi habitación. Corro hasta allá y contesto sin mirar quien es.

—¿Aló?

—¡Hermosa Lola! —Grita Raymond desde el otro lado de la línea.

—Ray, me vas a dejar sorda —le reclamo.

—Lo siento, pero es que estoy en el centro comercial comprando tu vestido, solo que debí traerte para que tú lo eligieras porque ahora no sé qué comprar.

Pongo los ojos en blanco.

—Solo a ti se te ocurre ir a comprar un vestido sin llevar a la persona que lo usará.

Ya lo conozco bien, sé que está rascándose la nuca con vergüenza.

—Esto es nuevo, nunca compro estas cosas y con las chicas no soy tan detallista, mi asistente es la que compra las cosas por mí. Pero eres mi súper amiga Lola, y necesitaba venir personalmente por el vestido, solo que olvidé buscarte.

Respira forzadamente luego de su carrera de palabras. Comienzo a reírme.

—Estás loco, Ray —digo entre risa—. Deja eso así, mañana vamos juntos. Igual que el evento es pasado mañana.

—Lola, el evento es esta noche.

Mis ojos se abren por la sorpresa, ¡No puede ser que lo haya olvidado!

—¿Es hoy? —pregunto susurrando.

Ahora es él quien ríe.

—Hermosa Lola, mi sobrino o sobrina te tiene olvidadiza —se burla—. Sí, es a las nueve de la noche y ahora son las cinco de la tarde. Tienes cuatro horas para arreglarte, dime cuáles son tus gustos para llevarte un vestido acorde a ti.

Gruño.

—No puede ser, Raymond —digo con frustración—. Es muy poco tiempo para todo. —Camino alrededor de mi habitación buscando todo, pero a la vez nada—. Envíame fotos de los vestidos que escojas para verlos y elegir uno. Pero debes estar aquí más tardar en una hora.

—¡Muy bien, jefa! —exclama desesperado, luego finaliza la llamada.

¡Hombres!

Me rio porque soy muy buena amiga, sino fuese Raymond, no iría a ese evento. Pero él me necesita allí y lo apoyaré.

Mientras espero que me avise, le haré la cena a Leslie. Esperen... ¡¿Quién cuidará de Leslie?! ¿Sería una mala representante si la dejo por unas horas sola?

Esto de cuidar a alguien más es tan nuevo para mí, luego serán dos personas por cuidar. Tengo que ir aprendiendo para hacer las cosas bien.

Suspiro, llevo mi teléfono a la cocina; en el camino me consigo a Leslie.

—Pequeña, iré a un evento con Raymond esta noche, es algo de la empresa. ¿Llamo a la vecina de aquí a lado y le pregunto por la niñera que tiene su hija Charlie o puedes quedarte sola un par de horas? —pregunto.

Ella me mira sopesando la idea, luego contesta:

—¿Necesito una niñera? ¡Lola, cumplí trece años anteayer! —dice exaltada. Eso me hace reír. ¡Adolescentes!

—No sé mucho en cómo ser una representante aún —me excuso —. Pero tú eres una chica grande que puede quedarse en casa sola por un par de horas. ¿Correcto?

Ella asiente.

—Correcto —dice sonriendo—. Puedo hacerlo, Lola. Todo estará bien, prometo no abrirle la puerta a nadie y no usar la cocina.

—Está bien, iré al evento. ¿Estás haciendo tus tareas? —cuestiono. Llego a la cocina. Allí sigue el emparedado preparado por Roger que no me comí, aunque sí me tomé el té que me hizo.

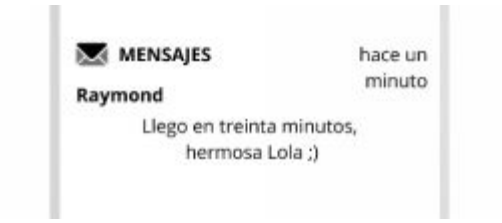
Leslie se posiciona a un lado de mí, ve el emparedado y me pregunta si no me lo comeré.

—Me lo iba a comer más tarde, pero si quieres puedes comerlo. Te haré la cena para que solo la calientes en el microondas.

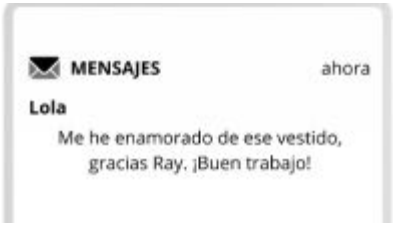
—Me comeré el emparedado —dice tomándolo del plato con una servilleta y dándole un mordisco.

Sonrío.

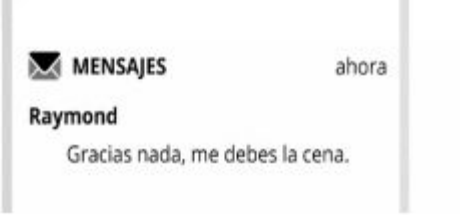
Media hora más tarde, recibo tres imágenes de unos vestidos realmente hermosos que Raymond me ha enviado por *Whatsapp*. Reviso uno por uno, pero elijo el vestido largo color crema con encaje de pedrería plateado por encima como una segunda tela, mangas cortas y una pequeña abertura en la espalda. ¡Me encanta ese vestido! Le escribo al instante a Raymond eligiendo ese, él me responde caritas enamoradas y afirma que lo comprará.



Respondo al instante:



Volteo a ver lo que estoy cocinando, pero el mensaje de mi amigo no se deja esperar.



Me rio ante su comentario, menos mal que me había percatado de eso e hice cena para los tres.



Estoy terminando de arreglarme, Raymond está comiendo junto con Leslie en la sala. El vestido que mi amigo de ojos azules me compró es precioso y lo bueno es que me quedó como anillo al dedo. Es perfectamente mi talla, mi abdomen se ve bien, no se nota el embarazo. Odio ocultarlo, pero solo por un tiempo más. Lástima que no pude decirle hoy a Roger.

He arreglado mi cabello con ondas, usé un maquillaje suave pero mis labios están coloreados de un rojo que resalta por la blancura de mi piel. Me doy un vistazo en el espejo de mi habitación, me veo muy bella. Me encantan estos eventos porque siempre me arreglo más de lo que lo hago para ir a la oficina.

Recuerdo que el último evento que asistí fue la ceremonia de la empresa, donde todo comenzó con Roger Butler. Ha pasado tanto tiempo desde ese día, todo cambió y ahora llevo a su hijo en mi vientre.

Muevo mi cabeza para aclarar mi mente de esos recuerdos que traen nostalgia.

Tocan la puerta de la habitación, le indico a la otra persona que entre.

—¿Estás lista? Recuerda que debemos ir a mi apartamento para yo poder arreglarme también —murmura Raymond, entrando a la habitación.

Lo fulmino con la mirada.

—Hubieses ido a tu casa a arreglarte y luego venir por mí.

—Sí, pero moría de hambre. Tú cocinas bien y aproveché —replica—. Estás muy gruñona últimamente. El embarazo te está afectando el ánimo.

El descarado se ríe de mí. Golpeo su brazo y él se queja.

—¡No te burles! Las hormonas me tienen mal: lloro a cada rato, me enojo mucho y a veces estoy muy feliz. ¡Soy una montaña rusa de emociones, Raymond!

Raymond se carcajea, pero se acerca y me abraza.

—Es normal, tú solo disfruta tu embarazo —dice acariciando mi espalda.

—¿Tú hermano irá a este evento? —pregunto.

Él se separa de mí y sonríe ladeadamente.

—¿Mi hermano Roger? —inquiere, vuelvo a golpearlo porque sé por qué finge no saberlo—. Ouch, deja de golpearme, Lola.

—¿Entonces?

—Sí, creo que sí. Él también está invitado.

Ver otra vez a Roger... *bebé veremos de nuevo a tu papá, pero esta vez no me dejaré besar por él.*

—¿Por qué preguntas?

Busco mi cartera de mano, mi teléfono e identificación. Salimos de la habitación, Raymond va por delante de mí.

—Por nada... —digo obviando el hecho de que su hermano estuvo hace algunas horas aquí, me vio casi desnuda y me besó en la puerta del baño.

—Por nada —repite las palabras, me da una mirada de "aquí pasa algo que yo no sé"—. ¿Tienes algo que contarme, mi querida Lola?

Me rio con nerviosismo.

—No, no tengo nada que contarte.

—Mientes, pero si es algo con mi hermano que hagas que me mientas y te rías así, está bien conmigo.

Veo su sonrisa arrogante, pongo los ojos en blanco.

—Vamos, sé que te tardarás arreglándote —le digo mientras camino hacia la habitación de Leslie para despedirme—. Leslie, ya sabes, no abras la puerta ni porque conozcas a la persona, no uses la cocina y pórtate bien.

Ella asiente.

—Sí, mamá Lola —dice riéndose.

—Bien, ven a darme un beso, que me voy.

Leslie se levanta de la cama, se acerca a mí y me da un beso sonoro en mi mejilla, luego pasa sus manos por mi vientre.

—Chao bebé, cuida de mi hermana.

Sonrío ante su sugerencia a mi pequeño bebé. Meneo la cabeza.

—Nunca cambies, pequeña —musito, besando su mejilla.

Me despido de ella y salgo de la casa con Raymond a mi lado.



Raymond se tardó aproximadamente dos horas en arreglarse, me aburrí demasiado en su apartamento, vi una película mientras se arreglaba, tuve que retocarme el maquillaje dos veces y suspirar otras dos veces más para llenarme de paciencia. En el camino cantamos canciones de los años ochenta, reímos y hablamos sobre el hecho de que yo nunca lo vi en la ceremonia donde me besé con Roger.

Él me contó que estaba en un viaje de negocios.

Ahora estamos estacionando el auto en el recinto donde sería el evento de uniones de empresas, no entendía mucho el asunto, pero quería divertirme un rato, conocer a la susodicha que lo tiene nervioso y un poco paranoico.

Cuando entramos, el lugar estaba esplendido, decorado con luces, flores y una gran pista de baile. Los presentes estaban vestidos de etiqueta, volteo a ver a Raymond, se veía realmente apuesto, si no estuviese enamorada de su hermano, caería ante sus pies.

Siento pequeños *deja vu* al recordar aquella ceremonia donde Roger me llevó a un pasillo lejos de las personas y me besó apasionadamente, fue nuestro primer beso. Las mariposas en mi estómago revolotean ante el recuerdo.

—¿Quieres un coctel? —pregunta Ray.

—Sí, pero sin alcohol.

—Obvio que lo iba a pedir sin alcohol —replica, fulminándome con su mirada. Esbozo una sonrisa burlona—. Busca nuestra mesa, iré hasta allá.

Hago una mueca por su sugerencia. En otras palabras, eso es como: *«Lola, ve, piérdete en el mar de gente buscando nuestra mesa».*

—Lo olvidé, toma la tarjeta, allí dice el número de nuestra mesa.

Agarro la tarjeta antes de que fuera por nuestras bebidas.

—¡Genial! —musito en voz baja.

—¿Hablando sola, Rubia, dueña de mi corazón?

Esa voz… que baja mis bragas, acelera mi corazón y me hace sentir como colegiala.

Capítulo VI

Lola

Subo mi mirada y ahí está él, con su traje color negro, camisa blanca y una corbata de color vinotinto, su barba está impecable, y sus ojos marrones me miran sonrientes.

—Tú de nuevo —respondo.

—¿No estás feliz de verme? Yo estoy feliz de verte otra vez, estás bellísima —dice acercándose, yo me alejo. Él se ríe—. Todavía tengo la sensación de tus labios en los míos.

Trago saliva, me he puesto nerviosa con tan solo esas palabras.

—¿Cómo está Marie? —inquiero para cambiar de tema, porque si nos vamos por esas ramas...

Él se vuelve serio de pronto.

—Está delicada de salud, pero hoy me sonrió y dijo que seguiría luchando para sentirse mejor —musita ladeando una sonrisa que termina siendo una mueca.

De nuevo el silencio incómodo que nos envuelve cada vez que hablamos sobre ella.

—Así que viniste con mi hermano.

—Sí, él me invitó y acepté —digo viendo para todas partes, tratando de encontrar a Raymond—. Si me disculpas, debo buscar nuestra mesa. No la tuya y mía... digo, la de Raymond. Como sea.

El nerviosismo que él me provoca me hace balbucear.

Veo como Roger se lleva sus dedos hacia sus labios, un gesto que hace mucho cuando está pensando en algo. Sonríe.

—Me gusta ponerte nerviosa —murmura—. Eso me confirma que todavía me quieres.

—No supongas cosas que no son ciertas, Roger.

—No te creo, pero poco a poco... no tengo prisa. Puedo tener paciencia para enamorarte de nuevo.

—Como tú digas —digo. Veo la tarjeta que me dio Raymond, busco donde dice el número de nuestra mesa.
—Yo sé dónde está tu mesa, Lola —menciona Roger. Dirijo mi vista hacia él.

—¿Por qué sabes? —cuestiono dudosa.

—Porque es la misma mesa donde yo estaré sentado.

Eso me cae como un balde de agua fría. ¡No puede ser que toda la noche estaré cerca de él! Hago una mueca de disgusto. Roger se vuelve a reír.

—Me encanta cuando te enojas.

Ignoro su comentario, chequeo de nuevo la tarjeta, veo el número de mesa y camino en busca de la misma. Dejo a Roger hablando solo. Me cansé de escuchar su risa ronca que hace que mis bragas se humedezcan. Todo en él me hace gelatina. ¡Demonios, lo odio!

Escucho pasos detrás de mí, de pronto siento un brazo rodear mi cuerpo, cuando subo mi mirada, Roger me está sonriendo y llevándome hasta donde está nuestra mesa. Intento alejarme de él, pero su brazo se afianza en mi cintura.

—Suéltame, Roger.

Su boca baja hasta mi oreja, susurra:

—Amo estar así contigo, muy cerca —dice con voz seductora—. Ya vamos a llegar, deja de quejarte.

Veo que nos detiene en una de las mesas decoradas con flores, bocadillos salados y dulces, sentados alrededor está una pareja de personas mayores, quizás estén en sus sesenta años. Nos miran y nos saludan.

—Buenas noches, señores Loganlys —saluda Roger—. Un placer verlos esta noche.

Ellos responden a su saludo, nos invitan a sentarnos.

—Permítanme presentarles a mi asistente de contabilidad, la señorita Lola Walts.

Asiento con mi cabeza y los saludo de vuelta.

—Buenas noches, un gusto conocerlos —digo sonriendo.

La mano de Roger está apoyada sobre la mía, sin darme cuenta nos sentamos juntos. Él y yo no somos pareja esta noche, él no es

mi acompañante. Retiro mi mano que estaba debajo de la de él en mi regazo. Coloco mis manos sobre la mesa, cerca están la cartera y la tarjeta de invitación del evento. Los señores Loganlys se han levantado de sus puestos, quedándonos Roger y yo solos.

Necesito que Raymond vuelva pronto.

—¿Quieres beber algo, Lola? —pregunta Roger.

Niego con mi cabeza.

—No, gracias. Raymond ya me traerá algo, no sé por qué se tarda tanto.

Veo como hace una mueca de disgusto.

—¿Quieres comer algo?

—No, Roger.

Escucho como suspira.

—No me voy a cansar de llegar a ti de nuevo, Rubia —dice levantándose, hace un asentimiento y se retira de la mesa.

Siento un apretón en el pecho por su ausencia. Debo aclarar mi mente para poder saber si puedo confiar de nuevo en él, si puedo entregarle mi corazón. Es el padre de mi hijo o hija, él siempre estará en mi vida... Solo que no sé si de esa manera como tanto anhelamos los dos.

No sé si pueda creerle otra vez, tengo miedo a confiar, a amarlo sin pensar, sin dudar, sin temer al engaño. Es muy difícil, pero lo que sí sé es que no estar con él me quema por dentro, me hace añorarlo cada vez más cuando nos vemos.

Trato de ocupar mi mente en otra cosa que no sea Roger Butler, veo el lugar y está muy bien decorado, hay parejas bailando en el centro de la pista, la música es suave. Unos minutos después de que Roger se fuera y yo estuviera viendo a mi alrededor, Raymond llega con una chica que podría confundirse con una modelo por su belleza, aunque sea un poco bajita de estatura.

—Lola. —Me llama Raymond.

—Te has tardado —le digo.

—Sí, lo lamento —responde haciéndome señas con sus ojos indicándome que esta es la chica que me ha hablado anteriormente —. Te presentaré a una *amiga*.

La chica morena da unos pasos delante de él y se presenta ella misma.

—No me tienes que presentar, yo lo puedo hacer, Ray —dice con una sonrisa que ilumina el lugar, noto que se le marcan los hoyuelos en sus mejillas. Se ve hasta adorable—. Soy Mayra Smith, mucho gusto.

Me rio internamente porque veo que ella no es de dejar que un hombre tenga que presentarla, sino que ella misma lo hace imponiéndose. Me agrada.

Extiendo mi mano para estrecharla con la suya.

—Mucho gusto, yo soy Lola Walts —me presento—. También soy amiga de Raymond.

Ella sonríe con sus labios cerrados. Me parece una chica adorable, pero tiene un poco de malicia en sus ojos. No me decido si confiar del todo en ella.

—Bueno, ya que se presentaron, podemos sentarnos a hablar un rato. ¿No les parece? —Nos pregunta Raymond—. Toma, Lola.

Raymond me entrega mi bebida.

—Luché para que lo hicieran sin alcohol —dice exasperado.

Sonrío.

—Gracias, Ray.

Mayra nos mira a ambos, duda en si sentarse a conversar con nosotros, pero termina haciéndolo a un lado de Raymond. Ahora mi amigo está en el medio de nosotras dos. Hablamos sobre trivialidades, sobre cómo se estaba dando la ceremonia y esas cosas. Me contó que era dueña de una de las empresas socias de *Sunshine*, me sorprendí mucho sobre eso, porque no la vi en el congreso de empresas en California.

—Es nueva, pero nos está yendo muy bien y nos estamos dando a conocer —fue lo que respondió al comentarle que no la había visto esa vez en el congreso.

—Con razón —respondo.

Estuvimos un buen rato hablando, me inquietaba la idea de que Roger no había vuelto a la mesa. Me disculpo ante los presentes y me dirijo al baño. Tenía ganas de orinar, el coctel de frutas estaba delicioso. Fue como tomar jugo en una ceremonia formal.

Llego al baño, hago mi necesidad fisiológica, lavo mis manos y chequeo mi aspecto en el gran espejo. Si no estuviera embarazada, podría lucir como la vez pasada que bebí muchas copas de *Champagne* y me veía sonrojada y con mirada brillosa. Sonrío, era divertido lucir así, porque daba la impresión de que estuviera excitada o que tuve relaciones con alguien. ¡Algo muy peculiar! Salgo del baño, tengo un poco de hambre, así que me dirijo hasta la mesa de bocadillos.

Se ven deliciosos. Trato de elegir varios tipos de bocadillos en un plato, últimamente me da más hambre de lo normal, pero a veces termino vomitando lo que como. No es para nada divertido.

—No sabía que te gustaban los bocadillos de dulce de leche —murmura una voz muy conocida detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Roger sonreír.

Pienso que debería bajar algunos niveles de malhumor hacia él y hablar tranquilamente. Dejar de ser un poco áspera.

—Sí, me gustan mucho —contesto esbozando una sonrisa.

—Me gusta cuando sonríes.

Dejo de sonreír por su comentario. Muerdo mi labio inferior con nerviosismo.

—No dejes de sonreír, cariño. No dejes que nadie te quite esa hermosa sonrisa.

Me quedo en silencio mirándole por unos segundos.

—¿Te estás divirtiendo? —cuestiona tomando uno de los bocadillos de la mesa, pero el de él es de chocolate—. No volví a la mesa para no incomodarte. Porque ahora me ves como una enfermedad y huyes de mí.

—No es cierto —replico.

—Sí lo haces, bella.

Bajo mi mirada. Tomo uno de los bocadillos y lo llevo hacia mi boca ignorando ese hecho que es cierto. Pruebo el dulce. Está delicioso. Gimo por la sensación de placer que siente el dulce de leche en mi boca.

Roger se ríe.

—Eso se escucha muy bien...

Mis mejillas se sonrojan inmediatamente, trago el bocadillo y comienzo a reír también.

—Se escuchó mal —digo carcajeándome.

Esto se siente bien, reírse con él, siendo amables. Odio estar evadiéndolo, ignorándolo, pero mi orgullo hace que me comporte así. Lo extraño, sí. Pero no puedo estar con él, mi corazón no ha sanado su engaño.

Dejamos de reírnos, me excuso diciendo que iré a la mesa donde está Raymond.

—Sí, entiendo. Eres muy amiga de Raymond —dice llevando sus manos dentro de sus bolsillos del pantalón. Su pose lo hace lucir más joven—. ¿O son algo más?

Sus cejas están fruncidas y me mira expectante a mi respuesta. ¿Por qué no solo puede ignorar ese tema? ¿Son celos?

El ambiente se vuelve silencioso entre nosotros, a pesar de que la música está alta. Es un ambiente tenso esperando una respuesta que es muy evidente pero que él necesita una confirmación.

—Eso no es tu asunto, pero sí somos buenos amigos —respondo —. Si me permites, iré a ver dónde está Ray.

Camino alejándome de él, pero siento como me atrae hacia su cuerpo. Nuestros pechos se tocan. Su respiración es acelerada, su mandíbula es tensa, su pecho sube y baja.

—Me dan celos y molestia que siempre estés con él, Lola.

Su confesión me sorprende. Trato de alejarme, pero él me sostiene con sus largos brazos.

—¿Por qué tendrías celos de tu hermano? —Niego con la cabeza.

—No te quiero perder, Rubia —confiesa.

—Eso lo hubieses pensado antes cuando me mentías cada vez que te preguntaba si estabas con alguien.

Su mirada se muestra arrepentimiento, el mismo brillo de siempre, pero con algo de nostalgia. Baja su mirada con vergüenza.

—Sé que no lo vas a olvidar, pero estoy intentado todo para tenerte, Lola.

—No es suficiente...

Su rostro se acerca al mío, estamos a centímetros de distancia de que nuestras bocas se toquen.

—Déjame amarte, demostrarte quien soy, enamorarte...

Sus palabras me están afectando, se me ha formado el nudo en la garganta y mi visión se nubla.

—Roger... No es fácil para mí. —Tomo fuerza y me separo de él. Retrocedo varios pasos—. Deja de hacer esto, sino me voy a molestar de verdad.

Esas son mis últimas palabras, camino rápidamente hasta donde Raymond está, al llegar a la mesa, la morena y él están hablando muy cerca. Carraspeo y me disculpo por interrumpir.

—Quiero irme, Raymond —le informo, tomo mi cartera que la había dejado en la mesa a cuidado de mi amigo—. Ya.

Raymond arruga su frente, pregunta el por qué tan rápido, pero luego acepta al ver que le doy una mirada seria. Entiende que realmente quiero irme. Se despide de Mayra y camina conmigo hasta el estacionamiento.

—¿Es por mi hermano, cierto? —cuestiona.

Me mantengo en silencio, llegamos al auto, él lo desbloquea y abro la puerta del copiloto, entro y cierro la puerta. Veo como Ray niega con su cabeza y entra también al auto.

—Estás dejando que todo sobre él te afecte más de la cuenta —comienza a decir—. Pero lo que no te afecta es el hecho de no decirle la verdad, y eso está mal, Lola.

Lo miro mientras habla. Juego con mis manos.

—Entiéndeme, no es fácil —contesto, encogiéndome de hombros.



Ha transcurrido una semana desde la ceremonia, esa noche Ray se volvió distante porque no le termino de decir a Roger sobre el bebé. Leslie se comportó muy bien en casa, estuvo haciendo sus tareas y viendo videos de baile por lo que dijo al día siguiente porque cuando llegué estaba dormida.

Es miércoles y el día ha estado lluvioso, Seattle se ha vuelto más frío de lo que es, ha llovido mucho últimamente. Menos mal que tomo mis vitaminas porque fácilmente me hubiese resfriado.

Estoy haciendo la contabilidad de la semana, pero me ha estado sacando canas verdes porque no cuadran algunas cosas, debo hablar con Laura sobre esto o con Donovan. Hay una pequeña perdida de capital en una venta de la semana pasada. Me extraña eso. Bebo un sorbo de mi chocolate caliente mientras tecleo algunos números.

La puerta de la oficina se abre y entra Laura abotonada hasta el cuello con su chaqueta de cuero blanca, me observa y me sonríe ladeadamente. Me sorprendo, ella no había tenido ningún gesto amable hacia mí desde hace un tiempo.

—Buenos días —anuncia acomodándose en su escritorio.

Saludo de vuelta un poco extrañada.

—Buen día.

Ella se me queda mirando algunos segundos, saca algo de su cartera y camina hacia mí. Termino de beber mi chocolate caliente.

—Quería hablar contigo.

Asiento lentamente.

—Tú dirás.

—Quería disculparme por mi actitud estos meses —comienza a decir, veo como sus dedos se mueven mucho junto con el paquete que lleva en las manos—. Fui una mala amiga, lo sé. Lo siento mucho.

—Laura.

—No, perdóname por comportarme así, no debí haberte dicho todas esas cosas. Alguien me hizo dar cuenta lo valiosa que eres, tu valiosa amistad. Siempre me apoyas, me ayudas y en el momento que tú me necesitaste, yo no estuve para ti. Lo siento mucho, Lola. Me comporté infantil y ya estoy grande para no haberme dado cuenta de que estaba haciendo mal. Solo dejé que mis molestias personales se drenaran contigo.

Su voz se quiebra y sus ojos se cristalizan. Mis ojos también se humedecen. Porque demonios, la necesité. Necesité a una amiga al principio de todo esto del embarazo, a alguien que me diera su hombro para llorar por saber que el hombre que amo me mintió.

Me quedo en silencio sin saber qué responder ante su confesión.

—Toma, es un obsequio de disculpas, son las galletas que te gustan.

Esbozo una pequeña sonrisa.

—No hagas que tus problemas personales afecten a los demás, si necesitas ayuda, búscala. No vayas por ahí haciendo sentir mal a alguien más, por cosas que no son parte de ellos —respondo tomando el obsequio con galletas dentro. Ella baja su cabeza avergonzada—. ¿Prometes no volver a comportarte como una perra sin sentimientos?

—Lo lamento mucho, no lo haré de nuevo. Lo prometo. Extraño a mi amiga.

Me siento un poco renuente ante sus disculpas, pero estoy cansada de estar enojada con todos, quiero tener a Laura de nuevo en mi vida. Es lo más cercano a una amiga que tengo.

—Yo también te extraño —respondo, me levanto de mi asiento y me acerco a ella para abrazarla. Ella me abraza fuertemente—. Eres muy tonta.

Laura se ríe mientras emite un sollozo.

—Lo sé, lo siento, Lola.

Sobo su espalda, dándole un último apretón.

—Todo está bien, olvidaré que fuiste una perra egoísta lastima sentimientos.

—¡Lola!

Me rio.

—Lo siento, pero tengo que hacerte saber cómo fuiste esos días.



Desde el día que Laura se disculpó conmigo, nos hemos estado llevando bien de nuevo. Ella me explicó por qué había sido tan insensata ante todo, mencionó sus problemas familiares, su baja autoestima en donde pensaba que yo era mejor que ella por haber obtenido el viaje a California. Fueron horas hablando en un cafetín, ella lloró, se lamentó por todo.

La aconsejé sobre que busque ayuda para que se sienta mejor, que contáctate con algún psicólogo que la ayude a aumentar su

autoestima y para que pueda sobrellevar el estrés del trabajo, así como el estrés que genera cuidar a su padre, preocuparse por su salud.

Ella es una buena amiga, solamente que no tiene todo muy claro en su vida. Problemas que la hacen tomar malas decisiones. Pero confío en que pronto se sentirá mejor, será mejor y podrá sobrellevar todo a su paso.

Las semanas están volando, ya hoy cumplo doce semanas de embarazo, lo que se calcula como tres meses. La cita con el obstetra es esta tarde, estoy ansiosa de poder ver a mi bebé y saber cómo está. A pesar de toda la emoción, estoy un poco abrumada por el hecho de que Roger no estará hoy tampoco, pero es mi culpa por no decirle. Me estoy comportando como una malcriada, estoy haciendo lo mismo que él me hizo: ocultarle la verdad.

Sacudo mi cabeza para aclarar mi mente. Pienso en qué momento le voy a decir sobre esto.

—¿Tienes la consulta con tu obstetra esta tarde? —pregunta Laura. Ella ha estado muy pendiente de mí, unos días atrás me ha regalado unos calcetines de color amarillo para el bebé. Es su primer regalo. El día que me lo entregó, unas lágrimas se deslizaron por mis mejillas de la emoción. Estuve muy feliz ese día.

Asiento sonriendo.

—Sí. Estoy nerviosa, pero emocionada.

—Debe ser bonito saber que tienes a una pequeña personita dentro de ti que te amará mucho.

—Es algo extraño, pero es una sensación maravillosa, a pesar de los vómitos mañaneros y que siempre tenga sueño —digo riéndome.

—¿No piensas decirle al jefe? Pronto se empezará a notar más, Lola.

Tenso mi mandíbula.

—Pronto le diré.

Laura emite una mueca y vuelve a concentrarse en la pantalla de su computadora.

El día avanzó sin ningún problema. Ahora estoy en la puerta del hospital en dirección al consultorio de mi obstetra. Una vez allí, me

siento a esperar por mi turno, cuando me llaman, me levanto y entro a ver cómo está mi bebé.

El médico me dijo que estaba todo bien, ya tenía doce semanas y que quizás en la próxima consulta posiblemente sabríamos el sexo del bebé. Eso me sorprendió mucho porque es muy pronto. Cuando me estaba mostrando al bebé en la pantalla del televisor, se veía más grande que la vez pasada, ya tenía aspecto de un humano, su cabeza era un poco más grande que su cuerpo, vi cómo se estiraba y llevaba sus manos hasta su cara.

Estaba hecha un mar de lágrimas. Mi pequeño o pequeña estaba creciendo tan rápido que no lo podía creer. También le comenté sobre el cansancio que tenía, las bajas de presión, los mareos constantes. Me dijo que podía tener la hemoglobina baja y es por eso que me recetó hierro, pero también me indicó que tenía que estar emocionalmente bien para evitar subidas de la presión arterial durante el embarazo. Escuché todos sus consejos y recomendaciones para llevar un embarazo óptimo y que todo estuviera bien.

La consulta se terminó, le agradecí al obstetra y salí del consultorio. Voy camino hacia la salida, pero algo en mí quiere ir a saludar a Marie y ver cómo está. Raymond me ha contado que ha estado muy decaída estas semanas. No sé por qué me preocupo por ella, pero lo hago. Es tan extraño.

Inconscientemente, ya voy camino hacia su habitación, todavía recuerdo donde está, espero que cuando toque la puerta no conseguirme con Roger, porque sería un momento muy incómodo que no quisiera explicar el por qué estoy aquí.

Doy unos golpecitos a la puerta, escucho unos pasos antes de que la abran. Lo primero que veo es a una señora arrugando su frente al momento de verme.

—Hola, señora, ¿Puedo pasar a ver a Marie? —pregunto.

—Señorita, ¿Es amiga de ella?

—Algo así. Solo quería pasar a saludar.

—¿Quién es, mamá? —Escucho la voz de Marie.

La señora se voltea unos momentos, luego vuelve su mirada a mí.

—Soy Lola Walts.

Su madre le menciona mi nombre y Marie responde—: Deja que entre, mamá.

La señora me sonríe forzadamente y me deja entrar a la habitación.

—Permiso —comento, mientras me dirijo hasta Marie.

—Déjanos un momento a solas, mamá.

La señora refunfuñe, pero acepta el pedido de su hija. Se retira y nos deja a nosotras solas en la habitación.

—Hola, Lola. ¿Qué te trae por aquí? —Musita con un poco de desgaste en su voz. Sus ojeras son marcadas al igual que su palidez.

—Yo... quería saludarte —digo esbozando una sonrisa tímida—. Andaba por aquí y vine hasta tu habitación.

Observo que lleva una cánula nasal con oxígeno. Hoy no está maquillada como el día que nos reunimos, hoy es solamente ella y su imagen de una persona enferma.

Marie se me queda mirando por unos momentos, hace una mueca de dolor y lleva su mano hacia su cabeza.

—¿Te duele mucho?

Asiente.

—Así es todos los días... el dolor nunca se va, así me suministren muchos analgésicos —comenta—. Cuéntame, ¿Qué hay de nuevo entre Lola y Roger?

Es tan extraño que me pregunte eso, pero igualmente respondo.

—Nada... sigo sin darle la oportunidad que pide.

Ella niega con su cabeza.

—Deja que entre a tu vida, Lola.

—Es muy difícil.

Marie dirige su mirada a mis manos, la carpeta con la imagen de la ecografía se vislumbra. Veo como ella abre sus ojos con sorpresa, su boca está emitiendo una pequeña "o".

—¿Estás... embarazada? —cuestiona levantando su mirada hacia mí, luego la baja hasta mi abdomen, el pequeño bulto se puede observar más, además por mi delgadez se nota mucho a diferencia de hace semanas atrás.

Trago saliva, mis manos comienzan a sudar y mi respiración se ralentiza.

En un acto reflejo quito de su mirada la carpeta.

—Responde, Lola.

¿Le digo o le miento? ¡Maldita sea, no quiero mentirle, pero no quiero hacerle daño!

Bajo mi mirada hasta mis manos, vuelvo a subirla y le respondo:

—Sí, tengo tres meses de embarazo —digo confirmando su inquietud.

Marie lleva su mano hasta su boca, mientras hace un sonido de sorpresa. Los segundos pasan y ninguna de las dos emite alguna palabra.

Esto es muy incómodo, pero se siente bien contarle a alguien más sobre mi bebé, pero se siente mal que sea a la ex prometida de su papá.

Capítulo VII
Lola

El silencio reina en la habitación, Marie tiene sus ojos humedecidos, yo igual. Ninguna de las dos dice algo, yo solo quiero irme ya. Este momento es muy incómodo para las dos.

Marie rompe el silencio y comenta:

—No lo puedo creer... —Veo como sonríe de oreja a oreja—. ¡Roger se va a vol...ver lo...co!

¿Loco? ¿Eso es malo o bueno?

—Él no lo sabe, no se lo he dicho aún.

—¡Tienes que de-cirle! Él toda su vida ha que-rido un hijo, Lola —dice con nostalgia, se le ha trabado la lengua al hablar—. Oh por Dios, estoy anonada-da.

Esbozo una sonrisa forzada.

—¿No estás molesta, triste, enojada por esto? Fue cuando... tú y él estaban juntos.

Marie rueda sus ojos y me da una mala mirada.

—Te dije que olvidáramos eso —refunfuña—. Este bebé es una ben-di-ción. Él será el mejor papá de todos. Te ama, Lola, y amará a este bebé con su propia vida.

Sus palabras llegan hasta lo más profundo de mi alma. Lágrimas se deslizan por mis mejillas.

Ella es tan buena.

—Quiero tanto eso... que lo quiera mucho y lo acepte.

La pelinegra ladea una sonrisa.

—Roger lo hará, créeme.

En este momento me he dado cuenta que ella merecía más de esta vida; merecía amor, salud y una vida llena de alegría. Es impresionante la manera de cómo está llevando esta noticia, que esté feliz por su amigo, que esté feliz por nuestro bebé. Es increíble.

—Prométeme que dejarás que él entre en sus vi-das, no puedes quitar-le ese derecho de ser pa-pá.

Sacudo mi cabeza. Escucharla tartamudear me hace sentir un poco incómoda. Estoy tan preocupada por ella.

—Prometo que le diré y que nos llevaremos bien.

Ella asiente.

Poco a poco veo cómo se acomoda en su cama, sus ojos se van cerrando hasta que se queda dormida sin darse cuenta. Supongo que serán muy fuertes los medicamentos que le suministran. Me despido, aunque ella no me escuche y salgo de la habitación.

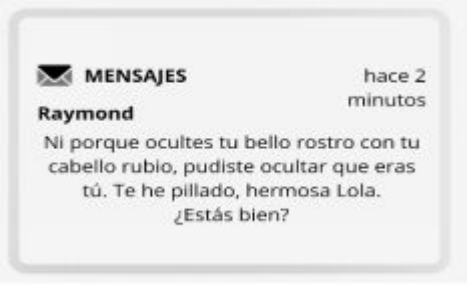
Espero no encontrarme a su madre. Anteriormente, me miró de mala gana y no quería que yo hablara con su hija. Puedo imaginar la preocupación que la embarga, pero no entiendo su actitud.

Ni siquiera me conoce.

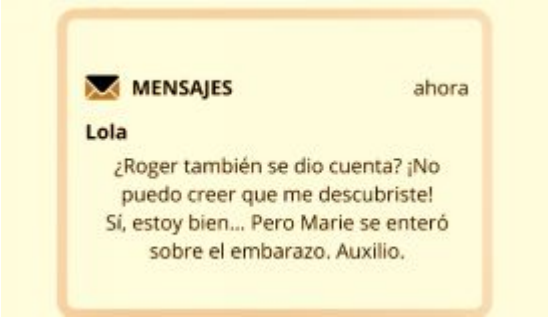
Miro por todos lados y no hay nadie en el pasillo. Camino rápidamente hasta el elevador, mientras espero que llegue escucho cerca la voz de Roger, me paralizo. Trato de acomodar mi cabello para que no se pueda ver mi rostro. El elevador abre sus puertas y entro sin darme la vuelta hasta que se cierra. Antes de que las compuertas se cerraran, pude visualizar a Roger caminar junto a Raymond hacia la habitación de Marie.

Suspiro de alivio cuando el elevador comienza a descender hasta planta baja, estuve muy cerca de que me vieran. Mi teléfono suena notificando un mensaje, mientras espero que esto se detenga en recepción y, así poder irme, saco el móvil de mi bolso y chequeo el mensaje.

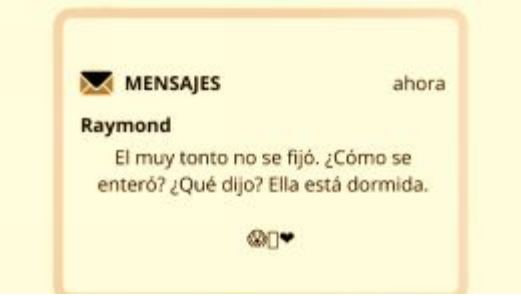
Me extraña ver que es Raymond.



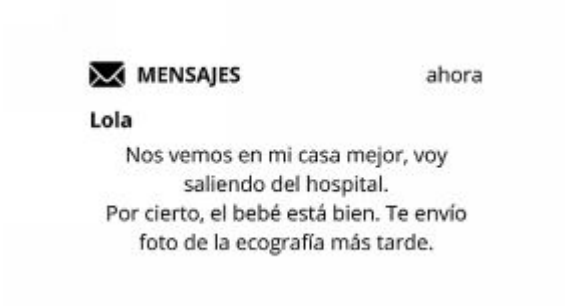
Me sorprendo porque él se dio cuenta de mi presencia. ¿Su hermano también? Tecleo rápidamente una respuesta.



El elevador se detiene en planta baja, salgo del mismo y una vez en la entrada del hospital llega la respuesta de Raymond.



Luego de su mensaje, comienzan a llegar emoticones con cara asustada, en interrogante y también envía un corazón.



Envío el mensaje y salgo del establecimiento.

Cuando llegué al apartamento, Leslie ya había llegado de clases, estuvimos horneando galletas mientras le mostraba la ecografía del bebé y le informaba cómo iba todo. Ella se mostró muy emocionada y feliz. Algunas veces me acordaba de lo sucedido con Marie, la manera en que se enteró. Pienso en que debo decirle a Roger lo más pronto posible, estoy cansada de ocultárselo. No creo que ella le diga.

Pasaron las horas y esperé a que Raymond llegara, pero él no lo hizo. Me extrañó mucho porque no avisó que no vendría. Lo llamé, pero él no contestó.

Me quedé dormida luego de leer un rato, Laura me había prestado un libro de romance que me había enganchado con pocos capítulos. Al día siguiente me desperté porque tuve ganas de vomitar, así que corrí al baño. Fue un despertar ya común, pero que todavía no me acostumbraba del todo.

Luego de eso me arreglé para ir a la oficina, pero primero preparé el desayuno para Leslie y para mí, hablamos un poco mientras comíamos. Ella se vistió, se despidió y fue a esperar el autobús escolar. Tomé mis vitaminas con jugo de naranja, era mi favorito por las mañanas. Cuando iba a salir del apartamento, mi teléfono comenzó a sonar.

Visualizo la pantalla y veo que Raymond me está llamando. Contesto al instante.

—¡Buenos días, Casanova! —Saludo con alegría de que me llamara. Estaba realmente preocupada por él.

Escucho gimoteos, ¿él está llorando?

—¿Qué ocurre, Ray? —pregunto, asustada de su respuesta. Él nunca llora. Esto es una primera vez.

—Oh Lola... —murmura en un susurro, luego solloza de nuevo—. Marie... ha fallecido.

Mi cuerpo se ha congelado ante sus palabras, me he quedado estática, las llaves del apartamento que tenía en las manos se han caído al suelo y llevo mi mano hasta mi boca.

—¿Qué?

Raymond comienza a llorar.

—Ella se ha ido, Lola.

En mi mente pasan todos los pensamientos posibles, Marie ha muerto... Roger debe estar devastado, igual o peor que Raymond. Mis mejillas se empapan de lágrimas. Busco sentarme en el mueble de la sala. Apoyo mis codos en mis rodillas, mientras escucho a Ray por el otro lado de la llamada.

—¿Roger? —pregunto con miedo.

—Él... está muy mal, por todo.

Mi corazón se parte en dos al saber que él está sufriendo la pérdida de su mejor amiga, de la mujer que lo amó toda su vida.

Es demasiado triste.



Roger

Raymond y yo llegamos hace unos minutos a visitar a Marie, ella está durmiendo. Su madre ha llegado hace unos segundos con agua y café. Se sorprende un poco al vernos, nos saluda y se sienta en unos de los muebles de la habitación. Le pregunta algo a Raymond, pero veo como niega con su cabeza. No le presto mucha atención.

Mi hermano se sienta en el mueble contiguo mientras que yo estoy posicionado a un lado de mi amiga.

Ella está pálida, sus labios están resecos, ojeras se notan debajo de sus ojos y está más delgada de lo que ella es. Recuerdos de nuestra adolescencia llegan a mi mente, momentos donde ella se reía de mis bromas, hacía travesuras conmigo y me aconsejaba cuando una chica me rechazaba.

Pareciera que fuera ayer, y no hace años.

—Ella dijo que yo no le gustaba —le cuento a mi amiga Marie, el hecho de que la chica de décimo grado me rechazó. Ella se rio diciendo un «te lo dije». Marie me había advertido que ella diría que no porque es dos años mayor que nosotros.

—Está ciega, tú eres todo un partidazo y ella no aprovechó. No te lamentes por ello, hay muchas chicas que quisieran estar contigo… —dice mirando sus uñas y luego sube su mirada a mí, sonríe tímidamente.

—Tienes razón, hay muchas chicas en el mundo. No voy a llorar por ella.

Mi amiga se comienza a reír.

—Como si fueras a llorar —dice poniendo los ojos en blanco.

—Me conoces bien. —La atraigo hasta a mí, la abrazo y despeino su cabello.

— ¡Hey! Soy tú mejor amiga, obvio que te conozco.

—Y yo te conozco a ti.

El nudo en mi garganta hace su aparición, los recuerdos de los buenos momentos siempre abordan mi mente, me hacen anhelar esos días donde solo nos divertíamos y éramos felices siendo los mejores amigos, que volvían de la escuela y comían helado con galletas.

Llevo mi mano a la suya, la sujeto y le doy un apretón. Se siente fría, siempre dije que ella tenía manos muy delicadas, suaves y hacían magia con ellas. Marie era buena en las manualidades, llenaba mi cuarto de regalos hechos por ella.

Dos horas más tarde, Marie se despierta, nos mira y sonríe.

—Ustedes, idiotas. ¿Qué hacen aquí? Yo no los llamé.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío.

—¿Tenemos que avisarte cuando vengamos o esperar que nos llames? —digo enarcando mis cejas.

—Sí —responde—. Soy como el presidente de Estados Unidos... importante.

Raymond y yo nos carcajeamos de su comentario. Tiene razón, ella es importante en nuestras vidas.

— ¿Cómo te sientes, *Amor*? —pregunto, llamándola por su apodo y acariciando su mano.

La comisura izquierda de su boca se eleva, me sonríe, en su mirada se ve algo más. Pero ella sonríe con picardía como si supiera algo que yo no.

—Me duele la cabeza de nuevo y tengo mucho frío.

Llevo mi mano hasta su frente, no me había dado cuenta, pero está ardiendo en fiebre. Me asusto y alerto a las enfermeras de una vez. La habitación se llena en segundos, entre el médico de guardia, enfermeras que le suministran el tratamiento a mi amiga y nosotros que nos negamos a salir; el lugar se siente pequeño.

—Ella debe descansar, está empeorando su situación... Debemos hacerle una tomografía computarizada para chequear el tumor en su cabeza. Por favor, salgan unas horas de la habitación, por el bien de ella —nos informa el médico que debe de estar en sus cuarentas.

A regañadientes asentimos a su petición. Mis manos comienzan a sudar, mi corazón se acelera por la preocupación que estoy sintiendo y el miedo es latente. Raymond me da un apretón en el hombro, él también luce nervioso y preocupado. La madre de Marie llora, escucho que hace plegarias al Cielo por un milagro. Yo solo quiero llorar, abrazarla y decirle que todo estará bien, aunque sienta que no lo estará.

No quiero perderla, ella ha estado conmigo desde siempre. Desde que éramos casi unos niños. Dejarla ir, es dejar ir un pedazo de mi corazón con ella. Marie no merecía todo este sufrimiento, todo este dolor que está atravesando. Luchar con la muerte es algo que las personas no deberían experimentar, menos ella.

Las horas pasan lentas esperando a que ella despierte, Raymond y yo estamos sentados afuera de la habitación. Susanne, la madre de Marie, está adentro viendo si ella despertó, pero no sale desde

hace unos minutos. Ya es pasada medianoche, no hemos comido nada, solo bebimos café del cafetín del hospital. Mi estómago no recibe nada de comida. Ray ha estado revisando su teléfono constantemente. Quisiera escribirle a mi Rubia para contarle lo que está pasando, pero nuestra relación no está bien.

Me enoja saber que me ignora, que ha bloqueado mi número, no responde mis llamadas ni mensajes. No sé qué más hacer para atraerla a mí. Cuánto la extraño, quisiera tanto un abrazo de ella en estos momentos.

—¿Crees que ella estará bien? —cuestiona Raymond sentándose a mi lado. Subo la vista hacia él.

—Realmente no lo sé, no quiero que sufra más.

—Hermano, eso quiere decir que...

—Shhh...—siseo—. No lo digas. Pensar en ello duele demasiado.

Veo como sus ojos se humedecen y baja su mirada. Llevo una mano a su hombro. Juntos nos consolamos. Recuerdo cuando él me confesó que le gustaba Marie hace algunos años atrás, cuando comenzábamos la universidad.

—Nunca indagué en su relación... pero ustedes tuvieron algo, ¿cierto? —pregunto.

Él se queda en silencio mirando un punto en el suelo.

—Yo la amo, Roger. —Confiesa. Sus palabras me sorprenden, no esperé que me dijera eso—. Ya no de esa manera, ahora es una gran amiga para mí. Pero en ese momento estaba muy enamorado de ella.

Tenso mi mandíbula. Suspiro con pesadez. Debo aceptar esto, pasó hace mucho tiempo, me molesta un poco porque no me enteré de ello. Recuerdo una vez que salieron de fiesta y se embriagaron, pero nunca hablaron sobre ese encuentro.

—Tú y ella...

—Sí —confirma. Su rostro se sonroja un poco—. Pero solo una vez. Ella siempre ha estado enamorada de ti.

Sus palabras me atraviesan el alma, es cierto. Marie siempre tuvo este enamoramiento por mí desde la secundaria, y odio no haberme enamorado de ella. Es una mujer maravillosa que merece un amor bonito, un amor correspondido.

—Deberíamos ver si despertó, Susanne no ha salido aún —dice Raymond levantándose de su puesto dado por sentado la conversación. Debo admitir que es algo incómodo de hablar.

Asiento hacia él. Me levanto también de mi puesto. Juntos caminamos hasta la habitación, tocamos la puerta y nos adentramos esperando ver a una Marie recuperada.

No es así.

Ella está temblando, luce aún más pálida que hace unas horas y está llorando.

Corro hacia ella, observo su rostro, sus mejillas están sonrojadas, hay lágrimas deslizándose por ellas, y tiene los ojos humedecidos.

—Marie... —susurro.

—Hey —responde también en un susurro.

—¿Llamamos al doctor? Dime, hago todo por ti —digo volteándome para ir hasta la puerta y llamar a un médico. Ella sujeta mi mano.

—No... ya me han colo-cado todo tipo de analgé-sico, ya se me pa-sará.

Su lengua se traba un poco al hablar. Es uno de los síntomas que le causa su tumor cerebral. Algunas veces se le pronuncia más que otras.

Hago un asentimiento. Ella dibuja una pequeña sonrisa en su rostro.

Ella es fuerte.

—¿Quieres agua, preciosa? —inquiere Raymond sonriendo. Él disimula más que yo la preocupación que nos está asfixiando. La angustia se marca en nuestros rostros, pero en este momento, él lo está haciendo mejor que yo.

Mi amiga asiente.

—Sí, Ray. Un po-co, por fa-vor.

—Iré a pedirle a las enfermeras que me den una jarra de agua, ya vengo —musita Susanne saliendo de la habitación.

—Quería hablar con uste-des —murmura mi amiga.

—¿Sobre? —pregunta Ray.

Traga saliva. Toma una bocanada de aire, emite muecas de dolor. El temblor no ha cesado.

—Sé que me... queda poco tiempo.

Niego con mi cabeza.

—No vayamos ahí, Amor —digo. Mi vista se nubla. Necesito ser fuerte por ella, por todos.

—Roro... déjame hablar. Es el momento.

La observo, no he dejado en ningún momento su mano y ella la toma fuertemente, como si con ello buscara una fortaleza de donde aferrarse. Su dolor a mí me duele, su miedo atraviesa mi alma también.

—Quiero hablar con los dos, pero por sepa-rado…

Raymond y yo nos miramos, luego asentimos. Él comienza a salir de la habitación. Marie se comienza a reír.

—Hey, idiota número dos. ¿A dónde es-tás yen-do? —dice riendo —. Eres el primero.

Raymond se carcajea, regresa a nosotros.

—El siempre es el primero, ¿por qué ahora yo sí lo soy? —Alza sus cejas.

—Porque sí —dice Marie encogiéndose de hombros. Esboza una sonrisa ladeada hacia mí—. Tú vienes des-pués, te veo en unos minutos. No... llores, todavía estoy aquí.

El nudo en mi garganta se afianza en su lugar. Sacudo mi cabeza, le doy un apretón a su mano y salgo. Antes de cerrar la puerta ella alza un poco su voz con dificultad y dice:

—Dile a mamá que entre cuan-do yo le diga.

Sonrío al escuchar su petición, hago una seña con mi brazo alzado y cierro la puerta detrás de mí. Su madre se dirige hasta aquí con la jarra con agua, le informo el pedido de Marie. Gruñe en disgusto, pero termina aceptando lo que su hija ha dicho. Ahora está sentada a varios puestos de mí y habla por teléfono sollozando.

Es una imagen dura de ver, ninguna madre quiere ver como su hija muere por alguna enfermedad que la ha hecho sufrir desde hace tiempo. No sabemos qué ocurrirá en horas, días, semanas. Solo no quiero que ella sufra más, quiero que mejore, aunque los pronósticos no sean favorables. Estoy molesto con la vida. Hay personas en el mundo que hacen tanto daño y están bien, pero esas

personas que son buenas, que no merecen ningún sufrimiento, son los primeros que les ocurren estas desgracias.

Transcurren los minutos y Raymond no sale de la habitación, me desespera un poco. Quiero pasar tiempo con mi mejor amiga, quiero hablar con ella.

Duele pensar en lo peor.

Paso mis manos por mi cabello, luego por mi rostro. Saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón, tengo varios mensajes de mi madre. Más temprano le avisé del estado de Marie, ella sugirió venir a apoyar a Susanne, pero tuvo un inconveniente y no pudo venir. Supongo que ya ha hablado con ella. Chequeo los correos, pero sin abrir uno en específico. Tengo que decirles a mis asistentes que revisen todo esto y luego me den un resumen. Ahora no tengo cabeza para el trabajo.

Pienso en Lola inmediatamente, me pregunto qué estará haciendo. Le echo mucho de menos. A pesar de que tengo agregado el número de Leslie, no me atrevo a llamar a esta hora. Es pasada la una de la mañana, es muy tarde.

La puerta de la habitación se abre, Raymond sale de ella con los ojos llorosos. Ladea una sonrisa y camina hasta el elevador. Arrugo mi frente ante su ida. ¿A dónde va?

—¡Raymond! —Lo llamo, él voltea—. ¿A dónde vas? ¿Qué pasó?

Él niega con su cabeza.

—Necesito aire, Roro. Saldré un momento —Las puertas del elevador se abren y él entra en la caja metálica—, ella te espera.

Me levanto de mi puesto y camino hasta su habitación. Susanne murmura algo, pero no escucho bien lo que dice.

Entro en la habitación, Marie gime de dolor, pero sonríe al verme. Ella se está haciendo la fuerte, pero sé que está sufriendo. Mi corazón se arruga.

—Amor.

—Roro —canturrea.

Nos reímos.

Veo que la silla está puesta a un lado de la cama, ella me hace señas para que me siente. Hago lo que me pide.

—Así que... —comienzo a decir—. ¿Qué me querías decir?

—¿Por qué siem-pre tienes que ser tan direc-to? —Su lengua se sigue trabando.

—A veces hay que serlo, ¿no crees?

—Me siento muy mal, Roro —dice decaída con voz temblorosa, una lágrima se escapa de su ojo. La limpio con mis dedos.

Esto es tan difícil.

—Tú eres fuerte —respondo—. Puedes con esto, vamos Marie.

Ella solloza. Siento ganas de llorar. Marie niega con su cabeza.

—No quiero más dolor, Roger —dice hipeando—. Esto es horrible.

Me levanto y la abrazo, sus lágrimas caen en mi hombro. Algunas lágrimas se me escapan y no puedo retenerlas. Los dos lloramos abrazados. Si ella se va... mi vida no será igual. La extrañaré demasiado.

—Shhh... —digo calmándola—. Todo estará bien.

Me separo de ella, limpio mis lágrimas, al igual que las de mi amiga. Marie hace una mueca con sus labios.

—Eso quisiera, pero los pronós-ticos no están a mi fa-vor, Roger.

Maldita sea, quiero hacer cualquier cosa para que ella mejore y se sienta bien.

—Te amo mucho, mejor amiga. —Esbozo una sonrisa sincera. Realmente la amo.

Ella sonríe de vuelta.

—Y yo a ti, eres el mejor amigo que pude haber pedido a la vida.

Nos miramos sonriéndonos.

—No dejes ir a Lola —dice de pronto. Yo me sorprendo.

Recuerdo la vez que le confesé todo sobre mi relación con Lola. Ella solo dijo que ya lo sabía, que le dolía saber que yo me había enamorado de alguien más, pero que como mi mejor amiga estaba feliz por mí. Comprendía todo lo sucedido. Ese día realmente estaba muy sorprendido, avergonzado, arrepentido por no haberle dicho antes, pero no de haber estado con Lola. Ella lo entendió. Ella jodidamente lo hizo.

—Ella no quiere nada conmigo —digo cabizbajo.

La mano de Marie se posa en mi mentón y sube mi cabeza. Mis ojos ven los suyos.

—Ella lo hará, solo dale su tiempo. No es fácil saber que la engañaste, pero espero que se dé cuenta del hombre maravilloso que eres.

Sonrío.

—Yo también lo espero.

—Serás un gran papá. —Esas fueron sus últimas palabras antes de comenzar a convulsionar.

He quedado estático ante sus palabras, no entiendo qué quiso decir con eso. Reacciono al verla convulsionar, me muevo de mi silla y corro hasta la puerta, grito que ella necesita ayuda. El cuarto se vuelve un caos, enfermeras y doctores entran de nuevo. A los minutos, nos informan que ha caído en una especie de coma. Su madre llora desenfrenadamente, yo me apoyo a la pared al escuchar las palabras del médico. Trago seco y bajo mi cabeza.

Las lágrimas brotan de mis ojos, el nudo en mi garganta es muy fuerte. Veo como Raymond entra a la habitación y ve a todos. Pregunta que ocurrió, al saberlo, golpea la puerta y maldice. Sale de la habitación sollozando.

¿Ahora cuando va a despertar? Oh Dios mío.

Ella no merece esto.



Son las cinco de la mañana, han pasado más de tres horas desde que Marie ha caído en coma, los médicos no aseguran nada. Estoy que golpeo al médico que dijo que ella no tenía salvación. Entiendo que hagan su trabajo, pero deben ser más compasivos. Veo a Raymond, sentado unos puestos lejos de mí. Sus ojos están llorosos, sus mejillas sonrojadas. Aunque su barba lo disimula un poco.

Me acerco a él.

—Oye —lo llamo. Ray me mira.

—Hola —su voz es ronca por haber llorado horas atrás.

—¿Quieres ir por un café? —pregunto.

Él niega con su cabeza.

—Quiero que ella despierte y viva.

Trago saliva. Asiento con mi cabeza acercándome a él.

—Yo también quiero lo mismo, Ray.

—Odio verla así.

—Yo quisiera cambiar mi vida por la de ella —confieso, sentándome a su lado.

Él sonríe.

—Lola no lo permitiría.

Rio un poco.

—¿Tú crees?

—Ella te ama.

—Y yo a ella —digo de vuelta—. Sabes, antes de que Marie convulsionara y cayera en ese estado... ella me dijo: *«Serás un gran papá»*. No entiendo qué quiso decir con eso.

Raymond me mira con ojos abiertos. Se queda callado. Sus mejillas se han sonrojado mucho. Frunzo mi ceño.

—¿Por qué estás rojo? ¿Qué sabes que yo no sé? Ella no está embarazada, no me he acostado con Marie desde hace un año —musito haciendo cuentas en mi cabeza.

Raymond traga saliva, se pasa su mano por su cabello. Está realmente nervioso.

—Raymond, ¿qué está pasando? ¡Dime! —alzo mi voz en desesperación. Él sabe algo que yo no y necesito saber ahora mismo.

Él se pone cabizbajo y susurra algunas palabras que nunca pensé que serían dichas en estos momentos. Me he congelado. ¿Eso es realmente cierto?

Sus palabras fueron:

—*Lola está embarazada y es tu hijo.*

Capítulo VIII
Roger

Me levanto de mi asiento, llevo mis manos hacia mi cabeza. ¿En qué momento pudo pasar eso? ¡Ella no puede estar embarazada! Siempre me cuidé. ¡Demonios!

Un hijo.

Un bebé.

Lola está embarazada.

Es mi hijo.

¿Qué coño está pasando?

Miro de vuelta a Raymond, él me mira y luego baja su mirada al suelo.

—¿Por qué tú sabes y yo no? —Grito, mis orejas se sienten calientes. Las enfermeras se nos quedan mirando. Yo intento calmarme, pero es imposible—. ¡Maldita sea, Raymond! ¡Habla!

—¡Cálmate, hermano! —Responde levantándose de su puesto—. Estamos en el hospital, recuérdalo.

Gruño. Camino hasta el ascensor. Necesito un poco de aire.

—Tú, ven conmigo —digo con voz ronca, mi molestia se nota a kilómetros.

Quiero ir a la casa de Lola y preguntarle directamente ahora mismo, pero no puedo. ¿Qué demonios es esto? ¿Cómo es que de pronto todo mundo sabe menos yo? ¿Cómo se enteró Marie? Joder.

El elevador abre sus puertas. Entro en él, seguido de Raymond. Odio dejar por un momento a Marie, pero necesito hablar sobre esto ya mismo.

Lola está embarazada. Es lo único que en mi cabeza se repite una y otra vez.

Bajamos hasta planta baja del hospital en silencio, mi rabia me consume que no emito palabras. Salimos hasta el estacionamiento. El aire frío de la madrugada cala mis huesos. Respiro hondo tratando de calmarme.

—Habla —digo, lamiendo mis labios y entrelazando mis brazos en mi pecho.

—Esto no tenía que habértelo dicho yo, sino Lola —argumenta—. Pero se lo advertí muchas veces, si no te lo decía ella, te lo diría yo. Es tu derecho de saberlo.

Elevo mi cabeza, tenso mi mandíbula y niego con mi cabeza.

Rio a secas.

—¿Ella no pensaba decirme? ¿Qué iba a hacer cuando su vientre creciera y no pudiera ocultarlo más? —pregunto con ironía.

—Ella está muy dolida, Roger.

—¡Eso no es excusa! —Alzo mi voz. Por lo menos aquí no me llamarán la atención—. ¡Seré padre y no me iba a decir! Esto también me duele Raymond.

—Sí iba a hacerlo... supongo —dice mirando a otro lado, pone sus brazos alrededor de su cintura—. Ella está asustada, confundida... Entiéndela.

Sacudo la cabeza.

—¿Cómo quieres que le entienda? —pregunto—. Ella no me quiere decir. ¡Santo Dios! Tendré un hijo.

Camino en círculos de aquí para allá. Mi cabeza va a explotar. Las ganas de llorar por Marie, más la molestia que siento ahora mismo con Lola por ocultarme el hecho de que tendremos un hijo. Es mucho para procesar.

—Así se sintió ella cuando le mentiste sobre Marie.

En un arrebato agarro su camisa con fuerza, él se sorprende ante mi acto, muerdo mis dientes y lo suelto suspirando. Tiene razón. No tengo moral. Doy pasos atrás y llevo mis manos a mi cara frotándola.

—Esto debe ser un sueño. Marie está muriendo, voy a ser padre y la mujer que amo no me perdona.

Emito un grito ahogado. Raymond se acerca a mí y me abraza.

—Eres fuerte, tú sabrás afrontar todo esto —dice, dándome unos golpecitos en la espalda—. Serás un buen padre, sé que has querido esto desde hace mucho tiempo.

Lo abrazo fuerte, son muchas las emociones que siento en estos momentos para poder asimilar todo al mismo tiempo. Algunas

lágrimas se deslizan por mis mejillas. No puedo detenerlas.

Siento como por dentro se estuviesen quemando mis huesos, cómo si me desgarraran el alma. Este sentimiento nunca lo había sentido. Mi mejor amiga se está muriendo y yo no puedo hacer nada.

—Ray... ella morirá —sollozo—. Ahora me entero que seré papá, esto es demasiado de digerir, hermano.

Raymond se separa de mí y me mira.

—Odio decir esto, pero es lo mejor para Marie, ella está sufriendo demasiado y no es justo para ella... quizás... —su voz tiembla—, así descansará y no sentirá más dolor.

Lloro, llevo mis manos hasta mi cabeza en desesperación. Luego me apoyo con ellas sobre mis piernas. Trato de respirar, pero me estoy asfixiando.

Pienso en la noticia de ser papá, tendré un hijo de una mujer impresionante, de la mujer que amo y que me ha hecho feliz en tan poco tiempo. Lola se ha vuelto mi vida, mi añoranza. Ella es todo para mí.

Comienzo a reír mientras mis lágrimas siguen desbordándose por mi rostro.

—Tendré un hijo, no lo puedo creer.

Ray ríe también.

En un mal momento como este, donde tu mejor amiga está luchando por vivir, donde tu mundo es solo pensar en ella, en que se sienta mejor; llega la noticia de que seré padre, de que Lola, la mujer que estoy enamorado, espera un hijo mío. Es alucinante, es una locura.

Suspiro viendo el hospital.

—Hay que volver, Marie nos necesita —le digo a Raymond—. Estoy un poco enojado con Lola por no haberme dicho antes, pero estoy feliz por este bebé.

Ray coloca su mano sobre mi hombro.

—Felicidades, hermano. Ella es una mujer maravillosa y sé que será una buena madre para tu hijo.

Sonrío asintiendo.

Nuestros rostros cambian al momento en que volvemos al hospital, saber que Marie está en coma desde hace unas horas me tiene muy mal. Ella necesita despertar pronto. Cuando el ascensor abre sus puertas, vemos como enfermeras y médicos corren hacia la habitación de Marie. Mi corazón se acelera de inmediato, veo a Raymond y corremos también hasta la habitación de mi mejor amiga.

Al llegar, veo como Susanne llora sin parar gritando por su hija. Los médicos están realizando el RCP en Marie... la están resucitando, el sonido de la máquina anunciando su muerte me golpea hasta lo más hondo de mi ser.

Cierro mis ojos escuchando el pitido que emite la máquina, un sonido que nunca esperé escuchar. Raymond corre antes para estar junto a Marie, pero los médicos no lo dejan acercarse. Yo no me muevo. Me he paralizado. Lágrimas a borbotones bajan por mis mejillas. El dolor que estoy sintiendo en mi pecho hará que se parta en dos o miles de pedazos.

Mi mejor amiga, mi Marie, mi Amor ha muerto.

—¡No! —Grito guturalmente, sintiendo el dolor en mi garganta, en mi corazón. Me acerco a Marie, los médicos han anunciado la hora de la muerte y se han alejado del cuerpo. La abrazo frenéticamente—. Despierta, por favor. Vamos, Amor, no juegues así. No me hagas esto.

Por favor, Marie.

Lloro encima de ella, su cuerpo se siente estático, sin ningún movimiento. Ella no despierta, no me llama Roro. Este dolor que siento me quema por completo... ¡¿Por qué?! Ella no merecía esto.

Siento los espasmos en mi cuerpo. Han transcurrido muchos minutos mientras le abrazo y lloro en su hombro. Ray toca mi espalda pidiéndome que me detenga y me aparte del cuerpo de Marie. Deben llevar su cuerpo a la morgue.

Niego con mi cabeza, no quiero separarme de ella.

—Roger... ella... no volverá.

—Cállate, Raymond, déjame estar con ella un poco más.

Escucho como suspira y me dice que sólo unos minutos.

—¿Por qué me abandonaste, mejor amiga? —pregunto, absorbo mi nariz. Limpio mis lágrimas—. Se suponía que moriríamos viejos. No es justo, tú no merecías esto.

Tomo su mano un poco fría, veo su rostro. Ella pareciera que estuviera durmiendo plácidamente. Supongo que ahora descansa, no sufre más, no siente más dolor.

—Te amo mucho, mejor amiga, te extrañaré, Amor. Mi pequeña Roma —mi voz tiembla al hablar. Acaricio su rostro pálido, sin vida. Sonrío con nostalgia por los buenos recuerdos. Suelto un suspiro—. Descansa en paz, Marie. Fuiste la mejor amiga y compañera de aventuras que pude haber tenido toda mi vida.

Beso su mejilla y le doy un último abrazo.

Recuerdo que ella dijo que sería un gran papá... Es cierto lo que dicen, cuando un alma se apaga, una nueva vida nace. Pero no puedo negar que este dolor de mierda, arrebata mi corazón y mi alma.

Camino hasta la salida de la habitación, no quiero mirar atrás. Sonrío ladeadamente, al pensar que ella diría: «Idiota, no vuelvas a mirarme y sigue adelante». Luego sonreiría y me dijera: «Roro, sabes que te quiero, sigue, no mires atrás».

Sollozo de nuevo, negando mirar atrás.

El funeral de Marie fue muy triste. Sus familiares y amigos lloraron por su pérdida. Decenas de pésames recibí por el hecho de ser su prometido, muchos de ellos no sabían que nosotros ya no estábamos juntos, pero no los retracté, no tenía caso hacerlo.

Susanne, la madre de Marie, lloraba desconsolada junto con mi madre. Ellas son buenas amigas, tantos años de amistad entre Marie y yo, se habían convertido casi en mejores amigas también.

Marie recibió cientos de flores, ramos de rosas y margaritas, sus favoritas. Raymond estuvo conmigo desde el comienzo del funeral hasta el final. El dolor seguía intacto en mi pecho, el nudo en mi

garganta no me dejaba hablar correctamente y el dolor de cabeza se intensificaba cada vez más.

Llevo lentes oscuros, un traje completamente negro. Estoy parado en la puerta de mi apartamento, el funeral acabó hace unas horas, vagué por Seattle en el auto, no quise ir a casa de mis padres. Ellos lamentan la pérdida de mi mejor amiga, pero me recalcaban el hecho de que debí casarme con ella antes de morir.

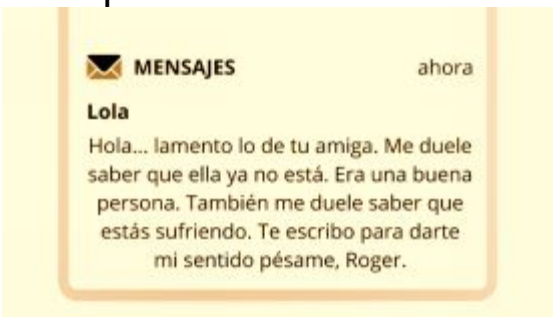
No quería escucharlos.

No quería llegar a ese tema.

Solo quería llorar y llorar su partida.

Cuando voy a colocar la llave en la cerradura de la puerta, mi teléfono manifiesta una notificación. Lo saco del bolsillo de mi saco y veo el mensaje.

Me sorprendo al ver que es de Lola.



Exhalo un suspiro. Ella realmente me ha escrito. Me desbloqueó y me dio su pésame.

Serás un gran papá.

La voz de Marie retumba en mi cabeza, recordándome que debo hablar con Lola.

Ahora mismo.

Lola

No puedo concentrarme, el día ha sido horrible. Esta mañana al saber sobre la muerte de Marie, lloré por ella. No la conocía mucho, pero la manera en que ella aceptó todo y comprendió lo que ocurrió con Roger y conmigo, era de admirar.

Lloré por Roger. Él debe estar sufriendo por la muerte de su mejor amiga. Quisiera darle un abrazo, decirle que ella ahora está en un mejor lugar, lejos del sufrimiento, del dolor. Mi estómago se siente apretado, no he podido comer bien hoy. Mi cabeza duele un poco y las náuseas no han cesado desde que me levanté esta mañana y vomité toda la cena de anoche.

Pude hablar con Raymond, el funeral de Marie sería hoy mismo en la tarde, sus padres lo decidieron así y ellos solo aceptaron. No he recibido más mensajes de él en todo el día. Me imagino que estará muy ocupado con lo del sepelio.

Es de noche, le comenté a Leslie lo que le ocurrió a la ex prometida de Roger. Ella lo lamentó y me sugirió escribirle.

—Vamos, Lola —dice Leslie animándome—. Escríbele.

Toco mi teléfono con mis manos, me pican por escribirle a Roger, no lo puedo negar. Miro a Les y ella me hace señas para que le envíe un mensaje a Roger lamentando la muerte de Marie.

—No puedo... —digo. Leslie resopla.

—Hazlo o no voy a la escuela mañana —murmura chantajeándome. Frunzo mi ceño.

—Eso sí que no jovencita.

Ella enarca una ceja.

—Entonces desbloquea su número y envíale un mensaje.

Bufo y tomo mi teléfono.

Busco el número de Roger, lo desbloqueo y entro en el chat de *Whatsapp*. Subo mi mirada a Leslie de nuevo.

—Te estoy viendo, sigue. Escribe un mensaje bonito.

La miro entrecerrando mis ojos.

—Te estás pasando, Leslie Walts.

Ella sonríe como el gato de Alicia en el país de las maravillas.

—He aprendido mucho de ti cuando me obligas a que me coma mis verduras.

Niego con mi cabeza.

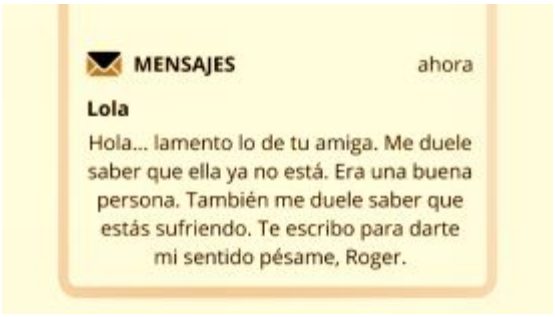
—Ve a tu habitación, prometo que le enviaré un mensaje.

—Confío en ti. Buenas noches. —Ella se levanta de mi cama, me da un beso en la mejilla y sale de la habitación.

Me quedo viendo por unos segundos la pantalla de mi teléfono pensando qué decirle a Roger.

Su foto se vislumbra en el chat abierto, me doy cuenta que es una de las que tomé en California. Siento mi corazón acelerarse. Él realmente colocó esa foto de perfil.

Tecleo las letras, borro, escribo de nuevo palabras como "Lamento...". Al cabo de unos minutos decidiendo que escribirle, envío el mensaje.



No puedo creer que haya dicho "Me duele saber que estás sufriendo". Gruño tapándome la cara con mis manos, dejando el teléfono a un lado.

¡Joder! Nunca disimulo que me preocupo por él.

Levanto el teléfono para ver si mi mensaje se envió y veo que las viñetas grises han cambiado al color azul. *Lo ha leído*. Espero su respuesta, pero pasan treinta minutos y no recibo ningún mensaje de vuelta. Frunzo mi ceño. ¿Me está ignorando? Meneo mi cabeza, supondré que no quiere hablar con nadie.

Oh, Roger...

Le escribo a Raymond un mensaje corto diciéndole que quiero verlo mañana, mi amigo también era su amigo, y esta mañana

cuando me llamó llorando, mi corazón se partió en tres, por él, por Roger y por Marie.

«Quiero que cuides de Raymond. Él… tiene un buen corazón». Esas fueron las palabras de Marie pidiéndome que cuidara de Raymond. Entre ellos hubo algo, aunque no lo digan.

Me asusto cuando el timbre de la casa suena, me levanto extrañada. Veo la hora en el teléfono, son pasadas las ocho de la noche.

Quizás Raymond ha venido.

Me dirijo hasta la puerta de entrada del apartamento, chequeo mi pijama, es un conjunto de blusa y pantaloncillo. Se puede notar un poco mi abdomen abultado. Sonrío, pero no le tomo importancia.

Pequeño bebé.

Abro sin mirar quien está detrás de la puerta. Me paralizo al ver a Roger al frente de mí. Sus facciones son duras, está ojeroso, sus ojos están un poco inflamados. Ha estado llorando mucho. Mi corazón se arruga.

—Hola... —susurro.

—Hola, Lola —responde.

Nos quedamos unos momentos en silencio.

—Recibí tu mensaje, gracias. —Es lo único que dice. No entiendo, ¿Vino hasta aquí para responder mi mensaje en persona?

Asiento emitiendo una mueca en vez de una pequeña sonrisa. No quiero comportarme maleducada hoy. Lo invito a pasar.

—¿Quieres entrar por un té? —pregunto abriendo un poco más la puerta. No sé por qué, pero me siento tímida a su lado.

—Sí, debo hablar contigo —dice con seriedad. Me extraña su comportamiento.

El dolor, algunas veces, hace que las personas se comporten frías, distantes, sin ánimo.

Él entra a mi apartamento, caminamos hasta la cocina para colocar el agua a hervir y poder tomarnos una taza de té. Roger viene detrás de mí. Volteo hasta él y veo que mira mi abdomen. Mi camisa está un poco alzada.

Me paralizo cuando él se acerca lentamente.

—¿Cuándo me ibas a decir que estás embarazada, Lola? —cuestiona fríamente. Veo su molestia en sus ojos. Mis ojos se humedecen, mi corazón está a mil por horas.

Él sabe sobre el embarazo.

—¿Qué? —susurro.

—¿Cuándo me ibas a decir que estás embarazada? —repite. Yo trago saliva, siento que estoy sudando frío.

—No...

Roger detiene su paso y me mira molesto.

—¿Me lo vas a negar, Lola? —interroga alzando su voz—. ¡Joder!

Su rostro se ha puesto un poco rojo, su mandíbula está tensa y sus manos tiemblan. Niega con la cabeza.

—¿Cómo puedes ser tan inconsciente? ¡Maldita sea! Sé que estás esperando un hijo mío. ¡Deja de ocultarlo!

Mi respiración sube y baja descontroladamente, siento mis orejas arder. Un calor emana de mi cuerpo, sube desde los pies hasta mi cabeza. No puedo respirar bien. Escucho como Roger me reclama el hecho de no contarle sobre el embarazo. Saco fuerzas para encararlo.

—¡No es asunto tuyo! —digo alzando mis brazos.

—¿Cómo que no es mi asunto? ¡Es mi hijo! —Roger está alzando su voz de nuevo, Leslie se va a despertar.

—Baja la voz, Leslie está durmiendo, Roger.

Él gruñe, lleva sus manos hasta su cabello y lo jala un poco.

—Hoy ha sido un día de mierda... Y tú vienes a negarme que estás embarazada.

—Yo...

Mi visión se nubla, me siento decaída. Roger corre hasta mí, pero me desmayo en sus brazos.

Lamento no haberte dicho… pero joder, duele todavía tu engaño.



Abro lentamente mis ojos, el olor a alcohol, cloro y a hospital se cuelan por mis fosas nasales. Me exalto al saber que estoy acostada en una cama de hospital. Me asusto, llevo mis manos hasta mi

abdomen y allí sigue el pequeño bulto de mi bebé. Suspiro aliviada, no sé qué hubiese hecho si algo le pasaba al bebé. De solo pensarlo me dan escalofríos.

Veo en derredor y observo a Roger vestido con un traje negro, acostado en el mueble de la habitación, está dormido. Me preocupo cuando no veo a Leslie cerca. Los recuerdos vienen a mi mente. Él estaba molesto, reclamándome el porqué no le dije sobre el embarazo, y yo desmayándome en sus brazos.

Él se enteró sobre nuestro bebé.

¡Oh por Dios!

Mis ojos se humedecen de nuevo, quiero llorar. Él no tenía que enterarse por otros, debía ser yo quien le dijera, pero mi orgullo fue más fuerte. Me hizo mentirle cómo él lo hizo conmigo. ¡Demonios, fui tan egoísta!

Un médico entra a la habitación, ve a Roger y luego a mí.

—Ya ha despertado, ¿cómo se siente? —pregunta el doctor.

—Me duele un poco la cabeza, pero me siento bien, ¿Qué me pasó?

—Su presión arterial se elevó mucho, en su estado debe estar tranquila. No alterarse, porque eso le hace daño al bebé.

Me sorprendo ante sus palabras. Recuerdo las palabras de mi obstetra alertándome sobre esta situación resuenan en mi cabeza. No hice caso a su recomendación.

—Estábamos hablando y me desmayé —le cuento.

—Una hipertensión puede llevar a un aborto, señorita. Además, usted apenas está en el primer trimestre, es dónde más debe cuidarse.

Oh no.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

El médico asiente.

—Ya le prescribimos el medicamento que debe tomar a partir de ahora. Recuerde, tranquilidad. De igual manera, debe tomar reposo algunos días para estabilizarse.

Suspiro aun preocupada, asiento a lo que dice. Él se despide y sale de la habitación. Roger se mueve en su asiento, abre un poco los ojos y me ve. Nuestras miradas se conectan.

Me siento arrepentida por mentirle, sé que él tiene todo el derecho de saber que será papá. Según su hermano y... Marie, él toda su vida ha querido tener un hijo. Y ahora estoy siendo tan egoísta por ocultárselo.

—Roger.

—Rubia, despertaste. —Se levanta del mueble, su cabello está un poco alborotado. Sus ojeras están un poco más pronunciadas que ahora. Él no durmió anoche, Raymond me contó la agonía que sintieron en el hospital—. ¿Cómo te sientes?

—Ya estoy mejor, un poco de dolor de cabeza, pero nada de qué preocuparse. ¿Dónde está mi hermana?

—Leslie está con mi hermano —contesta—. La desperté, ella se asustó, pero le expliqué que llamaría a Raymond. Ya él está con ella.

Asiento comprendiendo lo que dijo. Mi hermana está en buenas manos, eso me da un poco de alivio. Roger asiente y se me queda viendo. Su mirada es brillosa. Sé que tiene muchas preguntas en su cabeza.

—¿Vas a negar que estás embarazada de mí? —cuestiona frunciendo su ceño.

Niego con mi cabeza. Me cansé de ocultarle la verdad.

—Sí, estoy embarazada. Tengo tres meses.

Él respira hondo, abre su boca, sorprendido, mira el techo y luego a mí.

—¿Qué? —dice muchas veces—. Woah, seremos padres.

Roger se acerca hasta mí.

—Estoy enojado porque no me habías dicho, sé que lo jodí muy feo, pero merecía saber esto, Lola.

Comienzo a llorar.

—Yo... —digo sollozando. La máquina que toma mi presión arterial empieza a emitir un sonido, mi presión está subiendo de nuevo. Respiro tratando de calmarme—. Lo siento mucho, yo te iba a decir, pero no sabía cómo.

—Diciéndome: «Roger, serás papá. Estoy embarazada», no es difícil de decir.

Sollozo de nuevo. Roger me rodea con sus brazos. Me está abrazando y eso era todo lo que necesitaba en la vida. Que él me

rodeara con sus brazos y me hiciera sentir bien.

—Shhh, no llores, Rubia —dice calmándome, acaricia mi espalda —. Tranquila, debes estar tranquila por el bebé. Lo siento por ser un idiota de nuevo.

—¿Por qué nos hiciste esto, Roger? ¿Por qué tuviste que mentirme y dañar lo bonito que estábamos construyendo?

Él se queda callado. Odio llorar de nuevo por él.

—Perdóname, Lola. Tratemos de olvidar esto e intentarlo de nuevo —murmura en mi oído—. Vamos a ser padres, eso es impresionante.

—No necesito de ti para criarlo, puedo sola.

Roger se separa de mí bruscamente.

—¡No! Yo estaré ahí para ustedes siempre —argumenta molesto —. No puedes hacerme esto, Lola.

—Puedes ser su padre, está bien. Pero no voy a volver contigo, me hiciste mucho daño. Una mentira, un engaño no se sana tan rápido, Roger.

—Esperaré, seré paciente. Te enamoraré poco a poco, pero no me alejes de ti ni de mi hijo.

Me quedo callada por unos segundos.

Roger se acerca de nuevo, junta su frente con la mía. Nuestras bocas están a centímetros. Mi cuerpo reacciona a él, me quedo estática ante sus movimientos. Sus manos acunan mi rostro.

—Déjame amarte, Lola... —susurra. Su respiración se mezcla con la mía.

—Roger...

—Dame otra oportunidad. Esta vez daré lo mejor de mí, sin mentiras, sin nada que dañe nuestro amor.

—Ro...

—*No digas nada y ámame, Lola.*

Es lo último que dice antes de que sus labios capturaran los míos, mis labios aceptan los suyos sin poner objeción. Nos fundimos en un beso suave, los roces de nuestros labios se sienten como pequeñas caricias que llegan al alma. Que hace que mi interior despierte por él. Porque siento que mi cuerpo ha estado dormido

ante su ausencia, ahora arde en llamas, arde en esperanza y puro amor por él.

¿*Valdrá la pena darle otra oportunidad?*

Capítulo IX
Lola

Sentir sus labios de nuevo se sienten como el cielo, me he dejado llevar, aunque mi cerebro esté renuente ante este arrebato; por otro lado, mi corazón está emocionado, latiendo a mil por hora, feliz porque su otra mitad está cerca de él. Pensar en darle una segunda oportunidad... quizás sería una forma de conocerlo realmente, de dejar que nuestros sentimientos se puedan alinear finalmente.

Pero todo a su paso, aunque no puedo negar mis sentimientos por él. Ya no más.

Me separo lentamente de él, nuestras bocas dejan de tocarse, pero Roger sigue muy cerca de mí, abro mis ojos y veo que él los mantiene cerrados todavía.

—Roger —susurro.

Él cierra con fuerza sus ojos cuando digo su nombre, emite una sonrisa tímida. Luego abre sus ojos y nos miramos como si quisiéramos entrar en el alma del otro y conocer todo sobre ella.

—Lola —dice mirándome de una forma tan tierna.

Me rio un poco, él sonríe.

—Vamos poco a poco, ¿sí? —Es lo único que digo, hago una mueca con mis labios.

Roger se aleja y asiente.

—Tomaré lo que tú me quieras dar, Rubia —sonríe—. ¿Eso significa que sí me darás la oportunidad?

¿Volverlo a intentar correctamente? ¡Demonios amaría eso! Pero tengo miedo de salir lastimada de nuevo. ¿Pero qué sería amar sin temer? Me quedo mirándolo, sopesando su pregunta. Él me hace señas con sus cejas esperando mi respuesta.

—Estarás a prueba hasta que yo decida si mereces una o no —lucho con no sonreír, pero sé en el fondo que sí se la estoy dando, así como se lo prometí a Marie, prometí que nos llevaríamos bien.

Eso espero...

«*Déjalo entrar a tu vida, Roger es el hombre más maravilloso que he conocido*».

Yo también quiero conocer a ese hombre maravilloso que Marie mencionó, sé que lo es, pero también quiero conocerlo.

Veo como Roger se acerca, toma mi mano y la acaricia suavemente.

—Gracias —comienza a decir, frunzo mi ceño porque no entiendo por qué me agradece—. Por intentarlo.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío.

—Tonto.

—Este tonto te ama mucho —sus palabras me hacen sonrojar. No respondo nada de vuelta, él niega con su cabeza y sonríe de nuevo.

A pesar de que está sonriendo, sé que está feliz porque vamos a intentarlo, pero su tristeza no deja de notarse en su mirada. Cuánto dolor debe estar soportando aquí mientras está conmigo, eso me hace sentir nostálgica. Entiendo su dolor.

Cuando murieron mis padres fue muy doloroso, perderlos así tan vilmente, a manos de otras personas me hizo sentir odio por alguien, era como un desgarro en mi corazón que hoy por hoy, nunca ha sanado, solo he sabido lidiar con el dolor que quedó en mi corazón. Porque el dolor de la muerte de una persona cercana, que ames y quieras, nunca desaparece, sigue latente por mucho tiempo.

—¿Qué hora es? —pregunto acomodándome en la cama.

—Son las tres de la mañana —responde viendo su reloj en su muñeca izquierda.

—Es tarde, deberíamos descansar, no creo que me dejen ir a esta hora.

—No, no lo harán —dice negando con su cabeza. Camina hasta el mueble donde dormía hace un rato y se acomoda también—. Durmamos.

Asiento.

Él rápidamente se queda dormido debido al cansancio, yo me quedo mirándolo unos minutos más hasta que el sueño me vence también.



Escucho voces a mí alrededor, abro mis ojos y veo al médico junto con una joven enfermera, ellos están midiendo mis signos.

—Buenos días, señorita Walts —saluda el médico que me habló en la madrugada—. ¿Cómo se siente?

—Me siento mejor —contesto—. Gracias.

Él asiente.

Volteo hacia el mueble en busca de Roger, él sigue durmiendo.

—Creo que su acompañante está más cansado que usted —dice la enfermera, me sonríe. Le devuelvo la sonrisa.

—Lo está.

El doctor se despide, me indica que estoy de alta y que debo estar de reposo por una semana, por ser viernes debo volver a trabajar el lunes de la siguiente semana. Asiento ante sus indicaciones. Espero que la empresa me deje descansar tanto tiempo, aunque supongo que puedo llevarme un poco de trabajo para la casa. Me aburriré demasiado sin hacer nada.

Nos quedamos Roger y yo solos en la habitación de nuevo, él sigue durmiendo plácidamente. Me levanto de la cama, veo que en la mesa junto a ésta hay un bolso, lo reviso y veo que hay ropa dentro, así como zapatos. Recuerdo que tenía una pijama cuando Roger llegó, me doy cuenta que también está dentro del bolso. Quizás, Leslie la hizo antes de que viniéramos hasta acá. Suspiro, tomo la nueva muda de ropa, camino hasta el baño y comienzo a vestirme para que nos podamos ir.

Ya vestida, salgo en busca de mi teléfono, pero no está en ninguna parte. Debí haberlo dejado en casa.

Me acerco a Roger para despertarlo, me inclino un poco y comienzo a susurrarle al oído.

—Roger, despierta. Es hora de irnos.

Él emite unos sonidos de desaprobación, me rio. Vuelvo a llamarlo por su nombre, pero no se despierta. Pobre, debe estar muy cansado.

—Me iré sin ti entonces.

Me incorporo y cuando voy a alejarme de él, una mano toma mi brazo y me atrae hacia él, haciendo que me caiga sobre su cuerpo. Él se ríe, yo me quedo estática. Pero mi cuerpo siempre reacciona ante su tacto.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Saludándote.

Sé que me besará en los labios, así que cuando lo intenta, me dejo besar en la mejilla. Escucho su gruñido. Me rio.

—Qué tramposa eres, Rubia.

—Tú eres el tramposo, levántate. Ya me dieron de alta.

Trato de alejarme de él, pero afianza su brazo alrededor de mí para que no me mueva.

—Me encanta despertar así contigo.

Mis mejillas se sienten calientes al instante.

—Qué bonita eres cuando te sonrojas.

—¿Sólo cuando me sonrojo? —inquiero, enarcando una ceja.

Él ríe pícaramente.

—Cuando te enojas, cuando llegas al clímax —dice y yo me sonrojo aún más—, cuando me miras, siempre estás bonita. Joder, más que bonita.

Niego con mi cabeza.

—Levántate, quiero irme a mi casa.

Él asiente y me libera de sus brazos, me pongo de pie, pero él me sostiene de nuevo, tocando mi vientre. Me tenso ante su toque.

—Realmente tendremos un hijo —musita sonriendo, su caricia en mi vientre me hace suspirar—. Es increíble, se siente la silueta curveada un poco.

Me rio.

—Imagínate cómo será cuando tenga más meses.

Él sonríe.

—Te verás más bella de lo que eres.

Sus palabras me conmueven, Roger ha tomado bien el embarazo, él quiere a este bebé. Realmente lo hace. Eso me hace muy feliz.

Muy feliz.

Roger se levanta, esboza una mueca y camina hasta el baño. Al salir, su rostro se ve limpio y creo que usó el cepillo de dientes que

me dio el hospital. Niego internamente.

Busco mi bolso que está cerca de la mesa junto a la cama, luego volteo y miro a mi acompañante.

—Eres un pésimo acompañante, dormiste todo el tiempo que estuvo el médico chequeándome.

Roger se sonroja un poco.

—Lo lamento, me sentía muy cansado.

Me acerco a él. Subo un poco mi mirada para que se encuentre con la suya.

—¿Estás bien? —pregunto.

Él se queda unos segundos en silencio, mira hacia otro lado, traga saliva y tensa su mandíbula.

—Estoy intentando estarlo.

Sus palabras arrugan mi corazón, me dan ganas de llorar. No sé si son por las hormonas, pero quiero hacerme un ovillo ahora mismo.

—Todo estará bien —murmuro. Veo como la comisura derecha de su boca se eleva dándome una sonrisa tímida.

—Lo sé.

Asiento.

—Vámonos, se hace tarde y tengo una reunión a las diez de la mañana.

Salimos de la habitación rumbo a mi apartamento donde está Leslie a cuidado de Raymond.

El camino hasta a mi apartamento fue silencioso, pero no incómodo. Estuvo bien, pero seguía sintiendo la tristeza de Roger emanar por el lugar. Él está un poco apagado, y lo entendía perfectamente. Solo dejaré que pueda con el tiempo sanar su dolor y el vacío que ha dejado Marie en su vida.

Cuando abro la puerta de mi apartamento y entramos, Raymond está cocinando panqueques, él se sorprende cuando nos mira, pero sonríe. Veo que tiene círculos oscuros debajo de sus ojos, no ha dormido mucho. En su mirada puedo ver la misma tristeza que lleva Roger.

—Buenos días, hermosa Lola —me saluda, dándome un beso en la mejilla—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy mejor, pero me indicaron reposo por una semana, el médico dijo que tenía los valores de la presión arterial elevados —informo—. ¿Cómo estás tú?

Él hace una mueca, suspira y le da una mirada a Roger.

—¿La hiciste enojar? —inquiere, obviando mi pregunta. Él no quiere hablar sobre lo sucedido.

Roger se encoge de hombros aclarando su garganta.

—Solo hablamos sobre el embarazo —responde.

Raymond abre sus ojos con sorpresa, pero luego nos mira con los ojos entrecerrados a ambos.

—¿Y entonces?

—Acordamos llevarnos bien —murmuro.

Raymond mira a Roger y éste asiente sonriente alzando una de sus cejas. Le doy una mala mirada. ¿No puede dejar que sea un secreto entre ambos? Niego con la cabeza.

—¿Hiciste panqueques para mí? —Le pregunto a Ray.

—Eso quisieras —responde volteando uno de ellos—. Son para Leslie. Aún no se ha ido a la escuela, la llevaré luego de desayunar.

—No tienes por qué hacerlo, Ray. Has hecho mucho cuidándola.

—Quiero hacerlo, Leslie me cae bien. Además, recuerda que mi apartamento es por su dirección.

Asiento al recordar que la escuela de Leslie está en dirección al apartamento de Raymond.

—¿Dónde está esa niña?

—Arreglándose supongo.

Camino hasta la habitación de Leslie, ella se abalanza hacia mí cuando me ve, llorando dice que por favor no me enferme más nunca.

—Me asusté mucho, Lola.

Acaricio su cabeza tranquilizándola.

—Tranquila, Les. Estoy bien.

—Si a ti te pasa algo, me quedaría sola —su voz suena temblorosa.

Mis ojos se humedecen.

—No digas eso, todo está bien. Estoy contigo.

Leslie sorbe su nariz, me da un fuerte abrazo.

—¿Estás lista para ir a la escuela?

—Sí, solo debo arreglar mi cabello y desayunar.

—¿Cómo se portó Raymond?

—Él es un sol —dice alargando las "o"—. Vimos una película mientras pude dormirme. Estaba muy asustada por ti.

Me rio. Espero que Leslie no tenga un pequeño enamoramiento platónico hacia mi amigo, pero me alegra que él haya estado aquí cuidándola.

—Afuera está Roger —informo encogiéndome de hombros, ella me mira expectante—. Sabe sobre el bebé.

Leslie se lleva las manos hasta su rostro luciendo sorprendida.

—¿Qué dijo?

—Se molestó porque se lo oculte...

—¡Te lo dije!

—Pero ya hablamos —digo rápidamente—. Está emocionado y me pidió una segunda oportunidad.

—¿Se la diste? Di que sí, sabes que me encanta Roger.

La miro incrédula.

—¿En serio?

—¡Claro, Lola!

Asiento lentamente.

—Le dije que estaba a prueba para ver si le daba o no esa oportunidad.

—Espero que supere esa prueba, de verdad me gusta él para ti. Es muy lindo y divertido.

Sonrío.

Yo también lo espero.

—Apúrate, si no llegarás tarde.

Salí de su habitación y me dirigí a la mía, dejé mi bolso encima de la cama y cambié mi ropa por algo más cómodo; de igual manera voy a estar aquí todo el día. Más tarde tomaría una ducha caliente para poder liberar el estrés del día de ayer y estar limpia, libre de hospitales.

Volví hasta donde estaban Roger y Raymond, los observo sentados en la mesa junto con Leslie comiendo los panqueques hechos por mi amigo. Ellos levantan su mirada hasta mí.

—Al final, hice más. En la cocina está tu plato servido, no lo traje porque no sabía si te habías acostado a dormir —dice Raymond.

Sonrío.

—Gracias, comeré. Tengo hambre.

Ellos se ríen.

—Ahora comes por dos —dice Leslie riendo.

Roger sonríe asintiendo, yo sonrío también viéndole.



He pasado dos días durmiendo, no sé de dónde ha salido tanto sueño acumulado. Algunas veces siento náuseas, pero sé controlarlas. Poco a poco voy aprendiendo a cómo adaptarme al embarazo y superar cada etapa que voy alcanzando cada mes.

Mi bebé está creciendo fuerte y sano. Me emociona mucho saber que vamos aprendiendo y queriéndonos cada día, tenerlo dentro de mí es muy bonito. Estoy tan ansiosa de saber si es un niño o una niña. Me encantaría ver el rostro de Roger cuando nos digan el sexo del bebé.

A pesar de todo, todavía no me acostumbro a que Roger sepa que seremos padres, pero estoy sobrellevándolo. Él se ha comportado atento estos dos días, luego del incidente que me llevó a estar en el hospital, ya me siento mejor, pero igual debo cumplir con las indicaciones del médico.

Pienso en Roger, sonrío al recordar las flores que me envió ayer.

«*Serás la mejor mamá de todas*» decía la tarjeta que venía dentro del arreglo de rosas rojas. Ese detalle me hizo llorar mientras sonreía feliz. Fue hermoso.

Le agradecí y él envió corazones de vuelta.

Las emociones que Roger me hace sentir siempre son de una adolescente enamorada. Es un sentimiento bonito, pero igual no podía hacérselo tan fácil. No podía dejar llevarme tan rápido e ilusionarme de nuevo.

No quiero volver a ser esa Lola masoquista que siempre le decía que sí a todo referente a él.

—Lola —me llama Leslie desde la puerta.

—Dime, Les.

—Vamos a comer afuera —dice sonriendo—. ¿Quieres?

Sacudo mi cabeza en aprobación, también quiero salir de estas cuatro paredes en la que he estado encerrada estos días.

—Claro, salgamos —sonrío de vuelta.

Leslie está muy emocionada comiendo su hamburguesa extra queso de *McDonald's,* no creí que con salir a comer sería venir hasta este establecimiento, pero estoy bien haciéndola feliz. Yo me he salido de la dieta hoy también, porque las hamburguesas de aquí me gustan y no se le puede negar comida a una embarazada.

—Está muy buena, gracias por traerme.

—Es bueno salir, y pasar tiempos juntas.

Leslie sonríe.

—Eres la mejor hermana del mundo.

Me rio ante su comentario.

—Siempre me dices eso —bromeo.

—Porque es la verdad —responde sonriente.

Cuando volvemos al apartamento, vamos caminando por la acera comentando que Seattle no está tan frío esta noche, a pesar de que vamos abrigadas para evitar un resfriado, la noche está muy linda.

Siento que alguien nos observa, veo para todas partes sin que Leslie se dé cuenta, pero no veo a nadie sospechoso. Quizás estoy siendo paranoica. Leslie comienza a cantar una canción de Rihanna y se ríe porque desafina, le sigo el juego para quitar esta sensación de que alguien no está siguiendo.

Camino rápido, haciendo que Leslie me mire y me haga señas con sus ojos diciéndome *"¿Qué está pasando?".*

—Solo camina —susurro, luego le explicaré en la casa.

Llegamos al edificio, entramos rápidamente. Subimos hasta el apartamento y una vez dentro botamos el aire contenido al mismo tiempo.

—¿Alguien nos seguía, Lola? —dice Leslie preocupada.

—No lo sé, pero sentía que alguien nos estaba observando —confieso.

Mi hermana se acerca a mí y me abraza.

—Tengo miedo, no quiero que nos hagan daño.

—Yo tampoco quiero eso.

—Dile a Roger, él sabrá qué hacer.

Lo pienso unos momentos, decirle a Roger sobre esto es preocuparlo, pero no puedo con esto sola. Tengo miedo y el tiempo avanza, ellos siguen por allí sueltos. No puedo confiarme en que ellos no harán nada en contra de nosotras.

Caminamos hasta la habitación de Leslie.

—Esta semana te quitan el yeso, Les —digo una vez que estamos en su habitación.

—¡Por fin! Odio tenerlo, así podré ir a las clases de baile de la escuela.

—Recuerda que luego te toca rehabilitación y después de unas semanas podrás asistir a esas clases.

Escucho cómo gruñe por lo bajo, me rio.

—¿Por qué te molestas? —pregunto.

—Porque si no es una cosa, es otra —responde alzando su brazo disponible—. Quiero ser libre.

Meneo mi cabeza.

—Pronto lo serás y podrás libremente bailar de nuevo.



Comenzar la semana sin ir a trabajar se sintió extraño, nunca había tenido tantos días libres. Siempre había estado trabajando sin parar desde hace tres años, por eso es que estos días han sido extraños estar solo en la casa.

Laura me ha escrito que hoy todo está normal en la oficina, como siempre, números por doquier. Donovan un poco molesto por mi ausencia, pero que podía lidiar con él.

Ray vino anoche y me trajo helado, estuvimos hablando un poco sobre todo. Se entristeció en el momento en donde el tema Marie salió a colación, él me contó lo que sucedió con Roger y el modo en que se enteró sobre el embarazo. Marie no pudo guardar el secreto, pero entiendo que en un momento de convalecencia no pudo dejar de contarlo.

Oh Marie, no sé si regañarte o agradecerte.

Reviso mi correo, donde algunos pendientes de la oficina los he resuelto desde casa, Laura me molesta con el hecho de que debo descansar, pero no puedo dejar de trabajar por una semana, así que ella a regañadientes me envía algunos documentos que no son tan difíciles de realizar la contabilidad desde mi computadora.

Chequeo el último correo que Laura envió:



No recordaba eso, él debió haber enviado ese documento la semana pasada, qué raro. Él nunca se atrasa en la entrega del inventario. Escribo el correo a la dirección de diseño recordando la entrega del documento que necesitamos para esta semana.

He pasado dos horas sentada en la mesa del comedor, mi espalda duele y mi vista se hace pesada. Me canso muy rápido. Antes de estar embarazada, algunas veces traía documentos que no finalizaba en la empresa, sino que los traía a casa. Me quedaba horas sentada en esta misma silla y terminaba mis labores, pero ahora me canso a las dos horas.

Suspiro cansada. Me levanto y voy a la cocina por un vaso de agua.

Veo mi teléfono mientras bebo mi agua, son las siete de la noche y no he cenado. Leslie se ha quedado en casa de una amiga para hacer una exposición de arte que deben presentar mañana.

El timbre suena y me asusto. Casi tiro el vaso hacia el suelo. Camino hasta la puerta y veo por la mirilla. Roger está detrás vestido casual, detallo que está usando una camisa manga larga de

color marrón. ¿Está guardando luto? Él espera con sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón, está esperando a que abra.

Abro la puerta y él sonríe.

—Hola, Rubia.

—Hola, Roger.

—Vine a invitarte a cenar, espero que no hayas comido aún —dice llevándose su mano hasta su nuca. Está nervioso.

—Lo has acertado. No he cenado aún.

—Entonces, ¿Quieres cenar conmigo? Leslie puede venir.

Me alegra saber que incluye a mi hermana en la invitación, eso me confirma que sabe que no solo soy yo, que Leslie siempre estará conmigo.

—Les no está, se ha quedado con una amiga.

—Oh, qué bien. Es bueno tener amistades en la escuela.

—Lo es.

—Entonces...

—Déjame cambiarme de ropa, tengo hambre.

Roger sonríe y da un aplauso. Me rio ante su emoción.

—Acepto sólo porque tengo hambre.

Él asiente lamiendo sus labios, no puedo pasar por desapercibido su gesto. Entramos a la casa y Roger se sienta en el mueble. Le digo que no me tardaré, corro hasta la habitación en busca de un jean que aún me quede junto con un suéter. Luego me quedo pensando:

¿Esto es como una cita? ¡Oh por Dios!

Capítulo X
Lola

Le he estado dando algunas vueltas al hecho de que estoy en una cita con Roger, quizás sea la primera vez que salgamos en Seattle, sin contar nuestra cita en la playa, la vez que estuvimos en California. Se siente como si hubiese sido hace tanto tiempo y fue solamente hace cuatro meses.

Roger está manejando y yo veo la ciudad por la ventana del auto, las luces iluminan nuestra ciudad, la noche está tranquila para ser un día entre semana. El ambiente del auto se siente cómodo, una suave melodía se escucha en la radio y Roger va tarareando la canción.

Volteo para mirarle, él deja de ver la carretera y me mira también, esboza una sonrisa de costado y yo le sonrío igual.

Se siente raro estar con él de nuevo, aunque esté a prueba, se está comportando muy bien.

—Dime, Rubia, ¿qué quieres cenar? —pregunta Roger viendo hacia la carretera, sus dedos se mueven palmando el volante.

Pienso unos momentos y contesto:

—Quiero comida italiana.

Roger se sorprende, sonríe y asiente.

—Me gusta tu elección, sé en dónde podemos cenar —responde —. Conozco un sitio elegante, pero tranquilo que no nos exige usar ropa formal.

Bajo la vista hasta mi vestimenta, dándome cuenta que me he puesto el jean que todavía me queda bien con un suéter sencillo, pero bonito. ¡Demonios!

Roger se ríe.

—No te preocupes, cariño.

Me quedo mirándole sonrojada.

—Te ves linda como estás.

—Tú lo dices porque me ves con ojos de amor —respondo, luego abro mis ojos por haber dicho esa *palabra*.
—Sí, es cierto. Pero igual, si no te conociera, me parecerías la más linda del lugar.

—Ya, deja de decir eso —digo, llevándome las manos hacia mi rostro. Él se vuelve a reír, su risa me gusta, desearía que nunca dejara de hacerlo.

Roger sigue conduciendo hasta el lugar donde podremos comer comida italiana. Creo que es un antojo que he tenido desde hace varios días. Cuando llegamos al restaurante, estaciona el auto y yo me desabrocho el cinturón de seguridad. Él se baja primero, rodea el auto y abre mi puerta. Me quedo mirándole y él me guiña un ojo.

—Vamos a comer lo que desea la dama y mi pequeño bebé.

Sonrío negando con mi cabeza. Mi corazón palpita muchas veces cuando él menciona a nuestro bebé. Caminamos hasta el local, cuando entramos observo que es un restaurante con luces tenues, la decoración es llamativa, pero agradable. Me gusta, aunque no hay muchas personas en las mesas.

—El restaurante se llena más tarde, ésta es una hora perfecta para comer con tranquilidad —dice Roger. Nos dirigimos hasta una mesa cerca del gran ventanal que tiene luces colgantes. Me quedo viendo la decoración unos segundos más—. ¿Te gusta?

—Sí, es lindo. Espero que la comida también sea buena —contesto.

—Lo es, ya he venido antes —murmura Roger, sonriendo.

Un camarero se acerca, nos da la bienvenida y nos entrega la carta para poder hacer el pedido.

—¿Desean algo para beber? Tenemos vino italiano.

—No, gracias. Mi novia está embarazada —dice Roger.

Subo la mirada al instante, me sonrojo y le doy una mirada fulminante a Roger, él sonríe pícaramente. No lo corrijo para no dejarlo mal. Pero no somos novios todavía. Podemos decir que estamos saliendo, pero sin un título.

—¿Quieres algún jugo? —Me pregunta Butler sosteniendo el menú en sus manos.

—Sí, veo que tienen de frambuesa. Quiero uno de esos.

El chico, que puede estar en sus veintes, anota nuestros pedidos y se retira. Roger ha pedido pasta a la boloña, su plato favorito, yo solo pedí pasta a la carbonara.

—No soy tu novia, Roger —le amonesto.

Roger se comienza a reír.

—Pronto lo serás, mi Rubia —dice cruzando sus brazos—. ¿No lo crees?

Enarca una ceja, mientras me da esa sonrisa pícara de nuevo. Amo que haga eso, se ve más guapo de lo que ya es.

—No lo sé, estás a prueba.

—Me gustan las pruebas, soy perseverante —responde guiñándome un ojo.

Pongo los ojos en blanco.

—Cuéntame, ¿Qué tal tu día? —inquiero, cambiando de tema.

Roger se acomoda en su puesto, se acerca a la mesa apoyando sus codos sobre ella y entrelazando sus manos.

—Estuvo bien, sólo que me molestó algo sobre unos empleados que estaban murmurando algunas cosas por la empresa —dice frunciendo su ceño—. Pero lo ignoré.

—¿Qué murmuraban?

—La muerte de mi novia —contesta sin tapujos.

Sus palabras me llegan como un balde de agua fría. Trago saliva y miro hasta otro lado que no sean sus ojos.

—Lola —me llama—. Mírame.

Muerdo mis labios, renuente a verlo de nuevo.

—Rubia.

Suspiro y le miro.

—Sabes que Marie y yo habíamos terminado.

—Sí, lo sé.

—¿Entonces por qué haces esa cara de tristeza y molestia?

—Porque las personas piensan que ella era tu novia, y será así por un buen tiempo. Es...

Me quedo callada.

—¿Es qué?

—Es difícil —respondo finalmente—. Porque si tú y yo volvemos a estar juntos, las personas me verán como tu amante y cuando se

enteren que estoy embarazada, me tildarán de todos los nombres posibles.

Mis ojos se humedecen, no quiero sentirme mal por esto, pero es como una espinita que llevo desde que supe de la existencia de Marie.

Bajo mi mirada hacia mis manos, que reposan encima de la mesa, Roger toma una de ellas, le da un apretón para que lo vea de nuevo.

—Lola, escúchame bien —dice arrugando su entrecejo, tomando mi mano correctamente—. Me importa un carajo lo que las personas digan, y si comienzan a hablar sobre ti, les llamaré la atención. Tú eres la mujer que amo y nadie se podrá interponer en eso.

Sus palabras calan por todo mi cuerpo, mi corazón late de prisa y siento que mis mejillas están ardiendo. Sí, me he sorprendido por sus palabras.

Me quedo en silencio, no sé qué decir.

—De verdad, corazón. No me importa lo que digan los demás. Tú eres todo lo que me importa.

Sonrío tímidamente. Sus palabras se oyen sinceras.

—Trataré de ignorar esos comentarios, pero no puedo negar que igual me sentiré mal por ellos.

—No dejes que te afecten. Nadie podrá contra nosotros, es nuestro asunto, no el de ellos.

Me quedo pensando un rato más sobre eso de verme ante la sociedad como su amante, en la cual fue al principio, sí pero no ahora. No porque Marie ya no esté sino porque ellos habían terminado antes de morir.

—Marie diría algo como: «A la mierda lo que piensen los demás, Lola» —dice Roger sonriendo nostálgico.

—¿En serio?

—Sí, ella no le importaba lo que la gente dijera sobre ella o sobre nosotros.

El camarero llega con nuestra orden y empezamos a comer. Pruebo mi pasta y está deliciosa, hoy me he saltado un poco la dieta que el médico me recomendó, pero no le doy mucha importancia. Por un día, no está mal.

Llevamos unos minutos comiendo, no he querido hablar otra vez sobre el tema, me hace un poco de ruido, pero creo que tomaré el consejo que daría Marie, no voy a dejar que los comentarios de las personas me afecten, y afecten lo bonito que podríamos construir Roger y yo en un futuro.

—¿Está bueno? —cuestiona Roger, tratando de cambiar nuestro ambiente silencioso.

Le miro de vuelta.

—Sí, me gusta, buena elección —respondo, levantando mi pulgar en aprobación.

Él sonríe, asiente y sigue comiendo. Tomo de mi jugo de frambuesa y degusto mi pasta, está muy sabrosa. Anoto mentalmente el nombre del restaurante para venir a comer otra vez en este lugar.

Roger se ve divinamente bello, no sé si es por las hormonas, pero con tan solo verlo quiero lanzarme a él y besarlo apasionadamente. No puedo luchar con estas ganas de arrancarle esa camisa que le adhiere al cuerpo.

Escucho que él carraspea y me mira enarcando una de sus cejas.

—¿Por qué me estás viendo como si quisieras comerme a mí y no a tu pasta?

Toso riéndome nerviosa, me sonrojo y siento que me atraganto. Trato de respirar, pero la vergüenza me llega hasta la coronilla de mi cabeza. Roger se levanta asustado por mi tos, le digo que estoy bien mientras bebo de mi jugo.

Él comienza a reír.

—Rubia, es divertido ver que te pongo nerviosa.

—Roger, cállate.

Ríe más fuerte.

—¡Me encantas!

—Lo siento.

Él niega con su cabeza, me entrega una servilleta y sonríe.

—Entonces, Rubia, ¿estabas deleitando tus ojos con mi cuerpo? —Alza sus cejas y yo ruedo mis ojos.

—Sí.

Sus ojos se abren por mi respuesta, no sé qué arrebato ha sido ese, pero le he dicho que sí estaba mirándole de esa manera. Comienzo a reír, él se une.

—Cuando quieras, cariño —sisea en tono seductor.

Es un buen momento, me gusta esto.

Me gusta él.



Cerca del restaurante hay un parque lleno de flores, se observan personas caminando, parejas agarradas de las manos y niños correteando. Es bonito ver esos momentos familiares y amorosos, saber que se toman un tiempo para salir, estar un rato juntos disfrutando de la noche y del lugar.

Roger está caminando a mi lado hablando sobre su excursión de preparatoria donde había caído en un hoyo de construcción mientras corría jugando con sus compañeros y duró tres horas atrapado hasta que una pareja calenturienta estaba cerca y lo ayudaron. Él comienza a reír cuando comenta que la chica gemía tanto que él se estaba poniendo nervioso y excitado, pero que empezó a gritar de pánico por el miedo de estar allí dentro.

—Entonces la mujer gritó, dejó de gemir y le dijo a su pareja que alguien gritaba —dice Roger mirándome y luego mirando al frente—. Ellos me ayudaron, yo estaba rojo de la vergüenza por estar escuchándolos, pero ellos fueron agradables, después de todo.

Rio al pensarlo en una situación así.

—¿Cómo pudiste verles la cara al momento en que te ayudaron?

—Tartamudeé demasiado, pero ellos solo rieron y me sacaron de allí.

Asiento riéndome un poco. Él suspira sonriente.

—Debiste tener una infancia divertida —digo.

—Sí, fue divertida —explica—. Yo era algo travieso, me gustaba acampar en el patio de mi casa, Raymond a veces me acompañaba,

pero estaba muy pequeño. Y en la adolescencia me iba de excursión.

—A mí no me gustaba mucho esos viajes de campo, prefería los eventos en la escuela o los concursos de matemáticas.

—¿Eras buena en matemáticas? —pregunta Roger.

—Sí, por eso creo que elegí estudiar finanzas.

—Es genial saber de ti, Rubia.

Sonrío.

—Igual sobre ti.

Roger se detiene enfrente de mí, se acerca y me mira como si estuviera viendo cada parte de mi rostro, me pongo nerviosa de inmediato, no sé cuándo dejaré de hacerlo cada vez que él se acerca.

Observo aun la nostalgia en su mirada, la tristeza aún sigue allí.

—¿Estás bien?

Él traga en seco. Baja su mirada y hace una mueca con sus labios.

—Su ausencia duele, han sido años con ella en mi vida, que ahora no tenerla, duele mucho; pero estoy sobrellevando bien las cosas.

—Ella está en un mejor lugar.

—Sí, lo sé... Ahora ya no sufre. —Sus ojos se han vuelto brillosos.

Me acerco a él y lo abrazo, él se tensa en el momento, pero me devuelve el abrazo, me rodea completamente, me atrae a él. Sé que a pesar de que ría y esté saliendo conmigo, no deja de sentirse triste.

Acaricio su espalda y le digo que todo estará bien.

—Gracias, Rubia.

Me separo de su abrazo, le sonrío ladeadamente.

Él se me queda mirando, su mano se posa en mi cabeza, me acaricia un momento y luego acomoda un mechón suelto detrás de mí oreja.

—Sé que podrás estar agobiada por todo, pero no miento cuando digo que eres lo más importante para mí, Lola —murmura Roger, acariciando mi mejilla.

Muerdo mis labios inconscientemente, su mirada baja hasta allí.

—¿Puedo besarte? —inquiere.

Creo que esta es la primera vez que Roger me pregunta si puede besarme, y no me está robando un beso. Me parece algo tierno y significativo, porque sé que se está tomando con calma y con paciencia mi propuesta de estar a prueba.

Sacudo mi cabeza, afirmando que sí puede hacerlo. ¡Joder, realmente quiero que lo haga!

Poco a poco se va acercando a mis labios, se toma su tiempo en hacerme desear que lo haga de una vez, cuando sus labios tibios y suaves se topan con los míos, todo en mí estalla en fuegos artificiales. Sus labios se sienten como pequeñas caricias, es un beso suave, lento. Como si estuviese tanteando la zona, pidiéndome permiso para poder besarme como es.

Doy la iniciativa, me acerco más a su boca y tomo su labio superior con mis labios, succiono, lo saboreo. Roger me rodea con su brazo izquierdo por mi cintura mientras que su mano derecha está acariciando mi rostro. Estoy a poco de quedarme sin aire, pero demonios, no quiero separarme de él.

Él es el primero en separarse, respira entrecortado y susurra—: No sabes cuánto he querido besarte esta noche.

Sonrío abriendo mis ojos, los suyos conectan con los míos.

—Lo has hecho.

Él también sonríe de vuelta.

—Y se ha sentido muy bien.

Me muevo a un lado, haciendo que su mano deje de tocar mi rostro. Comienzo a caminar dejándolo atrás. Él viene hacia mí y me rodea con sus brazos por detrás, posicionándolos en mi vientre, mi cuerpo se tensa, pero sonrío, porque se siente muy bien. Sentir como su calor se irradia contra mi espalda, esa serenidad que transmite y me hace sentir protegida.

—Los protegeré con mi vida, tú y este bebé son lo más importante para mí —me dice al oído—. No lo olvides, Rubia.

Coloco mis manos sobre las suyas, le doy un apretón y dejo que me abrace.

—Lo haremos bien, ¿cierto? ¿Seremos buenos padres? —pregunto acariciando el dorso de su mano.

—Lo haremos increíble.

Creo en sus palabras, me he dejado llevar por la corriente y he decidido confiar, confiar en él.

Roger está a prueba, pero joder, él me tiene desde el día que lo conocí en aquel sótano de la empresa.



Al regresar a casa, él me deja en la puerta de mi apartamento. Ha sido una noche estupenda, y fue una muy buena primera cita. Él se comportó como todo un caballero, fue amoroso y divertido.

—Lola, gracias por aceptar salir esta noche.

—Tenía hambre —digo bromeando. Él sonríe.

—¿Te gustó nuestra pequeña cita? —Alza sus cejas.

Me rio.

—Sí, estuvo bien.

—¿Sólo bien?

—Yep.

Me volteo y abro la puerta de mi casa, él espera a que me despida de él.

—Buenas noches, Rubia.

—Buenos noches, Roger —digo volteándome para mirarlo.

—Espero que vengan muchas más citas.

Lleva sus manos hacia los bolsillos delanteros de su pantalón. He notado que es algo que hace mucho.

—Eres un buen anfitrión de citas —confieso.

Él se acerca y me besa en la mejilla, me decepciono porque pensé que me besaría de nuevo como en el parque.

—No te sientas mal, pero cumpliré con mi parte de tener paciencia y hacer las cosas bien —dice tocando mi mejilla al final de su beso.

Asiento comprendiendo.

—Ve con cuidado.

Él se despide nuevamente y lo veo perderse en el ascensor del edificio. Suspiro enamorada por ese hombre, sonrío y cierro la puerta de mi apartamento.

Fue una muy linda noche.



El transcurso de la semana fue tranquilo, el miércoles fuimos al hospital para que le quitaran el yeso a Leslie y sus terapias de recuperación comenzaran. Los vómitos y las náuseas se han controlado en su mayoría, algunas veces amanezco en el baño vomitando, pero ahora me he acostumbrado, respiro hondo, hago lo mismo de siempre y al rato me siento aliviada.

El viernes salimos a comer con Raymond, Leslie estuvo encantada y feliz. Me parece que ella realmente tiene un amor platónico con él, debemos hablar sobre eso, no vaya a ser un problema entre todos.

Estoy en la semana catorce de embarazo, la consulta con el obstetra es mañana y estoy ansiosa de ir con Roger, que por cierto, no he vuelto a ver desde nuestra cita el martes pasado. Me ha llamado y escrito mensajes de texto, pero ha estado muy ocupado que no me ha podido visitar.

Lo extraño.

He llegado a la oficina hace quince minutos, Laura no ha llegado aún. Enciendo el ordenador, reviso algunos papeles que han dejado en mi escritorio. Tengo un montón de trabajo, pero estoy feliz de haber descansado y vuelto a la oficina. Estar en casa se siente bien, pero es muy aburrido.

La mañana pasa y el chico de correspondencia de la empresa entra a la oficina con un arreglo de flores y una caja de regalo, Laura y yo nos sorprendemos, nos miramos y ella me sonríe.

—Señorita Walts, esto se lo han enviado a correspondencia —musita el joven colocando el arreglo en mi escritorio y entregándome la caja de regalo—. Debe firmar aquí que lo ha recibido.

Me extiende una planilla, firmo y le agradezco.

Observo el arreglo floral, está bonito. Tomo la caja de regalo.

—¿Quién lo envió? Está lindo —dice Laura desde su escritorio.

—No lo sé, no veo que tenga tarjeta.

Pienso que podría ser Roger, últimamente me ha enviado estos detalles, que este podría ser otro de su parte.

Busco en el arreglo, pero no consigo una tarjeta, tomo la caja de regalo y la abro. Dentro de ella hay un conjunto de bebé de color amarillo, sonrío porque es de ositos. Saco el pantaloncito y la camisa para mostrarle a Laura.

—¡Qué bello! —dice emocionada Lau.

—Mucho, me gusta. Pero no sé quién lo envió.

—Quizás fue Roger.

Pudo haber sido él. Mi teléfono comienza a sonar, veo que está encima del escritorio, lo agarro y contesto.

—Rubia —habla Roger desde la otra línea.

Sonrío inmediatamente.

—Hola, guapo.

—¿Guapo? —dice con voz pícara—. Me gusta. ¿Ya estás en tu oficina?

—Desde muy temprano, es bueno volver a trabajar.

—Qué bueno que estés mejor.

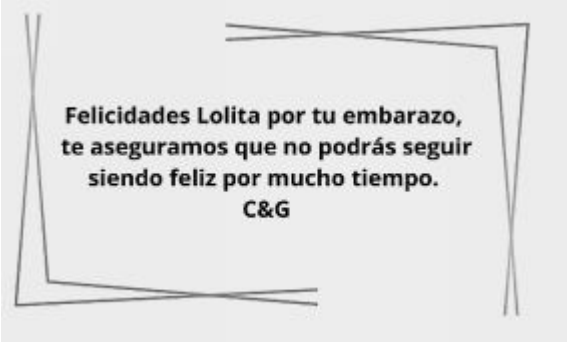
—Sí —veo de nuevo el arreglo de flores y el regalo—, gracias por el arreglo de flores y el conjunto de bebé que enviaste hace un rato, está muy lindo.

—Yo no envié nada, corazón. Mi último regalo fue la semana pasada —murmura Roger extrañado.

Frunzo mi ceño.

—¿No fuiste tú? —cuestiono, vuelvo a buscar una tarjeta en el arreglo, por alrededor de la caja. Me doy cuenta que hay un pequeño escrito en uno de los bordes—. Es que no tiene remitente, ninguna tarjeta o algo. Espera, creo que he encontrado algo.

Leo el escrito que se visualiza un poco tenue.



Mi cuerpo comienza a temblar, a sudar frío y siento que no puedo respirar. Roger me llama desde el otro lado de la línea.

—Hermosa, ¿qué ocurre? —pregunta.

Lágrimas se desbordan por mis mejillas. Laura se levanta de su escritorio y viene hacia mí, toma la caja en sus manos y lee. Me mira asustada.

—Lola, responde —dice Roger preocupado.

—Ellos... ¡Oh por Dios! —murmuro sollozando.

La llamada se cuelga, mis manos tiemblan sin parar, Laura me habla, pero no escucho nada de lo que dice. Me sostiene lentamente hasta la silla de mi escritorio, me siento y lloro.

—No puede ser, no, ellos no —digo alarmada. Las lágrimas no se detienen—. Ellos saben sobre mi bebé. Tengo miedo, mucho miedo.

La puerta de la oficina se abre de golpe y Roger entra rápidamente acercándose a mí, me levanta y me abraza.

Esto no puede estar sucediendo, ellos están más cerca que nunca y saben sobre mi embarazo.

¡Joder!

Capítulo XI
Lola

Mi vida ha dado tantas vueltas de un tiempo para acá, que me es tan difícil de afrontar todo lo que está ocurriendo. El embarazo lo he enfrentado poco a poco, pero ahora afrontar el hecho de que los *engañosos* están muy cerca, que saben sobre el bebé, me dan escalofríos. Tengo miedo, mucho miedo de que nos hagan algo de nuevo.

Los brazos de Roger me hacen sentir protegida, me hacen sentir que no estoy sola en esto, que tengo compañía. No hay otro lugar que me haga sentir tan protegida en estos momentos desde la muerte de mis padres. Lo abrazo con fuerzas, porque estoy aterrada. Me siento débil por todo.

—Cariño —lo escucho llamarme, mientras sus manos suben y bajan por mi espalda tratando de tranquilizarme—. Ellos no te harán nada, estoy contigo.

Sollozo en su hombro.

—Tengo miedo —mi voz se escucha temblorosa—. No quiero que le hagan daño ni a Leslie ni al bebé, está tan pequeño que me da terror perderlo.

Su cuerpo se tensa sobre el mío.

—Eso no va a pasar —afirma.

—Me duele la cabeza.

—Siéntate, recuerda lo de la presión arterial, tienes que estar tranquila.

Respiro hondo, es cierto. Tengo que estar tranquila por el bebé.

—Sí —digo separándome de él y sentándome en la silla de mi escritorio.

Me quedo mirando fijamente hacia un punto de la oficina, pensando en todos los posibles casos de ellos haciéndonos daños. Mi vista se nubla, lágrimas se deslizan por mis mejillas. La mano de

Roger toma la mía, me doy cuenta que él se ha arrodillado para estar a mi altura.

—Lola, estoy contigo. No dejaré que nada te pase. Hablaremos con mi abogado sobre esto, le diremos a la policía.

Asiento lentamente.

—Por favor, ayúdame a no sobrellevar esto sola.

Roger le da un apretón a mi mano.

—En nuestra cita te dije que estaría contigo, que los protegería —ladea una sonrisa—, también a Leslie.

Sonrío con mis labios cerrados.

—Gracias —llevo una de mis manos hacia su rostro y lo acaricio —. Gracias por estar aquí.

—Siempre lo estaré.

Recuerdo a Laura, tímidamente la busco por la oficina y ella está sentada en su escritorio observándonos, se sonroja por mi mirada y me sonríe.

—¿Estás mejor? —pregunta mi amiga.

—Ya me siento un poco más tranquila.

—Iré a comprar algo rico para ti —dice levantándose de su puesto y tomando su bolso.

Me rio.

—No te preocupes, estoy bien.

—No, iré, y tú podrás hablar mejor con el jefe.

Roger la mira, asiente y emite una pequeña sonrisa.

—Gracias, señorita Montreal.

Ella asiente y sale de la oficina. Mi querido jefe me vuelve a mirar.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias a ti.

Roger sonríe.

—¿Quieres ir a almorzar?

Asiento.

—Me gustaría —digo con una sonrisa tímida.

—Vamos.

Él se levanta, me extiende su mano para que me levante, lo hago, tomo mi bolso y nos disponemos a salir de la oficina sin

tomarnos de las manos. Le doy una mirada rápida al regalo y a las flores.

—¿Los boto?

—Sí, por favor. No quiero tener eso.

Él hace lo que le pido, vierte todo en la papelera y luego salimos de allí.

Es bueno tenerlo cerca, me reconforta. No me siento sola.



El lunes pasado, luego del incidente del regalo que me enviaron los engañosos, Roger me llevó a almorzar a un restaurante no muy lejos de la oficina, comimos y hablamos, me hizo olvidar de lo ocurrido ese día.

—Mañana es la consulta con el obstetra —musito viéndolo. Hemos terminado de comer y ahora degustamos de una porción de helado de chocolate.

— ¿En serio? ¿Puedo ir? —pregunta con un brillo en sus ojos que hacen que sus ojos marrones se vean aún más lindos.

—Claro que puedes ir, eres el papá —digo, riendo mientras le doy una cucharada a mi helado.

Él sonríe de oreja a oreja.

—Lo agendaré, ¿a qué hora es? —Su emoción hace cosquillas en mi estómago.

—A las dos de la tarde.

—Muy bien, allí estaremos.

Es martes, estamos en la sala de espera para la consulta obstétrica. Roger está nervioso, es nuestra primera vez en una consulta juntos. Se siente muy bien. Estoy feliz de que esté aquí conmigo.

— ¿Estás nervioso? —cuestiono mirando a Roger, su pierna no ha dejado de moverse, se pasa sus manos por su cabello repetidas veces.

—Sí —contesta—. Estoy emocionado de ver a nuestro hijo o hija.

Sonríe, yo también lo hago. ¡Qué bien se escucha ese ***nuestro****!*

La enfermera anuncia mi nombre, me levanto y le tiendo mi mano a Roger, él sonríe y la toma, juntos entramos al consultorio de mi obstetra.

El médico me sonríe, me da la bienvenida y se sorprende por la presencia de mi acompañante. Él se presenta y Roger estrecha su mano. Le digo a mi médico que él es el padre del bebé.

El ambiente se vuelve agradable en el momento cuando vamos a hacer el ultrasonido, Roger no ha dejado de tomar mi mano, me sonríe y escucha atentamente al médico, sus indicaciones y consejos.

—Lola, estamos en la semana catorce.

—Sí —respondo—. Está pasando el tiempo muy rápido.

Él se ríe.

—Eso es así, las embarazadas lo ven eterno por los malestares, pero el tiempo transcurre muy rápido. Por cierto, estás radiante hoy.

Roger aprieta mi mano, volteo a verlo y él está frunciendo su ceño, carraspea y pregunta:

—Doctor, ¿cuándo podremos ver el sexo del bebé?

—Hoy podemos intentar verlo, ya está formado y podemos hacerlo. Aunque más que todo a las dieciséis semanas o a las veinte se ve mucho mejor.

Roger y yo nos miramos, sonreímos. Mi corazón palpita a miles de millas por hora, la mirada de Roger se nubla cuando la figura del bebé se muestra en la pantalla, parpadea varias veces, nos admiramos cuando vemos que lleva su mano a su carita.

— ¿Viste eso, hermosa? —inquiere Roger.

—Sí. ¡Cielos!

—Está muy bien, su entorno y ella están muy bien.

Abro mis ojos. ¿Él dijo... ella?

Ninguno de nosotros dos emite alguna palabra.

— ¿Ella? —pregunta Roger con voz temblorosa, se nota su emoción.

El obstetra se ríe mientras desliza el aparato por mi abdomen, hace una captura de pantalla y nos enseña el monitor.

—En esta partecita que les señalo, pueden ver que es niña. Tendrán una hermosa y sana niña.

Emito un pequeño grito, Roger se voltea y veo sus ojos llorosos, sus mejillas están sonrojadas. Nos quedamos mirando.

— ¡Es una niña, mi amor! —exclama con una de las mejores sonrisas que él me ha podido dar.

— ¡Sí! —respondo con mis ojos nublados, él se acerca y me besa. Le devuelvo el beso porque esto es lo más bonito que he sentido en mi vida; una felicidad que está por todo mi cuerpo.

Nuestro momento mágico es interrumpido por el médico que comienza a hablar.

—Felicidades. Recuerda las vitaminas, no alterarte, mantener una correcta presión arterial y una dieta balanceada. En dos semanas entraremos en el segundo trimestre, los vómitos y náuseas no serán tan seguidos como estos primeros tres meses.

Doy un asentimiento, afirmando todo lo que me ha dicho.

—Muchísimas gracias, Doctor. Haré lo que me pide al pie de la letra.

Después de otras indicaciones, hablar con él sobre el día que me hospitalizaron por la hipertensión, él me recalcó que estuviese tranquila y no me expusiera a trabajos altos de estrés ni discusiones.

Qué difícil hacerlo cuando tienes a dos personas tras de ti y tu familia.

Roger no deja de sonreír y decirme halagos.

—Eres maravillosa, gracias por esto, Lola —dice, abrazándome una vez que estamos en el estacionamiento del hospital.

Sonrío.

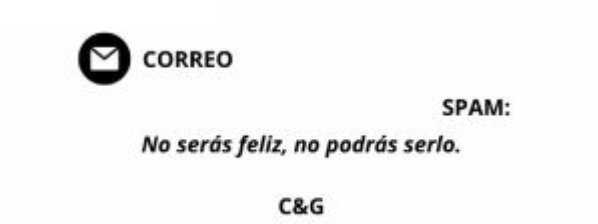
— ¡Tendremos una niña! Estoy muy feliz, Roger.

—Yo también lo estoy. —Se separa, besa mi mejilla y luego sus manos tocan mi vientre—. Mi pequeña.

Ha pasado una semana de la consulta, le dimos la noticia a Leslie y a Raymond, estuvieron tan felices y emocionados. Todos estamos felices por saber que mi bebé es una niña, que está sana y creciendo.

Esos días no pensé en nada más, solo en mi felicidad. Pero el jueves llegó un correo no deseado a mi bandeja de entrada, me paralicé, lloré y llamé a Roger. Eran ellos otra vez...

El correo decía:



Él le notificó a su abogado, habló conmigo, le di la dirección de correo, llamaron a la policía. Al abogado y a la policía le conté sobre sentirme vigilada cuando vengo al trabajo o cuando camino cerca de mi casa, sobre el regalo que enviaron y el correo. Me siento un poco agobiada, preocupada y paranoica por todo lo que está ocurriendo, pero Roger ha estado siempre a mi lado, tranquilizándome y llamando a sus contactos cada vez que ocurre un percance con ellos.

—No sabía que le habías entregado el regalo y las flores a la policía —le digo a Roger cuando salimos de la oficina de la policía encargada en el asunto.

Él se encoge de hombros.

—Es evidencia, bella.

Asiento, sonrío y le agradezco.

— ¿Cómo lo hiciste? Porque nos fuimos a almorzar ese día.

—Envié un mensaje y me hicieron el trabajo.

—El jefe y sus órdenes.

Roger se ríe.

—Para que tú veas, nena.

Mi cumpleaños es mañana, los grandes veinticinco años han llegado y no me siento emocionada de cumplirlos, aunque Leslie ha alardeado toda la semana por eso, que ha hecho que me emocione

un poquito. Ella ha salido de vacaciones, terminó su año escolar y ha estado en casa desde el viernes pasado.

Raymond nos ha visitado un par de veces, pero ha estado tan ocupado con el trabajo que no he podido hablar mucho con él.

Laura se ha comportado como una buena amiga y compañera estos días, se preocupa por mí y hemos reído mucho en la oficina. Está de buen humor, su padre ha estado aliviado esta semana, entonces ella se siente bien, se siente feliz.

Son las nueve de la noche, Leslie está contándome sobre un campamento femenino donde realizan actividades deportivas, artísticas y de danza, es el que desea ir este verano, sus amigas irán y ella no quiere perdérselo. Ha dicho el precio y me ha parecido accesible.

—Será por un mes, Lola —dice mientras se acuesta de lado mirándome—. Quiero ir, ¿por favor? ¿Puedes pagarlo?

Me pone ojitos de cachorro, lo pienso y creo que es una buena opción, es mejor que ella esté en ese campamento mientras tratamos de atrapar a Cecilia y a George, ella estaría a salvo lejos de ellos.

—Está bien, lo pagaré.

Con ese dinero podría comprarle ropa a ella y a la bebé, realizar mejorías en su habitación o al apartamento, pero es la mejor opción de tenerla protegida por un mes. No le doy importancia a las otras cosas, acepto su pedido. Ella es una buena hermana y merece ir a ese campamento.

Leslie salta de la cama emocionada.

—Gracias, Lola —dice sonriendo en grande—. Gracias, eres la mejor hermana del mundo mundial.

Me río.

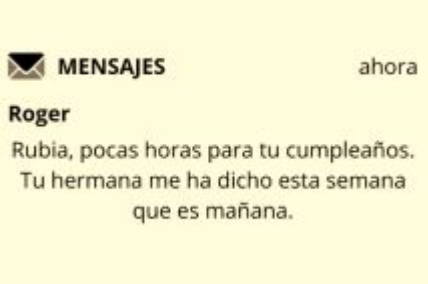
—Del mundo mundial, vale.

Me abraza, me agradece de nuevo y sale de la habitación para contarles a sus amigas.

Niego con mi cabeza, esa niña está creciendo tan rápido, pero estoy orgullosa de ella.

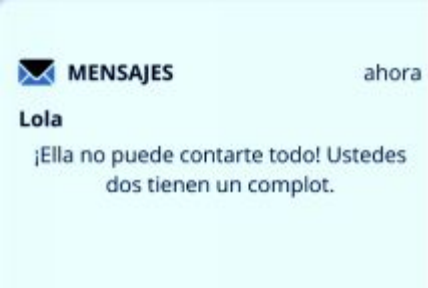
Mi teléfono suena informando que tengo una nueva notificación. Lo tomo y desbloqueo para ver el mensaje.

Sonrío al momento que veo de quién es.



Suspiro. ¡Oh Leslie!

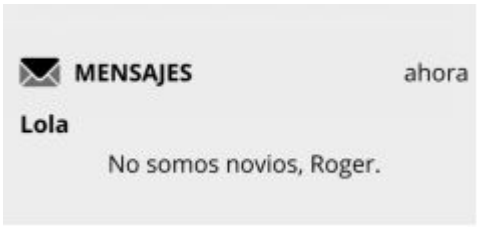
Respondo su mensaje.



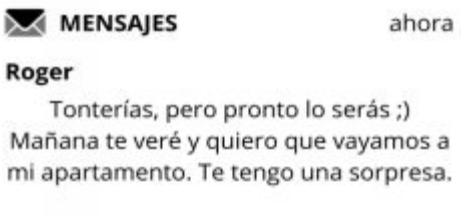
Las viñetas se vuelven azul de inmediato, observo que está en línea.



Pongo los ojos en blanco. *Cuñada*... No somos una pareja oficialmente.

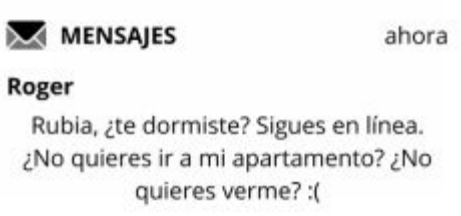


Espero a que responda.



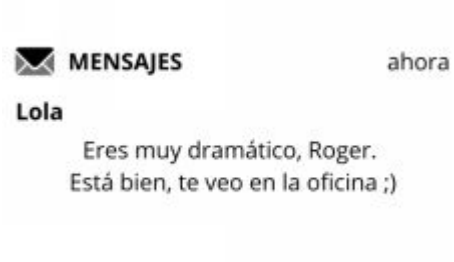
Mi corazón se paliza por un momento. Él me está invitando por primera vez a su casa. Pasan unos minutos viendo su mensaje. Esto es nuevo y no puedo sentirme más que feliz por eso.

Varios mensajes llegan a la vez, abro la aplicación y son mensajes de Roger, emoticones y *gif* de animales.

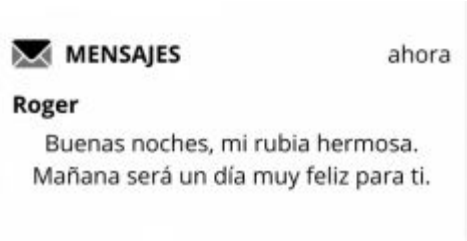


Envía emoticones tristes, me río. Qué dramático es.

Tecleo mi mensaje.



Su mensaje no se deja esperar, contesta rápidamente.



Suelto un suspiro.
Eso espero.

Mi mañana ha comenzado de manera muy alegre, Leslie me ha cantado el cumpleaños feliz al despertar, no ha habido náuseas ni vómitos, Raymond ha llegado con un pastel de chocolate decorado con galletas, me ha felicitado y, ambos, me han hecho sentir amada esta mañana. Ha sido una muy bonita sorpresa de parte de él y de Leslie.

—Gracias, Ray —digo abrazándolo—. El pastel está delicioso.

Corto rebanadas para ellos también.

—No es nada, Leslie me dijo que era tu favorito.

Sonrío mirando a mi hermana, ella se encoge de hombros y se ruboriza.

—Gracias, Les.

—De nada, Lola.

—Vale, es hora de ir a trabajar. ¿Te quedarás con la señora Nanni, cierto?

Leslie asiente. La señora Nanni es nuestra vecina de sesenta y cinco años que vive en el apartamento de al frente, ella y Leslie se llevan de maravilla en el poco tiempo que mi hermana tiene viviendo conmigo. Como el campamento de Leslie comienza este sábado, en los días de entre semana, ella se queda con nuestra vecina mientras yo voy a trabajar.

—Pórtate bien, salúdame a la señora Nanni.

—Hoy haremos galletas y pasearemos a su viejo perro —añade mi hermana.

Me acerco a ella y la abrazo.

—Diviértete.

—Igual tú, ten un cumpleaños muy feliz.

Sonrío. Me despido de ella y, junto con Raymond, salgo de mi apartamento.

He tenido mucho tiempo de que no pasaba un tiempo a solas con mi amigo. Él va conduciendo mientras canta una canción que reproducen en la radio. Me rio porque desafina demasiadas veces.

—Vas a quebrar los vidrios, Raymond —me burlo.

—Deja, no estés celosa de mi magnifica voz.

Me carcajeo.

—Tú, de verdad, eres único.

—Lo sé, hermosa Lola —dice mirándome, alza sus cejas y sonríe —. Lo sé, soy el mejor de los hermanos Butler.

Me quedo callada. Él se ríe.

—Sé que tu favorito es Roger, tranquila.

Pongo los ojos en blanco, me sonrojo y miro a la carretera.

—Me ha hablado muy bien de ti, está muy feliz de tenerte —comenta.

—¿En serio? —pregunto volteando a mirarle.

—Sí... Algunas veces está triste por lo de Marie, pero tú lo estás haciendo sentir mejor. Me contó que sintió un sentimiento muy bonito cuando fueron a ver a la bebé.

Sonrío de nuevo.

—Él casi llora ese día. Fue muy bonito.

—Me alegra mucho saber que lo están intentando y que se están llevando bien.

Asiento sin decir más nada.

Raymond de pronto comienza a cantar muy fuerte, me rio y él hace lo mismo.



Llegamos a la empresa, Raymond se despidió de mí en el elevador y me dijo que me vería más tarde. Al entrar a mi oficina me sorprendo cuando observo que está llena de arreglos florales por todos lados, Laura me está sonriendo.

—Son todas de él —dice emocionada—. ¡Es tan romántico, Lola!

Me sorprendo. Son arreglos de rosas rojas, de todos los tamaños. ¡Me encanta! Estoy muriendo de amor en estos momentos, Roger no puede ser tan romántico.

Siento mis mejillas arder, no paro de sonreír y leer las notas que hay en cada arreglo.

"Eres la dueña de mi corazón"

"Serás una excelente madre"

"Gracias por existir en mi vida"

"Te amo, tu gruñón. Aunque ya no me llames así"

Me rio al leer esa nota.

"Feliz cumpleaños, Rubia"

Son alrededor de diez notas escritas por él. Las tomo todas y las guardo en mi bolso. Laura me dice que capture el momento, así que he fotografiado mi regalo de cumpleaños, ella me ha tomado una foto donde estoy en el medio de los arreglos.

—Eres afortunada de tenerlo, Lola —comenta sonriendo, luego se acerca con su regalo—. Es algo pequeño, pero espero que te guste, feliz cumpleaños, amiga.

Tomo la caja pequeña que me extiende, le sonrío y la abrazo. Lo abro y es un pequeño colgante, muy delicado y precioso.

—Gracias, Laura. No te hubieses molestado.

Se separa de mí y niega con su cabeza.

—Es tu cumpleaños.



El día ha transcurrido entre felicitaciones y muchas sonrisas, más temprano le agradecí a Roger por su regalo. Él me llamó, me felicitó de nuevo y dijo que nos veríamos más tarde porque tenía una reunión después de nuestra llamada.

Es casi la hora de salir del trabajo, Laura me ha felicitado millones de veces en el día, me hizo reír y fuimos a almorzar en la cafetería cerca de la empresa, en *Life's*. Loretto me ha obsequiado un pedazo de *pie de limón* y me ha cantado cumpleaños.

Hoy me he sentido amada, me he sentido feliz y el día no ha terminado.

El tono de llamada de mi teléfono empieza a escucharse por toda la oficina, busco rápidamente mi teléfono y contesto.

—¿Hola?

—Rubia —dice esa voz que hace que mi corazón comience a latir desenfrenadamente y que mis piernas tiemblen como gelatina.

—Hola, Roger.

—He terminado con mi trabajo, ¿nos vamos juntos? Te llevaré a cenar.

—Me encantaría, pero Leslie se ha quedo con la vecina.

—¿No puede quedarse con Laura esta noche? —pregunta de forma tímida. Tanteando el terreno—. Quiero pasar esta noche contigo.

Mis ojos se abren de pronto. Me pongo nerviosa.

—¿Para cenar?

Él se ríe.

—Sí, quiero cenar contigo y pasar juntos lo que queda de tu cumpleaños.

Trago saliva. Muerdo mis labios con nerviosismo.

—Está bien, déjame preguntarle a Laura y decirle a Leslie.

Él se despide por un momento, cuelga y me deja hacer las llamadas respectivas. Tanto Leslie como Laura han dicho que sí inmediatamente, luego de mofarse de mí y desearme una bonita noche con Roger.

Laura pasará a buscar a Leslie dentro de un rato para que se quede con ella esta noche. Mi hermana aceptó encantada porque ama jugar con Bambú, el perro de mi amiga.

Así que ahora me toca llamar a Roger y confirmar nuestra noche juntos.

Lo llamo, no espera al tercer tono cuando él contesta.

—¿Y bien? —inquiere.

—¿Nos vamos desde aquí o puedo ir a mi casa?

—Desde aquí, quiero verte ya.

Mis mejillas se sienten calientes. Me siento como una adolescente que es la primera vez que pasará una noche a solas con su novio... pero ¡Joder! Es la primera vez que iré a su apartamento, pasaremos juntos la noche y... ¡Dios mío!

Respiro hondo, tratando de calmar mis nervios. Me doy una bofetada mental, porque demonios, me estoy comportando como una niña y eso que estoy embarazada de él.

—¿Rubia?

—Eh, sí. Te veo en el estacionamiento.

—Está bien, nos vemos dentro de cinco minutos.

—Vale.

Él cuelga y me quedo mirando mi teléfono.

Estoy nerviosa.

Salgo de la empresa rumbo al estacionamiento, Seattle está nublado. Veo el auto de Roger y entro, al notar que está encendido y que Butler está adentro.

Cuando entro al auto, él me mira sonriente.

—¡Feliz cumpleaños, Rubia! —exclama abrazándome. Me sorprendo, pero recibo su abrazo.

—Gracias, Roger —respondo—. Me encantaron las rosas, mi oficina estaba muy hermosa llena de ellas.

Él se separa, su mano acaricia mi mejilla.

—Las mereces, sé que son tus favoritas.

—Lo son —contesto sonriendo.

Sus labios se juntan con los míos rápidamente, luego él se aleja. Me ha robado un beso. Llevo mis dedos a mis labios.

—Quería besarte, no estoy satisfecho de que sea un pico, pero estoy bien, por ahora.

Por ahora…

Niego con mi cabeza.

—Vamos a esa famosa casa tuya.

Él enarca una ceja sonriendo ladeadamente. Me doy cuenta de mis palabras.

—Eh... vayamos a cenar, quiero decir.

Roger se ríe.

—¿Por qué estás nerviosa, cariño? —cuestiona, comienza a andar el auto rumbo a su casa.

—Eh... yo no... —digo entrecortadamente—... estoy nerviosa.

Mis manos están posadas en mi regazo, él toma mi mano izquierda y la entrelaza.

—No lo estés, no te voy a comer, no soy un lobo —bromea.

—Deja de decir tonterías.

—No haremos nada de lo que no quieras hacer.

Le miro sorprendida, él me guiña un ojo.

—¿Qué tal tu día? —pregunta, cambiando de tema, haciéndome sentir cómoda.

Sonrío al recordar mi día.

—Ha sido un día muy bonito, me he sentido feliz y muy querida.

Le cuento cómo comenzó mi mañana con la sorpresa de Leslie y Raymond, el regalo de Laura y el pie de limón que me obsequiaron en la cafetería. Todo el trayecto hasta su casa fue ameno y me sentí más tranquila cuando él empezó a contarme su día también. Mencionó algo sobre una nueva inversión que haría la empresa y que estaba un poco estresado por eso.

—Quiero que tu día termine de la mejor manera —dice sonriéndome.

—Sé que contigo, así será.

Besa mi mano sonriendo otra vez, mira hacia al frente y me informa que hemos llegado a su edificio.

Sé que esta noche será agradable e inolvidable.

Capítulo XII
Lola

El apartamento de Roger es espacioso, grande, lujoso y se nota a leguas que es un apartamento de un hombre soltero, todo está decorado entre negro, verde oscuro y blanco, no tiene muchas cosas alrededor, uno que otro portarretrato con su familia y amigos, así como de él siendo un niño, se podría decir que el lugar es al estilo *minimalista.*

Hemos llegado hace media hora, él ahora está cocinando nuestra cena; está entusiasmado, ha puesto música y, a veces, canta la canción que suena en los altavoces de su equipo de sonido. Estoy sentada en uno de los taburetes de la cocina, me quedo mirándole, comienzo a reír cuando empieza a moverse de un lado a otro.

—Buenos pasos de baile —elogio, llevándome una mano hacia mi boca para disimular mi sonrisa.

Él voltea, suelta una carcajada y me dice:

—Todo el espectáculo para ti, nena.

—Gracias, un muy buen espectáculo.

Lleva un delantal de color blanco, se ha quitado la americana y las mangas de su camisa mangas largas están arremangadas hasta su codo para no ensuciarse mientras prepara nuestra cena.

Él se acerca, lleva sus manos hasta su cintura y me observa. Yo me intimido ante su mirada.

—Me gusta verte aquí, Rubia —confiesa, ladea su cabeza y esboza una sonrisa.

—Tu casa es muy bonita.

—Gracias, espero que vengas más seguido —dice, guiñándome un ojo.

—Me gustaría.

Roger asiente volteando para ver la cacerola donde está cocinando la salsa para verterla en el pollo que prepara. Bebo mi jugo de frutas que me ha servido hace unos momentos.

—¿Cuándo es tu cumpleaños, Roger?

Él se da la vuelta caminando hasta donde estoy de nuevo, colocando sus manos a los lados, apoyándose sobre la encimera.

—El veintitrés de septiembre —responde.

—Faltan algunos meses.

—Sí, cumplo treinta años.

Acerco mi mano hacia su mejilla y la acaricio.

—Qué viejo.

Él se carcajea.

—Algo, pero me siento joven aún.

Gira su rostro haciendo que sus labios rocen la palma de mi mano, dándome un pequeño beso. Siento una corriente ir por todo mi cuerpo.

Trago saliva.

Una canción suave retumba el lugar, él sonríe.

—¿Quieres bailar?

—Sí.

Roger rodea la encimera, me bajo del taburete y él me toma por la cintura con una mano y con la otra sostiene la mía, mientras poso mi otra mano en su hombro. Lentamente comenzamos a movernos, instintivamente me acerco más a él, apoyo mi cabeza sobre su hombro.

La letra de la canción nos envuelve, si no fallo, es una canción de *Ed Sheeran*, la famosa canción *Thinking out loud.* Roger susurra partes de la canción cerca de mi oído, me estremezco cuando escucho su voz gruesa cantando. Mi corazón se acelera cada vez más.

Cariño, te seguiré amando
hasta que tengamos setenta años.

Cierro mis ojos para sentir más su tacto, sus sentimientos y escuchar aún más su corazón.

Estoy pensando en cómo las personas se
enamoran de maneras misteriosas,

yo me enamoro de ti todos los días,
simplemente quiero decirte que estoy enamorado.

Siento tanto amor en estos momentos por él, ¡Oh Dios! ¿Cómo lucho con mis sentimientos?

La canción se termina, nos detenemos, subo mi mirada para juntarla con la suya, él me ve tan dulcemente, en sus ojos puedo ver ese brillo que se puede observar cada vez que me ve, supongo que yo lo miro de la misma manera.

Lentamente nos vamos acercando hasta que nuestros labios se fusionan y nos fundimos en un beso suave, delicado, expresando el amor y las palabras de la canción que acabamos de bailar.

Él se separa brevemente.

—Lola, no sabes cuánto te quiero —susurra cerca de mi boca.

Soy tan renuente para devolverle el *«te quiero»*, pero dejo ir mi orgullo y lo beso de nuevo, él sonríe mientras me besa.

—Yo también lo hago, señor Gruñón —respondo, alejándome de él. Roger comienza a reír.

Frunzo mi ceño.

—¿Por qué ríes?

—Porque extrañaba que me llamaras así.

Me sonrojo y sonrío también.

Él sacude su cabeza, recordando la salsa y el pollo que estaba cocinando.

—Tú siempre haciéndome olvidar las cosas.

—Hey, no es mi culpa que seas olvidadizo.



La cena está deliciosa, Roger sin dudas es un buen cocinero. Él bebe un poco de vino tinto mientras que yo bebo otro vaso de jugo de frutas que me ha servido con la comida. Una vela en el centro de la mesa alumbra el lugar, la música sigue sonando por los altavoces, todo tiene un aspecto romántico que me encanta.

—Está delicioso, eres muy bueno —lo felicito mientras como otro bocado.

Él sonríe.

—Gracias, me alegro que te haya gustado.

Terminamos de comer, me levanto primero para recoger los platos y lavarlos. Él se levanta al instante haciendo que su camisa se llene de vino, manchándola.

—Joder —susurra.

—Oh, se ha manchado —digo. Da un asentimiento mientras ve su camisa.

—No importa, la enviaré a la tintorería o me compraré otra.

Él comienza a desabotonar su camisa, mi respiración se ralentiza cuando poco a poco su piel y sus abdominales bien marcados se van asomando a la vista. Trago saliva. Miro hacia otro lado.

Roger se comienza a reír.

—Rubia, ¿por qué miras a otro lado? —inquiere acercándose—. No es la primera vez que me ves sin camisa.

Mis mejillas se ruborizan. Su mano toma mi barbilla y me hace girar el rostro para mirarlo. Sus labios rozan los míos por un momento, luego queda solo la sensación de hormigueo. Parpadeo varias veces.

—Eres hermosa —musita acariciando mi mejilla.

Llevo mi mano hacia su rostro también.

—Tú igual.

—¿Muy hermoso? —Enarca una ceja con picardía. Suelto una carcajada.

—Muy hermoso.

—Lo sé, bella —responde bromeando, riéndose también.

Él se separa, recoge los platos y va hacia la cocina para colocarlos en el lavavajillas. Lo sigo, secundo su acción tomando el resto de las cosas que están en la mesa.

—Yo iba a lavarlos.

—No es necesario, los colocamos aquí —dice señalando el lavavajillas—. Y listo, espérame en la sala, ahorita voy.

—Está bien, iré al baño primero —volteo sin saber dónde queda —, ¿en dónde queda el baño?

—La primera puerta a la derecha.

Asiento y camino hasta mi dirección.

Luego de la sala queda un pasillo donde hay más portarretratos, estos están colgando en las paredes, me quedo mirando cada uno de ellos. Detallo uno donde sale Roger y Marie de jóvenes, ella lo abraza colocando su cabeza sobre su hombro y Roger sonríe. Se ven realmente felices.

Más adelante hay una foto de Roger junto con Raymond y otro chico a su lado, se ve mayor a ellos, supongo que es su hermano Robert; tiene cierto parecido a los dos menores.

—Esa foto fue cuando fuimos a un campamento —dice Roger detrás de mí.

Me sobresalto por su voz, volteo y él esboza una suave sonrisa.

—Eh, estaba viendo tus fotos —argumento tímidamente.

—Está bien, hay muchas de cuando era más joven.

—Sí, he visto a Marie en una de ellas, es la que sale abrazándote.

Él se queda en silencio, tensa su mandíbula y emite una mueca.

—¿Ibas al baño?

Eso es una señal de que no quiere hablar sobre ella hoy.

—Cierto.

Ya sentados en la sala de estar, Roger se ha cambiado de ropa, ahora se ve más hogareño con sus pantalones jeans y una camiseta. Él se levanta de su sitio y va hacia la cocina. Cuando regresa trae en sus manos un pastel de cumpleaños, las velas están encendidas y él comienza a cantar el cumpleaños feliz. Al instante se me nubla la vista, sonrío de oreja a oreja, siento mis mejillas arder.

—Feliz cumpleaños a ti —canturrea acercándose cada vez más—. Feliz cumpleaños, querida Rubia. Feliz cumpleaños a ti.

Él está esbozando una gran sonrisa también, ilumina todo el lugar, sus ojos brillan. Me hace señas con sus cejas para que sople las velas.

Pido mi deseo.

Que podamos vivir tranquilos en familia y que nuestra bebé nazca saludable.

Al momento siguiente, soplo las velas. Roger celebra, coloca el pastel en la mesa de estar y se acerca de nuevo rápidamente hacia mí, con sus fuertes manos me sujetan la cara con ternura y luego sus labios cálidos se posan sobre los míos. Se sienten tan bien sus

labios. Respondo a su beso, coloco mis manos alrededor de su cuello y dejamos que nuestras bocas se junten una y otra vez.

Él lentamente me lleva hasta el mueble, apoyando mi espalda sobre él. Sus manos se encuentran en mi cintura, suben y bajan por todo mi abdomen, acariciando mi pequeño bulto, luego acaricia mi espalda y mi rostro. Intenta que su cuerpo no me aplaste, está siendo muy delicado con sus movimientos.

Roger saborea mis labios, los muerde, los succiona haciéndome gemir. Se separa un momento agitado, coloca su boca cerca de mi oído.

—¿Quieres hacerlo? —cuestiona, su voz se escucha más ronca de lo que es. Está tan afectado como yo.

Mi respiración es entrecortada, lo miro a los ojos y asiento. ¡Por que sí! ¡Quiero estar con él!

—Tendremos cuidado —dice acariciando mi rostro con sus manos, comienza a dar pequeños besos alrededor. Cierro mis ojos para poder sentir sus caricias—. Te haré el amor, cariño.

Vuelvo a abrir mis ojos, los suyos están cerrados mientras me besa, sin apuro alguno, comienza a descender por mi cuello, dejando rastros de su boca en mi piel. Se detiene y se levanta, abro mis ojos de nuevo, él me sonríe.

—Ven, es más cómodo en la cama —sugiere, extendiendo sus manos para ayudar a levantarme.

Caminamos hasta su habitación, al cerrar la puerta, su boca atrapa la mía haciendo que nuestras lenguas bailen sin parar.

Con suaves caricias y dulces besos me va desprendiendo de mi ropa, dejándome en la lencería que he decidido usar hoy, el conjunto es de color rojo; mi cuerpo se ve muy bien en ella. Con mis manos temblorosas, subo su camisa por su cabeza, él me ayuda y se la quita completamente. Luego me vuelve a besar con frenesí. Mis piernas se sienten débiles, como gelatina a punto de convertirse en líquido.

Jadeo cuando él comienza a besarme en cada parte de mi cuerpo. Sin dejar de hacerlo, me arrastra con él hasta la cama, me acuesta lentamente. Me muero por acariciar esos músculos

tonificados que tiene y besar cada centímetro de su piel bronceada, soy una mujer embarazada ardiendo en deseo en estos momentos.

Sus besos son caricias suaves, pero luego se vuelven pasionales, hace que sienta una sensación de ardor por todo mi cuerpo.

Cada toque, beso, caricia me va enloqueciendo poco a poco.

—¿No crees que te falta quitarte los pantalones?

Él emite un sonido ronco.

—Rubia, estás en lo cierto —responde, se aleja, se quita su pantalón quedando en ropa interior; luego vuelve a posicionarse sobre mí, apoyando sus brazos en la cama, alrededor de mi cuerpo haciendo que su peso no caiga sobre el mío.

Me mira con esos ojos marrones que me encantan y me hacen alucinar. Nos quedamos admirándonos unos segundos.

—Eres muy hermosa.

Esbozo una pequeña sonrisa.

—Gracias.

—¿Estás segura que quieres hacer esto? —inquiere frunciendo su ceño—. ¿Sigo a prueba cierto?

Doy un asentimiento.

—Quiero hacerlo, a veces me siento excitada y con ganas de estar contigo —hago una pausa—, y sí, sigues a prueba.

Su cabeza se esconde en mi cuello por un momento, luego se incorpora negando con la cabeza, pero él está sonriendo.

—Eres muy difícil, Rubia —besa mi mejilla—, pero te entiendo.

—Deja de hablar y hazme el amor, Roger Butler.

Sus ojos se abren por la sorpresa, suelta una carcajada y comienza a besarme de nuevo. Algunas veces su barba raspa mi piel, pero me encanta la sensación, hace que se sienta más sensible, que sienta más sus caricias. Desciende por mi abdomen hasta llegar en donde el bulto es prominente, da pequeños besos por todo el lugar, haciéndome sonreír tontamente.

—Mi amor, tus padres ahora están jugando un poco, no te asustes —murmura sobre mi vientre, me río ante su ocurrencia.

Él se incorpora a mi altura, toco su cuerpo, paso mis manos por su abdomen, luego por su espalda. Beso sus hombros. Él mordisquea, chupa y no deja ningún punto de piel sin besar.

Roger se está tomando su tiempo para hacerme sentir querida, que los dos podamos disfrutar de nuestro momento, sin apuros, sin preocupaciones. Solo somos él y yo esta noche, en esta cama y en su apartamento.

Después de su juego previo, me desnuda completamente, imito su acción en él, luego me abre las piernas y se coloca entre ellas, siento su cuerpo contra el mío, sus labios en mi garganta, sus manos en mis piernas, sus caricias me vuelven loca, su olor me está martirizando. Lo necesito ya. Estoy tan deseosa de que entre en mí que alzo las caderas en una clara invitación.

—Lola —sisea cuando comienza a penetrarme lentamente, acariciando mi zona íntima con la suya.

—Roger —respondo en un gemido, porque se siente tan bien.

Entra en mi cuerpo poco a poco haciendo que le desee más y más a cada segundo, no sé si es por estar embarazada, pero siento mucho más ahora. Aunque no puedo mentir, el sexo con Roger es muy bueno, siempre lo ha sido.

Dijimos que iríamos lento, que me haría el amor. Pero me está trastornando toda esta calma, ahora necesito potencia, necesito que me demuestre su fuerza, necesito que me haga completamente suya.

—Roger, más rápido —musito jadeando.

—Mi amor, ten paciencia, hay que tener cuidado con la bebé.

Me río ante su comentario.

—¡Demonios, Roger! Ella estará bien.

Él empieza a entrar y salir de mi cuerpo a un ritmo tan delirante que me siento enloquecer de placer, todo mi cuerpo reacciona a las caricias, los besos y los mordiscos de mi amante.

Sigo tocándole por todos lados, acariciando y diciéndole cosas sucias que nunca habría dicho sin estar embarazada. No sé qué me sucede, pero él solo se ríe.

Gimo cuando me muerde en el cuello con fuerza y siento una corriente por mi columna que me hace temblar, ¡oh Dios! ¡Sí! El orgasmo está en plena ebullición en mi vientre y falta poco para que se desate, me haga liberar de deseo.

Enredo las piernas alrededor de las caderas de Roger, para acercarlo más y le aprieto en mi interior, él gruñe y bombea más fuerte, más rápido... a su modo, pero se siente muy bien.

Cuando llegamos al orgasmo, gritamos nuestros nombres en unísono. Siento como explota dentro de mí, su líquido caliente se esparce; él respira de forma acelerada, abro mis ojos y lo veo. Sus mejillas están sonrojadas, su cabello alborotado por culpa de mis manos traviesas.

Sube su boca buscando la mía, me besa y susurra:

—Te amo, Rubia.

Mi corazón está lleno de amor por él, este momento ha hecho que mi cumpleaños sea el mejor. Desbordo con palabras todo el sentimiento que siento por Roger Butler.

—Yo también te amo, Roger —me vuelve a besar y sonríe sobre mis labios. Alejo mi boca un momento—. Gracias por darme el mejor cierre para mi cumpleaños.

—Te mereces todo el amor del mundo.

—Tú me lo estás dando, amor.



Estoy sintiendo calor, mucho calor. Me despierto y veo que Roger me está abrazando mientras duerme, tiene apoyada su cabeza sobre mi pecho y su mano está sobre mi abdomen. Él no hace ronquidos ni sonidos extraños, solo duerme plácidamente sobre mí. Me quedo mirándole, sus pestañas son largas, sus cejas pobladas, las hebras de su cabello están alborotadas; llevo mi mano hacia su nariz y la toco suavemente con mis dedos, él realmente es hermoso y me quiere tanto como lo quiero a él.

Suspiro profundamente al darme cuenta que no tengo escapatoria, con él me siento segura, protegida y querida. He notado todos estos días que hemos estado saliendo que es un hombre joven, divertido, romántico y que se preocupa por mí y mi familia.

—Buenos días —susurra, su voz suena más ronca. Típico de un hombre por la mañana.

Sonrío. Roger no ha abierto sus ojos, pero está sonriendo.

—Buenos días, bello durmiente.

—¿En este momento es cuando me besas para que pueda despertarme? —inquiere, subiendo su rostro hacia el mío. Abre sus ojos y me mira dulcemente.

—Ahora los papeles han cambiado, soy el príncipe —digo riéndome.

Roger esconde su rostro cerca de mi cuello, haciéndome cosquillas con su nariz.

—No sé qué hora es, pero tenemos que levantarnos, hay que ir a trabajar, Roger.

Él gruñe en mi garganta.

—¿No podemos faltar hoy? Estoy muy bien contigo aquí, acostados como lo estamos. —Me da un beso corto que hace que mi piel se erice—. Dándonos arrumacos.

Niego con mi cabeza.

—Tú puedes hacerlo porque eres el jefe, pero yo no.

—Di que estás enferma. —Me besa de nuevo, luego sube su cabeza para mirarnos de nuevo a los ojos.

—Vamos, se hará tarde.

—¿Y mi beso de buenos días?

Pongo los ojos en blanco, me acerco y junto mis labios con los suyos, luego me alejo y él bufa; se mueve de nuevo y me toma el rostro con su mano derecha acercándome a él y me besa de una manera que me hace alucinar.

Se separa y dice—: Este es un buen beso de buenos días.

Me río negando con mi cabeza.

No puedo con él.

Me gusta despertar así, de esta manera; estar juntos sin ninguna molestia cerca, solo siendo él y yo, en nuestra burbuja de amor.

Roger se ha terminado de arreglar, son las siete de la mañana. Nos hemos bañado juntos, quizás nos hayamos besado más de la cuenta, pero ahora él me llevará a casa para poder cambiar mi ropa porque llevo el mismo vestido holgado de ayer, luego podremos irnos al trabajo.

Mientras me vestía, él preparó un emparedado con queso y jamón, junto con un poco del jugo de frutas que quedó de la cena; su gesto hizo que mi corazón saltara y se emocionara como siempre lo hace cuando él está cerca.

—Desayunas en el auto, porque si no llegaremos muy tarde a la empresa —dice sonriendo de manera ladeada.

Le devuelvo la sonrisa, me acerco hasta dónde está y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias, cariño.

Estamos listos para salir del apartamento, cuando suena el timbre, Roger frunce su ceño y yo le miro.

—¿Quién te visita tan temprano? —interrogo con burla.

Él se encoge de hombros y me da una mirada de que no sabe quién puede estar visitándolo a esta hora. Camina hasta la puerta, espero detrás de él. La costumbre de no querer ser descubierta por alguien y sepa de nuestra relación está presente, pero confío en Roger y sé que él hará las cosas bien o eso espero.

Inconscientemente toco mis manos con nerviosismo, cuando se abre la puerta, Roger gruñe bajito y se queda en silencio viendo a las dos personas que han llegado a su apartamento.

Mi respiración se ha acortado cuando me doy cuenta de que son sus padres, he reconocido a su mamá.

¡Oh por Dios! ¿Y ahora?

Ellos saludan a su hijo, entran al apartamento y se me quedan mirando, mi cuerpo se tensa por completo, busco rápidamente la mirada de Roger. Él hace una mueca con sus labios.

—Buenos días —saluda su padre. Es un señor canoso bien vestido, se nota que es un hombre adinerado, tiene el mismo color de ojos que Raymond, azules y su tez es pálida. A su lado está la madre de Roger, a ella la había visto hace un tiempo en la empresa, Roger se parece a ella, tiene su mismo tono de piel y color de ojos.

Ella me está mirando con desaprobación, en cualquier momento podría escupir fuego, me doy cuenta de que no le gusta mi presencia en esta casa.

—Buenos días, señor Butler —contesto a su saludo.

—Mamá, papá, ¿qué hacen tan temprano aquí? —pregunta Roger, llevando su mano derecha detrás de su nuca. Su típico gesto de nerviosismo.

—Queríamos visitarte antes de que fueras al trabajo, no has vuelto a ir a la casa —responde su madre con un tono gélido, su mirada sigue en mí—. ¿Quién es usted?

Trago saliva. Esta es la primera prueba de que podamos ser vistos públicamente juntos.

Puedo hacerlo.

—Soy Lola Walts —Hago una pausa—, soy una de las contadoras asistentes de la empresa.

Ella abre sus ojos de pronto, frunce de nuevo su ceño y me mira de arriba abajo.

—Mucho gusto, soy Lucas Butler —se presenta el padre de Roger.

Extiende su mano para que yo la estreche con la mía, lo hago y él me sonríe.

—¿Y qué hace aquí, en el apartamento de su jefe? —cuestiona la señora Butler con molestia en su voz.

—Ella es mi novia —responde Roger con seguridad posándose a mi lado, lleva su mano hacia mi cintura y la rodea con ella—. Y la madre de mi hija.

El ambiente se vuelve de pronto tenso, los presentes se han quedado estoicos, nadie dice alguna palabra. Mi respiración se ha acelerado, al igual que mi corazón. Roger me ha presentado como su novia y les ha dicho que soy la madre de su hija. ¡Oh cielos! siento que voy a vomitar.

La mano de Roger se afianza en mi cintura, dándome apoyo, sosteniéndome por toda la tormenta que sé que vendrá en pocos segundos.

Su madre respira aceleradamente, su padre se ha puesto colorado.

—¿Qué has dicho, Roger Joseph? —inquiere su madre alzando su voz, ella está realmente molesta. Su mirada se dirige a mi vientre, por el vestido no se ve mucho la curvatura del vientre, pero da indicios de que estoy embarazada.

Yo no sé qué hacer, solo quiero que la tierra me trague ahora mismo. Dirijo mi vista hacia mis manos, no dejo de tocarlas. Estoy nerviosa, asustada y no quiero seguir viendo a los padres de Roger.

—Ella es mi novia —repite—, y sí madre, voy a ser padre de una niña.

Luego de decir esto, Roger lleva su mano hasta mi vientre, lo acaricia y me besa en la coronilla de mi cabeza. Suspiro nuevamente.

La madre del padre de mi bebé me fulmina con la mirada, fuego podría salir de sus ojos. ¿Por qué ésta es su reacción? ¡Demonios! Quizás ella amaba mucho a Marie y ahora su hijo está en una relación con otra persona, tan cercano a su muerte.

—¡Eres una perra! —Vocifera la señora Butler, perdiendo los estribos. Abro mis ojos con sorpresa, mis mejillas se tiñen de rubor y siento que Roger se ha tensado, porque su agarre hacia mí se ha fortalecido—. ¿Quieres dinero? ¡¿Qué haces con mi hijo?!

—Mamá, respeta a Lola, por favor —replica Roger con enojo—. Si no te agradezco de irte de mi casa.

—Gloria, cálmate —dice su padre, tocando el hombro de su esposa.

—¡¿Calmarme?! —pregunta, volteando su mirada hacia su esposo —. ¡No me pidas que me calme cuando estoy escuchando estas estupideces!

En cualquier momento puedo desmayarme, estoy sintiendo los mismos síntomas de hace días, el dolor de cabeza ha aparecido, mi pulso es acelerado. Quizás esté elevada mi presión arterial de nuevo. ¡Demonios no!

—Roger... —susurro, cuando siento que mi cuerpo se debilita y caigo sobre sus brazos, todo se ha vuelto oscuro de nuevo, como la otra vez.

Me he desmayado, en frente de mis suegros, quiénes me odian y no quieren a mi bebé.

Todo va fatal.

Capítulo XIII

Roger

Después de haber tenido una noche increíble con Lola, haber celebrado su cumpleaños, y acercarnos más como pareja; todo se fue al precipicio, con tan solo una visita de mis padres.

En el momento en que mis papás entraron al apartamento, sabía que todo sería un desastre. La mirada acusadora de mi madre me molestaba, me hacía sentir ansioso. Lola fue valiente al presentarse, pero cuando Gloria Butler preguntó por qué estaba en casa de su jefe, tenía que decir la verdad, simplemente hacer las cosas correctas.

—Ella es mi novia —repito con seguridad—, y sí madre, voy a ser padre de una niña.

Luego de decir esto, llevo mi mano al vientre de Lola, lo acaricio dándole apoyo y seguridad; beso la coronilla de su cabeza para que sepa que estoy con ella. Que sepa que siempre lo estaré.

Mi madre nos fulmina con su mirada, ella está enojada. Tiene que aceptar mis decisiones, ya estoy grande como para que las rechace. Mi sangre comienza a hervir en el momento en que mi mamá insulta a Lola.

—¡Eres una perra! —Abro mis ojos con sorpresa. Ella realmente no la llamó así. ¡Maldita sea! —. ¿Quieres dinero? ¡¿Qué haces con mi hijo?!

Siento que mis mejillas se han sonrojado por el enojo, mi respiración se acelera. Afianzo el agarre en la cintura de Lola. La miro con disgusto. Mi padre se mantiene dócil a su lado, lo miro y él me ve fijamente, hace una mueca con sus labios.

—Mamá, respeta a Lola —digo con enojo. Ella no puede venir e insultar a la mujer que amo—. Si no te agradezco de irte de mi casa.

—Gloria, cálmate —dice Lucas, tocando el hombro de mi mamá. Tienen que irse, no soporto su presencia. Los amo, pero están dañando a lo que más amo.

—¡¿Calmarme?! —pregunta volteando su mirada hacia su esposo —. ¡No me pidas que me calme cuando estoy escuchando estas estupideces!

Lola se remueve en mi cuerpo, siento que su pecho sube y baja con rapidez, ella se queda en silencio, volteo a verla y ha palidecido. ¡Demonios, no! ¡Otra vez no!

—Roger... —susurra, su cuerpo se siente débil, sus piernas flaquean, sus ojos se ven apagados hasta que los cierra completamente y su cuerpo cae en mis brazos, se ha desmayado otra vez.

No discusiones, sin alteraciones. Las palabras del obstetra llegan a mi mente, esto no es para nada acatar sus indicaciones.

La tomo en mis brazos fuertemente, les doy una mirada reprobatoria a mis padres. Ellos me miran perplejos.

—Hijo —musita mi padre, acercándose a nosotros.

—No —respondo duramente. Vuelvo mi vista a Lola, suspiro. Sujeto su cuerpo hasta acercarla al sofá de la sala, la acuesto sobre él y comienzo a llamarla, ella no responde. Mi padre me sigue, mi mamá solo se quedó en su lugar con una mano en su boca.

—¿Ella es la chica que te tenía sonriendo tanto, a pesar de lo de...? —inquiere mi padre. Le miro, veo sinceridad en sus ojos. Él puede ser estricto en cuanto al trabajo, sobre la empresa, pero con la familia, él siempre ha sido tranquilo, comprensivo y bondadoso.

Respiro hondo, pero contesto.

—Sí, es ella.

Sostengo como mi mano derecha el rostro de Lola.

—Cariño, despierta —murmuro llamándola. Ella luce como si estuviese dormida. Me están preocupando sus desmayos, odio que su presión arterial se eleve, eso le podría hacer daño a la bebé.

Sé que fue un arranque decirles de pronto a mis padres sobre nuestra bebé, pero ¡demonios! He decido que no ocultaría a Lola de nadie, ni a nuestra hija. Nunca lo haré.

No seré un cobarde otra vez; perdí a Lola una vez, no ocurrirá de nuevo.

—Roger —llama mi madre.

—¡Vete! —Alzo la voz en su dirección. Estoy molesto con su actitud altanera, grosera hacia Lola.

—¡¿Cómo puedes estar con ella cuando Marie no tiene ni un mes de muerta?!

Suspiro. Tenso mi mandíbula.

—Antes de que ella muriera, hablamos sobre Lola, Marie entendió que nunca pude enamorarme de ella —explico, viendo a mi madre, mientras acaricio la mano de mi rubia.

—Ella... ¿lo aceptó? —pregunta mi padre anonadado.

Asiento.

—¡Tú eres un insensato! —exclama mi madre exasperada, posa sus manos en jarras—. Ella moribunda y tú engañándola.

—Madre, es un asunto que ya hablé con Marie y con Lola —hago una pausa—, es un asunto que no les compete en nada a ustedes. Informé mi relación, no espero nada de su parte.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Somos tus padres!

—Gloria.

—¡No!

Ella luce furiosa.

—No es posible que mi hijo, que tuvo una relación de años con Marie, venga con esta tipeja de la nada y ahora dizque van a tener un hijo. ¡La engañaste!

Me levanto enojado del sofá, no soporto escucharla más. Entiendo que ella quiso mucho a Marie, fueron años de amistad, más el año de noviazgo. La madre de Marie es su mejor amiga, pero es mi vida, no la ella. Su comportamiento en estos momentos es ir a más, esto es inaceptable.

Llevo mis dedos al puente de mi nariz, pienso correctamente lo que voy a decir.

—Mamá, me enamoré de Lola desde el primer momento en que la vi, no hice las cosas correctas con ella ni con Marie, pero Marie me perdonó, me entendió porque, joder, ella fue una persona increíble.

Trago en seco, el nudo en mi garganta se hace presente una vez más, siempre ocurre cuando hablo de mi amiga. Mi padre coloca su mano sobre mi hombro, me da un pequeño apretón.

—Roger, es tu vida, tú sabrás como la manejas —dice viéndome, luego fija su mirada a Lola—. Espero que ella esté bien, me gustaría conocerla.

—Lucas —sisea mi mamá.

—No, Gloria. Roger tiene veintinueve años, él sabe que es lo correcto ya. Nunca vi a mi hijo tan sonriente como esa vez que fuimos a pescar, él estuvo pendiente de su teléfono, y sabía que no era Marie la que lo hacía sonreír así.

Al parecer mi sonrisa me delató todo este tiempo, porque Marie también supo sobre Lola por eso.

—Esto es...

—Nada, mamá, si no vas a respetar a la mujer que amo, que claramente está embarazada y que espera una hija mía; solo te pido que te retires.

Ella refunfuña, pone los ojos en blanco y da media vuelta para salir por la puerta del apartamento. Escucho a mi padre suspirar.

—Espero que ella esté bien —me dice de nuevo, luego de darle una mirada a Lola. Ella sigue inconsciente—. Felicidades, hijo. Serás un padre estupendo.

Me da una sonrisa ladeada.

—Gracias por entender, papá. La amo, no voy a ocultarla más.

Él da un asentimiento.

—¡¡¡Lucas!!! —Se escucha el grito de mi madre desde el elevador.

Mi padre da una mirada hacia la puerta, su ceño se frunce.

—Hablaré con ella. Tendrá que disculparse con la señorita Walts.

—Tiene que hacerlo —digo con seriedad.

Lucas Butler sale del apartamento cerrando la puerta tras de sí; vuelvo mi vista hacia Lola que se comienza a despertar.

—Cariño, ¿estás bien?

Poco a poco va abriendo los ojos, se incorpora en el sofá; se pasa sus manos por el rostro.

—¿Qué ocurrió? Me comencé a sentir mal —explica mirándome. En sus ojos puedo ver la preocupación—. No me digas que me desmayé de nuevo.

Bajo la mirada, asiento tocando su mejilla con mi mano.

—Sí, Rubia. Te desmayaste.

—¿Tus padres? —pregunta exaltada viendo a todos lados.

—Ellos se acaban de ir.

—Tu madre me odia.

—No es eso, ella es una buena persona, pero...

—Quería mucho a Marie, ¿estoy en lo correcto?

Suspiro frustrado.

—Sí —respondo con sinceridad—. Te traeré un vaso con agua, ya vengo.

Ella asiente. Me levanto del sofá y busco un vaso con agua en la cocina, vuelvo a dónde está ella sentada. Se lo tiendo y ella lo acepta, bebe un poco.

—Es entendible, aparecer de pronto cuando tú tenías una relación con ella... —Continúa diciendo. Su mirada se desvía a otro punto que no sean mis ojos.

—Hey, mírame —tomo su barbilla y hago que me mire.

—Ahora estoy contigo, te amo y eso es todo lo que importa —digo, le doy un pequeño beso a sus labios—. No te voy a ocultar, Lola. Eres la mujer que amo y la madre de mi hija. Estamos juntos en esto.

Ella me mira unos largos segundos, suspira, me entrega el vaso vacío, lo coloco en la mesa que está a un lado, luego veo como ella se acerca a mí para abrazarme, la recibo con gusto. La acuno a mi cuerpo, besando su coronilla.

—Esto será difícil para todos, pero te amo y estamos juntos en esto —murmura.

La atraigo más a mí.

—No me arrepiento de tenerte, Rubia.

—Yo tampoco de haber aceptado ese acuerdo o cuando nos besamos en esa fiesta.

Me rio recordando ese día. Ella me tenía alucinando, la quería para mí, quería tenerla, pero luego todo se volvió intenso, y aquí estamos.

—Fue una buena velada.

Ella se ríe también.

—Lo fue —contesta. Se queda en silencio, luego habla de nuevo —: ¿Qué ocurrió con tus padres?

—Mi padre me ha felicitado. En cambio, mi madre... —comienzo a explicar—, ella se ha ido enojada.

Lola suspira.

—Me molestó cómo me llamó, pero entiendo su disgusto. Siempre los padres quieren lo mejor para sus hijos.

—No, Lola —contesto abruptamente—. Ella no tuvo que haberse comportado de esa manera, ella debe aceptar mis decisiones.

Ella encoge sus hombros.

—Vamos a dejar pasar esto por hoy —me remuevo en el sofá, bajo mi mirada, tratando de ver su cara. Ella sube su mirada y me ve fijamente a los ojos—. ¿No vamos a trabajar? ¿Ya te sientes mejor?

—Sí, tengo una molestia en la cabeza, pero estoy bien, fue la impresión que me hizo desmayar. Quizás deba comerme lo que me hiciste en el auto —dice Lola, acomodándose en el sofá, alejándose de mí—. Jefe, debemos ir a trabajar.

Hago un pequeño mohín.

—No hagas esa cara —musita sonriendo.

—¿Cuál cara? —Vuelvo a hacer el gesto.

Ella se acerca, toma mi boca con su mano y me da un beso en los labios. Me rio cuando se aleja.

—Haré más seguido esa cara si me vas a besar.

Pone los ojos en blanco, se levanta del sofá y se dirige a la puerta.

—Vamos, Gruñón. Tenemos que ir a mi casa.

Me levanto, camino hasta ella y tomo su mano. Ella recoge la bolsa con el desayuno que le preparé más temprano, lo alza y me hace una seña.

—Te amo, Rubia, sabes que nada nos va a hacer caer.

—También te amo, Roger —responde, emite una vaga sonrisa en sus labios, asintiendo con su cabeza lentamente.



Lola

He estado dándole cabeza a todo lo que pasó en casa de Roger, la reacción de sus padres fue tan contradictoria. Su padre acepta nuestra relación, no sé la razón de que lo haya hecho, pero lo hizo; luego está su madre que perdió los estribos y me insultó. No puedo dejar de pensar que Gloria Butler me odia y dijo que era una estupidez lo de estar embarazada.

La molestia vuelve a esparcirse por todo mi cuerpo, llevo horas pensando una y otra vez ese momento. He estado tratando de trabajar, pero veo los números e inmediatamente no comprendo lo que hago. Laura me ha preguntado si estoy bien, le digo que sí lo estoy, solo para evadir más preguntas.

Esta mañana cuando Roger me llevó al apartamento, ya Leslie estaba allí con Laura, mi amiga la había llevado temprano para que se quedara con nuestra vecina y arreglara sus maletas porque el campamento comienza mañana.

—Feliz cumpleaños, hermana —me felicita de nuevo Leslie, me abraza y me da un beso en la mejilla. Sonrío.

—Gracias de nuevo.

—Espero que la hayas pasado muy bien con Roger —dice ella, volteando a ver a Roger y le sonríe.

—Lo hice, me regaló un pastel —le cuento.

— ¡Qué bien!

—Gracias Lau, por cuidarla —le digo a mi amiga, ella está sentada en el mueble de la sala, asiente y me da una sonrisa, luego me guiña un ojo.

— ¿Cómo está, señor Butler? —Saluda a mi acompañante.

—Muy bien, señorita Laura.

—Es tan raro que se hablen de esa manera, estando afuera de la empresa —murmura Leslie, frunciendo su ceño.

Nos quedamos en silencio, pero luego reímos.

Roger se encoge de hombros, sonríe y dice—: Es cierto, si voy a tener una relación con Lola y tú eres su amiga, pues, deberíamos de tutearnos fuera de la empresa, ¿no te parece Laura?

Ella se sorprende ante el nuevo atrevimiento de Roger, se ruboriza y asiente.

—Sí, Roger… —se ríe—, es tan raro. Pero me parece bien —añade.

Roger da un asentimiento y le da una sonrisa con sus labios cerrados, luego me mira a mí y emite un guiño.

No he pasado por alto cuando dijo: «tener una relación con Lola», lo entiendo. Joder, eso me hace tan feliz. Está a prueba, pero todos sabemos que realmente somos una pareja ahora.

Sus padres me preocupan, me preocupa el bienestar de mi bebé, me preocupa la cercanía de los engañosos, ¿cuándo podremos ser completamente felices y estar bien con todo?

Se escucha mi suspiro, Roger me da una mirada y yo hago una mueca con mis labios.

—Recuerda hacer tus maletas, Leslie —me giro hacia ella, tratando de ignorar la mirada de Roger—, traeré helado y galletas para que tengamos una linda noche de hermanas.

Ella sonríe y aplaude.

— ¡Eso me gusta!

La sonrisa de Leslie y su emoción por el viaje, me hace saber que estoy haciendo bien las cosas. Alejándola de todo este desastre que nos rodea y que yo soy participe de primera mano. Por lo menos, ella estará disfrutando de sus vacaciones, de su adolescencia sin preocuparse porque dos personas estén tras de nosotras.

Apoyo mis brazos sobre el escritorio, gruño y lágrimas comienzan a descender por mis mejillas. Mis hormonas del embarazo dicen *hola*, una vez más estoy dejando que mis emociones me dominen, pero ¡demonios! estoy agobiada por todo. Lo que me faltaba: una suegra que me odia.

—¿Por qué lloras, Lola? —inquiere Lau, siento su cercanía. Levanto mi cabeza y la veo, sus ojos verdes me observan con preocupación.

—Por tantas cosas, Lau —respondo sin dar tantos detalles.

Ella va hasta la nevera ejecutiva que hay en la oficina, saca una botella de agua, vuelve y me la tiende, tomo la botella dándole una pequeña sonrisa.

—Gracias, amiga.

Me incorporo, respiro hondo, abro la botella y bebo un sorbo de agua. Solo derramé unas pocas lágrimas, pero la opresión en el pecho sigue presente, es un cúmulo de preocupación, miedo, agobio, estrés. Sé que le hace mal a mi pequeña bebé, es dañino y quiero tanto estar bien, no pensar en nada y solo ser feliz. Pero es muy difícil mantener a raya mis emociones.

—¿Llamo a Roger? —pregunta Laura, aún parada enfrente del escritorio.

Niego con la cabeza.

—No, él debe estar ocupado. Ya se me pasará —ladeo una sonrisa—, tiene que pasar, por el bien de mi bebé.

Acaricio mi vientre curveado, poco a poco está creciendo más y más. Pronto tengo que comprar ropa de maternidad, algunas cosas para la bebé, ropa para Leslie también.

—¿Qué hora es? ¿Ya vamos a salir del trabajo?

Laura vuelve a su escritorio, le da un vistazo a la pantalla de su computador y me mira de nuevo.

—Son las cinco de la tarde, es hora de irnos.

Asiento.

—Quiero tener esta noche con mi hermana, reírme de sus ocurrencias, la voy a extrañar —digo nostálgica—. He estado con ella estos meses, que tenerla lejos de nuevo me da nostalgia.

Ella sonríe negando.

—Lola, se irá para un campamento con sus amigas, te escribirá o llamará todos los días. Ya te comportas como una mamá.

Me rio asintiendo.

—Creo que ya estoy sintiendo la maternidad.

Ella suelta una carcajada.

—¡Oh Dios! Ahora quién te aguantará. Oh espera, ¡Roger! Él lo hará, definitivamente.

Me sigo riendo, porque es cierto. Él me aguantará toda esta locura, todos estos cambios, o eso creo...

¿Su madre impedirá que estemos juntos? ¿Qué voy a hacer si eso ocurre? No quiero dejar a Roger, no quiero alejarme de él.

Capítulo XIV
Lola

Voy caminando hasta mi apartamento, me detengo en el local del señor Juancho, mi amigo mexicano. Él me saluda alegre, diciéndome *señorita* en español, como siempre lo hace cuando vengo a su local, es un señor rechoncho muy agradable, sus nietos algunas veces atienden el lugar, pero él siempre está presente. Tenía muchísimo tiempo sin venir. He entrado por el bote de helado para Leslie y las galletas que prometí esta mañana.

Hoy será una noche de hermanas Walts, mañana Leslie se irá a su campamento y no la veré por un mes.

—Tenías bastante tiempo que no venías a mi tienda, Lola.

El señor Juancho me da una sonrisa cálida, él es como un abuelo adorable.

—Sí, he estado muy ajetreada con el trabajo —coloco el helado en el mostrador, junto con las galletas de chocolate y vainilla—. ¿Cómo está usted?

El señor Juancho tose un poco.

—He estado enfermo, pero ya me siento mejor.

Escojo un paquete de gomitas que se encuentran en el mostrador, últimamente me han gustado mucho este tipo de dulce.

—Espero que se sienta mejor pronto, señor Juancho.

Él asiente y sonríe gratamente. Termina de realizar el pago de los artículos y me los entrega dentro de una bolsa.

—*Señorita* Lola, vuelva pronto, siempre es un placer verla.

Sonrío.

—Igual, usted es una persona muy amable.

—Felicidades en su embarazo —exclama señalando mi pequeño bulto en el vientre.

Me sorprendo, mis mejillas se tiñen de color, pero sonrío tímidamente.

—¿Cómo se dio cuenta? —inquiero, coloco un mechón de mi cabello rubio detrás de mí oreja.

Él se comienza a reír roncamente.

—Oh Lola, luces radiante, tus ojos brillan y se te nota su pequeña panza de embarazada ya.

Chequeo la vestimenta que llevo, poco a poco mi barriga de embarazada se está visualizando más; el vestido pegado de color rosa pálido que estoy usando hoy, hace que luzca como si estuviese un poco rellenita, mi abdomen era plano, pero no como de modelo, así que puede lucir como eso, como si estuviera engordando aunque la curvatura es visible. Emito una sonrisa ladeada.

—Muchas gracias por sus felicitaciones. Sé que pronto no podré ocultarlo más —bufo riéndome.

—No lo haga, se ve hermosa. Cuídese mucho.

Asiento con mi cabeza.

—Sí... Bueno, cuídese usted también, lo veo pronto.

Me despido del señor Juancho y salgo de la tienda, rumbo a mi apartamento para tener una buena noche con mi hermana.

Al llegar a mi pasillo, un olor a pastel o galletas recién hornadas llega a mis fosas nasales, inmediatamente se me hace agua la boca. Alguna de mis vecinas debe estar horneando. Camino hasta mi apartamento, el olor a galletas de vainilla recién horneadas sale de allí cuando abro la puerta; me sorprendo que veo a mi vecina de al frente con Leslie comiendo algunas galletas sentadas en el sofá de la sala, ellas están viendo televisión.

Voltean sus cabezas para mirarme, me sonríen. Leslie es la primera en levantarse y venir hasta mí.

—Adivina, Lola —dice haciendo una pausa, sus ojos desprenden un brillo especial, está emocionada en informarme del acontecimiento que ha hecho. Le hago señas con mis cejas alzadas —. ¡Hice galletas de vainilla!

La señora Nanni se ríe suavemente, ella se acerca y me da una sonrisa.

—Hola, Lola. —Saluda, rodea a Leslie por los hombros—. Esta jovencita ha aprendido a hacer galletas de vainilla y chispas de colores. ¡Toda una pastelera!

—¡Sí, Lola! —exclama mi hermana—. Y están deliciosas.

—Qué bueno, pequeña. Me alegra mucho que aprendieras a hornear galletas —sonrío, me acerco a ella y le doy un beso a su mejilla izquierda, ella no deja de sonreír. Volteo mi mirada hacia mi vecina—. Muchas gracias por cuidarla y enseñarle a hacerlas.

Ella se encoge de hombros.

—No hay problema, sabes que vivo sola y es bueno tener a Leslie en casa, es una niña tranquila y alegre, me gusta mucho escuchar sus historias de la escuela, sobre la danza y sobre el chico que le gusta.

Susurra la última frase como si hubiese contado un secreto, suelto una carcajada. Leslie se ruboriza y se cubre el rostro con sus manos.

—No hablen sobre mí —ruega Leslie.

La señora Nanni me guiña un ojo y se ríe también.

—Debo irme, tengo que alimentar a mis gatos y a mi perro.

Doy un asentimiento, nos despedimos de ella y la señora Nanni sale de nuestro apartamento. Veo a Leslie mirarme, le sonrío de costado. Le muestro la bolsa con el helado y las galletas que había comprado. Ella toma la bolsa de mis manos y va a guardar el helado en la nevera. Llego hasta la cocina.

—Deberíamos de cenar primero, luego vemos películas o esa serie que te gusta sobre detectives, comiendo helado y tus galletas —le digo a Leslie.

—¡Me gusta esa idea! —Coloca su mano hasta su barbilla y hace como si estuviese pensando en algo—. También podemos bailar, ¡quiero bailar!

¡Claro que podemos bailar! Quiero tanto disfrutar esta noche con ella, que nos divirtamos y seamos felices.

—También podemos bailar, Les. —Imito su pose pensadora—. ¿Qué más podríamos hacer?

—¡Chequear mi maleta! —dice ella riéndose. Eso me recuerda que le dije esta mañana, que debía hacer sus maletas.

—¿Ya las arreglaste?

Ella asiente.

—Sí, la señora Nanni me ayudó. Ella es realmente buena haciendo maletas, no deja espacios vacíos y todo cabe de una manera impresionante.

—Excelente, ahora reviso qué has guardado en ellas.



La noche ha pasado muy rápido, cenamos temprano, luego vimos dos episodios de la serie policiaca que le gusta a mi hermana, *Chicago PD,* no es mi favorita, pero es entretenida para ver. Mientras veíamos los episodios, comimos helado, así como las galletas que horneó Leslie, realmente estaban deliciosas. Acordamos que debemos hacer más galletas, una vez que ella regrese del campamento.

Reímos, bailamos, hasta hablamos de Paul y me contó que le ha regalado chocolates otra vez. Me parece algo bonito que sea detallista. Le pregunté sobre su admiración por Raymond, ella sólo se ruborizó, se cubrió el rostro con sus manos y comenzó a reír.

—Él es como un amor platónico —dice riéndose—. Es muy lindo, pero no es para nada malo, aprecio que nos llevemos bien y él es muy genial. Es un buen amigo… pero Lola, él me lleva trece años. Es muy grande —comenta como si fuese lo más obvio del mundo.

—Está bien, Les. —Le doy una sonrisa serena—, es cierto, él es muy grande para ti, por eso es que quiero evitar incomodidades o corazones rotos.

Ella niega con su cabeza, resopla y mira sus uñas. Que sea un amor platónico no está mal, con el tiempo se acostumbrará a su presencia y lo dejará de ver de esa forma.

Sus maletas estaban bien arregladas, nuestra vecina hizo un buen trabajo ayudándola a hacerlas. Ahora ya me estoy arreglando para dormir, me he puesto mi pijama de pantalones cortos y una blusa de tirantes, me quedo mirando mi abdomen en el espejo de cuerpo completo que está en la habitación. Me veo de lado por un momento, sonrío al ver que ha crecido y es muy notable.

«Mi pequeña, sigue creciendo sana y bella. Tus papás te amamos mucho», digo en voz alta.

Acaricio mi abdomen, no puedo esperar hasta que esté grande como un balón de basquetbol. Me alegra mucho darme cuenta que estoy lidiando con esto mejor de lo que pensé, me gustan estos cambios. Por lo menos, los vómitos han cesado; solo debo cuidar mi presión arterial. Bajo mi blusa de nuevo, camino hasta la cama y me acuesto hasta conciliar el sueño.

Hoy fue un día de emociones, comenzar la mañana tan explosiva conociendo a los señores Butler, pero al final del día, creé buenos momentos y recuerdos con mi hermana; eso es lo que realmente me importa y me hace feliz, lo demás, lo puedo sobrellevar.



— ¿Tienes todo en tu mochila? —le pregunto a Leslie, en minutos subirá al autobús junto a sus amigas para irse al campamento.

Hemos llegado hace unos minutos atrás, Roger nos trajo en su auto; el autobús ya partirá hasta el lugar donde se realizará el campamento femenino. Las amigas de Leslie la han saludado, todas están hiperactivas, no dejan de hablar de lo emocionadas que están por irse y empezar su viaje.

Veo de nuevo a mi hermana, ella afirma todo lo que le pregunto. Me siento nostálgica, la extrañaré mucho.

—¿Me extrañarás? —preguntas mientras me abraza.

—Obvio, pequeña —contesto abrazándola fuerte—. Cómete todos tus vegetales, no duermas tarde, diviértete mucho y escríbeme siempre que puedas hacerlo. Ten cuidado, no hagas muchas travesuras.

—Sí, mami Lola —dice burlándose. Luego sonríe mientras se separa de mí—. Está bien, lo haré. Cuídate tú también, cuando te vea dentro de un mes tendrás la barriga grande.

Rio asintiendo.

—Sí, eso creo.

Mi hermana ve por detrás de mí, sonríe y se despide con su mano. Roger me ha dejado hablar a solas con Leslie, dándonos

espacio.

—Adiós, Roger. Cuida de mi hermana y de mi sobrina, los extrañaré.

—Chao, Leslie. Diviértete, cuídate —responde Roger, volteo para mirarle y él sonríe, le hago señas para se acerque, él lo hace y me rodea con sus brazos—. Cuidaré muy bien de tu hermana y de tu pequeña sobrina.

Siento sus manos acariciar mi abdomen, suspiro enamorada. Me gusta mucho que haga eso.

—Bien, los quiero mucho —confiesa Leslie, ella nos abraza a los dos de nuevo. Nos saluda y sube al autobús.

Mis ojos se nublan, pero sonrío y con mi mano me despido de mi hermana. El autobús se llena de estudiantes adolescentes y hace su recorrido hasta el campamento. Cuando veo que ya el auto se ha ido, suspiro de nuevo. Giro mi cuerpo para ver a Roger de frente.

—Ella estará bien, se divertirá con sus amigas —intenta calmar mis emociones, dándome un casto beso.

Doy un asentimiento.

—Lo sé, solo que... no me gusta estar separada de ella. Es mi pequeña hermana, mi bebé.

Roger se ríe roncamente.

—Mi Rubia, serás una madre muy protectora, ¿no es así?

Me encojo de hombros.

—Eso creo.

Él me sonríe, luego con sus brazos me atrae a su cuerpo de nuevo, rodeo los míos en el suyo y nos fundimos en un abrazo, él besa mi coronilla.

Veo como padres y representantes van dejando vacío el estacionamiento de la escuela. Solo quedan pocas personas y nosotros.

—Debemos irnos, Lola —murmura Roger.

—Sí, sino quedaremos solo nosotros dos en este lugar —digo riéndome.

Nos separamos, Roger entrelaza su mano con la mía y caminamos hasta el auto de él, feliz porque mi hermana estará a salvo por un tiempo y porque estoy agarrada de manos con mi amor.



Hemos pedido comida a domicilio, algo suave acorde a la dieta que el médico me ha recomendado. Roger está en la cocina buscando los platos para servir la comida. Él me ha estado acompañando desde esta mañana, hemos visto algunas películas en la sala, dándonos arrumacos; pero nos dio hambre y ninguno de los dos quiso cocinar. Algunas veces, se siente irreal tener a Roger conmigo, pero me estoy acostumbrando muy rápido a su habitual presencia.

Él sirve mi plato de comida, le agradezco y nos sentamos a degustar nuestro almuerzo.

—Esto está delicioso —musito, probando un bocado.

Roger asiente.

—Me gusta tu elección.

Veo el plato de comida: arroz, milanesas de pollo, puré de papa y ensalada. Algo muy sencillo, casero y está rico.

—No sabía que hacían estos platos tan caseros y que los enviaban por domicilio.

—Encontré un restaurante por internet —cuenta Roger.

—Es extraño no escuchar a Leslie caminar o cantar por la casa.

—Sí, lo es —responde Roger—. ¿Aceptaste que fuera al campamento por los Hamilton?

Hago una mueca, miro mi plato y de nuevo a él.

—Sí... así ella estaría alejada de todo esto por un mes.

—Es lo mejor, ha sido una buena decisión. —Roger bebe su bebida, hemos pedido jugo de fresa para los dos—. Esta semana, hablaré con el abogado y el detective que ha estado con tu caso, me comunicaré con ellos para que me den detalles certeros sobre ellos.

Respiro hondo. Me quedo en silencio. Quiero tanto que toda esta persecución y acoso se acabe, que podamos vivir felices y tranquilos. Odio haber abierto la bocota esa vez en el juzgado, todo esto es por mi culpa.

Lágrimas ruedan por mis mejillas ante el recuerdo de ese día.

—Hey —me llama Roger, coloca una de sus manos sobre mi mejilla—. ¿Qué ocurre hermosa? Leslie estará contigo dentro de un mes, no se ha ido a la guerra.

—No es eso, sino que me he acordado que todo esto es mi culpa, que ellos hayan escapado y ahora estén tras nosotras. Es jodido.

Sollozo, bajo el cubierto y lo dejo a un lado de mi plato de comida.

Roger me toma de la mano, me levanta y me sienta en su regazo, ubico mi cabeza en su cuello.

—Mi amor, ellos son unos cobardes —dice sobando mi espalda suavemente. Gimoteo. ¡Hormonas del embarazo que hacen que todo asunto me pegue tan fuerte!—. Los atraparán y ustedes estarán bien. Estoy contigo.

Lo abrazo, beso su pecho y él ríe. Su piel se siente cálida, eso es lo bueno de que no lleve camisa, aunque he estado delirando con su abdomen marcado desde hace horas. Se la había quitado para sentirse más cómodo, yo también me había cambiado la ropa por una más holgada.

—Me haces cosquillas, Rubia.

Lo beso varias veces, hasta que con su mano me sube la cabeza y me besa en los labios. Luego se separa y dice:

—Sigue comiendo, Rubia. Nuestra bebé tiene que crecer fuerte y saludable.

Me rio, me levanto de su regazo y me siento en mi puesto de nuevo. Limpio mi rostro y le sonrío. Se siente tan bien estar con él.

—¿Quieres quedarte a dormir? —Le pregunto.

—Pensé que nunca me lo pedirías, y si no lo hacías, lo hubiese pedido yo. Quiero estar contigo.

—Yo también.



Una semana ha transcurrido desde que Leslie se fue al campamento, cada noche me envía fotos y mensajes sobre lo que hizo en el día. Cada vez está más entusiasmada por todas las actividades recreacionales que realizan.

La semana fue tranquila en el trabajo, Roger se ha estado quedando conmigo en mi apartamento, desde el día que Leslie se fue; es tan extraño tenerlo allí, solo para mí. Es como una especie de vivir juntos. Me ha gustado mucho convivir con él, algunos días él debe ir a reuniones o eventos, entonces me quedo sola, pero en la mañana siguiente, está firme en mi puerta, saludándome y llevándome o preparando el desayuno.

Se ha comportado tan dulce y amable. Cada día, podría decirse, que me enamoro más de él. Aunque a veces discutimos porque no baja la tapa del inodoro, o que no lava el vaso que usó para beber agua, pero son tonterías que luego nos reímos.

No hemos tocado de nuevo el tema sobre sus padres, ni sobre los engañosos, aunque él se reunió con el abogado y detective el miércoles pasado, los detalles de su reunión no fueron favorables, no tienen información sobre Cecilia y George Hamilton, lo único que pudieron conocer es que George visitó un supermercado. Llevaba una gorra que tapaba su rostro, una cámara de seguridad captó su imagen, pero eso fue hace tres semanas atrás.

La dirección IP de los correos electrónicos ha sido bloqueada, no pudieron rastrearlos por allí. Sus correos se detuvieron, pero sé en el fondo que ellos no se han rendido. En cualquier momento pueden hacer un movimiento en contra de mí. Estoy asustada por lo que pudiera pasar.

Mi teléfono suena, el tono de llamada se escucha por toda la oficina. Tomo el móvil y respondo.

—¿Aló?

—¡Hermosa Lola! —La voz de Raymond se escucha animada.

—¿Cómo estás, Ray? Me tienes abandonada. No hemos vuelto a salir —digo afligida. Realmente lo extraño.

—He estado muy bien... —responde, su tono de voz es seductor. Imagino que ha estado con una chica—. Mayra y yo hemos estado saliendo.

Dice de pronto, abro mis ojos de par en par.

—¿En serio? —Interrogo—. ¿Pero cómo un Casanova o algo serio?

Él suelta una carcajada sonora.

—Oh Lola, al principio fue modo Casanova, pero creo que ella me está gustando más allá del sexo.

Vaya…

—Eso es... muy bueno, Raymond.

La puerta se abre, Laura entra con dos batidos de mora y una gran sonrisa. Se acerca a mi escritorio tendiéndome uno de los batidos.

—Ten, Lola.

—Que bella, gracias Lau —le digo. Raymond se queda en silencio —. ¿Ray?

Laura me da un vistazo en el momento en que menciono a Raymond. Bebo un poco del batido, está delicioso.

—Eh... te llamaba para que saliéramos esta tarde.

Su tono de voz ha cambiado, qué extraño.

—¡Sí, me encantaría! —Contesto—. Acompáñame a cobrar ropa de embarazada, la necesito, la que tengo para venir a trabajar me está quedando ajustada. Es momento de lucir esta barriga.

Él se ríe.

—Oh, mi cuñadita —canturrea—. Está bien, te espero en la entrada de la oficina para que vayamos al centro comercial, creo que le haré mi primer regalo a mi sobrina.

Sonrío. Raymond es tan lindo.

—Te veo dentro de un rato, solo falta una hora para salir del trabajo.

—Entendido, hermosa Lola —dice, luego hace una pausa, pero habla de nuevo—. Saludos a Laura.

Mi entrecejo se frunce cuando manda sus saludos, ¿en qué momento ellos han hablado? ¿Saludos? Dirijo mi mirada hacia Laura, ella bebe de su batido mientras ve algo en la pantalla de la computadora.

—Vale...

La llamada se termina, coloco el teléfono en el escritorio.

—Raymond te ha mandado saludos, Laura.

Su cabeza se gira inmediatamente dirigiendo su mirada hacia mí. Sus ojos se abren por la sorpresa, luego intenta ocultar su gesto. Frunce su ceño.

—¿Por qué me mandaría saludos Raymond Butler? —pregunta con su voz nerviosa. Esbozo una sonrisa ladeada y alzo mi ceja.

—Eso me pregunto yo, Laura.

—Eh, bueno, gracias.

—Me tienes que contar qué tienes con Raymond Butler, amiga.

Ella bebe de su bebida de nuevo y ve a la pantalla, ignorando mi petición. Lo dejaré pasar, pero esto es divertido de saber.



Raymond lleva alrededor de cuatro bolsas, hemos visitado tres tiendas de maternidad. El centro comercial es grande y nos queda entrar a una tienda, pero siento mis pies cansados, tengo hambre y ya es tarde.

Más temprano le avisé por mensaje de texto a Roger, que saldría con su hermano. Él le mandó saludos y me dijo que nos veríamos en mi apartamento. Estoy tan emocionada de verlo y mostrarle toda la ropa que he comprado hoy. Con el campamento de Leslie, mi cuenta bajó un poco, pero esta semana he recibido mi pago del mes del trabajo, así que aproveché para comprar mi ropa de maternidad.

Ya es tiempo de lucir mi embarazo, usar esos bellos vestidos y bragas de embarazadas que hacen lucir a las mujeres hermosas y radiantes, así sea para ocultar todos los malestares que sentimos en esta etapa.

Ray se sienta en una de las mesas de la feria de comida, tengo antojo de una hamburguesa de *McDonalds.* Raymond me ha dicho que no debo comer este tipo de comida chatarra, pero quiero tanto esa hamburguesa, que me la comeré porque sí, además he cumplido con la dieta, pero una hamburguesa no me hará daño.

—Descansa, siéntate —me dice Raymond, señalando la silla. Deja las bolsas sobre su silla—. Iré por tu hamburguesa, yo pediré una pizza pequeña en otro local.

Lo miro desafiante.

—Comerás pizza.

—Sí —contesta.

—En frente de una embarazada con antojos de comida chatarra.

Él rueda sus ojos, niega con la cabeza.

—Te daré un poco.

Sonrío triunfante.

—Vale, eres un muy buen amigo.

—Ay cuñadita, rodarás si sigues así.

Bufo, él se ríe y camina hasta los locales de comida para poder hacer nuestros pedidos.

Veo las bolsas con la ropa que he comprado, algunas faldas y pantalones maternales, uno que otro vestido, además de pijamas para dormir. Raymond le ha regalado un conjunto muy lindo a la bebé, es de color rosado y tiene algunos animales plasmados en la pequeña camiseta. Es tan adorable ver ropa para niños, todo es hermoso; quisiera llevarme toda la ropa de los locales.

Ya vamos a terminar de comer, nos hemos actualizado en los acontecimientos del otro. Le conté sobre lo ocurrido con sus padres en casa de Roger, él se enojó, maldijo y dijo que hablaría con su madre sobre mí. Inmediatamente me negué, no quiero problemas con la señora Butler.

—No, hermosa Lola. Ella debe aceptar tu relación con Roger, tú eres una mujer impresionante. Ella no puede venir a insultarte y llamarte como lo hizo —dice exasperado, su ceño está fruncido.

Me encojo de hombros, suspiro y termino de beber de mi gaseosa.

—No quiero tener problemas con ella —confieso, hago una mueca con mis labios.

—Hablaré con mi madre, eres mi amiga y no puede meterse contigo.

Ladeo mi cabeza antes de asentir.

—Gracias, te quiero mucho. Es increíble tenerte como amigo.

—Y como cuñado —añade él. Esboza una sonrisa pícara, haciendo relucir su belleza.

—Me cansé, llévame a casa, por favor —digo, levantándome de mi puesto—. En el camino me cuentas sobre la señorita Smith y sus hoyuelos asesinos.

Él se carcajea, mientras se levanta y toma las bolsas.

—Si supieras cómo es en la cama... —dice con su risa ronca. Me rio negando con la cabeza.

El jueves siguiente a la salida con Raymond, cuando llegué a mi apartamento luego del trabajo, me sorprendo al ver a Gloria Butler parada en frente de mi puerta. Luce una falda que llega al ras con sus rodillas, una blusa sombría y está mirando su teléfono. Mis pequeños tacones resuenan por el pasillo, haciendo que su cabeza se direccione a dónde está el sonido. Me ve frunciendo su ceño.

Llego hasta donde está ella, respiro hondo. Aquí no está Roger, aquí solo estamos ella y yo. Así que estamos uno a uno. Yo puedo con esto.

—Necesito hablar con usted, señorita Walts —dice con voz neutra.

La miro unos segundos a los ojos, ella no me quita la mirada.

—Espero que venga sin groserías ni malos tratos —murmuro de manera seria.

Ella tensa su mandíbula, sus fosas nasales se expanden y asiente.

Veamos qué tiene que decir mi querida suegra, la señora Gloria Butler.

Capítulo XV
Lola

Mi apartamento es pequeño, sin embargo, con la presencia de la madre de Roger aquí, se ha vuelto más pequeño aún. Es asfixiante. Una señora que está en sus cincuenta o sesenta años, con su cabello al ras de sus hombros, bien arreglado y teñido para ocultar sus canas: intimida mucho. Gloria Butler tiene un aspecto imponente, resalta glamour y sobriedad. Solo que pierde los estribos cuando está enojada, y lo vi hace algunos días atrás.

La señora se detiene en el medio de la sala, voltea para mirarme. No sin antes darle una vista rápida a mi apartamento.

—¿Desea algo de beber? —inquiero.

—Si tiene té, estaría bien —contesta, se sienta en uno de los muebles de la estancia.

Doy un asentimiento. El aire se siente tan incómodo y tenso, ni siquiera hemos comenzado a realmente hablar.

—Lo iré a preparar.

Dejo mi bolso en la mesa del comedor, tomo una coleta que se encontraba allí y me hago una cola de caballo en el cabello. En seguida, busco en la cocina la bolsita de té y coloco el agua a hervir.

No puedo negar que estoy nerviosa porque la madre de Roger está en mi casa, pero respiraré hondo y me tranquilizaré por mi bebé. No puedo desmayarme ni que se eleve la presión arterial de nuevo.

El agua tarda en hervir, luego coloco las bolsitas de té en las dos tazas que he preparado. Vierto el agua en ellas, respiro hondo y regreso a la sala con las tazas con té en una bandeja.

Visualizo que Gloria Butler sigue en el mueble, ve algunas veces hacia los lados, supongo que verificando el lugar. Ella siente mi presencia y voltea. Esbozo una sonrisa a medias.

Es raro este comportamiento.

—Espero que le guste —digo, colocando la bandeja sobre la mesa de estar que está en el medio de la sala. Veo como ella recoge una de las tazas, sorbe un poco y bebe sin objeciones—. ¿Cómo supo donde vivo?

Ella hace un pequeño gesto en sus labios, baja la taza hacia su regazo y me mira.

—Investigué su expediente de la empresa —responde con facilidad.

—Oh, me lo supuse.

—Vengo para que podamos hablar sobre Roger —dice, arrugando su frente—. No sé de dónde o cómo apareciste en su vida, pero mi hijo estaba en una relación con su amiga de toda la vida hace unos meses.

—Eso, lo sé muy bien, señora Butler —la interrumpo, pero añado —: Pero yo no sabía que Roger tenía una prometida cuando lo conocí, hace seis meses atrás.

Ella bufa, rueda sus ojos.

—¡Por Dios Santo! ¿Cómo no va a saber eso, señorita Walts? Todo mundo sabía que Roger tenía una prometida —pregunta exaltada. Me tenso. Eso no es verdad, ¿O yo era la única que no sabía?

—Es la verdad —respondo—. Cuando conocí a Roger Butler, él no mencionó nunca una prometida o novia, siempre lo negó cuando se lo pregunté —explico mirándola—. Además, señora, yo conocí a Marie en el hospital y ese mismo día me enteré que ellos estaban comprometidos.

Gloria tensa su mandíbula, mira su regazo y luego vuelve a subir su mirada con prepotencia.

—¿Entonces, por qué no se alejó de él? —interroga, su ceja derecha está alzada.

Suspiro negando.

—Yo me alejé —contesto—. ¡Su prometida estaba enferma! ¿Cómo cree que me sentí cuando me enteré? —inquiero de vuelta—. ¡Yo estaba devastada, molesta y avergonzada!

—Mi hijo no pudo haberle hecho eso a mi Marie —dice negando.

La miro incrédula.

Mi Marie…

—Lo hizo, señora —respondo cortantemente—. Pero eso es pasado ahora. Ya hemos solucionado ese problema.

—¡Claro! Porque te embarazaste para atraparlo —exclama, cambiando de tema de pronto. Insinuando hechos que no son.

Siento que mis mejillas comienzan a arder por la molestia de tenerla aquí.

—Eso no es cierto —replico ya cansada de esto—. Fue algo inesperado, pero ahora estamos muy felices de tener a esta bebé en nuestras vidas —confieso, tocando mi abdomen. Ella dirige su mirada hasta allí.

Veo en sus ojos que lucha internamente, entre discutir y el miedo a aceptar los hechos como son.

—Usted debería de hablar con su hijo, señora Butler. Para que pueda aclararle todas las dudas que tiene —sugiero. Bebo de mi té unos segundos, dándome mi tiempo, después hablo—: Respeto que sea la madre de Roger, es un hombre increíble, maravilloso. Cometió errores, sí, lo hizo —hago una pausa—. Pero lo amo muchísimo, y estamos intentando comenzar una relación estable. Le sugiero no interponerse entre nosotros, ni hacernos daño. Porque si me hace daño a mí, se lo estará haciendo a su nieta y a su hijo.

—Insolente —murmura. Sus ojos marrones me miran desafiante. Coloca la taza sobre la bandeja. Agarra su bolsa de cientos de dólares y se levanta—. Aléjate de mis hijos, Lola Walts —sisea, supongo que Raymond le tuvo que haber dicho algo para que ella viniera a hablarme y ahora mencionarlo también.

—No lo haré, señora Butler —declaro colocando mi taza sobre la bandeja—. Amo a Roger, es el padre de mi hija. También amo a Raymond, es un amigo increíble, buena persona y un gran apoyo. No voy a dejar de tenerlos en mi vida porque usted lo diga —contesto levantándome de mi puesto.

Nuestras miradas se mantienen firmes, ella es un poco baja en comparación a mi estatura. Se acomoda su cabello, suspira fuertemente y hace de nuevo ese gesto en sus labios. Sé que está molesta.

—Esto no se quedará así, Lola Walts.

—Hable con su hijo, señora Butler —sugiero con tranquilidad—. No me juzgue sin conocerme, eso la hace mal educada y en su estatus social no es bien visto.

Escucho su gruñido, pone los ojos en blanco, inmediato pasa a un lado de mí y se dirige a la puerta para salir del apartamento.

—Espero que recapacite, deje de juzgar y pueda entender nuestra situación. Además, mi hija debe tener una buena relación con sus abuelos paternos; no se quite ese derecho, señora Butler. Es bonito tener una nieta —añado—, porque es una parte de su hijo, recuérdelo.

Abre la puerta, sale y la cierra con fuerza. Respiro hondo de nuevo, luego suspiro dejándome caer en el mueble.

—Round dos, lo gana Lola Walts —celebro en voz alta. Sonrío a medias, porque tampoco es muy bonito discutir con tu suegra.

Lola Walts = 1

Gloria Butler = 1

¡¿Por qué no me tuvo que tocar una suegra que me quiera inmediatamente?!



El timbre del apartamento emite su sonido característico, camino desde mi habitación, vestida en una de mis nuevas pijamas que compré cuando salí con Raymond al centro comercial. Mi barriga se nota más esta semana, me encanta.

Tengo un cuenco lleno de frutas en mis manos, porque estaba comiendo un tentempié, esperando por Roger para cenar. Llego a la sala, dejo el plato en el recibidor para abrir la puerta, sé que es él.

Al abrirla, una rosa roja se vislumbra tapando el rostro del emisor. Sonrío, me ruborizo en el momento. La rosa se mueve hacia un lado, dándome la vista de un rostro hermoso que amo besar, tocar y ver cada día. Roger me sonríe de vuelta, sostiene la rosa con una mano y con la otra lleva su maletín del trabajo.

—¿No me darás mi beso, Rubia? —pregunta, ladeando una sonrisa genuina. Me echo a reír. Me acerco a él y presiono mis labios con los suyos, coloco ambas manos sobre sus hombros. Él me recibe

con todo el cariño, siempre extraño sus labios sobre los míos. ¡Y se siente tan bien besarlo!

Él se separa un poco.

—¿Estás bien? —inquiere—. Te siento extraña.

Hago una mueca con mis labios, tratando de esbozar una sonrisa.

—Tu madre vino a visitarme —contesto, directo al grano. Veo como su mandíbula se tensa, se vuelve serio inmediatamente—. Hey, no te pongas serio, amo cuando sonríes y me sonríes.

Hago un mohín, él sonríe de nuevo.

—Te amo, Lola —confiesa, sorprendiéndome. Mi corazón late con fuerza, como siempre lo hace cada vez que él murmura esas dos palabras. Me hace gelatina.

—Te amo más, Roger —digo de vuelta. Tomo su rostro por ambos lados y lo beso de nuevo, con todo el amor que siento por él, porque no hay ni habrá alguien que nos separe de nuevo.

—Rubia, nos podemos besar todo el rato, pero quiero abrazarte, tocarte más, pero tengo las manos ocupadas —dice riendo. Me rio con él, me alejo dejándolo entrar al apartamento.

Cierro la puerta detrás de mí. Observo como Roger coloca su maletín sobre el mueble, la rosa a un lado de la mesa y se quita la americana, luego se afloja su corbata y se acerca de nuevo a mí. Sonrío cuando él me mira.

—Esa pijama te queda de maravilla —dice acercándose de manera seductora.

—Gracias, me gustó cuando la vi —digo modelándola.

Mi pijama es solo un camisón que llega a medio muslo de color rosa vieja, me hace lucir sexy. Además, se ve un poco la pronunciación de mi abdomen.

Roger llega a mí, me abraza por la cintura atrayéndome a él.

—Disculpa que llegara tan tarde, la reunión se extendió —comenta haciendo un mohín.

—No hay problema, cariño —respondo, tomando con mi mano derecha su mejilla—. Te estaba esperando para cenar.

Él me da un beso en la mejilla.

—Vamos a comer, para que después... —Me besa la otra mejilla —. Podamos besarnos, acariciarnos y darnos mucho amor —dice entre besos por todo mi rostro hasta que termina en mi boca.

Nos separamos riéndonos, Roger toma mi mano y me dirige hasta la cocina.

—Espera —digo regresándome hasta el recibidor por mi ensalada de frutas—. Mi ensalada —le muestro, él sonríe.

La cena fue amena, entre risas, contando el día del otro y algunas miradas furtivas de saber qué pasará después de la comida. Roger me lleva de la mano hasta el sofá de la sala, esto se ha hecho costumbre. Él llega del trabajo, comemos, hablamos, nos besamos y estamos juntos. Dormir con él, verlo por la mañana, desearle un buen día en el trabajo. Todo esto se siente tan bien. Estamos teniendo una buena convivencia, con esta clase de vivir juntos por un mes mientras que Leslie está en el campamento.

Quizás es una prueba para un futuro cercano.

Roger se sienta primero, atrayéndome hacia su regazo. Lo miro, apoyo mi cabeza en su pecho mientras que sus manos juegan con las mías. Sé que vamos a hablar sobre su madre.

—¿Para qué vino mi madre, Lola? —interroga Roger, con una voz serena, pero llena de seriedad.

Suelto un suspiro.

—Ella vino a decirme que me aleje de ti y de Raymond —respondo, haciendo un resumen de su visita. Siento como su cuerpo se tensa—. Le dije que no lo haré, porque te amo y quiero muchísimo a tu hermano, es mi amigo. Y no los sacaré de mi vida porque ella lo dice.

Roger se queda en silencio. Me incorporo y lo miro de frente.

—Sabes que te amo, Roger —digo, él me mira con su entrecejo fruncido—. No me voy a alejar de ti, no lo haré.

Él esboza una vaga sonrisa, me atrae a él y me abraza fuerte.

—Yo te amo demasiado, a ti y a nuestra hija. No me voy a separar de ustedes —dice cerca de mi oído—. Tú me haces bien, tú eres todo lo que yo quería en la vida para ser mi mujer y madre de mis hijos, Lola.

Trago saliva. *Mi mujer y madre de mis hijos. ¡Oh Dios!*

—Hablaré con ella —añade—. Ella no puede venir a exigirte algo, es mi vida y ella no puede meterse. ¡Joder!

Lo abrazo más fuerte, entiendo su molestia, su madre no puede interponerse en sus decisiones, él está muy grande para saber qué está haciendo.

—Yo le expliqué sobre cómo sucedieron las cosas... —digo una vez ya separados, pero sigo sentada en su regazo. Él tensa su mandíbula, baja el rostro, pero luego lo alza de nuevo. Me mira expectante—. Pero ella no me creyó del todo, piensa que me embaracé a propósito para retenerte y atraparte.

Roger niega con su cabeza.

—Estoy harto de estas insinuaciones, tú no eres así —responde bruscamente.

—Lo sé, mi amor. Pero tu madre no lo tiene claro —murmuro, apoyando mi cabeza sobre su hombro—. Solo habla con ella y aclara todas sus dudas.

Él asiente. Su mano sube y baja por mi brazo.

—Eso haré.

Nos quedamos en silencio.

Siento emanar su calor, escucho los latidos de su corazón. Es muy agradable estar así con él.

—¿Quieres pasar el fin de semana en mi apartamento? —cuestiona, cambiando el tema sobre su madre. ¡Es un alivio!

—Claro, tu apartamento es muy lindo. Aquí no tengo mucho que hacer —contesto.

—Está bien, amor—contesta—. La pasaremos muy bien —dice con tono seductor.

Me echo a reír.

—Amo cuando haces esa voz tan caliente, porque me pones caliente.

Él se ríe también.

—Tú amas todo de mí, Rubia —dice dándome un beso en el hombro.

—Menos que dejes el inodoro con la tapa arriba, que me dejes tus medias tiradas por la habitación y que algunas veces ronques.

Ah, y que te molestes cuando mis hormonas están descontroladas y ando gruñona.

Sus ojos están muy abiertos, sus mejillas se sonrojan y se carcajea.

—¡Demonios! He sido atrapado.

—Pero, aun así, te amo —confieso. Acercando mi boca a la suya para que nuestros labios se puedan fundir en un beso.

El comienzo del beso es lento, explorando un sitio conocido, pero luego se vuelve caliente; un juego de lenguas, pequeños besos, succiones y más. Las manos de Roger me empiezan a tocar las piernas, subiendo su mano por dentro del camisón. Poco a poco va quitándomelo hasta dejarme en bragas, porque no llevo sujetador.

Últimamente mis pechos están más llenos y han comenzado a doler un poco, así que cuando llego del trabajo me los quito y estoy libremente sin ellos por la casa. A Roger le gusta porque le es más fácil tocarlos más rápido, y me encanta mucho que lo haga.

—Estás muy vestido —digo con la respiración acelerada. Él sonríe sobre mis labios, se separa y se quita la camisa mangas largas junto con la corbata, quedando solo en pantalones—. Estos días he estado muy excitada y las hormonas me tienen loca.

—Ya veo, cariño —murmura burlándose—. Pero me encanta porque así disfrutas, te sientes satisfecha y yo disfruto contigo. ¿Te has sentido bien?

—Sí —jadeo cuando él comienza a besar uno de mis pechos—. Roger...

—Dime, mi amor.

—Quiero hacer algo nuevo.

Él se detiene.

No, no pares de hacer lo que estabas haciendo.

—¿Cómo qué? —pregunta extrañado.

Mis mejillas arden, nunca he hecho esto.

—Quiero hacerte sexo oral —confieso, mirándole.

Roger hace una cara de sorpresa, pero luego se comienza a reír.

—Nunca lo he hecho, y esto del embarazo me hace querer hacerlo —añado.

—¡Demonios, Rubia! Eso sí que me ha excitado demasiado —comenta sonriendo, en seguida arruga su frente—. ¿Puedes hacerlo? ¿No es incómodo para ti por la barriga?

Me quedo pensando un momento.

—¿Y si te acuestas? —pregunto.

—Realmente quieres hacer esto —dice para sí mismo como confirmando la situación, yo sonrío.

—Sí.

—¡Hagámoslo! —dice atrayéndome, besándome de nuevo salvajemente, su beso es voraz. Me encanta esta intensidad.

No sé si son las hormonas que están alteradas, pero quiero hacer esto.



Recuerdo todo el sexo caliente que tuvimos Roger y yo anoche, me hace alucinar y sentirme deseosa de nuevo. Probar cosas nuevas no está mal.

Cuando Roger se vino en mi boca, eso fue demasiado excitante, raro pero muy genial, porque hice un buen trabajo para ser mi primera vez haciendo sexo oral. Él estaba sediento, extasiado y emocionado. Ha sido una de las mejores veces que hemos estado juntos. Todo se sintió más intenso. Después, fuimos a mi habitación y me hizo el amor lento y con delicadeza. Nos bañamos y nos quedamos dormidos.

Amo demasiado a Roger.

Él se remueve en mi cama, su brazo está en mi cintura, un poco más arriba de la curvatura de mi barriga. Volteo a verle, su cuerpo está boca abajo. Se ve tan sereno, tan hermoso. Con mi mano acaricio su cabello suavemente. La alarma del despertador está sonando, pero es del lado de Roger. Escucho un pequeño gruñido emitido por él y sonrío.

—Despierta, Gruñón —susurro llamándole.

—Un poco más —responde Roger, con su voz ronca mañanera.

—Cielo, debemos ir a trabajar. También tengo ganas de orinar y tu súper brazo no me deja moverme.

Roger abre un ojo, lo vuelve a cerrar, sonríe ladeadamente y retira su brazo de mi cuerpo.

—Lo siento, Rubia —susurra, se ve adorable. Sonrío, me acerco a su mejilla y le doy un pequeño beso.

—Levántate, corazón. Es tarde y tu teléfono suena. —Me levanto de la cama, la rodeo y tomo el teléfono de Roger, deslizo mi dedo para apagar la alarma, luego lo vuelvo a colocar en la mesita.

Me dirijo al baño, hago mis necesidades. Al volver a la habitación, veo hacia la cama y me río porque Roger está en la misma posición de hace unos minutos atrás. Me acerco a la cama, voy escalando por su espalda con cuidado. Coloco mis piernas en ambos lados, sentándome en su trasero. Comienzo a acariciarle la espalda, él se comienza a mover y a emitir soniditos agradables. Escucho que gruñe.

—Rubia, estás haciendo que una gran erección esté creciendo en estos momentos —murmura. Me muevo tentándole mientras me rio. Jadea de nuevo, ¡demonios! Ahora la que se ha calentado soy yo.

—Dejaré de hacer esto porque si no llegaremos tarde a la empresa —comento, retirándome de su trasero.

Cuando me bajo de él, Roger se voltea, tomándome de la cintura y atrayéndome de nuevo a él. Nuestros rostros están muy cerca. Mi respiración es acelerada.

—¿Me tientas y te vas, así como si nada? Ay, Rubia... —comienza a besarme por el cuello—. No harás eso.

—Pero... Roger... —digo entrecortado porque comienza a acariciar mi trasero con una mano mientras que con la otra acaricia mi espalda—. Tenemos que ir a trabajar.

—Shhh... ven, juguemos un ratico.

Es lo único que dice, porque lo siguiente que hace es besarme y quitarme las bragas. Sexo de desayuno... Me gusta.



Hoy he decidido en usar uno de los vestidos de maternidad que compré, este es ceñido al cuerpo, cómodo para estos meses donde mi barriga no es tan grande. A partir de hoy, voy a lucir con orgullo

mi embarazo. Es de color salmón, lleva detalles en la espalda y tiene mangas cortas. Estoy usando unas sandalias cuyo tacón es de pocos centímetros.

Roger y yo hemos bajado de su auto, caminamos por el estacionamiento. Entramos a la empresa y todos se nos quedan mirando, más en el momento en que Roger coloca su mano en mi espalda baja en el momento en que esperamos el ascensor para ir a nuestras respectivas oficinas.

—Las personas nos están mirando —digo en voz baja para que Roger me escuche.

—Lo sé, Lola —responde, mirando el marcador donde se visualiza en qué piso está el elevador—. No hagas caso a sus miradas o habladurías. Estamos juntos en esto, ¿cierto?

Levanto mi mirada, él baja la suya y me mira dulcemente. Doy un asentimiento y sonrío.

—Estamos juntos en esto —repito, contestando su pregunta.

El elevador llega a la recepción, las personas dentro de él comienzan a salir, se sorprenden también al ver al jefe junto a mí. Su mano se entrelaza con la mía y entramos en la caja metálica. Tomándome de la mano, me da apoyo y seguridad. Respiro hondo y espero que lleguemos hasta el sexto piso, donde queda mi oficina.

—Estás muy hermosa hoy —susurra Roger en mi oído. Mis vellos del cuello se erizan.

Esbozo una suave sonrisa.

—Gracias —susurro de vuelta.

Las personas que han ido entrando en cada piso, saludan al presidente de Sunshine, luego dan una mirada hacia mí y hacia nuestras manos. Me siento un poco incómoda, porque en seguida comenzarán los chismes de pasillos y las habladurías de las personas. Solo trataré de ignorarlas.

El elevador comienza a detenerse en el sexto piso, siento que Roger me da un pequeño beso en la coronilla de mi cabeza, luego susurra—: Ten buen día, mi amor.

Le sonrío, doy un apretón a su mano y salgo del ascensor. Las personas me miran de arriba abajo. Es porque se ve mi abdomen pronunciado. Se ve que estoy embarazada. Antes usaba vestidos

holgados, o la barriga no se notaba mucho, pero ahora sí. Doy los buenos días y entro a la oficina.

Visualizo a Laura en su escritorio, ella levanta su mirada y sonríe.

—¡Que preciosa te ves, Lola! —exclama, levantándose de su asiento.

Sonrío, doy una vuelta lentamente y estiro mis brazos haciendo una pose de modelo.

—Gracias, amiga —digo, colocando mi bolso en nuestro pequeño estante. Volteo a verla de nuevo—. Toda la empresa estuvo mirándome de arriba abajo mientras llegaba hasta aquí.

Ella resopla.

—Idiotas —sisea, poniendo los ojos en blanco—. Actúan como si nunca hubiesen visto a una mujer embarazada.

Asiento.

—Sí, pero eso no es todo... —replico—. Roger sostuvo mi mano desde la recepción hasta aquí.

Laura abre su boca, lleva su mano hasta ella. Luego emite un grito de emoción.

—¡Él no lo hizo!

—Sí, lo hizo y ahora Sunshine debe de estar haciendo chismes, conjeturas y deben estar juzgándome —murmuro, encogiéndome de hombros.

—¡No hagas caso a eso! —dice ella, llegando a mi escritorio. Yo me siento en mi silla reclinable, mirándola—. Sé que a mí tampoco me gusta que las personas hablen sobre mí, pero ¡demonios! Tú no, tú eres valiente y aguerrida, Lola. Ese hombre te ama y está seguro en lo que hace.

—Es que...

—¡Es que nada! Él te está mostrando al mundo: no más escondidas, no más secretos.

Mis mejillas se ruborizan.

—Lo sé —mascullo—. Él lo está intentando.

La puerta de la oficina se abre, entra Dewon Donovan, con su prepotencia por los cielos, como siempre.

—Buenos días —saluda, sentándose en el mueble. Cruza sus piernas y entrelaza sus manos sobre ellas.

Laura y yo lo miramos atónitas por su entrada. Ruedo los ojos, suspiro y me quedo mirándole.

—Buenos días —contesto de vuelta—. ¿Qué te trae por aquí, Donovan?

Él me mira, esboza una sonrisa ladeada y alza su ceja.

—Confirmando los rumores y chismes de pasillo —responde fácilmente—. Así que, estás embarazada del jefe.

Me inmuto ante su declaración, trago saliva y tenso mi mandíbula. Respiro hondo y respondo:

—Sí, ¿hay algún problema? —inquiero, levantándome de mi asiento. Su mirada va directo a mi pequeña barriga de embarazada, sin vacilación vuelve su mirada hacia mi rostro.

En su boca hay una sonrisa de burla. Niega con su cabeza, levantándose también. Se acomoda su chaleco.

—Te dije que tuvieras cuidado, Lola —murmura—. Pero ya veo que no lo tuviste.

Camina hasta la puerta, lleva sus manos hacia los bolsillos de su pantalón.

—No te metas en asuntos que no son tuyos, Donovan —sisea Laura.

Él levanta sus dos manos al aire.

—No soy yo el que está en boca de todos en este momento —dicen con una sonrisa socarrona, enarcando sus cejas y haciendo un gesto de suficiencia que me cabrea demasiado.

—Pueden decir todo lo que quieran, no me importa —replico con seriedad—. Es mi vida, es la vida de Roger. Nuestras vidas no le interesan a nadie.

Donovan hace una mueca con sus labios.

—Suerte con los señores Butler, no deben de estar felices por ti —sonríe cínicamente y sale de la oficina.

Emito un grito, gruño y me siento en la silla.

—Lo odio, lo odio mucho —digo en voz alta.

—No eres la única, necesita que le pateen el trasero y le acomoden ese gato muerto que tiene sobre los labios.

Comienzo a reír.

—No sé cómo su esposa lo quiere.

—Tampoco es de mi agrado, supongo que por eso se llevan bien —dice Laura, haciendo un gesto con sus manos. Camina hasta su escritorio y se sienta—. No le prestes atención, es un imbécil.

Doy un asentimiento, enciendo mi computadora para comenzar a trabajar y no pensar en lo que sucede.

Necesito hacer eso, no prestar atención a nada ni a nadie que juzgue o hable sobre mi relación con Roger. Con Gloria Butler me basta y eso porque es la madre de mi novio.

Capítulo XVI
Lola

El día fue un poco movido debido a que entraron grandes cantidades de dinero a la empresa esta semana; se realizaron varias inversiones la cuales debían tener la contabilidad hecha inmediatamente. Estoy cansada, no he revisado mi teléfono en ningún momento. Es la hora del almuerzo, así que he tomado un pequeño descanso del trabajo.

Estoy sentada en el mueble blanco que se encuentra en nuestra oficina, donde estaba sentado Donovan esta mañana, detrás teníamos el ventanal que daba con una vista de la ciudad. Pensar en las cosas que dijo Dewon, me hacen ruido en la cabeza. Es cierto, los padres de Roger no están felices por mi relación con él. En lo que va del día no he sabido nada de mi amor, tampoco ha venido a la oficina. Supongo que ha sido por los nuevos acuerdos que está haciendo la empresa con otros negocios financieros importantes de la región.

Me alegra mucho de que *Sunshine* esté creciendo como una de las mejores empresas de Seattle; poco a poco nos vamos dando a conocer en nuevos estados del país. Entiendo lo ocupado que pueden estar Roger y Raymond estos días, aun así, Roger siempre llega a casa con una sonrisa y de buen humor, dejando a un lado el trabajo y pasando el buen tiempo conmigo.

Más temprano cuando fui al baño, las compañeras de trabajo del sexto piso, me veían, susurraban entre ellas cuando llegué al lugar. Cada vez que caminaba por el pasillo, veían por los costados al momento en que yo pasaba cerca. Miraban mi atuendo y veían mi abdomen. Me molesta la forma en que ni siquiera disimulan el hecho de que estén chismorreando y haciendo conjeturas.

Reviso mi teléfono que se encuentra en mi mano, veo que tengo muchas notificaciones, algunos mensajes de Leslie, otros de Roger y

un mensaje de un número desconocido, así como una llamada perdida del mismo número.

Abro primero el chat de Leslie, sonrío al ver una foto de ella, llena de lodo en su rostro y cuerpo, riendo con sus amigas. Es una foto grupal y me encanta, se visualiza la felicidad y el disfrute que están teniendo de sus actividades en el campamento. Le contesto con emoticones y deseándole un excelente día. En la noche debo llamarla para saber más de ella.

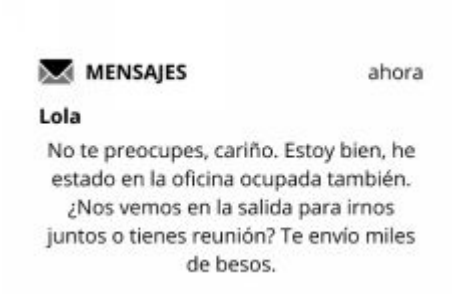
El siguiente chat que abro es el de Roger. Leo su mensaje:



Sonrío negando con la cabeza, realmente ha enviado un mensaje muy largo. Mis ojos se humedecen por lo que dijo.

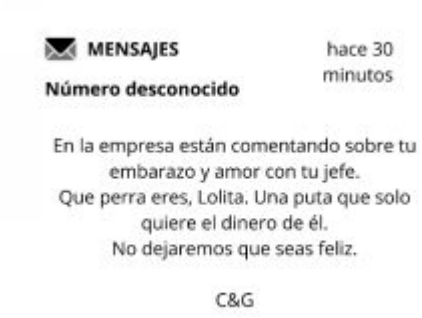
De verdad, él lo está intentando, lo está haciendo sin mentiras ni secretos. Mostrando al mundo nuestro amor. Me protege, me apoya y me alienta a estar bien y a enfrentar los rumores de la empresa.

Respondo su mensaje:



Envío el mensaje, agrego emoticones de corazones y besos.

Salgo de ese chat y reviso un mensaje de texto que me ha llegado, es un número desconocido. Abro la conversación, me congelo cuando comienzo a leer y al final del mismo, están las dos iniciales que me están haciendo la vida hecha cuadritos.



Mi respiración se enlentece, trato de respirar hondo, pero es difícil.

No puede ser, ellos están demasiado cerca, ¡¿Cómo demonios saben de lo que hablan en la empresa?!

Tienen un aliado.

Pero dentro de cientos de personas... ¿quién está dándoles información?

Un escalofrío traspasa por todo mi cuerpo, echo mi cabeza hacia atrás apoyándola en el mueble. Tengo ganas de llorar.

Me acuerdo que tuve una llamada de ellos también, porque es el mismo número de teléfono que envió el mensaje de texto. Me

debato internamente si ir a la oficina de Roger y contarle esto, pero no quiero molestarle.

Laura entra a la oficina, me saluda y se sienta a un lado de mí.

—¿Ya almorzaste? —inquiere.

Niego con la cabeza.

—Debes comer, Lola. Recuerda que comes por dos ahora.

—Lo sé, iba a hacer eso. He traído mi almuerzo hecho, solo estaba viendo mi teléfono, no lo había visto en todo el día.

Quiero contarle sobre el mensaje de los engañosos, pero no quiero que nadie se entere al menos que sea Roger... Alguien de la empresa está con ellos, y me da miedo saber si esa persona podría ser Laura. No quiero pensar mal de ella, pero no puedo confiar en nadie.

—¿Estás bien? Estás frunciendo el ceño —dice Laura mirándome.

Asiento, devolviéndole la mirada.

—Sí, solo estoy cansada.

—Ve a comer, pequeña Lola —murmura cariñosamente, tenía mucho tiempo que no me llamaba de esa forma. Sonrío suavemente.

—Voy a eso, pequeña Laura —respondo de vuelta.

Ella sonríe, da un apretón a mi pierna y se levanta, camina hasta su escritorio y se sienta allí.

—¿Te pondrás a trabajar ya? —pregunto en su dirección.

—No, voy a investigar sobre un psicólogo.

Me sorprendo.

—¿Un psicólogo?

Ella hace una mueca y da un asentimiento, se encoge de hombros y responde—: Sí, Lola, debo buscar ayuda. Todo esto de tener una baja autoestima, el estrés acumulado por el trabajo, por la enfermedad de mi papá... No puedo sola, estoy cansada de estar hundida en este hueco oscuro.

Asiento lentamente. Comprendo por qué quiere hacer esto, desde hace mucho tiempo, Laura ha estado luchando con sus inseguridades, el no encontrar una pareja a sus treinta años, la agobia demasiado también. Tiene una lista de amores fracasados.

Ella necesita comenzar a amarse primero para luego estar preparada para amar a alguien más. No solo eso, sino para que se

sienta feliz de su cuerpo, que esté sana mentalmente y pueda sobrellevar su situación familiar.

Nada es fácil en su vida, menos cuando ella es el pilar de su familia.

—Haces muy bien, amiga —digo con sinceridad—. Un psicólogo te guiará y te ayudará a superar todo. ¡Tú puedes hacerlo! Sabes bien que cuentas con mi apoyo, Lau.

Ella se encoge de hombros, asiente con su cabeza y sonríe.

—Gracias, Lola.

La conversación finaliza en ese momento, Laura comienza a buscar psicólogos en la web.

Suspiro, me levanto del mueble y busco la comida que preparé para el almuerzo. Roger también tiene la suya. Sonrío al pensar que ya tengo varios días preparando su almuerzo, él lo acepta cómodamente y se lo trae al trabajo. Sé que él podría comer en restaurantes todos los días, pero aprecia mi gesto y lo acepta sin chistar. Dice que le gusta lo que cocino.

Decidí que mejor le comento a Roger lo sucedido con los Hamilton cuando estemos en casa, aquí las paredes tienen oídos.

Quiero tanto acabar con esta pesadilla ya.



Son las cinco de la tarde, es hora de salir del trabajo. Roger no me ha confirmado si irá a casa conmigo o qué, reviso nuevamente mi teléfono, pero ningún mensaje llega de él. Me resigno y tomo mi bolso para irme a casa, estoy cansada. Roger había dicho que iríamos a su apartamento este fin de semana, pero el pobre está tan lleno de trabajo que no me ha escrito ni avisado nada.

Laura salió hace minutos atrás, se despidió rápidamente y se fue. Me dijo que había encontrado a una psicóloga cerca de la empresa, que iría a pedir información en el centro clínico donde eran las consultas antes de que cerraran el local.

Chequeo por última vez que todo esté en su sitio, ordenado y limpio. Doy mi último vistazo, apago las luces de la oficina y salgo

por el pasillo rumbo al elevador. Éste llega inmediatamente, me sorprendo por la única persona que está dentro. Sonrío y entro.

—Señor Butler, ha estado perdido hoy —saludo, mirando las puertas cerrarse.

Roger desliza su mano uniéndola con la mía, siento su calidez y esa corriente eléctrica que siempre está cuando nos tocamos las manos.

—Lo siento, Rubia —se disculpa—. He estado muy ocupado, vuelto loco con todas las reuniones, inversionistas y demás.

—Entiendo, Roger. No hay problema.

Él acaricia mi mano. El elevador termina de bajar a planta baja, Roger entrelaza su mano con la mía y salimos del edificio. Rose, la recepcionista, nos sonríe asintiendo, nos despedimos de ella también.

Llegamos al estacionamiento, que está a un lado del edificio. Busco con la mirada el auto de Roger, él está sumergido en sus pensamientos.

Nos separamos cuando él abre mi puerta y yo entro en el auto, da la vuelta y entra en el asiento del conductor. Enciende el motor, pero nos quedamos en el mismo lugar. Le da al botón del aire acondicionado para encenderlo en el nivel más bajo.

—Estoy muy cansado, agobiado y angustiado —confiesa, recostando su cabeza en el asiento.

Arrugo mi frente. Le miro fijamente.

—¿Angustiado?

Él gira su rostro para mirarme de vuelta. Emite una mueca en sus labios.

—Sí —responde—. Siempre soy seguro y decidido en mis acuerdos con otras empresas, pero hoy no sé si hice bien en aceptar el acuerdo de los inversionistas de Nashville.

—¿Por qué?

—Ofrecieron una sucursal de herramientas del hogar en Nashville, con la elaboración y la materia prima dada por ellos, quieren el cuarenta porciento de las ganancias, además de exportar algunos de los productos a Canadá. Es abrumador, un buen negocio, pero no lo sé... es muy bueno para ser verdad.

—No sé mucho de negocios, pero tú has hecho un excelente trabajo todos estos años, Sunshine va *viento en popa*, comenzaste vendiendo y comprando viviendas, ahora estás en el área de ferretería. Además, tienes *boutiques* a nivel nacional. Cada vez, te vas expandiendo y abarcando varias áreas del mercado.

Toco el dorso de su mano, dándole un leve apretón.

—Lo estás haciendo bien, Roger. Con esta inversión, ganarán el sesenta porciento por solo darle el nombre de la marca al producto y la empresa de distribución —añado, tratando de dar un buen consejo.

Él asiente.

—Gracias, bella. Por escucharme y entender —dice, tomando mi mano y entrelazándola—. ¿Qué tal tu día?

—Agotador. Todas esas inversiones que has hecho esta semana, también me van a volver loca. Muchos números.

Roger se echa a reír.

—Entonces, Sunshine nos volverá locos —comenta riéndose.

Me rio también.

—Hoy dimos de qué hablar a los trabajadores —cuento encogiéndome de hombros—. Nuestra relación y embarazo estuvo en boca de todos.

Él se vuelve serio nuevamente. Traga saliva, se incorpora en su asiento y me mira.

—Hasta los engañosos se enteraron de lo que ocurría en la empresa —informo. Mi cuerpo se tensa luego de contarle. Él también lo hace. Su frente se arruga, haciendo que sus cejas casi se junten.

—¿Cómo así, Lola? —pregunta Roger con seriedad.

Trago saliva.

—Recibí un mensaje de ellos, diciéndome que en la empresa estaban hablando de mí. Que soy una puta por estar contigo, que lo que quiero es tu dinero —explico, mirando a otra parte menos a sus ojos.

Roger gruñe, golpea el volante y maldice.

—¡Maldita sea! —Su respiración es acelerada, se ha puesto rojo de la molestia. Toco su brazo, le doy una señal de negación.

—No te molestes por esas personas, no quiero... —digo con voz temblorosa—. No quiero agobiarte más... sólo quería informarte lo del mensaje.

Él se me queda mirando por un buen rato en silencio, meditando qué decir. Me quiero hacer un ovillo. Quiero que los atrapen. Siento que mis mejillas arden, la presión en mi pecho está presente y quiero llorar.

Llevamos dentro del auto, quizás, treinta minutos hablando.

—Deberíamos irnos de aquí, Roger.

Él se percata de dónde estamos, suspira fuertemente y asiente.

—No recordaba que seguíamos en la empresa —musita con voz neutra.

—Podemos hablar mejor en mi casa o en tu apartamento... ya ni sé cuáles son nuestros planes.

—Mi apartamento —contesta—. Lo siento.

—Está bien. —Esbozo una pequeña sonrisa.

Es lo que respondo, acomodándome en el asiento y volteando mi mirada por la ventanilla, viendo la ciudad y dejando que Roger piense tranquilamente, hablaremos mejor en su casa. Me siento mal por haberle contado, añadiendo más preocupación y agobio a su vida, con la empresa es suficiente.

Ahora solo quiero admirar Seattle y su atardecer, pensando en que mi hermana está bien resguardada en ese campamento y no aquí, con estas amenazas y estás advertencias que me envían George y Cecilia.



El camino hasta el apartamento de Roger, ha sido silencioso. Él ha estado mudo desde hace un rato, me está comenzando a molestar. Ahora estoy sentada en el sofá de su sala esperando por él, está en la ducha dándose un baño. Está comportándose distante, no me gusta eso.

Escucho que se viene acercando a la sala, dejo mi teléfono a un lado y miro por el lugar donde saldrá. Llega a la sala y él me mira

también. Veo que se ha puesto un pantalón de chándal junto con una camiseta, va descalzo.

—¿Quieres algo de comer? —cuestiona Roger.

Me quedo mirándole.

—¿Qué ocurre? —pregunto de vuelta—. No entiendo este distanciamiento que tenemos.

Me levanto del sofá y camino hasta él. También me he quitado las sandalias al llegar, ahora me veo un poco más baja que él.

—Estoy molesto —comienza a decir. Arrugo mi entrecejo—. No contigo. Sino con todo esto. Si ellos saben sobre lo que sucede en la empresa, es porque tienen un informante, Lola. Eso me cabrea muchísimo. Porque no puede ser que tenga al enemigo demasiado cerca de nosotros. ¡Joder!

Él se aleja y comienza a caminar de un lado a otro.

—Estoy molesto porque quiero tu bienestar, quiero que no estés asustada ni agobiada por esto. Quiero que estés bien, Rubia.

Se comienza a formar el nudo en mi garganta.

—Lamento traerte más angustia a tu vida... yo...Roger se acerca a mí, me toma con una de sus manos mi mejilla.

—No es eso, mi amor —dice mirándome—. No pienses que me agobias ni nada. Es porque te amo que me preocupo por ti. Ahora también es mi hija, Lola. Es a las dos que debo proteger.

Me da un cálido beso corto. Cierro mis ojos para sentir su cercanía. Él separa sus labios y pone un poco de distancia.

—Tenemos que hablarle al detective —sugiero. Él asiente.

—Ya lo he hecho. Le dije lo que me dijiste, me pidió que le enviara el número telefónico y el mensaje de texto.

—Está bien, ya se lo envío.

Cuando me voy a alejar de él, me atrae a su cuerpo y me abraza. Acepto su abrazo, es todo lo que necesito para estar bien. Su apoyo, su cariño y su amor.

—Vamos a tener una buena noche, hoy cocino yo —dice Roger, apoyando su cabeza sobre la mía. Siento los latidos de su corazón, su calor, y huele tan bien.

Me río.

—Está bien, pero no quemes la comida.

—¿Cuándo lo he hecho? —inquiere bromeando.

—Bueno... siempre hay una primera vez —digo encogiéndome de hombros.

—Pero no conmigo, nena.

Me echo a reír de nuevo.

Y así pasamos la noche. Envié el mensaje al Detective Fox, así como el número telefónico. Reviso en mi correo por si tengo mensajes de ellos por allí, pero no hay nada. Suspiro de alivio.

Roger cocinó la cena, luego sacó de su refrigerador un cuenco de fresas y nos las comimos sentados, viendo televisión. Nos relajamos un poco, tratando de ignorar o dejar a un lado todo el asunto de los engañosos.

Al siguiente día, sábado por la mañana, Roger me invitó a ir a la casa de sus padres, lo miré temerosa pero luego respiré profundo, me armé de valentía y decidí ir con él. Primero pasamos por mi apartamento por un cambio de ropa, escogí otro de los nuevos vestidos que compré, era similar al de ayer, pero con otro diseño. Era más recatado. Me maquillé un poco y salimos de mi casa.

Llegamos a la casa de los padres de Roger, aquí vivió toda su vida hasta que se decidió en comprar un apartamento y vivir solo cuando terminó la universidad.

Es una casa grande, apropiada a los cientos de miles de dólares que tienen en sus cuentas bancarias. Entramos y un mayordomo nos atiende. Impresionante. El señor nos saluda, nos hace pasar por la sala de estar y nos dirige hasta la terraza. Allí están sus padres desayunando, ellos se asombran por nuestra presencia.

Genial, Roger no les dijo que veníamos.

Capítulo XVII
Roger

Hemos entrado al hogar de mis padres, el cual fue el mío también hasta hace unos cinco años atrás cuando comencé a vivir solo, luego de graduarme de la Escuela de Negocios. Todo sigue casi igual en la gran mansión de la familia Butler. Mi madre ha hecho pocas restauraciones en el lugar, así como nuevos arreglos, pero sigue luciendo igual a como cuando era niño.

Nuestro mayordomo de toda la vida, Jeffry, nos recibe en la puerta y nos guía hasta la terraza, nos informan que mis padres están desayunando. Ellos no saben de nuestra visita, pero es mejor, así no se oponen a mi llegada con Lola. Hoy es el día en donde vamos a hablar seriamente sobre mi relación amorosa. Estoy muy enojado con mi madre, pero eso se acaba hoy. Espero que realmente se acabe esta disputa absurda y su forma grosera de ser con mi novia.

Lola no es un juego, ella es mi vida. Es mi mujer, es el amor de mi vida y la madre de mi hija. Esto no es un capricho de un momento. Y eso debe entenderlo ella.

—Buenos días —saludo a mis padres, ellos nos miran con asombro. La mano de Lola, la cual está entrelazada con la mía, se tensa. Le doy un apretón, para que sepa que estamos juntos en esto, que estoy con ella.

Mi padre es el primero que se levanta, emite una sonrisa ladeada y me da un asentimiento.

—Hijo, no sabíamos que vendrías a visitarnos —comienza a decir. Luego dirige su mirada hacia Lola—. Bienvenida, señorita Walts.

Lola esboza una sonrisa con sus labios cerrado, asiente y dice—: Buenos días, muchas gracias, señor Butler.

Se vuelve un silencio incómodo, debido a que mi madre no se ha levantado de su silla y me mira con cara de pocos amigos. Antes de que comience y diga algo fuera de lugar, me adelanto.

—Madre, ¿tú no nos vas a dar la bienvenida? —pregunto, enarcando una ceja. Luego arrugo mi entrecejo y me quedo mirándole. Su mandíbula está tensa y hace ese gesto en sus labios que la he visto hacer desde que era pequeño, es un gesto que hace cuando está enojada y está pensando en qué decir.

Su mirada se dirige a Lola, dándole una escaneada.

—Venimos a desayunar con ustedes, pero ya estaban en ello —digo con sorna. Hago nuestro camino hasta la mesa, Lola está callada. Tampoco ha saludado a mi madre. La miro y ella se encoge de hombros—. Ven, mi amor. Sentémonos a comer con ellos.

Lola me mira y luego a mis padres, suspira resignada.

—Si quiere que me vaya, señora Butler, lo haré. Esto es muy incómodo para todos. Sé que esto es inesperado. Nunca pensaron que su hijo tenía a alguien más, además de Marie. Simplemente debería de irme...

Escucho lo que dice y niego con mi cabeza. Mi padre tiene los ojos abiertos en sorpresa por las palabras de Lola. Mi madre solo juega con su fruta, está mirándola como si quisiera prenderla en fuego con su mirada.

—Si te vas, entonces me iré yo y no volveré a esta casa —digo firmemente—. Porque, así como no quieren a mi novia, entonces no me quieren a mí.

Mi madre alza su mirada y me mira rudamente.

—No entiendo como esta mosquita muerta llegó a tu vida —dice con desdén. Mi sangre se comienza a llenar de ira. Estoy realmente molesto con ella.

—Gloria, respeta a Lola —amonesta mi padre con enojo—. Tu hijo ha traído a su novia oficialmente, debemos aceptar su decisión.

—Estoy decepcionado de ti, mamá —confieso. Su mirada se suaviza y me mira con preocupación—. Te estás comportando de una manera que nunca vi antes en ti.

—¡Quiero lo mejor para ti, Roger!

Niego.

—No, estás destruyendo con tu actitud, mi respeto hacia ti.

Tomo de nuevo la mano de Lola, ella la había soltado al momento en que dijo que se iría para no incomodar.

—Roger... —susurra.

—No, cariño —le digo de vuelta—. Estoy cansado de esto. Quería venir a hablar como gente civilizada, terminar con esta discusión absurda, pero ya veo que no se puede razonar.

Miro a mi madre de nuevo.

—Quédate, Lola. No molestas ni incomodas nada. Tú eres la novia de mi hijo y la futura madre de mi nieta, siempre serás bienvenida a esta casa. —Mi padre hace una señal a Lola de que se siente en una de las dos sillas disponibles de la mesa. Mi novia me da una mirada de confusión. Vuelvo a mirar a mi madre.

—Entonces, Gloria Butler... —la llamo por su nombre completo, ella gruñe, se levanta de su silla y tira de su servilleta en la mesa.

—¡Respeta, Roger Joseph! ¡Soy tu madre! —exclama.

—¡No! ¡Estoy cansado de que insultes y ofendas a mi novia, mamá! ¿Dónde quedaron tus modales? ¡Joder! —Me exalto. Mis mejillas están ardiendo. Lola le da un nuevo apretón a mi mano, tratando de calmarme, pero no le presto atención. Continúo hablándole a mi madre—: Estás siendo egoísta, grosera, mal educada y demás. No te voy a permitir que insultes a mi mujer de nuevo. No tienes ningún derecho.

—¡Mira lo que hace tu presencia, Walts! —Vocifera hacia Lola. Mi sangre hierve hasta más no poder—. Estás dividiendo a madre e hijo, ¿no te da vergüenza?

—¡Detente, mamá! ¡Maldita sea! —Grito, golpeando la mesa con mi mano disponible. Todos se sorprenden por mi comportamiento. Lola me mira con sus ojos cristalinos. ¡Demonios!

Mi madre me mira alarmada, nunca le había gritado ni hecho algo como esto. Pero me tiene harto de su habladuría. Se supone que debería de apoyarme, no juzgarme ni juzgar a Lola.

—Roger —me llama mi padre—. Vamos a calmarnos, hijo. No quiero más discusiones en esta casa.

—Es ella. —Señalo a mi madre—, la que está haciendo todo esto complicado, papá.

Los ojos de mi madre se cristalizan también, sus mejillas se han vuelto coloradas.

—¿Está mal querer lo mejor para ti? —cuestiona con voz temblorosa—. ¡Yo quería que tuvieras una hermosa familia con Marie! ¡No con esta mujer que ha salido de la nada!

La mención de mi mejor amiga siempre duele, pero en este momento, Marie estaría molesta con mi madre también.

Lola se tensa de nuevo, baja su cabeza y la veo tragar saliva. Aprieto mi mandíbula en molestia.

—Me voy, Roger —informa Lola—. Tomaré un taxi. No puedo estar en un sitio en donde no me quieren.

Hago más fuerte mi agarre en su mano. Si ella se va, me voy con ella.

—Nos vamos juntos. No tengo nada que hacer aquí —comento viendo a mi madre—. Tú no me vas a escuchar... Sigues aferrada en esa idea Marie y yo, nunca sucedió ni sucederá. Lo intenté, pero fallé en el intento. Marie fue una gran amiga, pero lo siento, madre. No pude enamorarme de ella. Me enamoré de esta rubia hermosa que está a mi lado. Ella se robó mi corazón. Ella me entiende, me valora, se preocupa por mí. Me ama, tanto o más, como yo la amo a ella.

Escucho como Lola comienza a emitir pequeños sollozos, ella intenta evadirlos, pero sus lágrimas se deslizan por sus mejillas. Mi padre está cabizbajo escuchando mi explicación. Y mi madre me da una mirada decaída. Sé cuánto quería a Marie, pero ella ya no está y lo nuestro no funcionó.

—Saca lo mejor de mí, y estoy agradecido de tenerla. La perdí una vez por imbécil, por haberle ocultado la verdad sobre Marie en mi vida... pero no me arrepiento de haberla conocido y de estar con ella. —Atraigo a Lola hacia a mí, la rodeo como mi brazo para abrazarla y darle seguridad—. Lola Walts, es mi presente y mi futuro, quieras o no quieras, madre. Estoy harto de que la juzgues y la ofendas, ¡joder! No conoces a Lola como para hacer conjeturas mal intencionadas.

El silencio reina en el lugar, solo se escuchan los hipidos de Lola, la respiración de mis padres y mi respiración sonora. Veo a mi alrededor, estamos solo los cuatro en la terraza. Sé que todos en la casa escuchan nuestra discusión.

—Cambia tu actitud, discúlpate con Lola y seré tu hijo de nuevo —concluyo con mi discurso—. ¡A la mierda! Nos vamos.

Arrastro a Lola hasta la salida de esta casa, estoy muy cabreado. Escucho como mi padre me llama, junto a mi madre, pero les ignoro. Lola camina rápido junto a mí, pero en un momento me jala hacia atrás.

—Me estoy tropezando, Roger —murmura.

—Lo siento, Lola —contesto.

Ella se acerca, me toma el rostro con su mano y niega con su cabeza.

—Estás muy molesto —susurra.

Bajo mi cabeza.

—Lo estoy, pero salgamos de aquí. Te llevaré a desayunar en otro sitio, mi madre no saldrá de sus cuatro paredes mentales.

Lola se encoge de hombros, asiente y salimos de la casa de mis padres. Cuando llegamos al auto, mi padre nos mira desde la puerta principal de la casa. Su cara está desencajada, aunque se puede observar enojo y molestia, hasta avergüenza se visualizan en sus ojos. Espero que mi madre pueda entrar en razón en algún momento, pero ahora, estoy muy decepcionado de ella.

El sábado fue un día callado, de ambos lados. Lola estuvo silenciosa, me contestaba en monosílabos o hablábamos poco. Odiaba esto, porque era un distanciamiento que no deberíamos de tener, pero anoche ocurrió algo que nos descolocó y ahora ella está acurrucada en mi pecho, más calmada por lo de anoche. Son las ocho y media de la mañana del domingo.

Ayer, por la tarde, fuimos a su apartamento por más ropa para ella. Debió haber hecho una maleta o mudar un poco de ropa a mi apartamento, pero ella dijo que para la próxima vez lo haría, pero al final no pudimos ni entrar a su apartamento.

En el momento en que llegamos a su piso, un olor putrefacto envuelve el lugar. Arrugo mi frente al ver la caja de regalo que hay en la puerta del apartamento de Lola, le digo que se quede detrás de mí, alejada de la puerta.

—Roger, no toques eso —dice Lola angustiada.

Hoy es el día en que no tengamos paz.

Me acerco lentamente hacia la caja, el olor se desprende de la caja. ¡Demonios!

— ¿Tienes algo en tu bolso para no tocar esto? ¿Algún pañuelo? —Le pregunto a Lola. Ella busca desesperadamente en su bolsa. Luego saca un pañuelo desechable y me lo entrega.

—Huele horrible —dice, tapándose la nariz con la palma de su mano.

Con cuidado, usando el pañuelo, abro la caja lentamente. Me dan arcadas por el olor. Termino de abrir la caja completamente y un ratón muerto se visualiza en el centro de la caja, junto con sangre por todos lados y las tripas afuera del mismo. Lola grita y comienza a llorar. Tenso mi mandíbula, maldigo y vuelvo a tapar la caja. No hay que dudar de quiénes fueron las personas que nos dejaron este regalo.

Muevo la caja a ver si hay algo debajo de ella, y hay una carta, con el mismo pañuelo tomo el sobre e intento abrirlo. Saco el papel y gruño al momento de terminar de leer lo que dice. Mi respiración se acelera, siento arder mis mejillas.



Los sollozos de Lola envuelven el lugar, miro cabizbajo y pateo la caja con fuerza.

— ¡Maldita sea! Ellos simplemente no pueden hacer lo que les da la gana, esto es una propiedad privada, el cual su vigilante debería estar pendiente de quién entra en el edificio.

Gruño de nuevo. Volteo a ver a mi rubia, y ella está hecha un mar de lágrimas, está sentada en el suelo apoyando su espalda en la

pared.

Corro hacia ella, flexiono mis piernas para llegar a su altura, la tomo por los hombros haciéndole saber que estoy aquí. Ella no me mira, tiene escondida su cabeza entre sus piernas. Solloza nuevamente. Esto me parte el alma, estoy harto de que ella viva angustiada y preocupada por esos dos desgraciados.

Esto tiene que terminar pronto, debo buscar una solución. No puedo permitir que más tiempo pase y ella no pueda vivir una vida tranquila.

—Lola —susurro llamándola—. Llamaré a la policía para que vengan por esto, también le informaré al Detective Fox. No llores más, por favor.

La atraigo hacia mi cuerpo abrazándola, tiene que calmarse un poco, sino le hará daño a la bebé.

—Recuerda a la bebé, mi amor —digo con la voz temblorosa.

—Lo… lo siento.

—Vamos, Rubia. Levántate, vamos a salir de aquí. Te compro ropa si es necesario.

—Pero tengo que volver, ¡es mi casa! —Levanta su mirada hacia mí. Veo como sus ojos lagrimean—. ¿Cuándo van a parar?

Solloza de nuevo entre mis brazos.

—Shhh… —intento calmarla—, todo va a estar bien. Buscaré una solución —aseguro, aunque estoy igual de asustado como ella.

Lola se levanta del sitio, abrazada a mí caminamos hasta donde está el ascensor, alejándonos de la puerta del apartamento, saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón, marco el número del Detective Fox, él sabrá qué hacer con el animal muerto y la evidencia.

Lola me abraza fuerte, ocultando su rostro en mi pecho, gimotea algunas veces. Le explico a Fox lo ocurrido, él me dice que enviará agentes para venir a arreglar todo este desastre. Le dije que nos iremos del edificio, ellos revisarán el apartamento de Lola para ver si entraron o no.

—Vámonos, Lola —le digo. Ella levanta su cabeza para mirarme a los ojos.

La beso cortamente y la aferro un poco más hacia mí. Ella esboza una sonrisa a medias.

—Gracias por estar conmigo, hubiese sido más horrible sin ti.

Beso su frente y paso mis manos por su espalda.

—Vendrán a ver tu apartamento, pero bajemos a hablar con el vigilante. ¡Esto indignante! Deberían despedirlo.

Lola suspira fuertemente.

—Él nunca ha sido uno bueno, se deja vender fácilmente.

Niego con la cabeza.

Bajamos hasta planta baja, allí, varios policías estaban en el lugar, el agarre de Lola se tensa en mi mano, le doy una mirada de calma. Los agentes policiales están interrogando al vigilante. Ellos nos miran.

—Identificación, por favor —dice uno de ellos. Asiento y me separo de Lola para hablar con él.

—Soy Roger Butler —me presento—, hablé con el Detective Fox para que vinieran. La caja con el regalo que Cecilia y George Hamilton han enviado como amenaza está en el mismo lugar donde lo dejaron.

Él asiente. Luego mira hacia Lola.

—Ella es Lola Walts, vive en el apartamento y es la víctima en todo esto —digo con voz ronca. Mi molestia sigue presente—. Llegamos a su apartamento y conseguimos la caja de regalo con un ratón muerto dentro —explico.

—Tomaremos eso como su declaración, veo que ella está afectada. —Mira de nuevo a Lola—. Debería de llevarla a un lugar seguro.

Doy un asentimiento, le digo que irá a mi apartamento y él le informa a sus compañeros que suban al piso que les indiqué.

Lola y yo salimos del edificio, algunos vecinos se asoman por sus ventanas o comienzan a bajar hasta planta baja. Nos dirigimos hasta mi auto, Lola está callada. Sus ojos están un poco rojizos, sus pestañas están húmedas. Le acaricio su mano, pero ella no se inmuta. Sigue su camino sin emitir palabra.

—Cariño —la llamo, ella voltea su mirada—, vamos a comprarte ropa.

Hace una mueca en su rostro.

—Mis tarjetas están saturadas, compré mucha ropa, la vez pasada —dice, encogiéndose de hombros.

—Mi amor, yo la pagaré —respondo sonriendo—. Elegirás lo que quieras comprarte, yo pago. Creo que me lo permito —alzo mis hombros.

Ella se ríe bajito.

—Tu madre diría que me estoy aprovechando de ti.

Arrugo mi frente. No quería recordarla.

—Pero no es así —contesto bruscamente. Me reprendo internamente—. En fin, sube al auto. Iremos por lencería sexy para mi novia embarazada.

Lola se echa a reír, negando con su cabeza y entrando al auto.

Eso es lo que quiero para ella, que sonría siempre y no esté preocupada por tener a esas dos personas detrás de ella y su hermana. Debo protegerla, debo estar con ella.

Necesito resolver esto lo más pronto posible.

Pronto serán las nueve de la mañana, llevo alrededor de treinta minutos viendo dormir a Lola, pensando en lo que ocurrió anoche. Realmente me preocupé por ella. En ese momento la impotencia y la rabia me carcomía, pero tuve que ser sensato y estar calmado por mi novia, para que ella no se angustiara más de lo que estaba. Nunca le dije qué era lo que decía la nota que habían dejado, no quería angustiarla más.

La llevé a una boutique de ropa que es de mi empresa, el cual a esa hora aún estaba abierta, ésta se encontraba cerca de su edificio. Allí había variedad en ropa de maternidad, entonces compró ropa para dormir, algunos vestidos y lencería sexy. Sus mejillas se ruborizaron en el momento en que nos dirigimos en la sección de lencería, aunque escogió varios colores.

Las dependientas nos atendieron de maravilla, por supuesto, que lo harían. No soy de esas personas egocéntricas o prepotentes, que por cualquier cosa despide a un empleado, pero es bueno que sepan que soy el jefe, y que, con ese título, obviamente deben atendernos muy bien en la tienda.

Hoy al verla, tan serena en mis brazos, me he dado cuenta que ella es el amor de mi vida, y que la quiero en mi vida para siempre.



Un mes después...

Estamos en julio, pleno verano en Estados Unidos. Leslie ha vuelto de su campamento, eso hizo que Lola y yo dejáramos de vivir juntos. La extraño como loco, llevo solo una semana sin ella y no puedo con la necesidad de tenerla conmigo, en una misma casa.

He pensado mucho es proponerle que los tres vivamos juntos. Pero no sé cuál sería su reacción. Mi apartamento es un poco pequeño para tres personas, necesitaríamos algo más amplio que podamos sentirnos cómodos y que tanto, nosotros como Leslie, tengamos nuestra privacidad. Tengo días con la idea en la mente, pero he estado tan ocupado con el trabajo que no he podido visitar a mi rubia.

Es viernes por la noche, salí de la empresa hace veinte minutos, pero estoy atascado en el tráfico. Mientras avanzan los autos, recuerdo todo lo ocurrido este mes.

Luego del incidente en la casa de Lola, ella se vino a vivir conmigo, las semanas restantes a cuando llegó Leslie. Los policías nos dieron pista libre para poder volver a su edificio, así como al apartamento. Lola estaba temerosa, porque si estuvieron allí una vez, podrían volver. Le di ánimos y fuimos a darle una chequeada a su apartamento, ella escogió más ropa que llevaría a mi apartamento y algunas cosas de su casa que necesitaba.

La convivencia fue buena, a pesar de que somos relativamente una pareja que está comenzando a tener una relación estable, que según Lola bromea que sigo a prueba, nos llevamos muy bien. Poco discutimos, cuando lo hacemos, lo arreglamos hablando y terminamos en la cama dándonos amor.

Mi novia tiene una silueta de embarazada con todo el sentido de la palabra, su abdomen creció mucho en las últimas cuatro semanas. Ahora, ella tiene veintidós semanas de embarazo, hemos entrado en el quinto mes, faltan solo cuatro meses más para que nuestra hija

esté con nosotros. Sobre mis padres, solo mi padre ha querido hablarme. Mi madre sigue renuente sobre mi relación con Lola, simplemente dejo que ella misma se dé cuenta que está equivocada. Además, los engañosos, han dejado de enviar anónimos desde el día que ocurrió el incidente en casa de Lola.

Olvido los momentos agrios con mi madre y a la pareja Hamilton. Sonrío al recordar el momento en que Lola me llamó azorada a la habitación porque había sentido que algo dentro de ella se movió. No podía contener mi emoción por tal situación.

— ¡Roger! ¡Ven! —Grita Lola desde la habitación que ha sido nuestra desde hace una semana. Me sorprendo y corro hacia ella.

Lola está en ropa interior, visualizo el lugar, en la cama se encuentran cremas corporales, para estrías y demás, ella se ha estado cuidando mucho. Veo que su cabello está mojado, acaba de salir de tomar una ducha.

Arrugo mi frente esperando que me diga algo. Su silueta abultada se ve bonita en ella. Lola no ha engordado mucho, come estrictamente su dieta. Se ve simplemente bella, más bella de lo que es.

— ¿Qué ocurre, Rubia? —inquiero, entrando a la habitación.

— ¡La bebé se movió! —dice exaltada. Su sonrisa ilumina el lugar, una belleza sin ninguna duda.

Mis ojos se abren rápidamente en sorpresa a lo que dijo, ¿la bebé se movió? ¿Realmente lo hizo? ¡Oh por Dios!

Me acercó más a Lola, rodeo su cintura con mis brazos, la beso en los labios y la abrazo fuerte, alzándola con cuidado. Ella ríe.

— ¿Se movió? —pregunto sonriente.

— ¡Síiii! —Grita emocionada.

— ¡Oh, Cielos!

Dejo a Lola en el suelo, me arrodillo y coloco mi cabeza sobre su abdomen. Ella me acaricia el cabello con su mano, comienzo a besarle su vientre.

—Oh, mi vida —comienzo a decirle a la bebé—. ¿Estás tratando de decirnos que estás ahí y que pronto estarás con nosotros?

Lola se ríe.

— ¡Por Dios, Roger! —dice.

Alzo mi vista para ver sus ojos, éstos están brillosos y no deja de sonreír.

— ¿Qué, mi amor? Estoy hablando con mi hija.

— ¿Así que me estás dejando por fuera? —cuestiona, enarcando una ceja.

Me levanto, la rodeo de nuevo y la beso sin esperar nada. Ella me recibe inmediatamente. Luego me alejo un poco.

—Claro que no, mi amor —acaricio su barriga—. Estamos los tres, somos un equipo. Tres, en estos momentos, porque no podemos olvidar a la pequeña Leslie —aclaro.

Lola me mira dulcemente. Me da un casto beso y dice—: Amo que añadas a Leslie.

—Siempre, Lola. Es tu hermana —respondo.

Ella asiente y sonríe.

—Gracias por amarme y querernos, a mi hermana, a nuestra bebé y a mí.

—Ustedes son mi familia, Lola —digo de manera sincera.

Cornetas detrás de mí comienzan a sonar, hay una brecha de diferencia entre el auto delante de mí y yo, reacciono y avanzo en el canal. Cruzo hasta la avenida que me dirige a la casa de Lola. Hoy, será una cena familiar, Leslie nos contará cómo fue su viaje, y voy a proponerle a Lola que viva conmigo.

Capítulo XVIII
Lola

Leslie ha estado de aquí para allá ayudándome a arreglar la casa y tener todo en su sitio antes de que Roger llegue para nuestra cena especial. Ella dice que no debo hacer tantos esfuerzos, mi barriga no está muy grande, pero si me hace sentir más cansada de lo normal. Estoy en la semana veintidós, hemos llegado al quinto mes. Aunque he tenido uno que otro síntoma molesto, ha sido un buen mes.

En la oficina, mis compañeros han sido cautelosos con sus comentarios y reacciones cuando Roger y yo llegamos a la empresa o cuando yo camino por los pasillos del edificio. Hace dos semanas, Roger envió un memorándum a cada área de *Sunshine* para que se omitieran los comentarios sobre su vida privada, al contrario, sería removido de su puesto de trabajo. Entiendo por qué lo hizo, todo se estaba saliendo de las manos cuando comenzaron cada vez más los malos comentarios hacia nosotros, más hacia mí.

Donovan me da miradas reprobatorias o con sorna, pero no les doy mucha atención, he sido discreta en el trabajo, aunque no se me dé del todo. Mi barriga crece cada vez más. Laura ha sido un gran apoyo en el ámbito laboral, es una buena amiga. Poco a poco he olvidado su desplante en aquellos días oscuros.

Leslie llegó hace una semana de su campamento, pero hasta hoy, viernes, fue que pudimos reunirnos los tres y cenar juntos, es una cena para escuchar sus anécdotas y para pasar un tiempo juntos.

Miro el reloj de la pared, son casi las ocho de la noche, Roger está por llegar en cualquier momento. Me he puesto uno de mis vestidos al cuerpo que mi novio me ha regalado hace unos días, me queda perfecto, es cómodo y mi barriga luce tan bonita.

—¿Está todo listo? —Le pregunto a Leslie. Ella viene saliendo de su habitación, luce un vestido también, de ondas suaves, de color turquesa, le llega por encima de sus rodillas. ¡Luce muy hermosa!

Quizás pudimos salir a comer, Roger tuvo esa idea primero, pero luego decidimos que mejor sería estar en casa y dejar la cena en un restaurante para otra ocasión.

—Sí, Lola —responde, acomodando su cabello a un lado—. Te ves bellísima, hermana.

—Tú también, pequeña —le doy un halago de vuelta.

El timbre del apartamento suena, hago una mueca hacia Leslie de asombro y ella se ríe, me hace señas para que vaya a abrir la puerta. Llego hasta la misma, abro y sonrío, Roger se ve muy guapo con su traje azul marino, creo que ya se lo había visto antes.

—Hola, guapo. —Saludo, rodeándolo con mis brazos. Él me recibe a gusto. Sonríe y me besa en la coronilla de la cabeza.

—Hola, hermosa.

Alzo un poco mi cabeza y nuestros labios se unen, nos damos un beso suave, que significa un «te extrañé». Alguien detrás de nosotros carraspea y se ríe al mismo tiempo, recuerdo que Leslie nos está mirando. Me separo sonriendo también, apenada y con las mejillas ruborizadas.

—Hola, Les —saluda Roger a mi hermana. Le da un asentimiento con su cabeza y sonríe—. Tu hermana me quiere acaparar tan rápido.

Se ríe roncamente. Su risa hace que en mi estómago vuelen mariposas por doquier, haciéndome pequeñas y suaves cosquillas. Estoy muy enamorada de él.

La mano de Roger acaricia mi vientre, sonrío porque siento que nuestra hija hace un pequeño saludo, se ha movido.

—Se movió —anuncio, mirando a Roger. Sonrío abiertamente. Él me devuelve la sonrisa.

—Está emocionada porque su papá llegó —dice mi novio, bajando hasta mi vientre y dándole un beso en el centro de mi abdomen—. Hola, mi amor, papá te ama mucho y no puede esperar hasta que estés con nosotros.

—Ustedes dos son adorables —declara Leslie. Niega con su cabeza y se acerca para darle un abrazo a Roger.

Veo como Roger acepta su abrazo, le da un apretón haciendo que Leslie se comience a reír y a quejarse porque le falta el aire.

—Roger, no puedo respirar —se queja riéndose.

—Has dicho que soy adorable —replica Roger en broma—. Soy todo menos adorable, ¡eso no es tan varonil, pequeña!

Leslie se ríe mucho, ve como sus ojos lagrimean mientras ríe. Me echo a reír, parecen dos niños jugando.

—Déjale, cariño —murmuro negando—. Ella no aguanta mucho las cosquillas.

—¡Buuuh! —Abuchea Roger—. Qué aburrida, Leslie.

Butler suelta a Leslie y esboza una gran sonrisa.

—¡Ustedes están bellísimas! —Nos halaga. Leslie sonríe, da una vuelta enseñando su vestido y luego me hace señas para que haga lo mismo. Secundo su acción, colocando, por último, mi mano sobre mi silueta redondeada y subo uno de mis brazos con elegancia. Ellos se ríen, Roger me mira con ternura y amor, silba y aplaude—. ¡Dios! Me tienes a tus pies.

Mis mejillas se ruborizan.

—Y tú a mí.

—Demasiada azúcar en el aire, ¡auxilio! —dice Leslie alarmada. Roger y yo nos miramos y luego reímos. Se aleja de nosotros y se dirige hacia la mesita de la sala. Veo que toma su teléfono y se acerca de nuevo—. Vamos a tomarnos una *selfie*, los cuatro juntos.

Esbozo una sonrisa, porque ella ha mencionado a la bebé también.

— ¿Una *selfie*? —inquiero. Ella asiente.

—Sí —contesta—. ¿Es nuestra primera cena como una familia?

Miro a Roger y él tiene sus ojos abiertos de par en par, se ruboriza. Me mira de vuelta y él asiente.

—Sí, pequeña. Es nuestra primera cena como una familia —responde Roger.

Se acerca a mí, me rodea con sus brazos por mi vientre, entrelazando sus manos allí. Leslie se acerca completamente, abre la aplicación de la cámara y estira su brazo para que todos quepamos en la pantalla. Ella nos informa que sonriamos.

Este momento me recuerda a nuestra primera foto juntos, ha pasado tanto tiempo desde aquella *selfie* que Roger y yo nos tomamos en ese evento empresarial. Donde todo comenzó.

Leslie captura varias fotos, Roger comienza a hacer muecas con sus labios o caras raras mientras que Leslie le sigue el juego, yo solo me río.

—Lola, haz muecas también —me reprende mi hermana.

—Cierto, mi amor —añade Roger, tocando mi espalda con suavidad—. No es divertido hacerlo sin que sea los tres.

Pongo los ojos en blanco, niego con la cabeza y saco mi lengua para que Leslie tome una foto de nuevo. Luego ella se separa y coloca la cámara hacia nosotros.

—Sonrían —dice Leslie.

Me acomodo en el pecho de Roger, se siente tan bien estar en sus brazos. Él baja su cabeza para posicionarla sobre mi hombro, abrazándome más. Veo como el flash de la cámara de su teléfono parpadea varias veces. Roger me besa en la mejilla y sonrío hasta más no poder. Estoy muy feliz de este momento, mis mejillas duelen de tanto sonreír.

—He tomado varias fotos —anuncia, Leslie.

—¿Te tomo una a ti, Leslie? —Le pregunta Roger a mi hermana, ella asiente efusivamente y le entrega su teléfono. Roger se separa de mí y comienza a capturar todas las poses que mi pequeña hermana hace. Se ve muy hermosa con su vestido. Cada día crece más y más, se está convirtiendo en una señorita muy preciosa.

—¡Listo! —exclama Roger—. Ahora vamos a comer, muero de hambre. Luego vamos por un helado, ¿quieren salir de casa?

Leslie inmediatamente murmura un sí.

—¡Jovencita! —digo, fingiendo sorpresa.

—¿Qué? Tengo que lucir este vestido, Lola.

Roger y yo nos quedamos en silencio, con una mueca en nuestros labios, tratando de no reírnos, pero fallamos.

—¡Dios! Si eres así con trece años, no me imagino cuando tengas dieciséis o dieciocho. ¡Me sacarás canas verdes! —dice Roger riéndose de las ocurrencias de Leslie. Algo dentro de mí se remueve al escuchar sus palabras, porque él habla a futuro. Comportándose como una parte paterna o como un hermano mayor para Leslie. Mis emociones saltan a la periferia, abrumándome.

Realmente quiero que nuestra relación funcione y sea duradera, porque él está tan metido en nuestras vidas, que saber que podría acabarse todo en un momento, hace que mi corazón comience a latir desbocadamente y que duela demasiado.

No había reaccionado, pero Leslie está abrazando a Roger de nuevo. Arrugo mi frente y los miro.

—Gracias por quererme, es muy genial saber que te comportarás como un hermano mayor o como un papá para mí en ese tiempo —confiesa Leslie. Sus ojos están humedecidos. Intento aliviar el nudo en la garganta que me está oprimiendo en estos momentos, pero me es imposible. Es una escena que me ha conmovido demasiado.

Roger está estático, pero abraza a Leslie de regreso, él está callado, luego sonríe y comienza a hablar:

—Sabes que a ti también te quiero mucho, Leslie —le dice con ternura—. Eres como mi hermana pequeña. Cuidaré de ti, de mi Rubia y de mi hija. Somos una familia.

Mi novio me da una mirada rápida, me sonríe cálidamente y todo dentro de mí se derrite. Lo amo mucho.

Escucho como mi hermana suspira, se separa de Roger y se limpia sus lágrimas.

—Ya —dice negando—. Mucho drama, vamos a comer.

Ella camina hasta nuestra pequeña mesa del comedor, esperando por nosotros. Miro a Roger, él entiende mi mirada. Me sonríe.

—Gracias, Gruñón —susurro, agradeciéndole su hermoso gesto con mi hermana.

—No es nada —responde, escogiéndose de hombros—. Las quiero mucho.

—Y nosotras te queremos a ti.



Entre las anécdotas del viaje de Leslie y los chistes malos sobre osos de Roger, tuvimos una cena muy agradable. El estofado estaba en su punto, a todos nos gustó lo sabroso que quedó. Roger comenzó contándonos cómo fue su día, recordando sus campamentos cuando era joven, Leslie lo seguía comparando con las

actividades que hizo con sus amigas. Aprendió a atar cuerdas, encender fogatas y remar en un río. Me alegra mucho saber que mi hermana se divirtió y aprendió muchas cosas.

Yo no le dije nada sobre lo que ocurrió con los engañosos, no quería asustarla ni agobiarla con eso. Había llegado muy feliz de su viaje, contando cada día que pasó allá. No quería arruinarle su felicidad, así que omití sobre el animal muerto en la puerta de nuestra casa.

Ahora vamos rumbo a una heladería que se encuentra a algunas cuadras de aquí, nos hemos abrigado y estamos caminando hasta allí. Roger mira a todos lados por precaución, yo también lo hago sin hacerle saber a Leslie que estamos pendientes de nuestro alrededor.

—¿Cuál es tu sabor favorito de helado, Les? —interroga Roger. Mi hermana está a unos pasos más delante de nosotros. Él va junto a mí, entrelazando su mano con la mía. Ella se voltea para responder.

—Me gusta el de vainilla —responde sin ninguna preocupación.

—Es un sabor común —dice Roger.

Leslie se encoge de hombros.

—Lo sé, pero me gusta mucho. Es como un sabor neutro, que puedes elegir sin preocupación. Ni muy arriesgado, ni muy simple. Aunque pensándolo, sí, es simple.

Ella hace una mueca y se queda pensando.

Suelto una carcajada.

—¡Oh, Leslie! —exclamo—. Bueno, yo soy fan del chocolate. También es un sabor muy común.

—Lo es —contesta Roger.

—¿Y el tuyo, Roger? —inquiere Leslie viendo a Roger.

Seguimos caminando hasta la heladería, hemos pasado el local del señor Juancho hace una cuadra atrás.

—El helado de pistacho.

Arrugo mi nariz. No soy fan de ese sabor de helado. Nunca me ha gustado.

—¿Por qué arrugas la cara, Lola? —pregunta Roger en mi dirección. Niego con mi cabeza.

—Nunca me ha gustado —contesto, encogiéndome de hombros.

—Lo he probado, pero me quedo con el de vainilla —responde Leslie haciendo una mueca mientras asiente.

Y así fuimos hablando mientras caminábamos hasta la heladería. Cada uno ordenó su barquilla con su sabor favorito y seguimos caminando hasta un parque cerca de allí. No era muy tarde para andar en la calle. Quizás eran las diez de la noche. Pronto volveríamos a casa.

—Lola —me llama Roger. Yo estaba viendo con Leslie algunas flores del parque que nos llamó la atención. Volteo hasta dónde está él y me acerco.

—Dime, cariño —respondo al llegar.

Él se queda en silencio por unos minutos. Frunzo suavemente mi entrecejo.

—¿Qué ocurre? —inquiero. Mis nervios comienzan a salir a flote. Miro a todos lados buscándolos.

—Hey, mi amor —dice Roger. Me toma con sus manos, mis mejillas. Haciendo que preste atención solo a él—. Tranquila, estamos bien.

Suspiro avergonzada.

—Lo siento, estoy paranoica.

Volteo mi vista buscando a mi hermana, ella sigue en el mismo sitio comiendo de su barquilla. Siempre se tarda en hacerlo, según ella: hay que disfrutarla, no comérsela tan rápido.

—Quería hablar contigo —comienza a decir Roger. Trago saliva.

—¿Sobre?

—Es una propuesta que te quiero hacer...

Me congelo inmediatamente. *¿Una propuesta?* Mi garganta se seca.

—Te he extrañado mucho en mi apartamento... quiero proponerte a que vivamos juntos. Tú, Leslie y yo. Puedo comprar un apartamento más grande, donde los tres estemos cómodos. Luego podemos habilitar una nueva habitación para nuestra hija. ¿Qué piensas? Creo que hemos tenido una buena convivencia y ¡joder! Te echo de menos. Echo de menos tenerte en mi cama todos los días y despertar contigo.

No he dicho ninguna palabra. Los segundos pasan y él me mira expectante. Pienso que ahora no es correcto hacer eso... Esperé otra cosa, pero quizás eso venga después.

Vivir juntos es otra etapa en nuestras vidas. Sí, lo hicimos por un mes, pero era porque yo estaba sola, ahora está Leslie. Es un paso gigante, el cual ahora no me siento preparada del todo. Solo quiero que pase más tiempo, que podamos solidificar nuestra relación. Además, sus padres aun no me aceptan y no me imagino lo que van a decir sobre esa decisión de vivir juntos definitivamente.

—Rubia, di algo —susurra Roger con sus cejas fruncidas en preocupación.

—Yo... pienso que no es el momento, Roger —contesto con toda sinceridad. Él me mira, veo confusión en su mirada—. No lo malinterpretes. Amé esos días viviendo contigo, pero era solo yo, Roger. Ahora está mi hermana y quiero que nuestra relación se fortalezca más. Sé que en el momento en que demos ese paso, será increíble, pero ahora no. Lo siento.

Roger mira a un lado, traga saliva y vuelve a mirarme.

—¿No estás lista, cierto? —inquiere.

Niego con la cabeza.

—¿Qué tal si lo dejamos para cuando nazca la bebé? —Sugiero, haciendo una pequeña mueca con mi boca.

Su mandíbula se tensa, suspira y asiente.

—Te daré tu tiempo, Rubia. Sé que quieres que esto funcione, no voy a forzarlo.

Tomo su rostro con mi mano. Que sienta mi cercanía, que no piense que es un rechazo hacia él.

—Solo unos meses más —ruego.

—Llevamos dos meses juntos como novios y siento que quiero tenerte para mí, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. No puedo estar tan lejos de ti.

—Que exagerado eres, Gruñón. Me ves todos los días.

—No es suficiente —responde en un susurro.

Me siento mal por rechazar su oferta, pero sé que será para bien, podremos fortalecer lo nuestro en estos cuatro meses que faltan para que nazca nuestra hija. Podemos esperar. Quiero que nuestra

relación sea fuerte, sana, donde los dos nos comprendamos, nos amemos y nos entendamos muy bien, por el bien de mi hermana y de nuestra hija.



Dos meses después...

Los días pasan volando y no nos damos cuenta. Últimamente, me siento tan cansada y pesada. Mi abdomen ha crecido demasiado. Ahora luzco como una pequeña papa. Estoy entrando a la semana treinta, ya son siete meses de gestación. Estamos en el último trimestre, falta muy poco para tener a nuestra bebé con nosotros. Algunas veces pienso que ella será futbolista, sus patadas son fuertes y firmes. El médico nos ha dicho que está todo bien, que va creciendo perfectamente.

Leslie comenzó su nuevo año escolar, Roger ha estado ocupado con su trabajo, pero igual va a mi apartamento cada noche, o cuando no tiene una reunión hasta tarde. Estoy orgullosa de cómo hemos llevado nuestra relación, todo ha sido amor, confianza, apoyo y comprensión. Aunque él se moleste por mis altibajos emocionales, dice que no entiende mis humores, yo me enojo por eso por unas horas, pero luego ando buscando su amor.

Los engañosos no han enviado más anónimos, me parece tan extraño... Quizás, ya se cansaron de estar detrás nosotros y ahora se dieron por vencidos.

Son las cinco de la tarde, el día ha estado muy lluvioso, ahora llueve a cántaros. Roger me ha escrito hace unos minutos atrás, avisando que pronto nos iremos a casa. Leslie tuvo que haber llegado de la escuela hace una hora. Ella me hace sentir muy orgullosa cada día, cada vez se perfecciona en el baile, su brazo está sano y ahora baila libremente.

Miro hasta el puesto vacío del escritorio de Laura, ella ha comenzado a ver a una psicóloga del centro, no menciona mucho sobre sus sesiones, solo me ha dicho que está yendo a las terapias y que poco a poco va mejorando. No es fácil ni sencillo mejorar cada

detalle que no te hace sentir bien, pero sé que ella lo logrará y se convertirá en una mujer impresionante, segura de sí misma.

La puerta de la oficina se abre y entra Roger sonriendo.

—Hola, Rubia hermosa —dice entrando, acercándose al mueble donde estoy sentada.

—Hola, Gruñón apuesto —respondo de vuelta. Sonrío también, estoy feliz de verle.

—Vámonos, quiero mostrarte algo en casa —anuncia Roger.

—¿Es una sorpresa?

Él ladea su cabeza y luego responde—: Algo así.

Doy un asentimiento, sonrío y me levanto del mueble blanco, le doy un beso de saludo y tomo su mano para poder irnos a casa.



Roger ha puesto música a bajo volumen en el auto, una suave balada llena el lugar. Él mira fijamente la carretera, pero va con el ceño fruncido. No le doy importancia debido a que está enfocado en el camino.

—¿Sabes algo de Raymond? —inquiero mirándole.

Extraño a mi amigo de ojos azules, ha estado muy perdido. No ha vuelto a mi apartamento y cuando le escribo, él responde muy poco. Roger ha mencionado varias veces que ha estado de viaje de negocios, pero me enoja y entristece su distanciamiento.

—Hablé con él ayer, está en Miami.

—¿En Miami? Le he escrito muchos mensajes y él no me responde.

—Debe estar ocupado.

—Sí, pero lo extraño.

Roger deja de mirar la carretera para poner su mirada en mí.

—¿Por qué lo extrañas? —pregunta con un tono de molestia. Arrugo mi frente.

—¿Por qué? ¡Porque es mi amigo, Roger!

—Creo que está saliendo con alguien —masculla, volviendo su mirada en el pavimento.

Los truenos me asustan y puedo ver relámpagos en el cielo, está lloviendo muy fuerte.

—¡De paso! Está saliendo con alguien y no sé quién es —digo indignada, encogiéndome de hombros. Hago un puchero.

—No sé por qué te afecta, Lola.

—No es que me afecte, es que lo extraño y no me gusta este distanciamiento.

Roger se queda unos momentos en silencio, veo molestia en su rostro.

—¿Estás celoso? —interrogo, viéndole tensar su mandíbula.

—No —responde secamente.

—¿No? ¡Demonios! —exclamo—. Por supuesto que estás celoso, no entiendo el porqué, sabes muy bien que quiero muchísimo a tu hermano y es como mi mejor amigo.

Él me mira de nuevo, niega con su cabeza y suspira.

De pronto el auto se desliza por el pavimento mojado, Roger intenta frenar y controlar el auto, pero no puede. Él comienza a decir que los frenos no funcionan. Grito en el momento en que comenzamos a dar vueltas una y otra vez, agarro mi abdomen con fuerza y comienzo a llorar. No puede estar pasándonos esto, mi bebé, Roger... ¡No!

Todo se vuelve negro, no siento mi cuerpo... todo duele. Tengo miedo, mucho miedo.

Capítulo XIX
Roger

Todo me da vueltas, escucho a muchas personas encima de mí, siento que algún líquido caliente se desliza por mi rostro. No entiendo que está sucediendo, lo último que recuerdo es el rostro de Lola. Me desespero cuando escucho una sirena de ambulancia, trato de moverme, pero mi brazo y pierna duelen mucho. Murmuro algunas palabras, pero nada sale de mi boca. Mi respiración es acelerada. ¿Dónde está Lola?

Cierro mis ojos de nuevo, para pensar que esto es solo una pesadilla y no la realidad. Cuando los vuelvo a abrir estoy en una cama de hospital, el olor característico a alcohol y la decoración entre blanco y azul me hacen confirmar que estoy en uno. Me desespero de nuevo, entonces no fue un sueño, realmente tuvimos un accidente. Mi cabeza duele horrores, mi brazo está inmóvil en un yeso y mi pierna está adolorida, entumecida.

Visualizo el lugar y estoy solo. ¿Dónde está mi Rubia? ¿Nuestra bebé está bien? ¿Lola está bien? ¡Oh Dios! Esto es mi culpa, debí tener más cuidado al manejar. Me voy a morir si sé que les pasó algo grave a ellas.

Lágrimas comienzan a bajar por mis mejillas, grito para que alguien me escuche, veo a mi madre entrar por la puerta de la habitación. Todo en mí se tensa.

En sus ojos hay lágrimas, veo preocupación en su rostro, se ve envejecida. Ella me mira y se acerca rápidamente.

—Hijo —dice en un pequeño susurro.

—¿Dónde está Lola? ¿Está bien? ¿Mi hija? —Las preguntas salen de mi boca sin parar, estoy alterado. Necesito saber qué ocurrió.

—Tienes que tranquilizarte, Roger. —Mi madre me toma de la mano—, tuvieron un accidente cuando iban camino a la casa de... tu novia.

Las últimas dos palabras sonaron agrias en su boca, pero ella cierra sus ojos, suspira y me vuelve a mirar fijamente.

—¿Dónde está ella? ¡Necesito verla! —exclamo, tratando de moverme de la cama, pero me es imposible, me duele todo el cuerpo y mi brazo está inmovilizado. Gimo del dolor—. ¡Mamá, dime!

—Ella... —respira hondo—. Está en una especie de coma, ella es la más afectada. La bebé está bien, tuvieron que hacerle una cesárea a Lola porque tenía contusiones y estaba botando líquido amniótico. Pero tu hija está bien, está en una incubadora porque es prematura y estará allí una o dos semanas más.

Oh, Joder. ¡Maldita sea! Esto no puede estar pasando.

Mis lágrimas bajan por mi rostro sin detenerse, siento rabia, molestia conmigo mismo. Debí tener cuidado, debí detenerme cuando sentí que los frenos del auto estaban mal, pensé que llegaríamos a salvo a la casa. Ahora, mi Rubia está dormida sin saber cuándo despertará y mi hija nació antes de lo debido.

—Esto es mi culpa —digo en medio de un sollozo. Gruño y grito —. ¿Ellas estarán bien?

Mi madre me mira con sus ojos cristalizados. La puerta se abre de nuevo y mi padre entra. Tiene el mismo aspecto que mi mamá. Cansado, con los ojos llorosos y se ve más viejo.

—Hijo —dice entrando—. ¿Estás bien? ¿Te sientes bien?

Niego con mi cabeza.

—Por mi culpa, ellas están mal —respondo, sollozo de nuevo. El dolor en mi pecho es muy grande, el nudo en mi garganta me ahogará y me dejará sin respirar.

—Ellas estarán bien, Roger —comenta mi padre—. Mi nieta es hermosa, es pequeña, pero fuerte.

Mi hija ya nació... ¡Oh por Dios!

—¿Puedo verla? —inquiero, mirándolos a ambos.

—Claro, pero más tarde o mañana. Tienes que recuperarte primero, te fracturaste el brazo y tu pierna está mallugada.

—¡Necesito ver a Lola hoy! No me importa el dolor, necesito... — Mi voz se quiebra—. Ver a mi Rubia. Necesito saber que está bien, papá.

Él traga saliva, suspira y asiente.

—Le diré al médico que autorice tu salida de la habitación e irás en una silla de ruedas.

—Como sea, pero necesito que eso sea ahora mismo.

Mi madre está en silencio, sé que nosotros no estamos en buenos términos, pero ellos están aquí, preocupados por mí, por Lola y por mi bebé.

—Está bien, hijo. Iré con el médico —informa mi padre, saliendo de la habitación. Quedamos mi madre y yo.

—Roger —dice llamando mi atención—. Quiero disculparme contigo, me comporté muy mal con Lola. Saber que... pudiste haber muerto ayer... me destroza el alma. Estábamos enojados uno con el otro, luego no pude soportar la idea de no tenerte.

—Mamá...

—Es cierto lo que dijo Lucas, tu hija es muy hermosa. Tiene el cabello rubio como su madre y algunas facciones de ti —masculla con nostalgia—. Ella me ha ablandado el corazón, no sé por qué tengo que seguir enojada con Lola, no la conozco —se encoge de hombros—. Quiero conocerla y estar en la vida de mi nieta, hijo.

Sus palabras se oyen sinceras, ella está abriendo su corazón, está comprendiendo y aceptando mi relación con Lola, además está aceptando a mi hija. Trato de respirar hondo, niego con mi cabeza cabizbajo.

—Gracias, mamá. Por dejar de ser testaruda y ver la realidad de nuestra relación. Nos amamos, nos comprendemos y respetamos. Lola es lo mejor que me ha pasado en años. Y ahora mi hija es mi todo, es mi mundo.

—Lo sé, hijo. Así como tú y tus hermanos son el mío.

Arrugo mi frente.

—¿Dónde están mis hermanos? —pregunto mirando a la puerta.

—Robert está afuera y Raymond viene en camino desde Miami. Su vuelo se ha retrasado.

— ¿No usó el *jet* privado?

—No quiso.

Suspiro, me recuesto en la cama. Me siento agotado, todo mi cuerpo está mallugado. Me duele cada parte de él, pero no me

importa el dolor físico, puedo soportarlo. Lo que no puedo soportar es el dolor en mi corazón, mi preocupación por Lola y por mi hija.

—Mi hija no tiene un nombre —susurro para mí mismo.

—Ya le pondrán uno, cuando Lola despierte —dice mi madre, en forma de tranquilizarme.

Todo esto es una pesadilla, quiero despertar ya. Estar con Lola en la cama, abrazados, diciéndonos te amo y soñando en cómo sería nuestra hija. Ahora ella está en coma y mi pequeña hija está en una incubadora.

—¿Mi papá se tardará? Quiero verla ya.

—Iré a buscar el médico, te revisen de nuevo y averiguo si te dieron permiso de verla.

Esbozo una pequeña sonrisa que es más que una mueca con mis labios.

—Gracias, mamá.

Ella niega, me sonríe suavemente.

—Me alegra mucho que estés bien, Roger —hace una pausa—. Y que estemos bien.

Doy un asentimiento, ella se voltea y camina hasta la puerta. Cierro los ojos para intentar despertar de esta pesadilla, cuando los vuelvo a abrir, sigo en el mismo lugar, con el mismo dolor en el pecho.

No entiendo qué pasó, mi madre ha mencionado el accidente como ayer. Supongo que es mediodía. Reviso a mi alrededor, pero no consigo un reloj de pared. No sé dónde está mi teléfono, tal vez ya ni funciona. El recuerdo de mi pequeña cuñada llega inmediatamente en mi mente. ¡Leslie!

¿Con quién estará? ¿Sabrá que tuvimos un accidente? ¡Demonios! Necesito levantarme, no puedo esperar aquí acostado a que vengan por mí.

Trato de levantarme, hago muecas por el dolor. Con cuidado, sin mover mi brazo izquierdo y sin lastimar mi pierna adolorida, hago lo mejor que puedo por ponerme de pie. Necesito un calmante, pero será más tarde que le diga a la enfermera. Quiero ver a Lola, quiero ver a mi Rubia.

Muy lentamente, voy incorporándome en la cama; bajo una de mis piernas hasta el suelo. Visualizo unas pantuflas de color blanco a un lado de la cama. Deslizo mi otra pierna. Ahora sentado, tomo una gran bocanada de aire y me impulso para levantarme.

—¡Ah! —Grito del dolor, hice un mal esfuerzo y lastimé mi pierna. ¡Joder!

Respiro de nuevo, tratando de aliviar el dolor. Solo debo colocarme las pantuflas y dar pequeños pasos hasta la puerta. ¡Puedo hacerlo! ¡Lo hago por Lola!

Me pongo las pantuflas, y comienzo mi andar hasta la puerta de la habitación. Los pasos que doy se sienten eternos. Mi cuerpo se siente pesado, como si estuviese cargando una piedra gigante en mi espalda. En cada paso que doy, tomo grandes bocanadas de aire para agarrar energía.

Cuando voy llegando a la puerta, ésta se abre asustándome. Robert, mi hermano mayor, está en frente de mí con su ceño fruncido. Tenía algunas semanas sin verlo. Él se parece a papá, sus ojos son azules como los de Raymond. Yo soy el único que heredó los ojos marrones de mi madre.

—Creo que no deberías estar caminando —dice con voz ronca, él es el hermano mayor de los Butler. Robert tiene treinta y tres años, es administrador empresarial, dueño del Club RoBu, está casado desde hace cuatro años, pero aún no tiene hijos.

—Lo sé, me duele el cuerpo como el infierno, pero necesito ver a mi novia y a mi hija.

Veo cómo mi hermano se tensa, respira hondo y hace una mueca en sus labios, su gesto es igual al de mi madre. Está pensando en qué decir.

—Roger... deberías descansar un poco más, ellas están bien —responde entrando a la habitación. Se queda pensando unos segundos, pero luego comienza a negar con su cabeza—. Joder, no. Ven te ayudo a ver a tu mujer y a tu hija. Si fuera Nina quién estuviera en su posición, estaría como loco tratando de verla.

Ladeo una sonrisa.

—Gracias, hermano.

—No hay de qué, para eso estamos.

Robert rodea mi cuerpo con uno de sus brazos, tratando de no lastimarme, yo me apoyo en él para no forzarme tanto en caminar. Salimos de la habitación, me siento un poco mareado, pero no le doy importancia. Vemos para los lados y no hay ningún médico ni enfermeras cerca. Robert me lleva en la dirección en dónde está Lola, ella se encuentra a dos habitaciones alejadas de la mía. Cuando llegamos a su puerta, suspiro cansado.

—¿Estás bien? —interroga mi hermano.

—Estoy un poco mareado, pero ya se me pasará —digo con desdén.

—Aquí es, te ayudaré a entrar y saldré para que estés a solas con ella —me informa asintiendo—. No sabía que tenías una novia tan bonita y rubia.

Emito una risa, que hace que mi abdomen se apriete y duela.

—Ouch —me quejo.

—Estás todo mallugado, tu rostro no está tan bonito.

Abro los ojos de par en par.

—¿En serio? Siento mi mejilla un poco inflamada pero más nada.

—Tienes un gran moretón en la mejilla y en el ojo izquierdo.

Suspiro resignado.

—Entremos, necesito verla.

Robert da un asentimiento y abre la puerta de la habitación, nos adentramos en ella, de la misma manera en que vinimos hasta aquí, yo apoyándome en los hombros de mi hermano.

Al entrar, todo en mí se debilita. Lola está con los ojos cerrados, luce dormida; en su rostro se visualiza un moretón en su mejilla y una herida suturada en su labio, en sus brazos se ven pequeñas manchas de color purpura, su abdomen está un poco inflamado, pero ya no está embarazada.

—Mi amor —susurro, acercándome a la cama.

—Lola estará bien, Roger. —Siento como mi hermano coloca su mano en mi hombro y le da un pequeño apretón.

—Gracias... ¿Qué dijo el médico? —inquiero, sin dejar de mirar a Lola.

—Se golpeó muy fuerte la cabeza. Ella entró en coma por una lesión traumática en el cerebro en el momento del accidente. Tu

auto quedó muy destrozado, Roger. Ustedes tres están vivos de milagro.

Cierro mis ojos para intentar alejar las lágrimas, pero en cualquier momento me romperé de nuevo.

—Es mi culpa —digo cabizbajo—. Debí haberme detenido, estaba lloviendo mucho y el auto no frenaba muy bien.

—Mandé a chequear el auto, esta semana me dicen si fue una avería o si fue ocasionado, sabes que tenemos enemigos de otras empresas... es cuestión de descartar esa posibilidad.

Los engañosos también son nuestros enemigos… ¿Y si ellos…?

Asiento hacia mi hermano, no comentaré sobre los Hamilton, si es así que esto pudo haber sido provocado por alguien, le avisaré al Detective inmediatamente.

—Gracias, hermano.

—Estaré afuera, ¿te puedes sostener o te sientas en la silla? —Me señala la silla que se encuentra a un lado de la cama.

—Acércala, me duele mucho la pierna —digo resignado.

Mi hermano me acerca la silla a mi posición, me ayuda a sentarme. Luego sale de la habitación dejándome a solas con Lola.

La miro y me cuesta tragar, mi corazón palpita muchas veces por segundo. El nudo en mi garganta se afianza y las lágrimas no se dejan esperar para comenzar a deslizarse por mis mejillas. Sollozo sobre su brazo, tomando su mano con mi mano disponible y pidiendo perdón por todo esto.

—Perdóname, mi amor —digo con voz temblorosa—. Esto no tenía que pasarnos. Perdóname por no controlar el auto, despierta hermosa. ¡Por favor! —Sorbo de mi nariz—. Nuestra hija ha nacido, y mis papás dicen que es hermosa. Tienes que despertar para que nos vayamos a casa y podamos estar juntos, verla crecer y darle todo nuestro amor. ¡Vamos, Lola! ¡Rubia, no me hagas esto!

Acerco mi mano hacia su cabello, lo peino un poco. Me duele verla así.

—Te amo mucho, Lola. —Intento levantarme de la silla para poder darle un beso en sus labios, gimo ante el dolor, pero aun así, sigo mi camino hasta sus labios. Presiono suavemente mis labios en los suyos, se sienten fríos. No está esa sensación de calidez que

siempre tienen cuando la beso. Lágrimas caen y caen, ahora se deslizan por el rostro de mi novia. Me separo un poco y susurro—: Te amo, amo a nuestra hija, amo nuestra relación. Tú eres fuerte, mi amor. Saldremos de esto.

Le doy otro beso y me siento de nuevo en la silla. Acaricio su mano de forma delicada, tratando de darle calor a su cuerpo frío. Dicen que las personas cuando están en este estado nos pueden escuchar, es por eso que le repito muchas veces que la amo. Ella saldrá de esto rápido, ella es fuerte.

—Despierta pronto, cariño. Leslie debe de estar preocupada por ti.

En ese momento, la puerta se abre y la voz de mi pequeña cuñada llena el lugar. Ella corre hasta mí y me abraza fuertemente.

—¡Roger! —entra sollozando—. ¿Tú estás bien? Roger, mira a mi hermana. ¿Ella estará bien? ¿Mi sobrina está bien? ¡Nadie me dice nada! Estoy asustada —su voz se quiebra—. Quiero que mi hermana despierte, Roger.

Mi mano sube y baja por su espalda, tratando de calmarla. Ella siente también dolor y preocupación por su hermana.

—Shhh... Tranquila, pequeña. Yo estoy bien, un poco adolorido, pero bien. Tu hermana despertará pronto, seamos positivos. Tu sobrina nació y está bien; luego de aquí voy a verla. ¿Quieres ir conmigo? —Le pregunto, ella gimotea, luce muy triste—. Tienes que ser fuerte y estar tranquila, para que tu hermana sepa que tú estás bien y que eres una niña grande. ¿De acuerdo?

Ella se separa y me mira con sus ojos color marrón, el cual siguen lagrimeando y sus mejillas están coloradas. Me da mucha tristeza verla así.

—Estoy contigo, Leslie —añado.

Leslie da un asentimiento.

—Está bien, seré fuerte y me comportaré como una niña grande. Soy fuerte, mi hermana estará bien —dice más para sí misma que para mí—. ¡Sí! Quiero ver a mi sobrina. ¿Cómo se llama?

Hago una mueca con mis labios.

—No tiene nombre aún.

Su boca se abre en sorpresa, al igual que sus ojos.

—¿No? ¿Lola no lo había escogido ya?

Niego con mi cabeza.

—No, pequeña.

Una idea se vislumbra en mi mente.

—Les, ¿cómo se llamaba tu madre? —inquiero. Ella frunce su ceño y sonríe de oreja a oreja.

—Leah —responde.

—A tu hermana le gustará mucho que la llamemos así, ¿no crees? En honor a tu mamá —digo encogiéndome de hombros, pero sonriéndole a Leslie.

Ella asiente efusivamente.

—¡Sí! ¡Sí! —repite varias veces. Se acerca a mí y me abraza nuevamente. Emito una queja, me duele cuando me abraza—. ¡Gracias, Roger!

—Ella estará feliz —murmuro, mirando a Lola.



Leslie y yo estuvimos un rato en la habitación de Lola, mis padres entraron y no pusieron ninguna resistencia para que estuviera allí. Mi Rubia no ha despertado aun, ella sigue «durmiendo». Laura llegó al momento que estábamos dentro con Lola; ella cuidará de Leslie mientras Lola esté en el hospital. Le he dicho que informe en Recursos Humanos, un permiso de trabajo hecho por mí. Más tarde, le diré a mi padre que llame a la empresa.

Hace unos minutos, salí de su habitación para ir a conocer a mi hija, mi Leah Grace. El nombre Grace es por mi abuela materna, quería también honrar su nombre, todo su amor y su cariño por mis hermanos y por mí. Ella hubiera estado muy molesta con mi madre por su actitud anterior. Leslie se tuvo que ir con Laura, no me acompañará a ver a Leah.

Me siento muy cansado, pero sigo de pie, viendo a los amores de mi vida. En estos momentos me dirijo por el pasillo, lentamente hacia el área de recién nacidos, rogaré para que me dejen verla, así sean cinco minutos con ella. Llego al lugar, toco la puerta, una enfermera sale y me mira, me pregunta qué quiero.

—Hola, soy el padre de la hija de Lola Walts, Roger Butler. Tuvimos un accidente y tuvieron que hacerle una cesárea a mi novia. ¿Puedo conocer a mi hija? —Ruego.

Ella me mira sin pestañear, frunce su ceño, pero luego responde —: Le diré cuál es su hija, pero podrá verla solo por el ventanal del pasillo.

Mi corazón se arruga, yo quería abrazarla y hablarle. Tenerla junto a mí y sienta mi amor, mi calor. Soy su papá, ¡joder!

Asiento, conformándome con lo que me dan.

La enfermera cierra de nuevo la puerta. Camino hasta el gran ventanal que se encuentra en el pasillo contrario, veo como la enfermera se mueve por el lugar, se acerca a una de las incubadoras y me ve de nuevo, me dice que esa pequeña bebé de manta rosada es mi hija.

Sin darme cuenta, estoy sonriendo mientras lágrimas se desbordan por mi rostro. Coloco mi mano sobre el ventanal, pensando que así estoy más cerca de ella.

Pronto estaremos los tres juntos, hija. Mamá estará bien, tú crecerás fuerte y seguirás siendo muy hermosa como tu madre.

Le hago señas a la señorita, diciéndole si puede acercarse con ella. Suspira y con cuidado saca a la bebé de su incubadora rápidamente. Se acerca al ventanal y veo a mi Leah.

Leah Grace Butler, mi hija.

Veo a mi pequeña, su cabello es rubio como el de Lola; su boca es pequeña, al igual que su nariz. Es cierto, tiene algunos de mis rasgos faciales, pero la manera en que frunce su ceño, se parece a Leslie.

—Papá está aquí, eres muy hermosa, hija —susurro, viéndola bostezar. Sus ojos están cerrados, pero está despierta—. Te amo con mi vida, pronto estaremos los tres juntos.

La enfermera se despide y vuelve a colocar a Leah en su incubadora. Necesito saber sobre ella: cuánto pesa, cuánto mide. Quiero saberlo todo.

Lo que quedaba de día, pasó muy lento. Después que vi a mi hija, regresé a la habitación con un sabor agridulce en la boca, con la alegría de que Leah está bien, está sana, pero estará en la incubadora hasta que llegue al peso ideal para irse a casa. Leslie le ha traído su ropa, esa que Lola escogió con tanto esmero hace algunas semanas atrás, pero la enfermera nos dijo que eran muy grandes para ella, por eso, mis padres le compraron una nueva acorde a su tamaño.

Luego, pienso en mi novia, en la mujer de mi vida que está en un estado que no sé en cuántos días saldrá de ello. Los doctores me han informado que debemos estar pendientes al momento en que ella despierte, en su recuperación y en la manera en que recibirá a Leah.

Suspiro con nostalgia.

Es miércoles, mitad de semana. Son las seis de la tarde, Lola tampoco ha despertado hoy. Su hermana estuvo con ella todo el día, hablándole y cuidándola. Se ha comportado muy fuerte, Leslie es muy madura para su edad. También estuvo aquí conmigo, distrayéndome con sus historias de la escuela, hoy se ausentó. Le dije que debe ir y luego puede visitar a su hermana, renuente aceptó. Así que, mañana irá a la escuela y al salir, viene hasta acá.

Raymond llegó hace una hora atrás, por lo que me informó mi madre, pero no lo he visto. Él visitó primero a Lola. Recuerdo la pequeña discusión que tuvimos antes de que ocurriera el accidente. Fue estúpido de mi parte estar celoso de mi hermano, ahora comprendo que ellos son muy buenos amigos. Debo aceptar eso, dejar los celos y los comportamientos estúpidos como diría Lola.

Quisiera tanto retroceder el tiempo, y no haber discutido sobre eso.



Es lunes por la mañana. Lola tiene seis días en coma, seis días desde que tuvimos el accidente, ella no da indicios de despertar pronto. Está estable, tiene reflejos, pero no despierta. Mi hija poco a

poco va subiendo de peso, quizás hoy o mañana me dejen cargarla, poder abrazarla y decirle cuánto la amo. A mí me dieron el alta el viernes pasado. Desde ese día, no me he movido del hospital. Mis padres o mis hermanos me traen comida y ropa, ellos saben que no saldré de aquí hasta que me vaya con mi novia y mi hija.

Robert vino anoche, me trajo el informe sobre el accidente. Efectivamente, el accidente fue provocado, aflojaron los frenos y es por ello que no funcionaron en el momento. Revisaron todo el auto y en la cajuela, encontraron una caja que estaba destrozada, pero dentro había una nota que decía:



Todo en mí se enfureció al saber la noticia, porque ¡demonios! Esas personas están enfermas, nos quieren muertos, que dejemos a Leslie sola. Es como una obsesión enfermiza por parte de ellos, y casi logran su objetivo. Por poco, morimos en ese accidente. Sin embargo, sigo sintiendo culpabilidad por haber seguido manejando, por no haber controlado el auto y que Lola terminara en ese estado.

Emito un pequeño gruñido, los presentes en la sala me miran. Me pongo cabizbajo. Estoy sentado en las sillas que están fuera de la habitación de Lola, los médicos están valorándola, es su chequeo rutinario por la mañana.

De un momento para otro, enfermeras entran rápidamente a la habitación de mi novia, me preocupo, así que me levanto y camino hasta allí, abro la puerta buscando a Lola. Ella sigue en la cama, con el personal de salud encima, le están haciendo algunas preguntas. Frunzo mi ceño.

Me acerco más y veo a mi Rubia, está despierta. Está un poco desorientada, su ceño está fruncido y se queja del dolor corporal.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunta a los doctores.

—Está en el Hospital de Seattle, señorita Walts. ¿Cómo se siente?

—Me duele mucho el cuerpo y la cabeza —responde en un susurro.

Quiero acercarme, besarla, abrazarla y decirle cuánto la amo. Hago un agradecimiento al Cielo, ¡ella por fin despertó!

Rompo todo el protocolo y me acerco a Lola, ella sigue con su ceño fruncido. Los médicos me observan esperando a ver la reacción de Lola.

—¡Mi amor, gracias al Cielo, despertaste! —Llego hasta ella, tomo su mano, pero la retira de inmediato.

Me extraño por su gesto. Frunzo un poco mi entrecejo.

—¿Lola?

—¿Quién es usted? —pregunta, mirándome con sus ojos mieles oscuros.

¿Quién soy? ¡No puede ser!

Capítulo XX
Lola

Poco a poco voy abriendo los ojos, la luz del lugar me molesta. Vuelvo a cerrarlos, pero los abro nuevamente. El olor a alcohol llega a mis fosas nasales, me siento mareada y con náuseas. Me duele mucho la cabeza y el cuerpo también. Siento mis piernas entumecidas y mis brazos se sienten pesados. Escucho voces a mi alrededor.

Un médico con su típica bata blanca se acerca, junto a él hay otro doctor y una enfermera. Frunzo mi ceño, no entiendo nada. No sé qué hago aquí. Ellos me miran con sus ojos bien abiertos, se sorprenden de que esté despierta. Comienzan a hacerme preguntas de cómo me siento, cómo estoy, pero yo solo quiero saber qué hago aquí y qué me pasó.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto a los doctores.

Uno de ellos me responde—: Está en el Hospital de Seattle, señorita Walts. ¿Cómo se siente?

—Me duele mucho el cuerpo y la cabeza —respondo en un susurro. Hasta el poder hablar me duele.

Siento una punzada en mi vientre, pero el dolor se pasa rápidamente. Qué raro.

Los doctores se apartan en el momento en que un hombre de quizás unos treinta años se acerca con un yeso en su brazo, tiene algunos rasguños en su rostro y cuello. Frunzo mi entrecejo, no conozco a este hombre. ¿Por qué está aquí? Él se va acercando a la cama a su paso, veo que le cuesta caminar un poco.

— ¡Mi amor, gracias al Cielo, despertaste! —exclama el hombre, toma mi mano con confianza, pero la retiro de inmediato. Es demasiado extraño esto, ¿por qué los médicos no hacen algo?

¿Mi amor?

En su rostro se ve confusión, quizás me ha confundido con alguien más. Él frunce su ceño, me mira expectante, preocupado. No entiendo nada. Miro a los doctores, pero nadie hace algo. El hombre sigue aquí, me mira preocupado, anhelando que le conteste.

—¿Lola? —inquiere el hombre enfrente de mí. ¿Cómo es que sabe mi nombre? ¿Quién es él? Nunca en mi vida lo había visto. Siento un poco de nerviosismo, es muy extraño que nadie le diga que se retire.

¿Quién es él?

Lo miro de vuelta, él espera que diga algo.

—¿Quién es usted? —Se escucha como un susurro, así que vuelvo a decirlo un poco más alto—. ¿Quién es usted, señor?

Los presentes emiten un sonido de sorpresa, pero luego lo disimulan asintiendo. Veo como escriben en sus portafolios. Vuelvo mi vista hasta el hombre enfrente de mí, puedo ver la tristeza y el dolor que se muestran en sus ojos. Se ve muy dolido.

—Señor Butler, debería de salir de la habitación. La señorita Lola debe descansar —demanda el otro médico a mi lado. El hombre no deja de mirarme, una lágrima se desliza en su mejilla y mi corazón se entristece en el momento. ¿Por qué llora?

¿Señor Butler?

—Soy su novio, debo estar con ella —dice de manera brusca hacia el médico que le dijo que saliera. Su ceño está fruncido, su mandíbula está tensa y traga saliva con dificultad.

¿Novio? ¿Qué está pasando?

Me duele la cabeza, no entiendo nada de lo que ocurre, no entiendo como este hombre dice ser mi novio, cuando mi novio es Raymond Butler... espera, viéndolo bien, ¿él es el hermano de Raymond?

Como tenemos poco tiempo saliendo, no he podido conocer a su familia. Él ha mencionado que tiene dos hermanos mayores, ¿este hombre es uno de ellos? ¡Estoy tan confundida, joder! ¿Por qué dice que es mi novio? ¡Es su hermano, no él!

Sigo mirando al hombre que llora en estos momentos, hace muecas en sus labios, su mirada me intimida, no entiendo por qué

llora. Lo visualizo bien y no se puede negar que es un hombre guapo, tienes unos ojos marrones muy bonitos y su rostro es hermoso. ¿Qué demonios, Lola? ¡Tienes novio! Y definitivamente no es él.

—Rubia... —Su voz se escucha temblorosa, él se quiere acercar, pero le estoy dando una mirada de que no lo haga. No lo conozco, no sé quién es. No puede acercarse.

—Disculpe, pero no lo conozco. No sé quién es usted, ¿cuál es su nombre? —inquiero, ladeando mi cabeza.

Él traga saliva, baja su cabeza y la vuelve a subir. Respira hondo y asiente.

—Soy Roger Butler —dice con su voz gruesa. Tensa su mandíbula de nuevo—. Soy el presidente de *Sunshine*, la empresa en donde trabajas... además, soy tu novio, Lola.

Arrugo mi entrecejo de nuevo, niego con mi cabeza repetidas veces.

—No lo es, yo tengo novio, señor Butler —digo con firmeza—. Y no es usted.

Ahora es él quien frunce su ceño. En su mirada se observa asombro, molestia, confusión. ¿Por qué tantos sentimientos?

—¿Qué? ¿Quién demonios es tu novio? —pregunta, alzando un poco su voz—. ¡Yo soy tu novio, Lola!

Los médicos siguen a nuestro alrededor, no han salido de la habitación.

—Señor Butler, retírese de la habitación. La paciente debe descansar, hablaremos con usted al salir —comenta uno de los médicos presentes.

—¿Quién es tu novio, Lola? —repite Roger Butler, preocupado y molesto. Sus mejillas están sonrojadas por su enojo. Siento compasión con él, pero es una locura su comportamiento, no debería de estar aquí.

Cuando voy a responder, veo hacia la puerta y Raymond viene entrando a la habitación. Sonrío aliviada de ver una cara conocida.

—Él —respondo, señalando al hombre que ha llegado—. Raymond es mi novio.

—¿Qué demonios? —susurra Ray, al situarse a lado de Roger—. ¿Lola, estás bien?

—Sí, cariño. Ahora estoy mucho mejor, porque estás aquí —digo sonriendo.

El rostro desencajado de Roger Butler me hace sentir una pequeña molestia en el estómago, su mirada se ve perdida, él se ha quedado callado. No se mueve, siento que llorará o gritará. Su pecho sube y baja, su respiración está acelerada. Veo como sus ojos se cristalizan, una vez más. No puedo negar que su mirada me entristece.

—Hermano... —lo llama Raymond. ¿Hermano? ¿Él es su hermano? Enarco con una ceja.

Estoy tan confundida, siento que mi cabeza explotará.

—Me duele la cabeza, Doctor —susurro.

—Ambos, salgan de la habitación. Más tarde, podrán hablar con la paciente —informa el médico.

Roger sigue sin hablar, él me mira con sus lágrimas rodando por sus mejillas. Niega con su cabeza, gruñe y sale de la habitación. Enfurecido, tirando de la puerta de entrada. Me quedo estupefacta por su actitud.

Raymond me mira confundido, ¿no me va abrazar? ¿No se alegra de verme?

—¿Tú no me vas a saludar? ¡Tú sí eres mi novio! No entiendo porque él dice que es él. ¡Ni siquiera lo conozco! —exclamo frustrada de esta situación. No entiendo por qué estoy en el hospital, por qué ese hombre estaba aquí diciendo que era mi novio... Todo es tan confuso.

—Lola, Roger es mi hermano mayor, ¿no te acuerdas de él? —Me pregunta, acercándose poco a poco.

—Señor Butler, salga de la habitación —lo amonesta de nuevo el personal médico.

—Deje que esté unos minutos, coloque el calmante para el dolor de cabeza y retírense ustedes, por favor —le digo a los médicos y enfermera.

Ellos refunfuñan un poco, pero aceptan mi petición. Veo como la enfermera coloca el analgésico en mi vía intravenosa, luego se

retiran de la habitación.

—Estamos solos. —Sonrío dulcemente—. Qué bueno que estás aquí.

—¿Te sientes bien? —cuestiona de nuevo. Frunzo mi ceño.

—¡Sí, Raymond! ¿No me estás viendo?

Él traga saliva y asiente.

—¿Por qué dices que soy tu novio?

—Porque lo eres —respondo. ¿Por qué está hablando bobadas? —. ¿O no?

Raymond me mira como si me hubiesen salido cinco cabezas, respira hondo y niega con su cabeza.

—Descansa, hablaremos más tarde.

Se acerca y me da un pequeño beso en la frente; luego se aleja con su ceño fruncido.

—¿Por qué no estás siendo cariñoso? —inquiero confusa—. ¿Por qué estoy aquí?

Él mira a otro lugar, suspira y vuelve a fijar su vista en mí.

—Tuviste un accidente la semana pasada —masculla. Mis ojos se abren de golpe—. Estuviste en coma.

¿Un accidente? ¿En coma?

—¿Dónde está mi hermana? ¿Está bien? ¿Le avisaron que estoy aquí? Supongo que Cecilia y George están con ella, cuidándola o debe estar en la escuela.

—Lola...

—¡¿Qué, Raymond?! —Grito exasperada. Siento como un dolor traspasa por mi cabeza. Estoy molesta de que todos digan mi nombre y me vean como si estuviese loca—. No entiendo por qué estás distanciado de mí, se supone que eres mi novio. ¡El otro hombre estaba llorando! Tú ni te alegras de verme.

—Lola, no es eso... es que... —Hace una pausa, mirándome como si fuera un cachorrito perdido—. Estás confundida.

—¿Confundida?

—Sí —responde tomando una de mis manos—. Yo no...

La puerta de la habitación se vuelve a abrir, entrando la enfermera que estuvo aquí hace unos momentos.

—Señor Butler, su tiempo ha terminado. Dejemos que la paciente descanse, el médico hablará con usted y con su hermano.

Raymond da un asentimiento.

—Vuelvo después, descansa, hermosa Lola —dice, besándome de nuevo en la frente. Nada de besos en los labios. ¿Por qué se comporta así?—. Me alegro de verte.

Él sale de la habitación, seguido por la enfermera. Me he quedado sola. No me gusta. No sé si mi hermana está aquí o está con *ellos*... La audiencia de Leslie será pronto, debo salir de aquí lo más rápido posible. Yo me siento bien, adolorida pero bien.

Veo mis brazos, algunos moretones se visualizan en ellos; mis piernas están un poco entumecidas, supongo que por todo el tiempo que he estado acostada. Mi abdomen se ve abultado, como si hubiese engordado muchos kilos. Toco en él y me duele, emito un pequeño quejido. Toco un poco más y se siente como si tuviese una herida, sigo tocando y siento que está suturada. Mi corazón comienza a latir muy rápido.

¿Qué me ocurrió realmente? ¿Por qué hay una herida en mi vientre?

Mi mente se nubla al pensar en... un bebé.

Mi respiración se acelera a un más, me siento mareada. ¡Oh por Dios! Necesito calmarme, la máquina que muestra mis signos vitales ha comenzado a sonar muy fuerte, puede que en cualquier momento entre una enfermera o un doctor. Mejor, necesito hacer muchas preguntas.

No es posible, mis ojos se comienzan a cerrar, intento abrirlos, pero caigo en la oscuridad. Sé que me han inyectado algo más que solo un calmante para el dolor de cabeza. Más tarde, preguntaré qué demonios sucede conmigo.



En mis sueños, veo a un chico de piel dorada, sonriendo y viéndome feliz. Nos estamos riendo, corro por la sala de mi apartamento, él me persigue. Yo veo hacia atrás porque me va a atrapar, no dejo de reír. Mi abdomen duele por reír tanto, me

encanta este momento. Él me llama, me gusta su voz, me dice *Rubia*... Trato de verle su rostro, pero no puedo. Él se acerca más a donde estoy, me he detenido, no paro de sonreírle. El chico dorado me sonríe de regreso, se acerca para besarme, pero antes dice: «*Te amo, Rubia de mi corazón*».

Cuando él está casi besando mis labios, me despierto de golpe. Mi respiración es acelerada, mi corazón corre a millas por hora de lo rápido que está y siento una nostalgia inmensa en mi pecho.

Mis ojos se humedecen, ¿qué fue ese sueño? Trato de recordar, el chico no era Raymond. ¿Por qué estoy soñando con alguien más?

¿Rubia?

Abro mis ojos en sorpresa al recordar en cómo me llamó el hermano de Raymond… él me llamó: *Rubia*.

Suspiro frustrada, apoyo mi cabeza sobre la almohada y llevo mis manos hasta mis ojos. Lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas. Estoy tan confundida. Y si... ¿realmente estoy confundida y Roger es mi novio?

Bufo, negando con la cabeza. ¿Qué estupideces estoy diciendo? Raymond es mi novio, quizás su hermano tiene algún problema mental y esté confundido.

Ya no me duele la cabeza, pero estoy un poco somnolienta. Vuelvo a llevar mi mano hasta mi vientre, es tan extraña la sensación. No recuerdo estar embarazada.

La puerta se abre y mi pequeña hermana entra junto con Laura, mi compañera del trabajo y amiga. Sonrío, estoy feliz de verlas.

—¡Lola! —exclama mi hermana, corriendo hasta mí. Me abraza muy fuerte, escucho como gimotea. Ella está llorando.

—Leslie, no llores —digo intentando calmarla—. Estoy bien, estoy contigo.

—Estoy feliz de que estés viva, Lola —murmura. Veo a Laura, ella me da una cálida sonrisa—. No sabes lo asustada que estaba. Pensé que te iba a perder.

¡Oh, cielos! Sus palabras abren grietas en mi corazón. Escuchar su mayor temor, hace que me duela hasta el alma. Es más que mi dolor físico.

—No digas eso, sabes que siempre estaremos juntas.

Acaricio su espalda, susurrándole que todo está bien.

—¿Cecilia y George te dejaron quedarte aquí? —inquiero. Los engañosos pudieron haberle prohibido estar aquí.

Leslie se separa de mí de pronto, frunce su ceño y me mira extrañada.

—¿Ah? ¿Te sientes bien? —pregunta mi pequeña hermana. Ella toca mi rostro con ambas manos.

—¿Por qué todos me preguntan eso? ¡Claro que estoy bien! —respondo molesta.

—Tranquila, Lola. Estarás bien —masculla Laura.

—Lola... recuerda que tú tienes mi custodia, estamos viviendo juntas —me cuenta Leslie con sus ojos húmedos.

Espera... ¡¿Qué?! ¿Estamos viviendo juntas? ¿Pero cuando fue la audiencia? ¡Joder! No recuerdo nada de eso.

—Pero, Leslie... La audiencia es la próxima semana.

Mi hermana ladea su cabeza. Me mira de la misma manera en que lo hizo Roger y Raymond más temprano. Miro a Laura, ella hace lo mismo. Se lleva su mano hasta su boca y hace un pequeño sonido de sorpresa. Frunzo mi ceño, ¿por qué demonios todos me miran de esa manera?

—Leslie, ¿por qué me das esa mirada?

Leslie voltea a mirar a Laura. Ella está sorprendida por mi pregunta.

—¿Has perdido la memoria? —cuestiona Laura.

¿Qué está pasando? ¡Maldita sea, que alguien me explique!

—¿Qué estás diciendo, Laura?

—Oh...por...Dios... —exclama lentamente mi hermana.

—¿Alguna me puede explicar qué demonios está pasando? ¡Todos me están mirando como si estuviese loca! Primero, un hombre que no conozco dice que es mi novio mientras lloraba, cuando no lo es. Luego, Raymond viene, que sí es mi novio, me trata como si no lo fuéramos. ¡No entiendo un carajo!

Sé que no debería decir malas palabras en frente de Leslie, pero ¡joder! Estoy cansada de esta locura de día.

—Espera —dice Laura. Ella se acerca un poco más a la cama—. ¿Qué has dicho? ¿Qué Raymond es tu novio?

La miro de mala gana.

—Obvio, Laura. Tenemos un mes saliendo, ¿no lo recuerdas? Te conté sobre él.

Ella me mira perpleja, Leslie está de la misma manera. ¿Ahora soy yo la loca?

—No puede ser —murmura Leslie, negando con su cabeza—. No, no, no. Lola, ¡Roger es tu novio!

¡Claro que no! ¿Cuántas veces les diré que Raymond es mi novio? Todos están equivocados.

Capítulo XXI
Roger

Mi mundo se ha hecho trizas.

El dolor que siento en mi corazón, en estos momentos, es insoportable. ¿Cómo es posible que ella me haya olvidado? ¿Por qué de todas las personas tuvo que olvidarse de mí? ¡Joder!

Estoy tan cabreado, tan dolido y con este maldito dolor en el pecho. En el momento en que Lola dijo que mi hermano era su novio y, no yo. Todo se fue a la mierda.

—¿Quién es tu novio, Lola? —Repito, estoy preocupado y molesto. Siento como mis mejillas están sonrojadas por el enojo; las siento arder.

Cuando Lola va responder, mira detrás de mí hacia la puerta. Alguien que sus ojos conocen ha llegado. Volteo y veo a Raymond entrar a la habitación. Miro de nuevo a Lola, ella sonríe, en su rostro se ve que se siente aliviada de ver una cara conocida. ¡Demonios! ¿Por qué a él sí lo ve con buenos ojos?

—Él —responde, señalando a mi hermano a mi lado—. Raymond, es mi novio.

Mi corazón se ha partido en muchos pedazos. Todo se ha ido a la mierda, ¡maldita sea! ¿Cómo es esto posible? ¿Por qué ella dice eso? El dolor en mi pecho se intensifica. Creo que me falta el aire.

—¿Qué demonios? —susurra Raymond sin entender—. ¿Lola, estás bien?

Ella asiente sonriente. Eso me duele mucho más, que le sonría a él y no a mí.

—Sí, cariño. Ahora estoy mucho mejor, porque estás aquí —dice sonriendo.

¿Cariño? Joder. Ver que la mujer que amo le diga cariño y vea con buenos ojos a otro hombre, que resulta ser mi hermano, me está molestando demasiado.

Trato forzadamente en respirar, pero no puedo. Todos los momentos junto a Lola pasan por mi mente, ella no me recuerda. Quiero llorar, gritar, golpear a alguien o algo. ¿Qué demonios nos ha pasado? ¿Por qué? Me quedo mirando a la nada, adentrado a mis pensamientos, pienso en la Lola que me ama y me recuerda. En esa persona que se ríe conmigo, que me dice te amo todos los días y que estaba feliz de formar una familia conmigo.

¿Dónde está esa Lola?

—Hermano —me llama Raymond. Niego con mi cabeza. No quiero verlo, siento que lo pagaré con él y no tiene la culpa. En la última persona que Lola y yo hablamos fue sobre él, y ahora mi novia piensa que él es su novio. ¡Cielo Santo!

Ella se ve muy confundida, tan desorientada.

—Me duele la cabeza, Doctor —susurra al médico a su lado.

—Ambos salgan de la habitación. Más tarde, podrán hablar con la paciente —informa el médico hacia nosotros.

Sigo sin hablar. Sin darme cuenta, mis lágrimas descienden por mis mejillas. Niego con mi cabeza, no soporto más esto, necesito aire. Gruño molesto, frustrado y dolido. Sin decir nada, salgo de la habitación. Enfurecido, tiro de la puerta de entrada. Necesito salir de aquí, porque mi cabeza y corazón estallarán de dolor.

He subido a la terraza del hospital, sé que no puedo estar aquí, pero le pagué al vigilante, necesito un poco de aire. Necesito pensar bien las cosas.

El frío de Seattle me cala los huesos, pero aun así, no calma la furia y el ardor de mi cuerpo.

¿Ahora qué voy a hacer? ¿Qué pasará con mi hija? Su madre no la recuerda.

Debo hablar con el médico, necesito que me explique qué demonios sucede con mi novia.

Emito un grito ensordecedor. Siento que mi garganta se irrita por el esfuerzo, pero no me importa, necesito sacar todo este dolor que siento en mi corazón.

—¡¿Por qué?! —Grito al cielo, buscando respuestas a lo que nos acaba de pasar—. Estábamos siendo felices, ahora ella no me recuerda. ¡Maldita sea!

Sollozo negando con mi cabeza. Me tumbo en el suelo. Luego, subo mi mirada tratando de tomar una bocanada de aire.
Necesito pensar con cabeza fría, ella debe recordarme, ella tiene que amar a su hija. ¿Por cuánto tiempo durará su pérdida de memoria?

Miro a la ciudad por unos segundos, se ve tan calmada y a la vez alborotada. Decido que es mejor bajar a hablar con el doctor, necesito respuestas. Me levanto y entro de nuevo al edificio, le doy las gracias al vigilante y tomo el ascensor hasta la planta donde se encuentra Lola.

Cuando la caja metálica se abre en su piso, veo a Raymond sentado en las sillas donde estuve más temprano, antes de que Lola despertara.

Debo tener mi rostro enrojecido, mis ojos inflamados por llorar, pero no me importa. No me importa nada ahorita, solo me importa Lola y la razón de por qué ella está así.

Me acerco a Raymond, él sube su cabeza y me ve. Se levanta rápidamente de la silla.

—Roger —comienza a decir—. No entiendo lo que sucede. Ella dice que yo soy su novio, ¿por qué?

Trago saliva, resoplo y asiento.

—Ha perdido su memoria, no me recuerda —digo con voz desganada.

Ray coloca su mano sobre mi hombro, le da un apretón.

—Lo siento, hermano.

—Tienes que decirle que tú no eres su novio.

—Sí, lo sé —dice cabizbajo. Arrugo mi entrecejo.

—No te aproveches de la situación —mascullo con molestia.

Él me mira frunciendo su ceño.

—¿Qué demonios estás hablando? —inquiere molesto—. ¡Sabes muy bien que quiero a Lola como una amiga! —exclama alzando su voz.

Suspiro con frustración. Debo dejar mis celos a un lado.

—Lo sé, disculpa —murmuro, pasando una mano por mi rostro.

—Deja de ser un idiota.

Me quedo mirándole de mala gana, él niega con su cabeza y se vuelve a sentar en la silla.

—Buscaré al médico —anuncio hacia mi hermano, él asiente. Nuestra atmósfera se ha vuelto incómoda.

Camino por el pasillo en busca del médico que está atendiendo a Lola. Lo encuentro en el mostrador de las enfermeras.

—¡Doctor! —Le llamo, él sube su mirada y deja sus apuntes a un lado.

—Señor Butler —saluda de vuelta.

—Necesito respuestas sobre mi novia, ¿por qué no me recuerda?

Él se lame sus labios, respira hondo y me mira.

—La señorita Walts, sufrió un fuerte golpe en la cabeza, lo cual acarreó una conmoción cerebral, provocándole amnesia temporal, que puede durar días o varias semanas, dependiendo del reposo y cuidado que tenga la persona. Esta conmoción hizo que su cerebro bloqueara sus recuerdos recientes, así como bloqueó los recuerdos de usted, a eso se le llama una amnesia selectiva. Lamento mucho que no lo recuerde, pero ella mejorará, señor Butler.

Eso no me tranquiliza.

—Necesita ser paciente, no alterar a la señorita Lola, ni obligarla a recordar, su organismo lo hará por sí solo, con el reposo y el medicamento. Ella está confundida, desorientada. Su cerebro ha confundido los recuerdos y mezclándolos con su hermano. ¿Ellos son muy amigos?

Doy un asentimiento.

—Antes de que ocurriera el accidente, estábamos hablando de él —le cuento, haciendo una mueca en mis labios.

—Es por eso, el cerebro de Lola ha mezclado los recuerdos porque fue la última persona de quien estaban hablando. No se preocupe, ella lo va a recordar, sea paciente.

—No es fácil, Doctor —confieso—. Pero, por ella, lo seré. ¿Cuándo se le dirá sobre nuestra hija?

—Dejemos que pase un día, que ella se estabilice un poco más, que veamos con mayor proporción su recuperación luego de salir del coma, y le diremos sobre su hija. Supongo que estará extrañada de tener una herida en su vientre.

Es cierto, ella no es tonta.

—Muy bien, muchas gracias, Doctor McKein.

El doctor me da una sonrisa ladeada, asiente y sigue con su trabajo. Tenso mi mandíbula.

Ser paciente...

Se dice fácil, pero no lo es, ¿qué hago con las ganas de besarla, de decirle que la amo, de abrazarla? ¡Quiero decirle que nuestra hija es hermosa!

El nudo en mi garganta reaparece. Quisiera alzar los brazos en frustración, pero este maldito yeso en mi brazo, no me deja.

Vuelvo a dónde está mi hermano, veo como Laura y Leslie entran en la habitación de Lola.

—Les he contado que ha despertado —me cuenta Ray.

—El médico me dijo que tiene amnesia temporal, puede recuperar la memoria en días o semanas, dependiendo de su cuidado.

Mi hermano asiente en mi dirección. En su rostro puedo visualizar preocupación.

—Gracias por estar aquí —le digo de manera sincera.

Él ladea una sonrisa.

—Lola es mi mejor amiga, le agarré cariño muy rápido —confiesa, entrelazando sus manos en su regazo—. Ella me brindó su amistad, no cayó en mis encantos de Casanova, como ella me dice. Ella es una buena persona, una persona maravillosa. Eres muy afortunado de haberla encontrado, que esté contigo.

Sus palabras resuenan en mi cabeza.

—Lo soy —contesto asintiendo—. La amo con mi vida, y me duele tanto saber que no me recuerda. —Mi voz se quiebra.

—Ella mejorará y te recordará, Roger. Ella te ama mucho como para hacerte sufrir por tanto tiempo —bromea.

—Me lo merezco... le hice mucho daño al principio de nuestra relación. Quizás este sea mi karma.

Raymond golpea mi brazo.

—No digas estupideces. Ella te perdonó —dice, encogiéndose de hombros—. Te toca enamorarla por tercera vez —se echa a reír.

—Lo haré, por Dios, que lo haré —aseguro.

Él me da una palmada en mi espalda, asiente y me sonríe.

—No puedo esperar por abrazar a mi sobrina y verlos casados.

—Leah es hermosa, se parece mucho a Lola —le cuento con emoción—. Tiene el cabello rubio como ella.

—Puedo imaginarlo. ¿No irás a trabajar?

—No, quizás llame a mis asistentes para dar una revisada a los pendientes desde el teléfono, pero no me moveré de aquí.

Mi hermano da un asentimiento de nuevo. Se levanta de su silla.

—Yo iré a darle una vuelta a la oficina, necesito firmar unos acuerdos de los socios de Miami, ¿recuerdas?

—Sí —respondo—. Ve, cualquier cosa te llamo.

—Cuando ella haya descansado lo suficiente, le contamos que no soy su novio.

—Está bien.

Él se despide, luego desaparece cuando entra al elevador. Recuesto mi cabeza en la pared, cierro mis ojos y suspiro. Creo que en las pocas horas en que Lola despertó, he envejecido unos diez años. El yeso es una molestia, ahora entiendo todas esas veces en que Leslie se quejaba del suyo.

Pienso en mi Rubia, ella ha sido tan fuerte. Ha soportado la muerte de sus padres, ha trabajado desde que se graduó para mantener a su hermana, ha sido valiente en aguantar todas esas amenazas de los Hamilton, ahora debe ser fuerte para esto. Sé que ella se recuperará, por eso tengo las esperanzas en que mejorará y me recordará.

Recuerdo lo que quería mostrarle al llegar a casa. Eran las fotos del nuevo apartamento que he comprado, donde viviremos los cuatro cuando ella esté mejor. Los rostros de Cecilia y George Hamilton llenan mi mente, necesito buscar la solución de acabar con esta persecución. Si esto sigue, no podremos vivir tranquilos.

Saco mi teléfono del bolsillo, marco el número del Detective Fox, el que lleva el caso de Lola. Él es de San Francisco, pero especialmente ha estado trabajando aquí porque lo he contratado desde hace meses, desde que todo esto comenzó. Repica dos veces, cuando él contesta.

—Buenas tardes, señor Butler —saluda.

—Buenas tardes, Detective Fox, necesito información de los Hamilton —digo directo al grano.

Él suspira.

—George Hamilton ha estado dejando pequeños rastros por Seattle, desde supermercados hasta ventas de garaje, supongo que tratando de sobrevivir. En cambio, Cecilia Hamilton no ha dado pistas. Estamos detrás de ellos, tenemos muchas pruebas para encerrarlos en la cárcel por muchos años.

—¿Les entregaron las pruebas que dejaron en el auto?

—Sí, señor. Ya las hemos anexado con las demás.

—Muy bien, si ellos se atreven a venir al hospital o a nuestros apartamentos, se lo comunicaré de inmediato.

—¿Quiere que le enviemos algunos oficiales para su resguardo?

—En estos momentos, no es necesario, pero cuando Lola salga del hospital, necesito que envíen uno a su apartamento.

—Muy bien, señor. Así haremos, que tenga buen día.

—Igualmente, Detective Fox.

La llamada se finaliza, me quedo mirando al aparato por unos segundos, pensando en cómo hacer para contactar directamente a George Hamilton, si necesita dinero, se lo daré, ¡necesito que nos dejen en paz! No soporto la idea de que mi familia siga sufriendo por ellos.



Han pasado dos horas desde que he estado sentado afuera de la habitación de Lola. Laura y Leslie han salido hace unos momentos, ellas están preocupadas por su hermana y amiga. Me contaron que Lola está renuente en creer que Raymond no es su novio. Me dieron miradas de consuelo.

—Tienes que hacer algo, Roger —dice preocupada Leslie—. Le dije que tú eres su novio, pero ella no me creyó. —Baja su mirada, se siente triste por toda esta situación.

La acerco para darle un abrazo de medio lado con mi brazo disponible.

—Tenemos que tener paciencia, pequeña. Hasta que ella pueda recordar por sí misma, necesitamos es darle apoyo, amor y

comprensión, para que no se agobie. Ella debe descansar para que se sienta bien.

—Ella ha dicho que no recuerda que estoy con ella, que vivimos juntas. Piensa que la audiencia es la próxima semana.

Arrugo mi frente, ha olvidado muchas cosas. Quizás su mente ha borrado todos estos meses juntos.

—Pero ella lo comprenderá cuando vaya a casa contigo.

Leslie da un pequeño asentimiento, hace un mohín y me abraza más fuerte.

—¡Qué bueno que estás tú! —exclama—. Así, no me siento tan perdida y sola.

Sus palabras, son un bálsamo a mi corazón, tenerla a ella y a mi hija, me harán tener paciencia para soportar el tiempo en que Lola se recupere. Le sonrío a la adolescente a mi lado.

—No estás sola, todos estamos contigo —miro a la chica de ojos verdes—, Laura está aquí, está cuidando de ti. Lola, aunque no pueda recordar muy bien, te recuerda y te quiere. Yo estoy contigo, nada te faltará, pequeña. Además, Leah estará pronto con nosotros también.

Ella sonríe.

—Gracias, te quiero mucho, Roger —confiesa.

—Y yo te quiero a ti, pequeña Leslie —Vuelvo a ver a la señorita Montreal—, cuida muy bien de ella, Laura.

—Sí, señor Butler, digo, Roger —dice apenada. Le doy un asentimiento.

Ella ha sido una buena amiga para nosotros desde que se reconcilió con Lola, ella me contó lo sucedido entre ellas, me molestó en el momento, pero luego Lola me explicó lo que sentía Laura y traté de entenderla, sin embargo, poco a poco se ha ganado mi confianza.

Suspiro al recordar ese momento, Leslie es una niña muy inteligente, fuerte y valiente. Es admirable como ha soportado tanto a tan poca edad.

Tengo varios minutos debatiéndome si entrar o no a la habitación, no la quiero agobiar, ni estresar. Ella debe recuperarse y poder sentirse mejor. Odio estar indeciso.

Puede que, en cualquier momento, le abra huecos a la puerta de tanto que la miro, pensando en sí puedo ver a Lola o no. Suspiro frustrado. Niego con la cabeza, me levanto y me dirijo por el pasillo para ver a mi hija, hoy no he podido ir a visitarla. Poco a poco, ella está llegando al peso recomendado; es sana y es una bebé muy tranquila, según lo que me han contado las enfermeras a su cuidado.

Llego al gran ventanal del retén de recién nacido, sonrío al ver que la enfermera está dándole el biberón a mi hija. Me acerco más al ventanal, la enfermera se da cuenta de mi presencia, me saluda y se acerca hasta donde estoy. Todavía no he podido tocar a mi hija, hasta que haya una orden del médico pero estoy feliz de poder verla así de cerca, aunque sea en la separación de un vidrio.

La enfermera me sonríe, acerca más a mi hija y me la enseña, ella se ve tan adorable bebiendo de su biberón, por los momentos ha estado bebiendo leche de fórmula porque Lola no ha podido amamantarla con leche materna, por estar en coma, ahora no sé cuándo lo hará, porque ella no sabe que tiene una hija.

Me duele saber que quizás la pueda rechazar, pero tendré esperanza en que la sangre de madre e hija esté presente, que pueda sentir su calor y la quiera con ella. Leah necesita de su mamá, así como Lola de ella.

Miro a mi pequeña hija, sigue con su color rosadito claro de recién nacido, a medida que el tiempo transcurre, su piel va aclarando. Su cabello rubio es escaso, pero se ve tan linda. Sonrío al ver cómo sus mejillas succionan el biberón.

Le hago señas a la enfermera, preguntándole cómo ha estado Leah, trato de leer sus labios y me dice que está muy bien, le sonrío en respuesta y asiento con mi cabeza. Me quedo unos segundos más y me despido de ambas. Asegurándole en susurros a mi hija, que pronto todo estará bien y estaremos los cuatro juntos.

Cuando vuelvo al pasillo de la habitación de Lola, miro a la puerta. Tomo aire para tratar de ser valiente y no desmoronarme de nuevo.

Abro lentamente la puerta, ella está durmiendo, cierro sin hacer ruido y me acerco a su cama. La miro, deseando que cuando

despierte me recuerde y olvidemos toda esta confusión. Me siento en el mueble de color beige que está en la habitación, por lo menos unos minutos con ella. No me importa si solo la veo dormir.

Saber que ha despertado, que está recuperándose me hace sentir bien, a pesar de que mi nombre y nuestros recuerdos no estén en su mente ahora mismo.

Ella se remueve en su cama, lentamente abre varias veces sus ojos, se acomoda en la cama. Al girar su cabeza a un lado se me queda mirando. Frunce su ceño.

—Hola, Lola —saludo, ladeando una sonrisa. Ella me sigue mirando.

—¿Por qué está aquí? —inquiere.

Suspiro. Intento levantarme, pero vuelve el dolor en mi pierna. Me quejo.

—¿Está bien? ¿Qué le duele? —pregunta Lola. En su rostro puedo ver preocupación por mí.

—Estoy bien, pero me duele la pierna —contesto, señalándola con mi cabeza—. El accidente me dejó con un brazo roto y la pierna mallugada.

—¿Accidente?

—Sí, Lola. Yo estaba contigo, cuando ocurrió el accidente —le cuento, a ver si ella puede recordar lo que sucedió—. Íbamos hablando, rumbo a tu apartamento. Te tenía una sorpresa en casa, pero estaba lloviendo mucho y los frenos del auto no funcionaban correctamente.

Ella está asombrada por mis palabras.

—Lo siento mucho, Rubia —digo acercándome a ella—. Perdóname por no controlar el auto y que ahora estemos aquí.

Lola niega con su cabeza.

—No recuerdo nada, señor Butler.

—Dime, Roger, por favor —ruego.

—Leslie insistió en que tú eres mi novio, pero no te recuerdo. Mi novio es Raymond, que al parecer es tu hermano. Están equivocados.

—Tu mente está confusa, ha mezclado nuestros recuerdos con la imagen de Raymond. —Tomo su mano, ella no la quita—. Pero, a

quien amas... es a mí.

Ella niega repetidas veces.

—No, no, están equivocados.

Le doy un apretón a su mano, haciendo que me mire directamente a los ojos. La pequeña corriente que siempre sentimos al tocarnos, está presente, sé que ella también sintió ese cosquilleo a nuestro toque.

—Todo va a estar bien, cariño. Pronto recuperarás la memoria y nos iremos a casa.

—Pero es que yo no tengo que ir a casa con usted, ¡no lo conozco! ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Trago saliva. Ahí está, de nuevo, el dolor en mi pecho.

—No sé por qué tu mente me ha borrado de ella, sé que te lastimé al principio de nuestra relación, pero odio esto, odio tener este karma. No soporto la idea de que no me recuerdes —digo con voz temblorosa. El nudo en mi garganta se afianza—. No puedo... escucharte decir que mi hermano es tu novio, cuando no lo es.

Una lágrima se desliza por mi mejilla. Ella me mira preocupada.

—Quiero creerte, pero no sé... —confiesa en un susurro.

—Hazlo, mi amor. Te estoy diciendo la verdad.

Ella se queda en silencio, me mira con sus ojos humedecidos. No quiero que llore, no me gusta verla llorar.

—Vamos a superar esto juntos. Tendré paciencia —le aseguro. Esbozo una sonrisa que me sale como una mueca.

—Roger —escucharla decir mi nombre me da esperanza—. Deja que mi mente se acomode, si es cierto que tú eres mi novio, lo recordaré, ¿no crees?

Lola está cediendo, mi pecho se infla de esperanza. ¡Lo vamos a lograr!

—Sí, cariño —digo sonriendo—. Te daré tu espacio, pero no me alejes de ti.

—No puedo asegurar nada. Ahora me siento confundida —dice soltando mi mano—. Mi mente no te reconoce, dejemos que pase el tiempo a ver qué sucede.

Sonrío al recordar esas viejas palabras, cuando Lola se alejó de mí por haber escuchado mi conversación con Marie hace tanto

tiempo.

—¿Por qué sonríes? —inquiere.

Niego con mi cabeza.

—Tuve un recuerdo, de cuando dijiste eso hace mucho tiempo.

—¿Qué necesitábamos tiempo?

—Sí —susurro.

Nos quedamos en silencio, ninguno de los dos sabe qué decir. Quiero decirle cuánto la amo, pero no sé si lo vaya a tomar de buen modo, ella quiere tiempo, espacio para aclarar su mente. Se lo daré, pero ¡demonios, quiero decirle que la amo!

—Lola —llamo su atención. Ella me mira expectante—. Te amo mucho.

Me da una mirada de no saber qué hacer, qué decir.

—Tranquila, no tienes que responderme —digo rápidamente—. Solo lo quería decir, porque lo siento y para que lo sepas. Y de verdad, perdóname por hacernos esto.

—No es tu culpa, Roger —murmura—. Los accidentes suceden —se encoge de hombros.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—Deja de decir esas cosas, me haces sentir incómoda —confiesa. Bajo mi mirada con culpabilidad.

—Lo siento.

—Deberías de irte.

Ella quiere que me vaya, la hago sentir incómoda. ¡Joder!

—No es mi intención, Rubia...

—¡Deja de llamarme así, de verdad! —Vocifera de pronto. Me sorprendo por su actitud—. ¡Me estás confundiendo más! Esto es una locura —bufa.

—Lo siento, Lola.

La miro un momento más y me giro para salir de la habitación, cuando voy llegando a la puerta, ella pregunta—: ¿Por qué tengo una herida en mi vientre?

Me inmuto por su interrogante. ¿Debo decirle? ¡Maldita sea, no sé qué hacer! Ella espera que le responda.

—Responde, Roger.

Respiro hondo, mirándola fijamente. ¡A la mierda, le diré sobre nuestra hija, es su derecho saber sobre ella! Y mi hija merece que su madre sepa de ella.

—Porque tenemos una hija —le respondo sin titubeos—. Se llama Leah.

Veo como ella se lleva ambas manos a su boca, emite un grito de sorpresa y sus ojos se humedecen.

Bien hecho, Roger. La has confundido más.

Capítulo XXII
Lola

Todo me da vueltas, creo que vomitaré. Nunca esperé esa respuesta de su parte, ¿en qué momento estuve embarazada? ¡Demonios! Odio no poder recordar. Estoy hiperventilando, me falta el aire. Estoy desorientada. Roger se acerca y me pregunta si estoy bien.

«Porque tenemos una hija, se llama Leah», sus palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza; tengo una hija y se llama igual que mi madre. ¡Oh por Dios!

Lágrimas descienden por mis mejillas, esto es mucho para comprender. ¿Por qué no recuerdo ni a mi propia hija? ¡Joder! Quiero gritar, quiero salir de aquí.

—Calma, mi amor —dice Roger, tocando mi cabeza.

—Aléjate, por favor —ruego en un susurro. Él sigue acariciando mi cabeza—. Aléjate, necesito estar sola. Vete.

—No quería confundirte más, yo...

—¡Te dije que te fueras! —Grito, él se sorprende y baja su mirada con arrepentimiento.

—Lola, lo siento —se disculpa. No dejo de llorar.

—Por favor, vete, Roger —digo con voz temblorosa.

Él traga saliva, da un asentimiento. Se va alejando hasta llegar a la puerta, me mira por última vez y sale de la habitación. Me quedo mirando la habitación vacía, sollozo de nuevo. Llevo mis manos hasta mi rostro, niego con mi cabeza. Esto debe ser un sueño.

Tengo una hija… se llama Leah.

Apoyo mi cabeza en la almohada, miro al techo pensando en todo lo que está pasando. Ahora, no solo tengo un novio que no es el que yo creo, sino que tengo una hija. Una bebé. ¡Oh Santos Cielos!

Me comienzo a reír mientras las lágrimas ruedan mis mejillas, esto es una locura. ¿Y si me volví loca?

La imagen de Roger viene a mi mente, él se veía tan triste y agobiado; no sé quién es, pero él está sufriendo por mí ¡joder! Soy un desastre. Su mirada triste hace que mi corazón se arrugue hasta hacerse una pasita. ¿Qué demonios ocurre cuando me toca? Es como si sintiera corriente eléctrica pasar por todo mi cuerpo; mi respiración desaparece cuando él se acerca y cuando me dice *«Rubia»,* todo en mí se agita.

Suspiro frustrada.

Una hija…

¿Cómo será ella?, ¿Se parecerá a mí?, ¿O al hombre que acaba de salir?, ¿Por qué no le recuerdo? Doy un grito en desesperación, ¡tantas preguntas y ninguna respuesta!

Quiero creer en sus palabras, pero no lo sé... siento algo de desconfianza por él.

La puerta se abre y una enfermera entra con una pequeña bandeja plateada, eso solo significa: más medicación. Ella me sonríe gentilmente, luego se acerca a mi vía intravenosa y comienza a colocar el tratamiento.

Limpio mis lágrimas rápidamente. Ella no dice nada.

—¿Cuándo vendrá el doctor? —inquiero, mirando a la enfermera.

—El Doctor McKein vendrá más tarde para su chequeo rutinario —contesta.

— ¿Cuándo podré ver a mi... hija? —Esas palabras se sienten tan extrañas. *Una hija… no lo puedo creer.*

La joven de cabello rojizo se asombra, supongo que no había una orden en contarme sobre la pequeña, arrugo mi frente.

—Ya sé que tengo una hija, ¿cuándo la podré ver? ¡Quiero conocerla! —Agrego con desespero.

—Señorita Walts, tiene que estar mejor para verla. El médico no ha dado la orden para que la pueda ver. Tiene que recuperarse correctamente, por sus lesiones y su herida en el vientre —me recuerda.

Bufo.

—¿Cuándo? —repito.

—Cuando el doctor diga, señorita —dice con molestia.

Asiento de mala gana, desviando la mirada de la enfermera; ella hace una mueca con sus labios y sigue colocando el medicamento sin decir más nada. Yo tampoco quiero seguir hablando.

Quiero ver a mi hija, necesito verla para creer todo esto.

Toco la herida en mi vientre.

—Más tarde vendrá otra enfermera a hacerle la cura. Aunque los puntos se le cicatrizarán por dentro —informa.

—Está bien —musito.

La enfermera termina su labor, se despide y se va. Me he quedado sola, de nuevo.

El medicamento que me han suministrado, hace que me sienta un poco somnolienta, cierro mis ojos para descansar un rato.

Estoy cansada de todo.



No sé qué hora es, he dormido mucho. Miro a mi alrededor y la habitación está parcialmente oscura, solo una pequeña luz ilumina el lugar. Supongo que es de noche. Sigo estando sola, ¿a dónde se han ido todos? ¿Leslie no vendrá otra vez?

Un nudo en la garganta se comienza a formar, no me gusta estar sola. Roger viene a mi mente, fui muy grosera en gritarle que se fuera, pero ¡joder! Me estaba confundiendo y su presencia me incomoda. Es como si mi cuerpo le conociera, pero mi mente no. ¡Eso me frustra muchísimo!

—¿Dónde están todos? —pregunto en voz alta, mirando hacia la puerta, intentando llamar a alguien con mi mente. Espero que la magia funcione.

Me sobresalto cuando ésta se abre, y veo que Raymond entra. Sonrío inmediatamente. Él ha venido.

—Pensé que no volverías —digo con sarcasmo. Él me da una cálida sonrisa, negando con su cabeza.

—Claro que iba a venir, hermosa Lola —dice, buscando la silla que está en la habitación, la acerca a la cama y se sienta—. ¿Cómo te has sentido?

—Estoy bien, los dolores de cabeza han cesado y estoy un poco más despierta, no siento tanto el cansancio que sentía cuando desperté —le cuento.

Él da un asentimiento.

—Me alegra que estés mejorando.

—Gracias —respondo, sonriendo de nuevo.

—Lola... —menciona mi nombre, llamando mi atención, se lame los labios y ladea su cabeza. Respira hondo y añade—: No soy tu novio.

Suspiro con resignación.

—Eso dicen —digo, mirando hacia un punto fijo en la habitación.

Raymond toma mi mano derecha, haciendo que voltee a verle.

Con él no se siente esa electricidad que siento con Roger...

—Lola, somos amigos desde hace meses, te he agarrado cariño, pero como mi mejor amiga, te quiero muchísimo. Sin embargo, desde hace mucho tiempo me di cuenta que tú estabas enamorada de mi hermano —dice sin titubeos, con serenidad. Me he quedado sin palabras—. Y que contigo no iba a tener una oportunidad, por eso me resigne a ser tu mejor amigo, y ha sido la mejor decisión que he tomado.

Él esboza una sonrisa, miro directamente a sus ojos y en ellos se ve sinceridad.

—Entonces, ¿no somos novios? —cuestiono casi en un susurro. Ray niega con su cabeza.

—No, Lola. Tu novio es mi hermano Roger, el hombre que estuvo aquí esta mañana.

Lamo mi labio inferior, pensando en sus palabras.

—No lo recuerdo —me lamento, encogiéndome de hombros. Paso mis manos por mi cabello—. Todos dicen que él es a quién amo, pero yo no lo recuerdo. ¿Qué hay de malo en mí?

Lo miro esperando su respuesta. Él ladea la cabeza, mirándome de vuelta.

—Quizás tu cerebro lo reprime de tus recuerdos porque aún sigues enojada con él por mentirte.

Frunzo mi ceño.

—¿Mentirme? ¿Mentirme en qué?

Ray traga saliva, luego suspira.

—Yo no debería estar hablando de tu relación contigo, tú deberías hablar con él.

—Lo saqué de la habitación —comento haciendo una mueca.

—¿Por qué? —pregunta Raymond con cara de asombro.

—No lo sé... me hace sentir incómoda, nerviosa —respondo—. ¡Me he enterado que tengo una hija con él!

Pensar en eso de nuevo me da escalofríos, una sensación extraña en el pecho.

—Ya te has enterado —susurra.

—Sí... él la ha llamado Leah —le digo sonriendo de costado—. Como mi madre.

Raymond sonríe, veo felicidad en sus ojos.

—Oh, hermano —dice para sí mismo, moviendo su cabeza en negación—. ¿Te gusta el nombre? ¿Estás bien con eso?

Mis ojos se humedecen, doy un asentimiento.

—Sí. ¡Es el nombre de mi madre! Eso es... —se me quiebra la voz —, muy lindo de su parte.

—Su nombre completo es: Leah Grace Butler. — ¡Oh Dios, es un nombre hermoso! No puedo creer que él la haya nombrado así—. El nombre *Grace* es por mi abuela materna, ella era increíble y nos amó muchísimo.

—Entonces, mi hija tiene los nombres de su abuela materna y su bisabuela paterna, ¡increíble! —digo con emoción. Estoy feliz de que mi hija tenga un nombre bellísimo.

—Es muy linda, la pude ver por el ventanal del retén de recién nacidos y es rubia como tú.

Me rio, haciéndome ilusión con verla.

—¿En serio? —inquiero con una gran sonrisa en mi rostro.

Él asiente.

—Quiero conocerla, quiero verla y pedirle perdón por no recordarla —aclamo, hago un mohín.

—No es tu culpa, Lola.

—Mi estúpido cerebro no recuerda a las dos personas que más amo, ¿cómo es eso posible? —cuestiono, molesta con la vida.

Raymond se queda unos segundos en silencio.

—Realmente no entiendo al cuerpo humano, pero te mejorarás y recordarás todo. Han sido unos meses difíciles y maravillosos para ti. A pesar de todo... has sido feliz con Roger, además tu hermana vive contigo.

Meses difíciles y maravillosos, ¿qué demonios?

—¿Por qué difíciles? —Arrugo mi frente.

Veo como traga saliva.

—Creo que es mucha información por los momentos, debes estar muy confundida ya —dice, veo como se levanta de su silla.

—No, espera —digo rápidamente—. Estoy bien. Dime, quiero entender todo lo que ha ocurrido en mi vida, esa parte que no recuerdo.

—Lola.

—Por favor, Raymond. —Toco su brazo, le doy un apretón. Él mira en esa dirección, suspira y se vuelve a sentar.

—No sé si debería contarte esto... pero creo que necesitas saberlo —Hace una pausa, mirándome—. Tu accidente con Roger fue provocado.

Espera… ¡¿qué?!

—¿De qué hablas, Ray? —inquiero, frunciendo mi entrecejo—. ¿Provocado?

—Sí, desde que obtuviste la custodia de Leslie, los Hamilton han estado prófugos de la justicia.

— ¿Por qué? Sé que ellos no son buenas personas, por algo los llamo los *engañosos,* pero ¿qué hicieron? —Tengo miedo en saber el porqué.

Raymond permanece callado. Esto me está desesperando.

—Habla, Raymond —suplico.

—Ellos fueron los que enviaron a aquellos hombres a robar a tus padres, y han estado detrás de ustedes por meses, quieren hacerte daño a ti y a tu hermana. También a Roger, por estar contigo.

—¿Qué? —susurro lentamente.

Mi pecho sube y baja, tratando de respirar, de que el aire llegue a mis pulmones. Estoy en un estado de *shock*, no puedo creer lo que estoy escuchando. *Ellos*... ¡Oh por Dios! Son demasiadas noticias. ¿Cómo demonios he sobrellevado todo esto?

—¿Lola, te sientes bien? ¡Estás pálida!

Además, ellos quieren hacernos daño. *Mi hermana…*

—¿Leslie ha estado bien? —pregunto en un hilo de voz.

—Sí, Lola. Tú la has cuidado muy bien, ahora se queda en casa de Laura, mientras estás aquí.

Las lágrimas no se dejan esperar, comienzan a deslizarse por mis mejillas. Sollozo por este dolor de saber que estaba tan cerca y ahora están prófugos de la justicia. ¡Ellos asesinaron a mis padres! Joder.

—Esto debe ser una pesadilla —digo negando con la cabeza—. Cecilia y George han estado presentes en la vida de mi hermana por varios años, ¡Maldita sea! Pudieron haberle hecho daño.

—Tranquila, Lola. Ya ella está contigo —dice, tratando de calmarme—. Ya la policía está buscándolos, no te preocupes. Recuerda que debes recuperarte bien, no alterarte.

El dolor de cabeza ha comenzado y son unas puntadas que parecen que me partirán la cabeza en dos pedazos. Me llevo mi mano a ella.

—Me duele mucho la cabeza —murmuro. Raymond sale de la habitación, llamando a una enfermera. Una vez que la llama, vuelve a entrar y se aproxima a la cama.

—Ya la enfermera vendrá, Lola.

—Gracias —mascullo—. Gracias por contarme todo esto... Necesito digerirlo y tratar de comprender qué demonios ha ocurrido con mi vida.

—No te agobies, pronto los recuerdos volverán. —Sostiene mi mano. La enfermera llega, me saluda y me suministra un calmante.

—Con esto se le quitará el dolor, debe descansar, señorita —dice la enfermera. Le doy un asentimiento, le agradezco y ella vuelve a salir.

—¿Aquí no me dan de comer? —inquiero, arrugando la frente.

Raymond se comienza a reír.

—Tu cena está en la mesita de al lado. —Señala la bandeja que se encuentra a un lado de la habitación.

Cierro mis ojos, emito una mueca y suspiro.

—Me volveré loca.

—No digas eso.

—Deja de hablar y trae esa bandeja, muero de hambre —digo, encogiéndome de hombros.

Él se ríe de nuevo, mueve su cabeza y acerca la bandeja con mi cena. Quizás no seamos novios, pero me alegra que esté aquí, se siente bien estar con él.



Es miércoles, dieciocho de septiembre. Tengo ocho días en el hospital. Aún sigo en observación, quizás mañana me den el alta. No he podido ver a mi hija, los médicos siguen esperando mi completa recuperación para poder verla. He soñado con conocerla, tenerla en mis brazos y sentir ese amor materno que sé que sentiré cuando la vea.

Estoy esperando por mi chequeo médico rutinario de las mañanas, pero los médicos aun no entran. He desayunado la comida que dan en el hospital. Leslie estuvo conmigo el día de ayer; Laura y Raymond vinieron a verme también. No puedo negar que sentí algo de extrañeza por no ver a Roger aquí.

¿Decepción? ¿Añoranza? No sé qué demonios siento, pero tengo un sentimiento de querer verlo. No quise preguntar por él, pero supe por boca de Leslie de que él estaba bien, sentado en las sillas del pasillo, al frente de mi habitación. Nos separa solamente una pared, aun así, él no entra.

Miro a la puerta esperando que alguien entre; estar en el hospital es aburrido y cansón. Estoy impaciente, quiero que me chequeen rápido para saber si podré conocer a mi bebé hoy y si podré irme a casa mañana. Aunque me inquieta la idea de volver a casa, ahora no vivo sola, sino con Leslie. No sé si tengo una cuna para la bebé o si le he comprado ropa. ¡Estoy tan nerviosa!

La puerta se abre, el doctor McKein entra junto con una enfermera. Saludo a ambos y ellos a mí. Me valoran, toman mi presión arterial, me hacen algunas preguntas y las respondo todas.

—Estoy bien, me siento bien, ¿cuándo podré conocer a mi hija y podré irme de aquí con ella? —inquiero, el doctor me mira risueño.

—Está ansiosa, Lola —canturrea, se rasca su barbilla y sonríe—. Podrá conocer a su bebé hoy, ella ha aumentado algunos gramos, es muy sana y podrá ir a verla. Puede que mañana se vayan las dos a casa.

Sonrío abiertamente, estoy muy feliz por esa noticia.

—Muchas gracias, doctor. Me falta por recordar algunas cosas, pero sé que lo haré —aseguro. Él asiente.

—Lo hará, señorita Walts. Tome sus medicamentos al pie de la letra, descanse y podrá recuperarse y recordar completamente.

Eso espero.

El día ha transcurrido algo rápido, son las tres de la tarde, según lo que me dijo la enfermera que vino hace unos minutos atrás. Me ha informado que podré ir a ver a mi hija, pero que debo esperar que ella vuelva para llevarme hasta el lugar donde está Leah.

Leah… amo decir su nombre, es recordar a mi madre con cariño. Tengo que agradecerle a Roger por eso.

Poco a poco he aceptado la idea de que Roger es mi novio, que es el padre de mi hija, pero sigo renuente a dejarlo entrar a mi vida. Todo sigue siendo muy confuso en mi cabeza, pero sé que pronto podré recordarlo y dejar de sentir esta incomodidad cuando lo tengo cerca.

Hoy tampoco ha venido.

Quizás, se siente mal por haberme contado sobre nuestra hija o puede que se haya ido a casa. No sé qué puede estar haciendo en estos momentos, pero lo que sí sé, es que algo en mí extraña verlo.

—La ayudaré a levantarse —dice la enfermera, entrando a la habitación—. Usted ya lo ha hecho, pero para que no haga fuerza, recuerde su herida postparto.

Meneo mi cabeza, afirmando hacia a ella. Suelto un suspiro.

—Vale.

Ella me ayuda a ponerme de pie, mi cuerpo aún no se acostumbra a caminar, siento un poco de debilidad en las piernas, así como un pequeño dolor en la parte baja de mi abdomen. Respiro hondo y trato de caminar lentamente, no importa si me tardo en llegar, pero llegaré hasta donde mi bebé está.

Salimos de la habitación, inconscientemente miro hasta las sillas del pasillo, esperando ver a Roger, pero no está allí. Una punzada en mi pecho me hace saber que estoy decepcionada y triste de que no esté sentado en donde dijeron que supuestamente siempre estaba.

Niego con mi cabeza, quitando la idea de que me moleste que no esté aquí. ¡Joder! ¿No se supone que soy su novia?

Cálmate, Lola. Tú misma le dijiste que se fuera de tu habitación, le dijiste que se alejara de ti. Mi inconsciente juega conmigo, trae estos pensamientos a mi mente donde me hace confundir más.

La enfermera me habla sobre el tiempo climático, sobre su nuevo corte de cabello, lo ajetreado que es su trabajo, trivialidades mientras caminamos hasta llegar al retén de recién nacidos. Me detengo un momento, tomando una bocanada de aire, me he cansado.

—Respire profundo, ya estamos aquí —anuncia la enfermera—. Su hija está del otro lado del pasillo.

Le sonrío.

—Estoy emocionada de conocerla —digo con sinceridad. Doy un asentimiento, dándole saber de qué estoy lista para conocer a Leah. Caminamos un poco más.

La puerta de la habitación se abre, otra enfermera de cabello castaño nos saluda, entre enfermeras se explican el por qué estoy aquí.

—Vengo a conocer a Leah... —recuerdo el apellido de mi hija—, Butler. Leah Grace Butler —añado su segundo nombre. Un nombre perfecto.

La enfermera del retén de bebés, asiente, se quita el tapabocas y me da una cálida sonrisa.

—Bienvenida, Leah es una niña preciosa y muy tranquila. Está sana y ha ganado algunos gramos esta semana.

Sonrío, feliz de saber eso. Entro a la habitación, la enfermera que me ha acompañado, se disculpa y se retira, prometiendo volver por mí.

—Debe colocarse el *kit* de bata, guantes, tapaboca —me informa —. Y podrá tomarla en sus brazos.

—Haré lo que me pida —respondo.

Me coloco el *kit* que ha mencionado anteriormente la enfermera, estoy lista para poder acercarme a mi hija. Ella me acerca a la incubadora donde está Leah, un bultico en una manta se mueve sin parar, estira sus piernas y brazos. Mi corazón está latiendo muy rápido. Mis manos sudan y siento que me he quedado sin aire.

—Mamá, le presento a su hija, Leah Grace Butler —dice la enfermera sonriendo—. Pequeña, aquí está tu mamá.

Ella saca de la incubadora a la bebé, me la entrega con cuidado y yo no dejo de verla. Leah es perfecta, ¡oh por Dios!

Mis ojos se llenan de lágrimas. Sonrío, creo que mis músculos faciales se quedarán estáticos con esta gran sonrisa que tengo en estos momentos.

No puedo dejar de verle sus ojitos, están abiertos mirando fijamente. Su cabecita está cubierta por una fina capa de cabello rubio, sonrío ante ese hecho. Luego paso por sus facciones, y definitivamente se parece a él. ¡Demonios! Tiene facciones de Roger. Siento la necesidad de agradecerle por darme esta hermosa niña.

Paso mi dedo índice por las mejillas de mi hija, son un poco regordetas, ella hace una mueca con sus labios, luego arruga su frente. ¡Qué ternura! Este sentimiento es indescriptible. Nunca había sentido este amor tan grande, esta necesidad de abrazarla, besarla y tenerla en mis brazos por siempre.

Siento que alguien nos está observando, quizás es la enfermera. Subo mi mirada hasta un ventanal que está dando al pasillo donde pasé para venir hasta acá.

Allí está él.

Roger Butler nos mira con sus ojos nublados en lágrimas, sus mejillas están sonrojadas y tiene una sonrisa que puede iluminar una ciudad entera. Nuestras miradas se conectan, como si se conocieran de toda la vida. Sin darme cuenta, estoy sonriéndole también. Le hago una seña de que venga, que se acerque hasta donde estamos. No sé si lo dejen entrar también.

Se escucha tres toques rápidos en la puerta de entrada, la enfermera camina hasta allá, sonríe y lo saluda. ¿Lo conoce? Arrugo mi frente, viendo como él le pregunta si puede entrar también. Ella se niega, son las normas del lugar, le explica que es una sola

persona por cada recién nacido. Roger le ruega, casi que en una súplica que lo deje entrar, aunque sea cinco minutos. La enfermera suspira, asiente y lo deja pasar, le entrega el mismo *kit* que me entregó a mí.

Leah se remueve sobre mis brazos, bajo mi mirada a ella y sonrío.

—Hola, cariño, soy tu mamá —murmuro saludándola—. No sabes lo feliz que me siento de conocerte, eres lo más perfecto que he visto. Perdóname por no recordarte —digo con voz quebrada.

Acaricio su mano con mis dedos, es tan pequeñita.

Mi cuerpo se tensa cuando siente la presencia de Roger a mi lado. Odio que lo conozca tan bien. Miro hacia un lado y ahí está, mirándome de regreso. Su mirada es anhelante, veo que quiere hacer algo, pero no lo permitiré.

—Hola —susurra con timidez—. Me has ganado, eres la primera en cargar a Leah.

—La estoy conociendo —le digo. Desvío mi mirada hacia mi bebé, ella ha cerrado sus ojos. Quizás mi calor la ha adormecido. Eso dicen, que el calor de madre es inigualable y que ellos al sentirlo, se sienten seguros y cómodos—. Es muy hermosa.

—Es perfecta —agrega Roger—. Así como tú... Lo siento por lo del otro día, Lola.

Mi corazón corre a miles de millas. Su cercanía me hace sentir nerviosa.

—No hablemos de eso aquí —mascullo, ignorando su comentario —. Este momento es de Leah y nada más.

—Nuestra hija. —Ignora mi comentario. Me siento mal por hablarle así, pero es como un mecanismo de defensa para que no se acerque a mí con sus palabras bonitas.

Suspiro asintiendo.

—Sí, nuestra hija —respondo.

Nuestro tiempo con Leah fue muy corto, la enfermera que me acompañó hasta aquí, volvió y ahora me llevará de nuevo hasta a mi habitación. Estamos en la entrada del retén, le agradezco a la enfermera de cabello castaño y sonrisa agradable, Roger hace lo

mismo. Veo como ellos se conocen, arrugo mi frente ante su interacción.

—Debemos hablar, Roger —digo, buscando su atención—. Me iré a mi habitación.

Él esboza una sonrisa de medio lado. ¡Demonios, qué guapo es! Trago saliva.

—Iré contigo, Rubi... que diga, Lola.

Ouch, eso me ha dolido. No me ha llamado como lo ha hecho todo este tiempo en que lo conozco.

Miro hasta otro lugar para que no vea mi desconcierto y nostalgia. Que no se dé cuenta que su corrección me ha afectado.

—Como quieras —murmuro, caminando junto con la enfermera.

Joder, no sé por qué me afecta tanto que no me llame por ese apodo. No puedo engañarme, sé que caeré por él. Aunque no lo recuerde mi mente; mi cuerpo y mis sentimientos lo hacen.

Estoy nerviosa por lo que pueda suceder entre nosotros, pero ansiosa de que suceda.

Capítulo XXIII
Lola

La enfermera me ha dejado en mi habitación, le he dicho que me ajustara la cama un poco, para no estar solo acostada. Al salir ella, Roger entra. De una vez, mis nervios comienzan a florecer; mis manos sudan. Él se acerca lentamente, como si temiera que yo le espache de nuevo.

No sé por qué le he dicho que venga, pero es que me molestó no tener su atención cuando hablaba con la enfermera. No sé qué rayos pasa conmigo, pero quiero que él solo me vea a mí. ¿Desde cuándo soy así de egoísta? ¿Estoy sintiendo celos?

—Leah es preciosa —dice Roger. Tratando de llenar el silencio del lugar.

Doy un asentimiento, esbozando una sonrisa.

—Lo es... —musito, mordiendo mi labio inferior. La vista de Roger se dirige a mi boca. Suelto mi labio rápidamente—. Se parece a ti.

Roger me sonríe, sus ojos brillan de felicidad.

—Un poco, pero lo hermosa, lo sacó de su mamá, además del cabello rubio. —Se echa a reír.

Su risa me hace cosquillas en el estómago. Me rio con él.

—Gracias —murmuro.

Él frunce ligeramente su ceño.

—¿Por qué me agradeces? —inquiere, acercándose más a la cama.

Miro mis manos con nerviosismo.

—Por darme una hija perfecta —respondo—. Aunque no recuerde muchas cosas, la conexión que sentí con ella fue... inexplicable. Fue única.

Elevo la mirada para verle, él me sonríe de vuelta.

—Las gracias son para ti, Lola. No sabes cuán feliz soy de tenerla... y de tenerte.

Trago saliva. Suspiro ante su comentario.

—No lo digo para incomodarte —añade al mismo tiempo—. Solo quería decirlo.

Ladeo una sonrisa.

—¿Has estado en el hospital todo este tiempo? —pregunto, cambiando de tema.

—Sí, no me he movido ni un segundo de aquí. Me iré cuando nos vayamos los tres juntos.

Su respuesta remueve algo dentro de mí. Escucharle decir *los tres*, es bonito. Se siente bien.

—El doctor me dijo que mañana nos darán de alta —le informo.

—¡Qué bien! —exclama Roger. Se nota en su rostro la felicidad de escuchar mis palabras—. Por fin, nos podremos ir a casa.

Arrugo mi entrecejo.

—Ehm... ¿Vivimos juntos? —interrogo casi en un tono inaudible.

Roger sonríe de costado, niega con su cabeza.

—No, cariño —responde—. Todavía no.

—Ah...

—Porque tú lo decidiste así, íbamos a esperar a que naciera la bebé para vivir juntos.

Es extraño escuchar de otra persona cómo es tu vida, se siente como si estuviese en una película, donde todos saben lo que sucede, pero yo no. Como esas películas de terror, donde el espectador sabe que el monstruo está cerca, en la siguiente puerta, pero tú igual sigues yendo a ese lugar, porque no sabes qué hay ahí.

Así me siento yo: yendo con la corriente de todos, de confiar en sus palabras.

—Ahora que nació...

—Esperaré a que tú recuerdes todo, Lola. No te preocupes por eso, no te haré sentir incómoda de nuevo —comenta cabizbajo.

—Yo... lo siento por lo de anteayer. No quería ser maleducada —digo apenada.

—Tranquila, Rub... Lola —se corrige—. Entiendo que todo te parezca extraño y confuso. No es tu culpa.

Ahí está otra vez, corrigiéndose en cómo llamarme. ¡No me gusta que lo haga! ¡Llámame Rubia! ¡Joder!

—¿Por qué arrugas tu frente? ¿Qué está mal, Lola? —cuestiona Roger preocupado.

Muevo mi cabeza en negación.

—No es nada —contesto con desdén—. ¿Por qué no me dices *Rubia?*

Él se sorprende por mi pregunta, se lame los labios y esboza una pequeña sonrisa.

—Cómo te dije: no quiero incomodarte ni agobiarte.

Me encojo de hombros, no sé qué decir. Es por mi culpa que él no me llame por ese apodo.

—Puedes llamarme así.

Él sonríe.

—Vale —dice, luego agrega—: Rubia.

Sonrío también.

—Tu presencia me pone nerviosa —confieso, solo quiero ser sincera con él—. Hay algo en mí que quiere tenerte cerca, verte y saber que estás aquí.

Roger asiente. Se encuentra con un rostro serio, escuchándome, pero en sus ojos se nota su felicidad.

—No entiendo el por qué, porque no te conozco... bueno, mi mente no te recuerda; pero al parecer mi cuerpo y mis sentimientos, sí lo hacen —explico—. Mi corazón va a mil por hora cuando estás cerca.

—Supongo que tu corazón me reconoce —se acerca aún más a mí, coloca su mano disponible sobre la mía. Ahí está de nuevo, esa sensación de hormigueo, esa corriente eléctrica que traspasa todo mi cuerpo—. Que tu cuerpo anhela el mío...

He dejado de respirar, él está muy cerca.

—Poco a poco, todo en ti me recordará, solo debemos tener paciencia —termina de decir. Aleja su mano, colocándola en su bolsillo, frunzo mi ceño*. No te alejes.*

—Raymond dice que quizás mi mente no te recuerda porque puede que aún esté molesta contigo, porque me mentiste... —le cuento. Ahora es él, quien frunce su ceño. Se rasca su barba suavemente.

Roger se queda callado. ¿He tocado un tema que no debía saber?

—¿En qué mentiste? —inquiero con firmeza.

Él traga saliva, veo que respira hondo.

—Cuando te conocí y comenzamos a salir... yo estaba comprometido con mi mejor amiga de toda la vida —responde, luciendo muy nervioso y se nota que no quiere contarme esto. Me sorprendo ante ese hecho. ¿Él se iba a casar? ¿Dónde está su prometida?

—¿Dónde está ella?

—Tú la conociste, hablaron sobre lo que sucedió —cuenta—. Su nombre era Marie...

—¿Era? —susurro.

—Ella murió hace cuatro meses.

Llevo mi mano hasta mi boca, ¡oh cielos!

—¿Ella te perdonó? ¿Yo también lo hice? —No puedo dejar de sentirme extraña a todo esto.

¿Qué carajos? ¿Cómo es que pude perdonarle? ¿Qué me haya engañado de esa manera?

—Pasamos por muchas cosas, pero sí, lo hicieron. Yo nunca me enamoré de ella... Lo intenté, pero fallé, me enamoré fue de ti. Ella lo entendió, lo lamentó, pero me apoyó —hace una pausa tomando aire de nuevo—. Después de eso, me enteré que estabas embarazada, hablamos, comenzamos a salir en citas y te conquisté de nuevo, sin mentiras, ni engaños. Te demostré verdaderamente quién soy.

Me quedo en silencio, tratando de comprender todo lo que me está contando. ¡Joder! He pasado por tantas cosas: primero, tengo la custodia de mi hermana, pero sus cuidadores nos persiguen, mataron a mis padres y están en fuga. Segundo, tengo una hija, un novio –el cual es mi jefe–; y tercero, perdoné que me mintieran y engañaran, ¡él tenía una prometida!

—Lola —me llama Roger.

—Esto es demasiado para digerir —bufo.

—Lo siento, no quería que recordaras eso... porque, esa vez, te hice mucho daño, y nunca me perdonaré haberte mentido —dice. Se

peina su cabello con su mano—. Eso lo superamos, Lola. Todo está bien entre nosotros —añade.

—¿Cómo sé que ahora me dices la verdad y no estás mintiendo?

Veo como en su rostro se ve la nostalgia, la frustración sobre este tema.

—Estoy siendo sincero, Rubia —insiste—. Te estoy diciendo todo esto porque no voy a mentirte, te estoy contando cómo pasaron las cosas.

—Pero no querías decirme —respondo con sarcasmo.

—¡Ya te lo dije! —exclama en desesperación, respira hondo y niega con su cabeza—. Solo... no quería herirte de nuevo, recordando ese tiempo que nos hizo daño a los dos.

Apoyo mi cabeza sobre la almohada, llevo mis manos hacia mi sien. Trato de entender, de comprender que todo esto ya pasó, que está en el pasado. Pero ¡demonios! Se siente nuevo para mí.

—Vamos a dejar esto hasta aquí —murmuro—. No quiero que me vuelva el dolor de cabeza, me quiero ir mañana, así que, dejémoslo hasta aquí, por favor.

Roger asiente, resignado y con su rostro desencajado. Puedo ver en sus ojos que no le gusta hablar sobre ese tema. ¡Joder! Estuvo comprometido, y su ex prometida está muerta.

—Me iré, así puedes descansar —dice, caminando hasta la puerta.

Me debato en decirle que se quede, que no tengo ningún problema en que él esté aquí.

—Espera —atraigo su atención—, puedes quedarte en el sillón.

Él enarca una ceja en asombro.

—¿Está bien que lo haga?

Asiento.

—Las sillas del pasillo son incómodas —explico encogiéndome de hombros. Le señalo el sillón de la habitación—. Puedes quedarte ahí.

Roger me mira pensativo. Le miro también, esperando su movida.

¿Se quedará?

—Sí, esas sillas son matadoras —bromea; camina hasta el sillón de color verde aceituna, se sienta y me sonríe—. Esto está mucho

mejor.

Doy un asentimiento, me acomodo en la cama, tratando de cerrar mis ojos y calmar a mi corazón; sí, está aquí, muy cerca. Hay algo en él que me atrae, pero saber que me mintió sobre su prometida, me hace ruido en mi cabeza y me siento un poco renuente hacia él.



Es tan raro llegar a mi apartamento con mi hija en brazos, con Leslie a mi lado junto con Laura, Raymond y... también Roger. Todos ellos han venido a acompañarnos a Leah y a mí, en nuestra bienvenida a casa. Leslie me ayuda llevando la pañalera que le han comprado los padres de Roger a nuestra hija. No pregunté sobre ellos, supongo que en otro momento los conoceré.

Camino lentamente, porque aún siento el dolor en mi vientre. Roger me ha preguntado varias veces si necesito ayuda, yo me niego. Puedo hacerlo.

Leslie me ha dicho que Laura tiene la llave de mi apartamento, la de repuesto que ella usa. Mi amiga abre la puerta y me sorprendo cuando entramos. La sala de mi casa está llena de globos, arreglos florales y un letrero muy lindo hecho a mano, que dice "*Bienvenidas a casa",* sé que Leslie lo ha dibujado. Sonrío feliz por ver este detalle.

—¡Esto es hermoso! —exclamo emocionada por las flores.

—Rosas rojas, tus favoritas —dice Roger. Lleva su mano hasta su nuca, ¿un signo de nerviosismo?

Le sonrío, estoy muy agradecida por todo esto.

—Muchas gracias a todos, esto es increíble —digo, mirando a todos lados.

Leah sigue dormida en mis brazos, el médico le ha dado de alta. Me indicó que debo darle leche materna, llevarla a sus controles con el neonatólogo y darle mucho amor. A pesar de ser prematura, es una niña muy sana.

—Ordenaré comida para que almorcemos —informa Raymond—. ¿Quieren algo en especial?

—Recuerda que debo cumplir una dieta que me ha indicado el Doctor McKein, ¿tienes algún restaurante con comida saludable? —inquiero mirándole.

Él se rasca la cabeza.

—Buscaré uno por internet —responde, sacando el teléfono de su bolsillo.

—Yo tengo uno —anuncia Roger—. Ya te digo cómo se llama, Ray.

Mientras que Roger le indica el número telefónico del restaurante que conoce él a Raymond, yo camino junto a Leslie a mi habitación. Me sorprendo al entrar, mi habitación es algo pequeña, pero la cuna a lado de mi cama, queda perfectamente en el lugar. Aquí también hay un regalo, pero éste es para Leah. Es un arreglo de tamaño mediano, con un globo grande y pequeños peluches en forma de ositos alrededor. También hay algunos pañales, ropa de color rosado pálido y una rosa roja.

Sonrío al ver el lugar.

—¿Quién hizo todo esto? —Le pregunto a Leslie—. ¿Yo compré esa cuna?

Ella menea su cabeza en negación.

—No, todo lo hizo Roger... —dice sonriendo—. ¡Él es increíble!

Él lo hizo.

Asiento lentamente.

—¿Te gusta? Ayer en la tarde vinimos a arreglar todo, Laura me ayudó. Roger dijo que lo hiciéramos nosotras porque él iba a estar en el hospital —me cuenta, colocando la pañalera sobre la cama.

Camino hasta donde se encuentra la cuna, con mantas de un color pastel muy hermoso. Deposito a Leah sobre el colchón, ella mueve sus piernitas, pero no se despierta. Antes de venir, le he amamantado por primera vez. Casi lloro de la emoción y del dolor que sentí en mis pechos. Sonrío al recordar a Roger, capturando el momento en una fotografía. Él solo estaba tomando fotos de Leah y de mí, creo que tomó más de cien fotos.

Ayer luego de que le dijera que se quedara en la habitación, hablamos una que otra trivialidad, él es divertido y se nota en sus

ojos que me quiere. Fue fácil hablar con él, y poco a poco intento quitar el nerviosismo que me produce su cercanía.

—Lola —me llama Leslie. Volteo a mirarle.

—Dime, pequeña.

—¿En serio no recuerdas nada de Roger? —pregunta con melancolía.

Niego.

—No, Les —respondo, me encojo de hombros—. En mi mente, él no está, no existe. No sé quién es. Pero lo he estado conociendo.

—Él está triste por eso... ¡extraño cuando ustedes reían y se miraban con tanto amor! —manifiesta con sus ojos cristalinos. Intento tragar el nudo en mi garganta.

¿Nos mirábamos enamorados?

Me acerco a mi hermana, le doy un abrazo.

—Tranquila, pequeña. Supongo que mi cerebro lo recordará con el tiempo... por los momentos, él me cae bien —digo sonriendo.

—¿Verdad que es muy guapo? —pregunta, moviendo sus cejas. Me rio, siento que mis mejillas se sonrojan.

Asiento.

—Sí, es muy guapo.

—¡Sé que pronto te enamorarás de él de nuevo! —exclama Leslie.

Me cohíbo ante sus palabras.

—Puede ser —digo en voz baja.

Leslie se sorprende cuando mira hasta la puerta de la habitación, luego sonríe, sus mejillas se han puesto coloradas. Volteo para mirar a quién está viendo y me inmuto ante su presencia.

Roger está sonriendo, con una mirada pícara que puede bajar bragas en cualquier momento, enarca una ceja y se echa a reír.

—Lo siento —dice, entrando a la habitación—. No pude evitar escucharlas.

—Eh, no deberías estar escuchando conversaciones ajenas —replico.

—¿Te gustó la rosa roja? —pregunta, señalando la rosa que se encuentra en el arreglo de Leah—. Es para ti.

Mis mejillas vuelven a sentirse calientes, volteo hacia otro lado asintiendo.

—Sí, gracias, Roger —respondo, sin mirarle.

Agarro valor, y volteo a mirarlo de nuevo, veo como él me sigue mirando, sus pupilas se ven diferentes. Frunzo el ceño y quito mi mirada, otra vez. Me dirijo hasta la cama, me siento y esta vez, miro a Leslie.

—Descansaré un rato, me llaman cuando llegue la comida que Ray ordenó —informo a los presentes.

Leslie da un asentimiento, se despide y sale. Veo como Roger le toca su cabeza con cariño y la despeina. Mi hermana se ríe.

—No hagas eso, gran Roger —lo regaña.

—Pequeña Leslie, ¡no sabes cuánto te extrañé! —responde Roger.

Veo su interacción, ellos se llevan muy bien. Un dolor en mi pecho se hace presente. Es una molestia que me hace saber que todo es cierto, yo tengo una relación con este hombre. ¡Por Dios, mi hermana lo quiere!

Leah comienza a llorar, sacándome de mis pensamientos. Roger gruñe al momento en que ve que no puede tomar a Leah en brazos, debido a su lesión.

—Yo iré, espera que me pueda levantar —manifiesto, intentando levantarme de la cama con cuidado.

En ese momento, Raymond y Laura entran a la habitación, nos miran y sonríen.

—Se ven adorables siendo padres —nos elogia Raymond—. Dame un permiso, mi pequeña sobrina necesita de su madre o necesita un cambio de pañal, una de dos.

Todos nos reímos, porque Raymond hace una mueca en su cara cuando menciona el cambio del pañal de Leah.

—Tú eres todo un espectáculo para ver —dice Laura acercándose a él.

—Tú quisieras ver un espectáculo de mí, nena —responde de vuelta, con su tono de *Casanova*. Abro mis ojos con sorpresa. Disimulo mi risa.

Roger se hace a un lado, con su ceño fruncido.

—Cuando te quiten el yeso, podrás tomarla en brazos, Roger —le digo para que no se sienta excluido.

Él ladea una pequeña sonrisa y asiente, luego lleva su mirada de regreso a nuestra hija y a su tío Raymond, que no sé si realmente sabe cargar a un bebé.

Laura ayuda a mi amigo a cambiarle el pañal a Leah. En definitiva, era un pañal mojado que le estaba molestando y por eso comenzó a llorar. ¡Bebés! ¡Tengo tanto que aprender!

Los miro hacer el trabajo desde la cama, ladeo mi cabeza al verlos ayudarnos. Son una pareja muy linda de ver, aunque Laura le lleve cuatro años a Raymond. Hacen una bonita pareja.

Ellos terminan con Leah, la sostienen en brazos hasta que se duerme de nuevo y la colocan en su cuna. Les sonrío en agradecimiento, hicieron un buen trabajo.

—Muchas gracias, chicos —les digo. Ellos me miran sonrientes.

—No es nada, estoy enamorado de esa niña —contesta Raymond, Laura lo secunda.

—Es cierto, me tiene embelesada, la quiero cargar siempre. —Se echa a reír.

—Lo sé, tengo el mismo sentimiento —añado también.

Roger no dice nada, solo nos observa paciente, con una sonrisa en sus labios.

—Volveremos a la sala, la comida no tarda en llegar —informa Ray. Salen de la habitación, quedándonos solo Roger y yo.

—Trata de descansar, mientras ella duerme, duerme tú también —me sugiere Roger. Acercándose a la cama.

—Sí, eso haré. Quiero mejorarme físicamente para poder atenderla como se debe.

Él da un asentimiento.

—Iré a la sala, descansa —se despide, yendo a la puerta—. Nos llamas si necesitas ayuda, estaremos allá afuera.

—Gracias.

Él da una última sonrisa y sale de la habitación. Volteo mi mirada hasta dónde está Leah, durmiendo plácidamente. Sonrío al ver su pequeño cuerpo rodeado con su manta de color lila.

Me acomodo en la cama, ajustando mi almohada. Poco a poco, el sueño viene a mí y me quedo dormida, pensando en lo feliz que me siento de estar en casa, y de la idea de tener una hija, a mi hermana conmigo... y ¿por qué no? A alguien que me quiere también.



Un mes después...

Ha pasado un mes desde que tuve el accidente, nació mi hija y que no sabemos nada sobre Cecilia y George.

Este mes ha sido un poco agitado, entre el aprender a ser una madre, cuidar a mi hija, a mi hermana, tomar el medicamento para que mi cerebro comience a recordar completamente e ir a terapias, ha sido agotador. No he vuelto a trabajar, tengo el permiso de maternidad por algunas semanas más. Además, Roger me ha dicho que vuelva al trabajo cuando me recupere totalmente.

No, no he podido recordar a Roger.

Pero me he acostumbrado a su presencia, nos hemos estamos conociendo, o bueno; yo lo estoy conociendo a él. Me gusta que sea divertido, atento y un buen amigo. Sé que no es fácil para él todo esto, pero sigue ahí, haciéndome sentir bien.

Leslie ha intentado mucho para que yo recuerde a Roger. En los primeros días en casa, estábamos hablando de la escuela y sobre cosas de su vida que ahora no sé. Ella comenzó a hablar de muchas cosas, de nuestras salidas, su ida a un campamento, hasta que llegó el tema de cómo se llevaba con Roger.

Me dijo que quería mucho a "Gran Roger", así como lo llama. Esa vez me mostró unas fotos que nos tomamos en una salida, no podía creer que fuéramos nosotros.

Nos veíamos tan felices.

Tan enamorados... No lo podía creer. Ahí fue cuando me di cuenta que debía recordarle, no sabía cómo, pero es algo que debo hacer. Porque los ojos no mienten, en esas fotos nos veíamos muy enamorados.

Además, él ha sido un caballero conmigo, trata a nuestra hija como su adoración y cada día que pasa hace que mi cuerpo le aclame. No sé qué hace, pero así es...

Días después que salimos del hospital, fue el cumpleaños número treinta de Roger. En esos días, aún no le tenía confianza del todo, pero Ray me convenció en que le cantáramos el cumpleaños feliz en mi casa. Recuerdo ese día, me sentía muy tímida ante su presencia.

—Feliz cumpleaños, Roger —lo felicito, él me sonríe.

—Gracias, Rubia —contesta, llevando su mano hacia su bolsillo. Sé que debería darle un abrazo para felicitarlo, pero no tenemos esa confianza aún—. También gracias por dejar que el loco de Raymond me cantara cumpleaños aquí.

Me encojo de hombros.

—No hay problema. Aquí está tu hija…

—Y estás tú —finaliza.

Asiento con timidez.

Él ha estado ayudándome con Leah, los dos vamos aprendiendo a ser padres, a cómo cuidar de un bebé. No ha sido fácil, pero tenerla con nosotros es lo más increíble del mundo.

Leah es una niña muy tranquila, tiene un mes de nacida, ha ido engordando con el pasar de las semanas, está llegando al peso ideal que el médico nos ha informado que necesita. Ayer la hemos llevado a su primera consulta con el neonatólogo y nos felicitó porque nuestra bebé está sana y está creciendo muy bien. ¡Estábamos felices!

Estaba tan feliz, que... *lo abracé.*

Él se quedó estático, pero me devolvió el abrazo con fuerza, cómo si me extrañara. ¡Demonios, se sintió tan bien! Sentí mariposas en mi estómago, mi corazón latía muy rápido.

La conexión que siento con él, no desaparece. Siento que cada día se afianza más.

Poco a poco, voy cayendo por él.

Sé, que en todas las vidas posibles, yo caeré por él. La verdad, no me molesta; porque se siente bonito este sentimiento hacia Roger Butler.

Roger me estuvo abrazando por segundos, como si tuviese miedo de perder ese momento conmigo; pero al final, estábamos en el consultorio del médico y tuvimos que separarnos, sin dejar de mirarnos con anhelo.

Él viene a vernos casi todos los días, cuando no viene en la noche, lo hace un momento rápido antes de ir al trabajo. Ha sido un buen padre. El yeso se lo quitaron la semana pasada, no fue una fractura tan grave, según lo que dijo su médico. Estaba yendo a sus terapias y se sentía mejor. Aunque, aún no ha cargado a Leah en sus brazos. Pronto lo hará. Está ansioso de hacerlo.

—Lola —dice Leslie, cambiándole la ropa a Leah. La hemos bañado juntas, ella ha aprendido mucho en cuidar a la bebé. Es una niña grande.

—Dime —contesto mientras acomodo un poco la habitación. Arreglando el desastre que hacemos al bañar a Leah.

—¿Todavía no recuerdas a Roger? —inquiere con pesar.

Ella siempre me pregunta lo mismo, a veces me molesta porque ¡joder, no lo he hecho! Pero sé que lo hace de buena manera.

—Algunas veces, lo veo en sueños, no sé si son recuerdos o es que son solo sueños, por verlo cada día —confieso.

—A ver, dime qué sueñas y te digo si eso ocurrió —dice con entusiasmo.

Me quedo mirando a la pared, pensando en uno de los sueños que he tenido en este mes. ¡Ya sé cuál!

—A ver... tuve uno donde tú estabas; estábamos comiendo helado en una plaza, era de noche —intento recordar bien el sueño —. Tú estabas mirando unas flores, mientras que Roger y yo hablábamos... él, ¿me pidió que viviéramos juntos o que me casara con él? —digo, cuestionándome si así fue—. No sé muy bien.

Miro a Leslie y ella está sonriendo, sus ojos brillan; mi hermana comienza a saltar. Veo a Leah, ella está completamente vestida y mirando al techo.

—¡Es un recuerdo! —dice emocionada—. ¡Eso ocurrió, Lola! ¡Es el día de las fotos que te mostré la otra vez!

Sonrío también, muerdo mi labio con nerviosismo. ¡Mi sueño es un recuerdo!

Y él está allí.

—Pero, ¿me propuso matrimonio?

—No... —responde haciendo una mueca—. Pero eso no importa ahora —agrega, restándole importancia—. Estoy emocionada, hermana. ¡Estás mejorando!

Suelto una carcajada.

—Eso creo —respondo asintiendo.

Al rato de nuestra conversación, mi teléfono comienza a sonar sin cesar. Acuesto a Leah a su cuna, ha terminado de comer y se ha quedado dormida. Busco con la mirada mi teléfono, éste está sobre la mesita de noche, lo tomo y miro la pantalla. La luz de la pantalla se apaga y vuelve a encenderse con una nueva llamada. Es Raymond.

Atiendo antes de que se caiga de nuevo la llamada.

—¿Aló?

—Lola, lo tienen —dice Ray con su voz acelerada—. Lo tienen, Lola.

—Espera, respira —digo sin entender—. No entiendo lo que dices, ¿a quién tienen?

—Los Hamilton han secuestrado a Roger.

Siento como si la sangre en mi cuerpo se esfumara, como si mi mundo se estuviese cayendo y yo no pudiera sostenerme de algo. He dejado de respirar. El teléfono se desliza por mis manos y cae sobre el suelo, partiéndose en pedazos la pantalla, así como mi corazón.

¡Oh, no! ¡Roger!

Capítulo XXIV
Roger

Este mes ha sido una locura, para bien y para mal.

Para bien: He estado con mi hija, conociéndola, cuidándola. Además, he estado con Lola, tratando de que me recuerde o se enamore de mí otra vez.

Para mal: George Hamilton me ha hecho la vida de cuadritos desde hace un par de semanas. Pero eso no se lo he contado a nadie.

No sé cómo demonios ha contactado con nuestro socio mayorista más importante de Estados Unidos, pero lo ha hecho. Y ahora, son íntimos amigos. Me ha estado chantajeando con darle dinero, ¡joder, se los doy! Pero no quiere la cantidad que me permito de darle. Él quiere más, mucho más.

Si no se lo doy, le hará daño a mi familia; especialmente a Lola y a Leah.

No voy a permitir eso.

Es por eso que he estado tratando de conseguir los cien millones de dólares que quiere para fugarse junto con su esposa a quién sabe dónde. Me ha pedido que no hable con la policía, que no le comente a nadie sobre esto, pero no pude dejar de hacerlo, así que, bajo cuerda, he estado hablando con el Detective Fox. Todo está listo para hoy, hoy es la entrega del dinero.

Sé que pudimos solo contactar a nuestro socio empresarial, explicarle el hecho de que está tratando con una persona buscada por la policía, sacarle información sobre dónde se ubica Hamilton, y arrestarlo sin más.

Pero no. El Detective Fox me ha dicho que debemos planear algo bien hecho, un operativo donde la pareja caiga y puedan arrestarlos juntos. No queremos ningún cabo suelto.

Son las cinco de la tarde, mis nervios están a flor de piel. No he podido comer, nada me pasa por la garganta. A las seis en punto,

debo estar en la avenida *Klickitat*, cerca del río Duwamish; nunca he estado allí. Él quiere que nos veamos cerca del embarcadero.

Recuerdo el día que nos vimos, fue el día que tuve una reunión con mi socio Esteban Oggins en el campo de golf, hace dos semanas atrás. Me sorprendí al momento en que lo presentó como su amigo de la secundaria.

El día está soleado, es un buen día para jugar golf, aunque no me guste del todo hacerlo; solo lo hago para cerrar tratos con los inversionistas. Aunque, hoy solo vengo a conversar. El molesto yeso en mi brazo sigue en su posición y no es hasta la próxima semana que tengo la consulta con el médico.

Entro al complejo deportivo, donde hay un gran campo de golf. Es muy común venir aquí a cerrar tratos millonarios. En la recepción me reciben, registran mi nombre y me indican en qué área se encuentra Esteban Oggins y su acompañante. No sabía que vendría con alguien. Quizás sea su asistente.

Al llegar al área, visualizo a dos hombres, uno por supuesto es el señor Oggins y el otro no lo detallo bien desde este lugar. Me acerco a ellos para saludarlos.

—Buenos días, caballeros —saludo sonriéndoles.

Esteban Oggins se voltea, deja el palo de golf a un lado y me saluda de vuelta.

— ¡Roger Butler! —exclama mi nombre—. Bienvenido, ¿cómo has estado? ¿Qué te sucedió en el brazo?

—Muy bien, Esteban. Un percance, pero estoy bien. Lamento no poder jugar hoy. Veo que los años no pasan en vano —bromeo, mirando su calvicie. Él suspira riéndose.

—La vejez llega en cualquier momento.

—Así como la muerte —dice su acompañante a su lado.

Miro hasta el hombre quién lo acompaña, y me congelo al reconocerlo. Tengo mi mandíbula tensa, mi respiración se acelera y yo solo quiero golpearlo hasta que sangre.

Frunzo mi ceño en su dirección, el puño de mi mano libre está cerrado, dispuesto a ir a la cara de George Hamilton.

¡¿Qué cinismo es este?!

— ¡Qué cabeza la mía! —dice Oggins—. Te presento a mi buen amigo, George Hamilton. Amigos desde la secundaria.

No dejo de mirar a Hamilton, el tipo ha envejecido en estos meses. Lo poco que recuerdo de la vez que lo conocí, en aquel evento de baile de Leslie. Tiene más arrugas en su rostro y puedo ver canas en su cabello.

¿Qué demonios hace aquí? ¿Es esto una broma? ¿Cómo es que un empresario multimillonario es amigo de ésta sabandija?

Les seguiré la corriente, pero cuando pueda, llamaré a la policía.

—Mucho gusto, Roger Butler —digo, extendiéndole mi mano para estrecharla. Cuando estrechamos nuestras manos, le doy un apretón fuerte; para que sepa que sé quién es.

—George, él es el dueño de la Empresa Sunshine, una de las inmobiliarias más prestigiosas de los últimos años en Seattle —comenta Oggins. Puedo jurar que esa información ya Hamilton se la conoce de pies a cabeza.

— ¿Le gusta el golf, señor Hamilton? —pregunto, esbozando una falsa sonrisa. ¡Joder, tengo unas inmensas ganas de golpearlo!

—Sí, es mi deporte favorito —responde con suficiencia. Miro su ropa, no se ve que ha estado pasando hambre ni esté mal vestido, ¿Oggins lo ha estado encubriendo todo este tiempo?

—Bueno, comencemos a jugar señores —nos dice Esteban. Toma de nuevo el palo de golf y se acomoda para lanzar—. Cuéntame, Roger. ¿Cuáles son los beneficios del negocio que me has hablado?

Se supone que todo trato con los socios de la empresa, deben de ser confidenciales; no entiendo la presencia de Hamilton aquí. Le miro esperando que Esteban se acuerde del trato de confidencialidad.

—Tranquilo, él es de confianza. Ha pasado una terrible bancarrota y quiero ayudarlo en los negocios —cuenta Esteban como si el tipo a nuestro lado fuera alguien conocido.

¿Bancarrota? ¿Negocios? ¡Él ni siquiera tiene una empresa! ¿Qué vida se ha hecho George Hamilton para que Esteban Oggins le esté ayudando y esté haciendo caridad con él?

Doy un asentimiento, vamos a ver qué intenciones tiene Hamilton en todo esto.

Ha pasado una hora, Oggins y yo hemos hablado de negocios sin parar. Hamilton solo nos escucha, Esteban lo integra a la conversación cuando hablamos de pelotas y lanzamientos. Él no ha hecho ningún movimiento, pero he estado mirándole a cada rato. No puedo negar que su atrevimiento de venir hasta aquí, no me pone nervioso.

Dudo que tenga buenas intenciones.

Veo como Esteban se disculpa para ir al baño. Le he visto beber algunos Martini desde que llegué, el olor es a vodka, quizás le han cambiado la ginebra por vodka.

Hemos quedado solos, George mira a todos lados, yo solo lo miro fijamente con mi ceño fruncido.

—Eres un mal nacido —comienzo a decir—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Quieres que llame a la policía, Hamilton?

Él gruñe.

—Cálmate, Butler —dice con cinismo, mirando a todos lados—. Yo también quiero hacer negocios contigo.

Me lo suponía.

— ¿Qué diablos quieres? ¿Diez millones? ¿Quince? ¡¿Cuánto dinero quieres para que nos dejes en paz?! —mascullo con molestia.

George menea su cabeza, chasqueando su lengua.

—Eso es poco para mí —bufa negando—. Sé que tienes mucho más dinero. Lolita se la rifó contigo.

Aprieto con más fuerza mi mandíbula, me importa un comino el lugar donde estemos, si dice algo más en contra de Lola, perderé los estribos.

—Entonces, ¿cuántos quieres? —Repito.

—Cien millones de dólares —contesta, girando el palo de golf en el suelo. Hablando tan sereno, como si eso fuese diez centavos.

Sinvergüenza.

No tengo ese dinero. Sí, se puede decir que soy rico pero mi capital es de cien millones, él quiere que se lo dé todo. Eso significaría quedarme en la quiebra. Pero joder, es mi familia la que está en juego.

Sopeso la idea, quizás mis padres me ayuden, pero ¡maldita sea! No quiero darle tanto dinero a este imbécil.

Ya se me ocurrirá algo para que él no pueda gozar de ese dinero, así que acepto. Todo por el bien de las mujeres que más amo.

—Hecho —respondo sin preocupación; así como lo hizo él—. ¿Para cuándo quieres el dinero? ¿A dónde te lo llevo?

Él se queda un poco sorprendido, se rasca la barbilla en un intento de sopesar mi respuesta.

—Vaya, Lolita si es buena en la cama como para que des tanto dinero por su culo.

—Cállate, imbécil. Si no quieres que comience a gritar para que llamen a la policía.

Hamilton vuelve a mirar en derredor.

—Nada de policías, no te hagas el listo, Butler —dice mirando como Oggins viene caminando hasta donde estamos—. La información te la enviaré esta semana, muchas gracias por hacer negocios conmigo, señor Butler.

La rabia que estoy conteniendo pudiera explotar una ciudad completa. Este imbécil quiere cien millones de dólares, ¡joder! Tengo que buscar la manera en cómo ganarle, en como derrotarlo y que se pudra en la cárcel lo más pronto posible.

Doy un último asentimiento hacia él. Esteban vuelve a nuestro lugar, sonriente. Este viejo debe de saber algo sobre todo esto. ¡Un demonio el creer que no sabe nada! Ya lo investigará la policía en su momento.

Y así es como, George Hamilton me ha estado sobornando y chantajeando desde hace días. No le he dicho nada a nadie de mi familia, he apostado todo mi dinero en esto. Al día siguiente del encuentro, contacté con el Detective Fox en mi apartamento, le conté sobre lo sucedido. Él llegó de encubierto, por si los Hamilton estaban merodeando el edificio. Ese día, comenzamos todo este plan para atraparlos, para hacerles creer que se quedarían con el dinero y se irían del país, llenos de billetes verdes. ¡Ni en los más locos sueños!

El reloj marca diez minutos para las seis, así que tomo el maletín y bajo de mi oficina en busca de mi auto. Las manos me sudan, la adrenalina en mi cuerpo ha estado en aumento desde que vi el reloj.

Fox ha enviado más temprano a agentes encubiertos para todo el chequeo del dinero, del rastreador y el micrófono que usaré.

Llego al puente Klickitat, cerca hay un embarcadero, busco en dónde estacionar el auto. Miro a todos lados, no hay muchas personas aquí. El teléfono del auto comienza a sonar, contesto la llamada.

—Diga.

—Estamos cerca del perímetro, señor Butler. Estaremos pendientes de usted.

—Si ellos me secuestran, dejen que lo hagan. Así, le podré sacar toda la información sobre el asesinato de los padres de Lola.

—No podemos dejar que eso suceda, Roger —replica el Detective Fox—. Eso va contra las reglas, debemos resguardar su seguridad.

—No me importa, Detective Fox. Debemos tener toda la información, cumpla mis órdenes.

Escucho su suspiro.

—Está bien, pero tenga cuidado.

—Igual, ustedes han colocado un rastreador en mis zapatos, así como un micrófono. De una vez, sabrán dónde estoy. No le digan a Lola, ella... ha pasado por muchas cosas como para preocuparla por esto.

—Como usted diga, señor Butler.

Finalizo la llamada.

Confío en que todo saldrá bien.

Encuentro un lugar donde estacionarme, respiro hondo y salgo del auto con el maletín en la mano.

Esto es por Lola, por mi hija y por Leslie. Por mi familia.

Veo el lugar, mirando a todos lados. No hay nadie, todo está solo. Lo único que puedo ver son botes flotando en el rio, algunos en buen estado y otros dañados.

No veo en ningún lugar a George Hamilton. ¿Dónde carajos está?

El atardecer se vislumbra en el cielo, en tonos naranjas y azulado. Miro mi reloj de mano, son las seis y quince minutos. Me estoy comenzando a preocupar. ¿Por qué se está tardando?

—Bienvenido, señor Butler —saluda George Hamilton. Caminando lentamente, encorvado a un ritmo juvenil, o eso quiere parecer.

—Aquí tengo el dinero, Hamilton —le digo, mostrando el maletín —. Todo lo que pediste. La mitad está en efectivo y lo demás en un cheque.

Él comienza a aplaudir y a reírse a carcajadas.

—Muy bien hecho. Se nota que amas a la estúpida de Lolita —se burla.

No saben cuánto odio que la llame Lolita.

—Dándote esto, nos vas a dejar en paz —afirmo.

Él chasquea su lengua, negando con su cabeza.

—¿Tú creías que te irías tan campante? —inquiere con sorna—. No, señor. Tú de aquí no sales vivo —me señala con una pistola que saca de su bolsillo. Ahora, me he dado cuenta que lo he perdido todo. Él podría dispararme en la cabeza y toda su saña habría sido hecha—. Primero, hagamos sufrir un poco más a la pobre de Lolita, que no ha podido recuperar su memoria, una lástima.

¡Maldita sea! ¿Cómo demonios saben cada paso quedamos? ¿Cómo se ha enterado que Lola ha perdido la memoria?

—¿Qué me vas a hacer? ¿No te bastó con provocar nuestro accidente?

Él sonríe maliciosamente.

—Iremos a una cena con mi esposa, ha cocinado un estofado delicioso —contesta, ignorando mi pregunta.

—¿Cecilia está contigo?

—Por supuesto —responde—. Es mi esposa, ¿ya le pediste matrimonio a Lola? ¿O no es lo suficiente como para hacerlo? Porque me enteré que estuviste comprometido. Tu ex prometida, ¿si lo valía?

Se echa a reír.

La sangre me hierve, este hombre sabe todo sobre nuestras vidas. ¿Quién le ha estado proporcionando información?

Sus palabras me hacen pensar, es cierto. Yo le pedí a Lola que viviera conmigo, pero no le propuse que nos casáramos. ¡Joder! Ahora todo da vueltas en mi cabeza, todo viene a mí de golpe. ¿Por qué no lo he hecho? Sé que debo esperar a que me recuerde completamente, que se sienta segura de mí, que recuerde que me

ama. Pero no es excusa, cuando todo estaba bien, debí haberlo hecho.

Siento como se instala un nudo en mi garganta.

Necesito salir vivo de aquí.

—¿Te comieron la lengua los ratos, Butlersito? —Se carcajea de nuevo—. ¿O he tocado una fibra sensible en ti?

—¿Cómo demonios sabes tanto sobre nosotros? —inquiero.

—Porque los he estado vigilando por meses —responde sin más —. Ya, mucha plática. Vamos a cenar, Cecilia nos espera.

Me apunta con el arma, me hace entregarle el maletín y me dice que camine. Todo porque pueda sacarle más información.

Camino hasta el sitio donde nos dirige, miro a todos lados, pero sigue igual. Todo está solitario. ¿Esto siempre es así? Llegamos hasta un almacén, se puede claramente ver que es un almacén abandonado, de esos que huelen a humedad y a sucio.

Me detengo en la entrada del lugar, George roza el arma en mi espalda. Trago saliva.

—El gran Roger Butler está asustado —se burla—. Eres un marica. No sé ni que vio Lola en ti, mírate —vocifera—. Asustado por un arma, já.

—Te crees muy machito, ¿cierto? Pero imagínate que se te regrese.

No he previsto el golpe tan fuerte que me ha dado, caigo de rodillas; mojando mis pantalones con el agua que está en el suelo.

—¡¿Quién te crees imbécil?!

—Algún día los atraparán, no huirán tan fácil con tanto dinero.

—¿Has hablado con la policía, cierto? —pregunta con enojo—. ¡Contesta idiota!

—¿Para qué? De igual forma, la policía se dará cuenta de que no llego a casa o que me tienen secuestrado si duro aquí más de un día. Sé que esto saldrá en las noticias.

El cachazo con la pistola no se deja esperar, siento como comienza a gotear sangre desde mi cabeza.

—Cállate —grita—. ¿Sabes qué? Olvídalo, te quedas sin cena.

—Me importa una mierda su estúpida cena —replico gritando.

Él respira de manera acelerada, mirando a todos lados del almacén. Aquí huele a pescado podrido, agua estancada y a humedad.

—¡Cecilia! —Vuelve a gritar.

Escucho como resuenan tacones viniendo hacia nosotros. Toco mi cabeza, revisando si es muy profunda la herida, suspiro cuando se siente pegajoso y un hundimiento. Necesitaré de sutura. Espero que esto acabe rápido.

—Cariño —dice Cecilia Hamilton. Saliendo de una puerta metálica, más al fondo de donde estamos. Ella luce bien arreglada, está usando un vestido de flores con tacones rojos; va maquillada y con el cabello bien arreglado. Cualquiera pensaría que ha salido de una película de los setenta.

Ella me mira y sonríe.

—Nuestro pez gordo —murmura. Luego arruga su frente—. ¿Por qué le has golpeado, George?

—Me saca de quicio su prepotencia de niño rico.

Bufo.

—No le gusta que le digan sus verdades —replico.

—¡Te he dicho que te calles! —Me apunta de nuevo con el arma. Cada vez que lo hace, mi corazón martillea una y otra vez. Levanto mis brazos en redención. Es mejor no provocar a la bestia, no quiero un tiro en la cabeza.

—George, cálmate —le dice a su esposo—. Él solo te está provocando. Amarrémoslo y listo.

Su esposo asiente y le pide la soga que han traído. ¡Genial!

—Dulce sueños, princesita.

George Hamilton me golpea fuerte en la cabeza con su rodilla, haciéndome perder la consciencia.

Todo esto es por ti, Lola.

Escucho voces, poco a poco voy recobrando la visión; trato de mover mis brazos, pero no puedo, mis manos están amarradas detrás en mi espalda, al igual que mis piernas también están atadas. Muevo la cabeza para poder despertarme, pero me duele, trato de mirar hacia arriba y el sitio está oscuro, solo hay una bombilla encendida en el medio del techo. ¿A dónde se han ido? ¿Me dejaron aquí y huyeron?

—Ya despertó la princesa de papi —dice Hamilton caminando hacia mí.

Trago saliva. Me siento un poco mareado. Debo apresurarme y sacarle información.

—Quiero agua —trato de decir. No sé por qué me duelen las costillas, ¿este mal nacido me golpeó más de la cuenta?

Me quejo del dolor en mi abdomen, es punzante.

—¿Qué me has hecho, imbécil? —digo alzando un poco la voz.

—Solo te he dado una pequeña paliza —responde riéndose—. Para que aprendas a respetarme —agrega.

Respiro con dificultad, el dolor no me deja hacerlo bien.

—¿Me vas a matar igual que lo hiciste con los padres de Lola?

Veo como él arrastra una silla y se sienta al frente de mí. Coloca su pierna sobre la otra, me mira con una sonrisa maliciosa y mueve el arma de un lado a otro.

—Mis queridos amigos —dice, como si tuviese nostalgia al recordarlos—. Matthew y Leah Walts.

Es la primera vez que escucho el nombre de los padres de Lola.

—¿Por qué los mandaste a matar?

Él hace como si pensara.

—Porque odiaba que se creyeran los mejores del edificio —responde con aparente molestia—. Matthew era tan tonto que guardaba el dinero en efectivo para el pago de la matrícula de su hija, ¿qué idiota hace eso? ¡Como si no existiesen los bancos en pleno siglo XXI!

—¿Eso te molestaba? ¡Por Dios, Hamilton! —exclamo incrédulo—. Cada quien hace con su dinero lo que se le venga en gana, joder.

Él se echa a reír.

—¿Y a mí que me interesa eso a estas alturas? —pregunta, bajando su pierna al suelo—. Me enteré que tenía ese dinero guardado, lo necesitaba para pagar algunas deudas y les dije a unos guarros de la calle que me hicieran un favor; claro, dándoles un poco del dinero robado.

—Eres un mal nacido —siseo.

—Princesita, cállate, si no quieres un tiro en la pierna.

No importa llegar a eso por más información.

—¿Cecilia estuvo de acuerdo con eso? Si era solo robarlos, ¿por qué los mataron?

—¿Por qué preguntas tanto? —cuestiona George; levantándose de la silla—. ¿Tienes un micrófono? —Él frunce su ceño, y comienza a revisarme por completo. Comienza por mi americana, la cual está sucia y ensangrentada. Luego, revisa mis pantalones, pero no encuentra nada, mi teléfono lo he dejado en el auto. Y nunca sabrá que el rastreador y el micrófono están en mis zapatos. No puede ser tan listo.

—No tengo nada, estamos hablando solo tú y yo —contesto, tratando de que se aleje y no revise los zapatos.

Él bufa y se aleja, menos mal. Trato de disimular mi alivio.

—Igual, tú no saldrás vivo de aquí, puedo decirte todas las cosas que te hemos hecho y que hicimos.

Cecilia llega junto a nosotros, trae un vaso con agua.

—Él debería de beber un poco de agua —le dice a su esposo. Él la mira con desaprobación—. George, sé que lo matarás, pero ten algo de piedad, pobre. No verá más nunca a su *Rubia*.

Me inmuto al momento en que nombra el apodo de Lola, ¿qué demonios?

Ella se acerca con el vaso de agua, me lo coloca en los labios para que yo pueda beber. Tomo todo el vaso de un tirón, estaba sediento.

—¿Cómo tienen tanta información de nosotros? No entiendo, ¿quién es su soplón? ¿Es alguien de la empresa? ¿Uno de nuestros amigos? —pregunto, tratando de encontrarle cabida a esta locura—. ¡¿Quién?!

—Shhh, cálmate princesita, esa persona ya vendrá a verte —responde George.

Frunzo mi entrecejo, ¿qué rayos está ocurriendo? ¿Esto no es solo una obra maestra de los engañosos? ¿Hay alguien más?

De pronto, comienzo a ver todo borroso de nuevo, tengo mucho sueño. ¿Qué le han colocado al agua?

—¿Qué... tenía... esa... agua? —inquiero con la lengua trabada.

Me han adormecido, esa mujer es diabólica, se cree la buena samaritana y realmente me ha engañado.

Escucho la risa de Cecilia.

—Qué pequeño idiota, pensó que estaba siendo buena con él —dice riéndose—. Le he colocado una pastillita de dormir que me recetó el psiquiatra al agua.

George se ríe también.

—Eres increíble, mujer —la arrastra hacia sus piernas y comienza a besarla, me produce asco el chasquido de sus bocas.

—Ustedes... pagarán por... todo —intento hablar, pero mi lengua se traba—, lo que nos han hecho.

—Duerme, princesita.

Y eso es todo lo que escucho, porque efectivamente, me he quedado dormido, de nuevo.



Siento palmadas en mis mejillas, alguien me está abofeteando varias veces. Intento abrir los ojos, pero me siento muy somnoliento. Me cuesta demasiado abrirlos correctamente.

Una figura se visualiza de forma borrosa, es un hombre.

—Despiértate, imbécil —me dice una voz conocida, pero no distingo de quién es.

Abro más mis ojos, tratando de identificar a la persona. Me inmuto al ver ese bigote característico de mi gerente de finanzas.

Dewon Donovan.

¿Él también cayó tan bajo en esto? ¿Qué demonios hace aquí?

—¿Dewon? —Susurro sin poder hablar correctamente.

—¡Vaya, jefecito! ¡Ha despertado!

—¿Por qué... estás aquí?

—¡Sorpresa! —exclama George detrás de él—. Mira quien nos ha estado ayudando. Él quería venir a verte antes de que murieras.

—¿Tú crees que soy imbécil?, ¿que no sabía qué me quitarías del puesto para dárselo a Walts? —pregunta, tomándome de la barbilla con fuerza.

—¿Quién te dijo eso?

—¡Es tan fácil de suponer, Butler! —responde George—. Ese ha sido el gran sueño de Lolita, llegar a ser gerente de finanzas de tu empresita.

Bajo mi cabeza, cansado de esto. ¿Cuándo vendrá la policía?

—Yo he trabajo muy duro como para que me bajes de nivel —dice Donovan—. No lo permitiré. Una vez que hayas muerto, me haré la mano derecha de tu querido hermano. No te creas, unas putas, alcohol y sexo, puedo comprar al Casanova Butler.

Mi hermano no es de esa manera, él no folla con putas ni se anda emborrachando por allí. Sé sobre él, y Raymond no es así.

—Él no te hará caso —mascullo sin fuerzas—. ¿Cuánto te ofrecieron?

Donovan se carcajea.

—Uhmm... unos veinte millones por darles información de ti y tu amada Lola.

Bufo.

—Te vendes por veinte millones de dólares —me burlo—. Pensé que eras más caro.

Otra bofetada se estampa en mi mejilla.

Imbécil, tú también la pagarás.

Escupo la saliva con sangre que hay en mi boca, el golpe ha sido fuerte.

¿Dónde diablos está la policía?

—Hamilton, eres un desgraciado, ¿cómo pudiste enviarle ese ratón muerto a Lola? —inquiero, él me ve interrogante, por el cambio de tema tan brusco, pero luego sonríe.

—Fue divertido, no sabes cómo disfruté enviarle ese detalle a Lolita, sabía que la mataría del susto.

—¿Y luego qué? —pregunto de vuelta—. No te funcionó, así que quisiste matarnos provocando ese accidente.

—Y como lamento que no hayan muerto, tienen mucha suerte.

—Deja la preguntadera, Butler —dice Donovan. Se voltea para mirar a George—. ¿Revisaste que no tuviese micrófonos?

Hamilton asiente. —No tiene nada en él.

—Has venido como un corderito, para poder salvar a Lola... ¡qué idiota eres, de verdad! —Critica Dewon. Mete sus manos en sus bolsillos delanteros, colocando el arma en su bolsillo trasero y empieza a caminar por el lugar.

—¿Qué vamos a hacer con él? —Le pregunta Hamilton a Donovan—. He contado el dinero, está completo, y he verificado el cheque. Cecilia está lista para que nos vayamos de aquí.

—Dile a tu mujercita que se calme, dejémoslo hasta mañana, le he avisado a Raymond que ustedes lo han secuestrado, ahora Lola debe estar llorando por este imbécil.

Oh no, Lola...

Estoy empezando a creer que los policías entrarán cuando ellos intenten huir, pero ¡joder! ¿Antes de eso me matarán primero? Trataré de confiar en Fox.

—Qué bajo has caído, Donovan —trato de llamar su atención—. Un contador destacado, un buen trabajador, terminó aquí... sobornando y estafando a su jefe. Y quizás te metan a la cárcel también, por homicidio. Un gran historial para no salir de la prisión por varios años —digo riéndome.

Me da pena por él. Sé muy bien que tiene una esposa e hijos y, aun así, está aquí.

El hombre bigotudo se acerca, se agacha hasta mi posición—: Tú te crees comediante, ¿cierto? ¿Eras el bromista de tu clase?

—Algo parecido, las chicas me amaban por mis chistes —respondo sonriéndoles.

Otra bofetada.

Gruño por el escozor que siento en mi mejilla.

—Idiota —siseo.

—Cállate, por tu bien, Butler. Si no quieres que le enviemos videos de tu estado a la hermosa Lola.

Trato de moverme, pero me es imposible.

—Los dos irán a prisión, así como tu esposa —le digo a George —. Y Estaban Oggins también por ser cómplice de esto.

—Espera —dice Hamilton, acercándose—. Él no tiene nada que ver aquí.

Arrugo mi frente, no entendiendo por qué lo encubre.

—No lo sacarás de tu saco, todos pagarán —declaro.

—Sabes que, George —murmura Donovan—. Vamos a matarlo, me cansa escucharlo. Lo dejamos aquí muriéndose y nos largamos, ve a avisarle a tu esposa.

—¿No te estás apresurando, Dewon? —inquiere, tocando su americana por el hombro—. Esperemos hasta la mañana.

—No, me cansé de esto, hagámoslo —dice con firmeza.

George corre a buscar a su mujer, entra por la puerta metálica que ella salió más temprano, no sé qué hora es, pero todo es oscuro más allá de la luz del centro, esa luz que visualiza a Donovan con el arma en su mano apuntando en mi dirección.

—¿Cuáles son tus últimos deseos, jefecito? —pregunta, esbozando una sonrisa.

—Que los metan a la cárcel tan pronto como entre la policía a este lugar.

Él se carcajea.

—Vale, estás delirando.

La pareja de cuarentones llega al lugar, los tres me miran sonrientes, pensando que su plan funcionará y que podrán huir con cien millones de dólares en los bolsillos.

Me comienzo a reír.

Quizás, la policía entre en cualquier momento, como puede que me peguen un tiro en la frente. Todo puede pasar en milésimas de segundos.

Así es la vida, hay personas buenas y personas malas. Existen esas personas que te harán daño, querrán que fracases, que caigas en el vacío y nunca surjas más de allí.

En este momento, donde estás entre la vida y la muerte, es donde comienzas a pensar en todos esos: ¿por qué no hice tal cosa? ¿Por qué no le dije a mi novia que se casara conmigo? ¿Por qué no

abracé más a mi hija? ¿Por qué no le dije te quiero a mis padres y hermanos? Todos esos porqué vienen a mi cabeza, porque uno debería de vivir el momento, no esperar al mañana, con la excusa de que será otro día.

¿Qué pasa si eso no ocurre?

Poco a poco las lágrimas comienzan a descender por mis mejillas mientras me rio, soy un cúmulo de sentimientos y emociones. Soy humano, y los humanos lloramos y reímos, pero en este momento quiero hacer ambos.

¡Demonios! Quiero vivir. Vivir para ver crecer a mi hija, casarme con la mujer de mis sueños y formar esa familia que tanto quise desde joven.

Joder.

Dewon Donovan y George Butler me están apuntando con sus armas, ambos me dispararán. Bajo mi cabeza, no quiero ver cómo las balas llegan a mí.

En cuestión de segundos, todo el lugar comenzó a llenarse de policías, los gritos de Cecilia resuenan en todo el lugar, alzo mi vista para ver qué está sucediendo; los dos hombres no saben a dónde correr. Visualizo al Detective Fox, quien apunta a los hombres mientras que varios policías los acorralan.

Sin darnos cuenta, Dewon me dispara en el costado. Mi respiración se ralentiza, el dolor es punzante, así como el dolor en mis costillas. Escucho otro disparo, pero no sé a quién le han dado.

Intento mantenerme despierto, pero todo se vuelve negro.

Solo espero no morir desangrándome, quiero ver a mis dos rubias. No quiero que esto acabe aquí. ¡Joder, no!

Capítulo XXV
Lola

Mis manos tiemblan, no sé qué hacer. Mi respiración es escasa. Siento que la habitación da vueltas. Recuerdos comienzan a aparecer en mi mente: Roger hablando conmigo sobre sus reglas en nuestro acuerdo, el viaje a California, la vez que conocí a Marie en el hospital, el momento en que supe que estaba embarazada.

Oh por Dios, estoy recordando.

Intento sentarme en la cama, tratando de calmarme un poco. Como si mi hija supiera lo que nos está pasando, ella comienza a llorar. Me quedo mirando fijamente al suelo, escucho el llanto de Leah, pero no me muevo. Estoy en una especie de shock.

Leslie llega a la habitación, preguntando por mí, luego me ve y se arrodilla para estar a mi nivel.

—Hey, Lola —me llama, tomando mi rostro con su mano—. ¿Qué ocurre? Leah está llorando, ¿por qué no la cargaste?

—Ellos... —digo con voz temblorosa—... tienen a Roger.

—¿Ellos?

—Cecilia y George —respondo, subiendo mi mirada para ver sus ojos. Ella está sorprendida también. Su mirada se humedece y sus mejillas se tiñen de rosado.

—¿Le harán daño? —pregunta con voz quebrada también.

—No lo sé. —Me echo a llorar.

Leah se había calmado, pero vuelve a llorar. Veo como Leslie mueve su cabeza, se levanta y toma a la bebé en brazos.

Levanto la mirada y veo a Leslie mecer a Leah para que se vuelva a dormir. Ella es mejor que yo, ella es fuerte y valiente.

—Gracias, pequeña —le digo. Ella me mira y esboza una suave sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer, Lola?

Sacudo mi cabeza.

—No lo sé...

Busco mi teléfono y me doy cuenta que está en el suelo, roto en pedazos, la pantalla está hecha añicos. Cierro mis ojos y lágrimas comienzan a caer de nuevo por mis mejillas.

—Roger... no le puede pasar nada, Les —digo sollozando.

—¿Le has tomado cariño? —inquiere, acostando a Leah en su cuna.

Asiento.

—Lo he recordado todo —susurro gimoteando.

—i¿En serio, hermana?! —pregunta exaltada, tiene una gran sonrisa ahora mismo.

—Sí... Él ha sido tan bello en este mes, tratando de que yo le recuerde. ¡Oh Dios!

Leslie me abraza sorpresivamente. Le devuelvo el abrazo.

—Les, tengo miedo —confieso—. Ellos... pueden hacerle daño. Pueden... —se me quiebra la voz. No puedo ni imaginarme lo peor.

¿Por qué seguimos sufriendo? ¿Cuándo podremos ser felices?

—La policía los encontrará —dice Leslie—. ¿Verdad?

—Ojalá, pequeña.

Ella se separa de mí, se limpia sus lágrimas. También ha llorado. Suelta un suspiro.

—Llamemos a Raymond, buscaré mi teléfono —sugiere saliendo de la habitación con rapidez.

Trato de tomar aire, pero no puedo. Saber que Roger está secuestrado, no puedo hacerlo con facilidad. Lo necesito conmigo. Su hija lo necesita en su vida.

Me levanto de la cama, me acerco a la cuna de Leah.

—Perdóname, mi amor —me disculpo—, por no tomarte en mis brazos mientras llorabas, mami está preocupada y estaba en shock porque papi está mal.

Acaricio su mejilla regordeta, el nudo en mi garganta se afianza y sollozo de nuevo.

—Papá estará de vuelta, lo prometo, corazón —le aseguro.

Ella tiene que crecer con su papá... Él volverá, lo sé.

El recuerdo de cuando Roger pudo cargar a la bebé llega a mi mente, ese día fue tan hermoso. Aunque no podía recordarle, estar

presenciando el momento en que él tomaba en brazos a su hija, fue maravilloso. Se veía lo emocionado y nervioso que estaba.

Roger acaba de llegar a la casa, le han quitado el yeso hoy y aunque tenga que ir a terapia, él está ansioso y decidido en que cargará a su hija esta noche.

Él me mira con sus ojos en súplica, eso me hace reír, le digo que se siente en la cama para que está más cómodo.

—Apóyate en el respaldo, Roger. Ponte lo más cómodo posible.

—Está bien, Rubía, haré todo lo que me digas. —Mira en dirección a la cuna de Leah—. Estoy nervioso, ella es tan pequeñita, no quiero hacerle daño.

—No lo harás, tranquilo. Ya verás que será un momento maravilloso y todo se dará natural.

Me acerco a la cuna, veo a mi hija y le sonrío, es tan hermosa.

—Vamos con papi, mi amor —susurro hacia ella. Leah está despierta, hace un rato la bañamos y aún no se ha dormido.

Veo como Roger respira hondo muchas veces, sí que está nervioso. Eso me hace sonreír. Se ve adorable.

Poco a poco me voy acercando hasta donde está Roger, él me mira expectante, esperando a que ponga a su hija en sus brazos. Le doy una sonrisa cuando él se prepara para agarrar a la bebé, cuando la ha tomado por completo, noto que sus ojos se han humedecido. Él esperó mucho por este momento, no puedo culparle por el nerviosismo, yo también me sentí así cuando la cargué por primera vez.

—Santos cielos, es tan hermosa y pequeñita —murmura mirándola, alza su mirada hacia mí y me sonríe—. Esto es increíble, Lola.

No puedo dejar pasar este momento, corro a buscar mi teléfono, necesito capturar esto en una fotografía. Él me sonríe cuando le digo que lo haga, tomo varias fotos.

Suelto un suspiro, me siento tan feliz y nostálgica ahora mismo, no puedo dejar de ver el momento padre e hija que ellos están viviendo.

Es muy hermoso.

Limpio las lágrimas derramadas, respiro hondo y busco el bolso de Leah, meto en él lo necesario para salir. Debemos ir a la casa de Raymond, ¡Demonios, no sé qué hacer!

Leslie llega con el teléfono pegado a su oreja, ella habla con alguien.

—Raymond, dime que él estará bien, por favor —dice sollozando. Sus lágrimas ruedan por sus mejillas—. Él es... increíble, no le puede pasar nada.

Me acerco a ella y le abrazo fuerte. Tenemos que serlo, tenemos que ser fuerte para afrontar esto. Lo vamos a superar, como todo lo que hemos pasado.

—Pásamelo, debo hablar con él —le susurro a Leslie, ella asiente.

—Chao, Ray —se despide de nuestro amigo. Leslie me entrega el teléfono, gimotea de nuevo. Limpio sus lágrimas con mi mano, y le sonrío de forma nostálgica.

—Hola —saludo—, ¿qué pasa con Roger? ¿Dónde está? ¿Desde cuándo lo tienen?

Mis preguntas salen a mil por hora, yendo al mismo ritmo de mi corazón.

—Joder —murmura Raymond—. Donovan me ha avisado que habían dicho que los Hamilton habían secuestrado a mi hermano, he tratado de llamar a la policía, pero no sé cómo se llama el detective que les lleva a ustedes el caso.

—Sebastián Fox —digo rápidamente—. Pide hablar con él, él sabrá qué hacer. ¿Dónde estás?

—En casa de mis padres —responde—. Tuve que decirles, no sabía qué hacer.

—Iré para allá, por favor.

—Lola... Mi madre está en una crisis de nervios, si te ve... te tratará mal.

—No me importa, quiero estar ahí, ¡joder, Raymond! —De nuevo vuelvo a llorar—, Roger es el padre de mi hija... es el hombre que amo.

—Lola, ¿has recuperado la memoria? —pregunta.

—Sí —respondo—. Él es el amor de mi vida, el padre de mi hija, yo... moriré, si le sucede algo, Raymond.

Escucho que suelta un suspiro. Está debatiéndose si aceptar o no.

—Está bien. Ven a la casa de mis padres, ¿sabes la dirección?

—No, pero envíala al teléfono de Leslie. He dañado el mío.

—Ay, Lola —me regaña—. Ya te envío la dirección.

Doy un asentimiento como si él me fuese a ver. Qué tonta.

Finalizo la llamada y comienzo a arreglar todo para salir, le aviso a Leslie que iremos a la casa de los padres de Roger. Ella me mira con preocupación.

—¿Está bien que vayamos hasta allá? Tú sabes cómo es la señora Butler...

—No me importa, Leslie. Ahora lo que me importa es saber cómo está Roger y debemos salir de aquí —respondo con firmeza.

Agarro el bolso de Leah, lo coloco en mi hombro, mientras tomo a Leah en mis brazos. Ella sigue dormida. Veo como Leslie tiene su bolso en su espalda, al igual que toma el mío en sus manos.

Estamos listas.

Reviso el teléfono de mi hermana, Ray ha enviado la dirección. Contacto con un *Uber* y éste llega rápido, le indico la dirección. El recorrido hasta la casa de los padres de Roger fue veinte minutos, llegamos y nos bajamos en la casa grande de rejas altas. Pago el servicio y le agradezco al conductor.

Mis manos siguen temblando, tomo una gran bocanada de aire, miro a Leslie y ella me hace una mueca con sus labios. Doy un asentimiento y toco el timbre de la casa.

Raymond sale de la puerta principal, en su rostro veo preocupación, miedo y nostalgia. Sé que él ama a su hermano. A pesar de que a veces tienen sus diferencias, se quieren y respetan. Abre la puerta de rejas de la entrada.

—Ray —susurro. Él me sonríe.

—Hola, hermosa Lola —me saluda. Luego mira a Leslie.

—Hola, bella Leslie. —También saluda a mi hermana.

Leslie le sonríe y le abraza. Me sorprendo.

—¿Roger estará bien?

Ray le regresa el abrazo, Leslie le llega a mitad del abdomen, por el tamaño de mi amigo; él es alto, entonces hace lucir a mi hermana

pequeña en su metro sesenta. Sonrío al verles.

—Lo estará, bella Leslie —responde, dándole un beso en la coronilla. Ella asiente, separándose de él.

Él es peculiar, la ha llamado así desde que la conoció. Algo similar al «*hermosa Lola*». Tan Raymond.

—Estoy preocupada por él, Roger es bueno y me quiere —comenta. Intento tragar el nudo en mi garganta.

—Entremos, está haciendo frío para tener a Leah aquí afuera —tratando de cambiar de tema.

Raymond asiente y nos deja entrar a su casa.

Son las ocho de la noche, el cielo está oscuro y hay una brisa fría en el ambiente. Entramos rápidamente a la mansión, Leslie está fascinada por todo el lujo que hay alrededor. Le hago señas para que disimule, ella se encoge de hombros, pero Ray se ríe por el gesto de Leslie y le dice que no importa, que luego le mostrará la fuente y la terraza del lugar.

Aquella terraza donde la señora Butler perdió los estribos con su hijo…

Meneo mi cabeza para eliminar esos pensamientos.

El señor Butler se acerca a nosotros, no me había dado cuenta que estaba en la sala de estar.

—Buenas noches, Lola —me saluda sonriente—. Qué bueno es verlas, aunque sea en estas circunstancias —dice con voz afligida. Le veo las arrugas en su rostro, también lleno de preocupación.

Miro en derredor, buscando a la señora Butler.

—Ella ha subido a recostarse, le hemos dado un calmante —me dice Lucas Butler, haciendo una mueca con sus labios. Un gesto que me hace recordar a Roger.

¿Estás bien, Gruñón?

No puedo dejar de pensar en él y que pueden estar haciéndole daño.

El señor Butler mira a mis brazos sonriendo.

—¿Quiere cargarla? Ya se va a despertar por comida —digo.

Él asiente. Se acerca y toma a su nieta en sus brazos.

—Oh, pequeña —le dice mirándola—. Soy tu abuelo Lucas —sube su mirada hasta nosotros—, es la primera vez que la sostengo en

mis brazos —dice con un brillo en sus ojos por la emoción.

Le sonrío, él se ve sincero. Siempre me defendió de su esposa.

—Entren, siéntense, ¿han cenado? —inquiere Raymond llevándonos hasta los muebles—. Puedo ordenar que les hagan algunos emparedados.

Leslie me hace señas de que acepte. Debe tener hambre, antes de venir no me ha dado chance de hacerle la cena.

—Sí, estaría bien, por favor —acepto mirando a Ray—. No hemos podido comer antes de venir aquí.

Él asiente, nos da una sonrisa cálida y camina por la casa, dejándonos solas.

—¿Tienes hambre, pequeña? —Le pregunto a Leslie.

Veo a donde está el señor Butler con Leah, sonrío al ver que él le está cantando una canción de cuna.

—Sí, Lola. ¿Tú tienes hambre? —Meneo mi cabeza en negación.

—La preocupación no me dejará comer.

—Él estará bien —asegura, dándome aliento—. Ray lo ha dicho, confío en él.

Niego.

—Tú y tu amor platónico por él —susurro bromeando.

Sus mejillas se sonrojan, abre sus ojos y se comienza a reír.

—¡Lola! —exclama, me río con ella—. ¡Te dije que olvidaras eso!

—Ay, pequeña.

Raymond vuelve, avisándonos que pronto traerán los emparedados. Leslie mira a otro lugar, tiene pena de ver a mi amigo. Algún día se le pasará su enamoramiento platónico, aunque ella diga que no es así. ¡Adolescentes!

—¿Qué le pasa a Leslie? —interroga Ray; señalando con su cabeza a la dirección de mi hermana.

—Nada —le quito importancia—. Está asombrada por la casa.

Él asiente.

—¿Contactaste con el Detective Fox? —pregunto.

Suspira.

—Sí... el loco de mi hermano ha hecho un trato con George Hamilton —me cuenta, yo abro mis labios en sorpresa—. Le han pedido cien millones de dólares para que los dejen en paz.

—Oh por... —me quedo sin habla.

Él no lo hizo.

Mis ojos se comienzan a llenar de lágrimas.

—Ha ordenado que lo dejaran secuestrar para poder sacarle información y los puedan arrestar.

—¿Qué demonios? —inquiero—. ¡¿Él está loco?! —Alzo la voz, Leslie me mira. Niego con mi cabeza. Ella vuelve a mirar los cuadros que cuelgan en la pared.

Ray se encoge de hombros.

—Él dijo que haría de todo por protegerte.

Levanto mi mirada al cielo, llevo mis manos hasta mi rostro y comienzo a llorar.

—Entonces... —hablo con mi voz temblando—. Todo esto es mi culpa.

—No, Lola —dice Ray. Se acerca a mí y me abraza—. No es tu culpa, los culpables y que tienen que pagar por todo lo que han hecho son los Hamilton.

—Pero... Roger está en peligro. Ellos...

—Shhh, tranquila. La policía está al tanto de lo que está ocurriendo. Debemos tener paciencia.

—Y si... ¿lo matan? —Confieso mi mayor temor.

Él se queda en silencio. También ha pensado en ello.

—No lo harán; antes, entrará la policía. Estoy seguro.

Sollozo de nuevo en su hombro.

El llanto de Leah me hace alejarme de Raymond, el señor Butler viene caminando con una Leah llorando por hambre.

—Creo que tiene hambre —dice riéndose.

Asiento, me limpio las lágrimas. Trato de agarrar valor, respiro hondo y me convierto en la madre de Leah. Una madre fuerte para ella. La tomo en brazos para darle su comida; sin dejar de pensar en su padre. Porque él siempre está en mi mente y mi corazón.

Oh Roger, no sabes cuánto te amo.



Las horas pasan y nada que tenemos información de Roger, me estoy desesperando.

Raymond ha estado hablando con el Detective Fox, pero él no nos da información. Solo dice que pronto entrarán al lugar donde está Roger secuestrado. Luego de cenar, Leslie ha subido a la habitación de huéspedes que Raymond le ha dado, la bebé está acostada a mi lado, ellos han traído almohadas para hacer una especie de cama para Leah, seguimos en la sala de estar de la casa. El señor Butler está sentado al frente de mí. Ray está del otro lado del lugar, parado hablando por teléfono, quién sabe con quién a estas horas.

Es la una de la mañana, no he podido dormir. Miro a Leah, ella se ha quedado dormida, está tan linda. Tomo con mis dedos sus manitas, mientras sonrío de medio lado.

—Ella es hermosa —me dice Lucas.

Subo mi mirada, esbozo una sonrisa en su dirección.

—Sí, es preciosa y muy sana.

—Se parece a ti, Lola.

—En el cabello rubio, porque tiene facciones de Roger —sonrío, él también lo hace.

—Él te ama demasiado, estaba como loco el día que... supo que no lo recordabas.

Bajo mi cabeza, muerdo mis labios y asiento.

—Mi mente lo borró, así sin más... —digo sin entender—. Me enoja, porque ¿cómo pude olvidar al hombre que amo?

—Cosas del organismo humano que no entendemos, al menos que seamos médicos —bromea. Me río.

—Es cierto.

—¿Pero ya recuerdas todo?

—Sí, algunas cosas han vuelto a mi mente desde que me enteré que Roger... está secuestrado.

—Un golpe físico te quita la memoria y un golpe emocional te la regresa —murmura.

—Cuestiones de la vida —respondo, encogiéndome de hombros.

Hay tantas cosas que no entendemos de la vida; situaciones que no podemos controlar. Solo queda seguir e intentar dar lo mejor de

nosotros para poder sobrellevar todo. No es fácil, pero tampoco imposible.

Se escuchan pasos venir de la escalera, subo mi mirada y la veo. La señora Gloria Butler está bajando del segundo piso, vistiendo un pijama junto con un albornoz. Lucas se levanta y camina hasta ella.

Me tenso en el momento donde ella me mira, no bajo la mirada. Sigo firme. No me dejaré intimidar.

—Lola —anuncia.

—Señora Butler —saludo de regreso.

Ella camina un poco más hasta llegar a los muebles.

—¿Cómo has estado? —inquiere, dándome una sonrisa.

Estoy extrañada por su saludo y no puedo creer que esté siendo amable. ¿Me he perdido de algo?

—Estoy bien, señora. Preocupada por Roger, pero he estado bien —respondo con sinceridad.

Su mirada se va hasta Leah, le toco la piernita a mi bebé, en modo de protección.

—¡Es Leah! Nosotros la conocimos el día que nació, ha crecido mucho, ¡Está bellísima! —la elogia con emoción, tiene la misma mirada que su esposo tuvo anteriormente cuando cargó a mi hija.

¿Ellos han aceptado a la bebé?

—Señora Butler —comienzo a decir, pero ella me interrumpe.

—Lola, cariño... como le dije a mi hijo, he recapacitado y he comprendido el amor que te tiene. Lamento no haberme disculpado antes, pero como no recordabas nada, ni a nosotros, preferí esperar. Supongo que estás aquí porque has recobrado tu memoria —explica Gloria. Luego mira a su esposo con aprobación, él da un asentimiento.

Suelto un suspiro.

—Sí, señora Butler. Ya recuerdo todo —contesto. Ella esboza una sonrisa ladeada.

—Qué bueno —me dice. Voltea para ver a su esposo, ella se tambalea un poco, supongo que por el efecto del calmante—. ¿Qué ha pasado con mi hijo, Lucas?

—La policía está al tanto y pronto estará con nosotros. ¿Cómo te sientes? —inquiere mi suegro. Él la toma en sus brazos y la acerca hasta el sillón, donde se sientan los dos abrazados. El señor Butler le acaricia el cabello y su mujer derrama algunas lágrimas.

—Lamento todo esto, señores Butler —digo con sinceridad—. Sé que... es mi culpa que ellos estén haciendo todo esto, no quería involucrar a Roger.

—Querida... los que pagarán sus fechorías son esa gentuza, no te sientas culpable —dice Gloria, negando con su cabeza—. Confío en que mi hijo saldrá bien de todo esto.

Asiento.

Es tan extraño hablar con los padres de Roger sin discutir, saber que la señora Butler se ha disculpado por su comportamiento me hace sentir bien. Es como un logro alcanzado, ahora podemos ser felices y vivir nuestro noviazgo con tranquilidad... o eso espero, que los Hamilton nos dejen en paz.

Me quedo mirando a la nada, pensativa en cómo serán nuestras vidas sin ellos atacándonos.

Ahora sí acepto vivir contigo, Roger. Ven pronto a casa, amor.

Limpio una lágrima que se ha deslizado por mi mejilla.

—Lola, ve a descansar —dice Gloria.

Niego.

—No, señora Butler, no podré pegar un ojo. Necesito saber que Roger es libre y que han arrestado a los Hamilton.

—Dime Gloria, Lola.

Le doy una sonrisa de costado.

—Gracias por su comprensión, Gloria.

Ella me da un guiño, asiente y se acurruca en el pecho de su esposo. Me alegra saber que los padres de Roger tienen una buena relación.



Son las tres de la mañana, he cabeceado algunas veces, pero al momento, recuerdo a Roger y el sueño se me quita. He amamantado a Leah y luego se ha quedado dormida de nuevo. La

acurruco en mis brazos, haciéndole sentir seguridad. Diciéndole que todo estará bien, que papá estará bien.

A los minutos de mecerla, decido acomodarla en la cama improvisada que hemos hecho en el mueble de la sala de estar de la casa de los Butler, los abuelos de Leah han asegurado que comprarán una cuna movible para ella, para cuando volvamos a su casa. Les he agradecido por ese detalle. Me gusta saber que volveremos, y volveremos los cuatro juntos.

Aguanta un poco más, amor.

Mis nervios no se han calmado, sigo preocupada por Roger. ¿Qué le estarán haciendo? Necesito que la policía entre ya a rescatarlo. Busco el teléfono de Leslie, le pido a Raymond que me dé el número del Detective Fox. Él me mira, niega con su cabeza.

—No, Lola. Él me ha dicho que lo primero que Roger no quería es que supieras sobre esto.

—No me importa, Raymond. Necesito hablar con Fox —digo firmemente—. Por favor.

Él a regañadientes me entrega su teléfono desbloqueado, busco el número y marco. Repica varias veces hasta que él responde.

—Señor Butler, le hemos dicho...

—No soy Raymond, soy Lola Walts —le interrumpo—. Necesito que entren por Roger y lo saquen de allí.

—Señorita Walts, debemos seguir las órdenes de Roger. Él indicará el momento.

—¡No! —digo exaltada, molesta por todo esto—. ¡Dije que entren ya! ¿Qué van a esperar, que lo maten?

Él se queda en silencio.

—Hágalo... por favor. Yo —se me quiebra la voz—, quiero que mi novio y el padre de mi hija salga vivo de allí... quiero que mi hija tenga presente a su padre. ¡Por Dios, entiéndame!

Sebastián suelta un suspiro, resignado.

—Está bien, señorita Walts. Tomaremos su orden. Sé que Roger lo agradecerá.

—Por favor. —Es lo último que digo, cuelgo la llamada.

Los presentes en la sala me miran, luego me sonríen dándome apoyo. Cierro mis ojos, rogándole al cielo que Roger salga vivo de allí, que no le hagan daño.

Una hora más tarde, a las cuatro de la mañana, recibimos una llamada de la policía. Han entrado por Roger pero que ha habido una balacera y que él estaba siendo llevado al hospital.

Mi mundo se desplomó en ese momento. No sabía qué hacer. Pero de un momento a otro todo comenzó a andar. Vi la carita de mi hija y tomé fuerzas, por ella y por Roger.

La señora Butler llorando me aseguró que cuidaría de Leslie y de Leah, pero que todos iríamos al hospital.

Mis manos tiemblan a más no poder, mi corazón late con fuerza y mi cuerpo se siente tambaleante. Raymond condujo rápido al hospital, Leslie aún somnolienta baja conmigo del auto, Lucas lleva en brazos a Leah. La señora Butler llora, pero se mantiene fuerte.

Todos debemos ser fuertes por él.

Corro hasta la sala de urgencias, buscando a alguien del servicio que me informe sobre Roger. Una enfermera se acerca hasta nosotros.

—Por favor, dígame dónde está Roger Butler —pregunto.

—¿Es familiar?

—Sí, soy su esposa —miento. Todo por tener información.

Algún día, lo seré.

—Su esposo está en quirófano... ha perdido mucha sangre. Haremos todo lo posible por salvarle.

Sus palabras me aturden, se repiten una y otra vez.

«*Todo lo posible por salvarle*».

Lloro, lloro por todo. El dolor que se desgarra en mi pecho es horrible, es un dolor punzante. Ese dolor que sientes cuando nada está bien y sientes el temor de perder a esa persona que amas.

No puedo perderle, me moriría sin él.

Roger no puede dejarnos.

Capítulo XXVI
Lola

Me alejo de la enfermera, mi espalda choca contra una pared y me deslizo hasta llegar al suelo. Esto no puede estar pasándonos. Él no puede dejarnos. Me niego a eso.

Siento como mi corazón se estruja, se agrieta por la preocupación, por el temor de perder al amor de mi vida. Al padre de mi hija. Sé que nuestra relación comenzó tambaleándose en mentiras, pero nuestro amor siempre ha sido real. Desde que Roger me habló con la verdad, ha sido el mejor hombre del mundo: atento, amoroso, caballero, respetuoso.

Lucha por nuestro amor, lucha por mí.

Mis lágrimas se deslizan por mi rostro sin parar, gimoteo, sorbo por mi nariz. Siento un dolor fuerte en el pecho. ¿Qué si él...?

No, no, no, me niego a todo pensamiento negativo. No quiero pensar en nada malo. Él debe vivir, debe estar con nosotras.

—Lola. —Leslie se sienta en el suelo conmigo. Subo mi mirada y veo como su rostro está sonrojado también, tiene pequeñas lágrimas en sus mejillas—. Tienes que ser fuerte, hermana.

—Les... —Bajo la mirada, suelto un suspiro—. No quiero que se muera, él... es mi vida. Leah no puede crecer sin su papá.

Cepillo mi cabello con mis manos, limpio las lágrimas que están esparcidas por mis mejillas.

—Lo siento —digo cabizbaja—. Perdón por quebrarme y no ser fuerte, perdón por no ser tu hermana fuerte y valiente.

Ella menea su cabeza.

—No, Lola. Aún lo eres, solo respira y comenzarás a pensar con claridad —musita mi pequeña hermana. Dándome aliento.

Muerdo mi labio inferior.

Hago lo que me pide, tomo varias bocanadas de aire. Ella se levanta y me tiende su mano, esbozo una sonrisa ladeada y tomo su

mano. Luego, la atraigo conmigo para darle un abrazo.

—Gracias, pequeña. Siempre dándome lecciones de vida a tu corta de edad —le digo, besando la coronilla de su cabeza—. Estoy orgullosa de ti.

Ella comienza a reír bajito.

—No es nada, para eso estamos las hermanas. —Me abraza más fuerte.

Subo mi mirada al frente y Raymond nos observa sonriendo cálidamente. Él asiente y hago una mueca con mis labios.

—Sé fuerte —murmura. Asiento con mi cabeza.

—Lola, ven, vamos a sentarnos —dice la madre de Roger—. Serán varias horas de espera hasta que nos den noticias de mi hijo... tenemos que... —su voz se quiebra, veo como su esposo la abraza de costado dándole apoyo—... ser fuertes.

Me separo de Leslie, Raymond la llama para llevarla al cafetín por un chocolate caliente. Ella me pide permiso y le digo que sí. Es mejor que ella vaya y se distraiga, aunque sea en la cafetería del hospital.

No sé cuántas veces hemos estado aquí este año. Odio los hospitales, y que vengamos tan seguido, los odio aún más.

Camino hasta donde se encuentran los señores Butler, Gloria me entrega a Leah; sostengo a mi hija en mis brazos, le abrazo fuerte, tratando de encontrar en ella la fortaleza para esta situación.

Oh, Roger… por favor, lucha. Lucha por nosotras, lucha por ti.

En voz baja, comienzo a pedirle al Cielo que Roger salga vivo de esa intervención, que se recupere pronto.

Los minutos se convierten en horas, ya tenemos tres horas aquí sentados en la sala de espera, y nada que los médicos salen del quirófano. Leslie se ha quedado dormida entre mis piernas, son las siete y media de la mañana, ninguno exceptuando a mi hermana y a mi hija, hemos podido dormir. Debo lucir fatal en estos momentos.

Leah no ha llorado, ha comido a sus horas y dormido toda la noche. Debo llamar a Laura, a ver si ella puede cuidarla mientras estamos aquí, a Leah y a Leslie, este no es un ambiente apto para

ellas. Mis nervios siguen intactos, aunque el té de tilo que me trajo Raymond de la cafetería me ha relajado un poco.

Veo a mi amigo sentado en una de las sillas de la sala de espera, tiene apoyada su cabeza en la pared, no sé si está dormido. En su rostro se visualiza cansancio, preocupación, miedo. Muchas emociones que lo hacen lucir viejo. No he podido hablar mucho con él, pero sé que en su vida hay alguien, que ha rompido esa barrera de Casanova y lo ha conquistado. Se ve diferente. Me alegra por él.

Leah está en los brazos de su abuelo, él ha estado muy pendiente de su nieta, es lindo verlos mimar a mi hija. Supongo que sienten que es lo más preciado que tienen de Roger, y saber que su hijo está luchando por vivir, se aferran y encariñan más a ella.

Busco a tientas por mis bolsillos el teléfono de Leslie. Odio haber dañado el mío; debo reponerlo pronto. Lo encuentro en mi bolsillo derecho de la chaqueta color blanco que llevo puesta, indago por los contactos de Leslie y encuentro el número de Laura, le doy a llamar.

El tono repica varias veces, luego me cae a la contestadora; tranco y vuelvo a llamar. Esta vez, sí contesta al segundo tono.

—¿Aló? ¿Leslie? ¿Qué sucede, amiguita? —pregunta rápidamente Laura. Imagino que es extraño que mi hermana la llame tan temprano.

—Hola, Laura, es Lola —le cuento, detrás de la línea se escuchan movimientos. Debe estar arreglándose para ir al trabajo—. Lamento molestarte a estas horas.

—No. Tranquila, Lola. ¿Están bien las niñas? —inquiere preocupada.

—Sí, ellas están bien —respondo—. Solo que... —hago una pausa corta—, estamos en el hospital, los Hamilton secuestraron a Roger y le han disparado. Ahora él...

—Oh Dios, Lola —musita.

—Él está en quirófano desde hace algunas horas —añado—. Solo quería ver si podías cuidar a Leah y a Leslie.

—Lo haría con gusto, sabes que sí... Solo que necesitaría un permiso de la empresa para faltar hoy.

Miro directamente a Raymond. Él está mirando su teléfono.

—Raymond —lo llamo, él sube su mirada—. Necesito un favor.

Él me mira esperando qué le pediré, me hace señas con sus cejas.

—¿Podrías llamar a la empresa para que le den un permiso a Laura para que falte hoy al trabajo? Es para que cuide a Leah y a Leslie. Por favor.

Él tensa su mandíbula, frunce su ceño y se queda pensando mi pedido. Luego, suelta un suspiro.

—Sí, ya llamo a Recursos Humanos —dice, volviendo a mirar su teléfono.

Arrugo mi frente ante su actitud.

—¿Lola? —Se escucha en mi oreja, recuerdo que estoy hablando con Laura por teléfono.

—Sí, Raymond llamará y avisará a Recursos Humanos —le digo.

—Está bien, déjame desayunar y voy directo al hospital.

—Gracias, Lau —le agradezco—. Eres un sol.

—No hay de que, para eso estamos las amigas.

Sonrío. ¡Qué bueno es tenerla de amiga! Recuerdo que ella ha estado ayudándome con Leah, ha ido a mi casa a visitarnos los fines de semana. Ahora hay más comunicación entre ella y yo, me ha contado cómo le va con sus sesiones con la psicólogo. Estoy orgullosa de que lo intente, que quiera sentirse bien consigo misma.

Cuelgo la llamada, me quedo mirándole a Raymond. Él me mira de regreso.

—¿Qué ocurre contigo y Laura? —inquiero, directo al grano como siempre me gusta serlo. Trato de averiguar por qué su actitud renuente con mi amiga.

Él menea su cabeza.

—No ocurre nada —responde secamente.

Arrugo mi entrecejo.

—¿Están saliendo o algo parecido? —Enarco una ceja.

Mi amigo se queda en silencio, luego niega con su cabeza y se levanta de su puesto.

—Iré a que me digan algo sobre Roger, no aguanto esperar más —dice yéndose hasta la estancia de enfermería.

Me quedo mirando hacia su dirección. Ha ignorado mi pregunta, ¿eso quiere decir que están saliendo? Algo tuvo que haber pasado entre ellos como para que tenga esta actitud, o simplemente no le cae bien Laura Montreal. Dejaré esa investigación para otro día.

Miro hasta donde están mis suegros, ellos hablan mientras miran a Leah, sonríen y luego Gloria baja su mirada, un par de lágrimas caen por su rostro. El nudo en mi garganta no se afloja, sigue presente y queriendo ahogarme.



Laura ha venido por Leah y por Leslie hace una hora, le he indicado las onzas que puede beber mi hija de leche de fórmula mientras estoy aquí; en casos de emergencia, he sugerido que beba de esa leche. Me da dolor dejarla por algunas horas, ella no se ha despegado de mí en este mes, y ahora ya se queda con mi amiga. Ellas se han ido a mi apartamento, estarán más cómodas allá. Leslie antes de irse ha llorado en mis brazos, deseando que Roger se mejore.

No sé de dónde saqué valor y le aseguré, así como lo hice con mi hija, que él estará bien y estará con nosotras pronto.

Estoy cansada de esperar sentada en esta silla, no he vuelto ver a Raymond desde que se fue sin responder mi pregunta. Los señores Butler están en el cafetín del hospital, estoy sola en la sala de espera.

Un movimiento en la puerta del quirófano me alerta, me levanto de la silla y pregunto por mi novio. Él médico me ve y hace la misma pregunta de la enfermera al llegar.

—Sí, soy su esposa —aseguro. Él asiente y comienza a hablar.

—Señora Butler, el paciente está delicado pero la operación fue un éxito, hemos podido extraer la bala, había afectado uno de sus órganos y fue difícil el procedimiento, pero pudimos hacerlo. También tiene una costilla rota, tendrá reposo por varias semanas —traga saliva, pausando su discurso y sigue hablando—: El señor Roger Butler está a salvo, solo queda su recuperación.

Con cada palabra que emite, me preocupo por él, pero igual siento alivio, y éste pasa por todo mi cuerpo como una ráfaga de corriente. Lágrimas comienzan a caer por mis mejillas mientras sonrío, le agradezco al doctor, él me sonríe también.

—Él estará en terapia intensiva por algunas horas mientras se estabiliza. Después pasará a una habitación —me informa, quitándose su gorro quirúrgico.

Asiento, le agradezco de nuevo y él se retira.

Cierro mis ojos, dando gracias porque él está bien. Cuando los vuelvo a abrir, veo como los padres de Roger corren hacia mí.

—Lola, ¿qué han dicho? ¿Cómo está nuestro hijo? —interroga Lucas.

—Lola, dime que mi hijo está bien —dice Gloria con lágrimas a punto de caer.

Sonrío para darles la noticia. —Él está bien, está a salvo, han podido extraer la bala, pero todavía estará en terapia intensiva.

—¿Por qué?

—Recuperación y para que se estabilice —repito lo que me ha dicho el médico.

Ellos asienten, se abrazan y me dan sonrisas de felicidad. La mano de Gloria toca mi brazo y le da un apretón.

—Él ha luchado por ti y por Leah —dice, esbozando una sonrisa ladeada.

Me siento nostálgica. Doy un asentimiento.

—Lo sé —le devuelvo la sonrisa.

Esperamos a que las horas pasen rápido para que Roger esté en una habitación aparte y podamos verlo; esperar a que despierte de la anestesia.

Estoy ansiosa de verlo, regañarlo por hacer esa locura, sin embargo, feliz de que esté vivo, y ya no tengamos a los engañosos tras de nosotros.

Seguimos en la sala de espera, estamos esperando que nos avisen cuándo trasladarán a Roger a otra habitación. Raymond camina hasta mí, se sienta a mi lado, en la silla disponible. Cruza sus piernas y entrelaza sus manos.

—Tengo noticias sobre los Hamilton —dice mirándome. Yo le miro de vuelta, tenso mi mandíbula.

—¿Ya están en la cárcel? —pregunto. Juego con mis manos, esperando esa respuesta confirmatoria que tanto he esperado.

—Sí, Lola —responde asintiendo—. Por fin, esos desgraciados están en la prisión. Aunque, bueno, su juicio será la próxima semana, pero están arrestados.

Exhalo el aire contenido, siento que se me ha quitado un gran peso de encima.

—Me alegra escuchar eso —digo con sinceridad.

—Hay algo más —añade. Miro su rostro, está molesto. Arrugo mi frente.

—¿Qué sucede?

—Dewon Donovan era su aliado.

Me quedo sin habla, me he sorprendido con lo que ha dicho. ¿Donovan está detrás de todo esto? ¿Por qué?

—No puedo creerlo —murmuro incrédula.

—Sí... Él quería asesinar a Roger —masculla, tratando de ocultar su enojo.

Abro mis ojos y llevo mi mano hasta mi boca.

—¿Qué? —Susurro—. ¿Qué le pasa a Donovan? ¡Por Dios, él tiene una familia!

Raymond ríe irónicamente. —Eso no le importó.

—¡Santos Cielos!

—Ahora, ellos están arrestados por varios delitos, esperando el juicio, creo que será el lunes.

—¡Espero que se pudran en la cárcel! —exclamo. Niego con mi cabeza—. No lo puedo creer... Dewon estuvo ayudándoles.

Todo este tiempo, todas esas burlas hacia mi persona, esas advertencias de que tuviera una relación con Roger... todo era porque él quería hacernos daño.

No lo puedo creer.

Cuando menos lo esperas, hasta el ser más cercano a ti, puede traicionarte. Hacerte una mala jugada y hacerte caer.

—Me cabrea muchísimo, fue él quien me dijo que mi hermano lo habían secuestrado los Hamilton —dice Raymond.

—Todo era un plan —secundo.

—Sí, hermosa Lola.

Coloco mi cabeza sobre su hombro.

—Ya no podemos confiar en nadie —le digo—. Él trabajaba con nosotras en la oficina, nos conocía desde que comenzamos a trabajar en la empresa y viene con esto.

—Los peores canallas llegan en silencio —sisea con molestia, veo que toma aire—. Haciéndose los buenos samaritanos para que confíes en ellos, y luego, ¡zas! Te apuñalan por la espalda.

Me quedo callada, pensando en sus palabras. Es cierto, así sucedió con mis padres. Confiaron tanto en Cecilia y George, para que más tarde, ellos enviaran a robarles su dinero ahorrado.

Me duele el pecho, me duele que mis padres hayan confiado tanto en ellos, y les traicionaran sin pudor, sin titubeo.

Los odio, odio mucho a los engañosos.



Acaban de trasladar a Roger hasta una habitación, aun no se ha despertado; nos han dicho que no podemos estar todos dentro de ella, así que les he dicho a sus padres que entren primero a verle, Ray y yo estamos afuera esperando.

—Llamé a Laura, las niñas están bien —le informo a mi amigo, él está sentado en una de las sillas al frente de la habitación de Roger, está bebiendo café. Él asiente.

—Sabes, admiro a Leslie, a pesar de que solo tiene trece años, es muy madura y valiente —dice, esbozando una sonrisa de costado. Sonrío también.

—Sí, mi pequeña hermana es increíble.

—¿Qué le dirás a Roger cuando despierte? —inquiere, enarcando de sus cejas en broma.

—¿Quién eres tú? —bromeo riéndome. Él se ríe también.

—Lo harías sufrir —se burla, negando con su cabeza.

Suelto un suspiro, tomando ahora la seriedad.

—Le preguntaré que qué tenía en la cabeza para hacer esa locura.

Raymond lleva sus dedos hasta sus labios.

—Yo haría lo mismo por la mujer que amo —confiesa.

—¿De verdad?

—Sí —responde, encogiéndose de hombros. No dice más nada. No entiendo por qué tan misterioso.

Me incorporo de mi asiento cuando los padres de Roger salen de la habitación sonriendo. Los miro expectante a lo que vayan a decir.

—Nuestro hijo ha despertado —dice Gloria emocionada.

Sonrío también.

—¿Cómo se siente? ¿Qué ha dicho?

—Calma, Lola —se burla Raymond. Le doy una mala mirada.

—Él ha llamado a Lola en susurros —responde Lucas riéndose en voz baja.

Siento calor en mis mejillas.

—Puedes entrar —me dice Gloria. En su rostro se observa el alivio y la felicidad de tener a su hijo vivo. Entiendo ese sentimiento, sé cómo se siente ser una madre y por Leah haría cualquier cosa. Y moriría si le pasara algo.

Asiento y les doy una sonrisa nerviosa. Raymond me da un apretón en el hombro.

—Gracias —les digo a los señores Butler.

Entro a la habitación, inhalo y exhalo varias veces, estoy nerviosa. Me voy acercando y veo a Roger acostado en la típica cama de hospital, me tenso al momento en que veo que tiene moretones en su rostro, su labio está suturado y tiene la venda alrededor de su abdomen. Arrugo mi cara, preocupada y triste por verle así. Estoy enojada con él, ¿cómo pudo ir y ser casi un suicida por obtener información? Lo amo mucho, ¡joder!

—Eres un tonto —susurro cuando estoy cerca de él. Mis ojos se humedecen.

Veo como su rostro se contrae, se queja y dice—: ¿Por qué... me recibes así, Rubia?

Comienzo a sollozar cuando escucho su voz, él está vivo. *Realmente lo está.*

Llevo mis manos hasta mi rostro, lloro porque lo amo tanto y odio que esté en ese estado por mí.

—Shhh —Roger intento calmarme—. No llores, amor.

Sin mediar palabra, me aproximo a su boca con cuidado y le doy un cálido beso. Un beso que dice más que mil palabras. Es un beso que demuestra mi amor, mi admiración, mi respeto y anhelo por él. Un beso con sentimiento.

Me alejo y susurro en su boca—: No vuelvas a hacer estas cosas, Roger. ¡Dios mío, quieres que me dé un infarto antes de los treinta!

Él sonríe, esa sonrisa que me mata de amor.

—Si estar... así, me hace tener un beso tan dulce como ese —dice en susurros—. Puedo estar aquí por siempre.

Le golpeo en el hombro. Él se queja porque le duele, me disculpo con las mejillas teñidas de rosa—. Idiota, no digas esas cosas. Te puedo dar todos los besos que quieras, pero en casa.

Él se inmuta, me mira con sus ojos abiertos.

—¿Me recuerdas? —pregunta frunciendo su ceño.

Asiento, con las lágrimas descendiendo por mis mejillas.

—Sí, mi amor —susurro.

Veo como sonríe, pero se queja cuando siente la punzada en su labio suturado.

—No te lastimes, Gruñón —le digo, tocando su mejilla.

—Te amo, Lola —dice con profundo amor, veo como sus ojos se cristalizan—. Te amo demasiado, a ti, a Leah y a Leslie —se queda en silencio un segundo—, son mi familia.

Siento que me he enamorado más de él con esas palabras.

—Yo te amo a ti —le respondo—. Estoy tan agradecida contigo. Somos una familia, Leah y Leslie también te aman. No sabes cómo está mi hermana de preocupada por ti.

Roger ladea una sonrisa.

—Pequeña Leslie —susurra con nostalgia.

—Descansa, más tarde hablaremos —lo vuelvo a besar delicadamente. No quiero agobiarle, debe recuperarse—. Te amo, *Kamikaze* —le digo bromeando.

Él comienza a reírse, pero se queja por el dolor.

—Rubia, te amo —repite.

Niego con mi cabeza, sonriéndole. Amo escuchar decirme eso.

—Yo te amo más —contesto de regreso. Él me sonríe, luego cierra sus ojos y se queda dormido de nuevo. Su mano está entrelazada con la mía. Somos uno, para siempre.

Y te amaré toda mi vida, si es posible.

Capítulo XXVII
Lola

Roger ha estado estabilizándose, han pasado tres días desde lo sucedido. Ya se puede sentar en la cama con cuidado, pero sus heridas le duelen aún. Su hermano Robert llegó de su viaje con su esposa Nina, no los conocía hasta ahora. Ellos se han comportado amables conmigo. El hermano mayor de Roger es más serio que los otros dos Butler. Su esposa es simpática, una morena de pelo castaño y ojos verdes.

—Roger. —Él me mira mientras come su fruta del almuerzo—. Gracias por ayudar a que atraparan a los Hamilton.

Él asiente, luego sonríe de forma ladeada—. Rubia, me has agradecido muchas veces en estos tres días.

—Es que realmente estoy muy agradecida contigo.

—Dime más bien que me amas, que me veo sexy con una venda en el abdomen, qué se yo —dice bromeando. Me echo a reír.

—Te amo y te ves jodidamente sexy —le digo, alzando mi ceja—. Creo que podría enamorarme de ti.

—¿Podrías? —Sonríe pícaramente.

—Sí, me lo pensaré —respondo sonriente.

Estoy sentada en la orilla de la cama, viéndolo comer. Él se limpia los labios con una servilleta, toma un poco de jugo de fresa y se queda unos segundos viéndome. De pronto, Roger coloca una mano en mi mejilla, atrayéndome hacia él. Estamos a pocos centímetros de besarnos.

—Con que lo pensarás... —musita, lamiéndose los labios y mirando repetidas veces hacia mi boca.

Se me seca la boca cuando lo veo morderse el labio inferior, trago saliva cuando comienza a besarme la mejilla, el lóbulo de la oreja, luego desciende hasta mi cuello. Usa su nariz para acariciar mi piel.

—Ro...ger —mascullo—. Te estás lastimando el labio.

—Shhh, Lola. Solo son pequeños besos —susurra, besándome de nuevo. Muy cerca de la comisura de mi boca.

Mi respiración se ha escaseado.

—Si me vas a besar, bésame en la boca —murmuro, sedienta de sus besos.

—Uy, señorita Walts. ¿Quiere que la bese? —inquiere, alejándose un poco. Lamo mis labios y asiento—. ¿Eso serviría para que se enamore de mí, y no solo lo piense?

Una risita nerviosa se me escapa, él hace una mueca en sus labios para no reír también.

Me gusta mucho este juego de seducción.

—Creo que ya estoy enamorada de ti.

—¿Lo comprobamos? —pregunta Roger. Acercándose más a mis labios. Siento un pequeño roce entre nuestros labios. Jadeo.

Me rindo, seré yo quien lo bese. ¡Al demonio!

Apoyo una mano sobre la cama para intentar no caerme sobre él, con la otra, la poso en su mejilla y lo atraigo hasta mí completamente, uniendo nuestros labios. Él se sorprende, sonríe y agarra con suavidad mi labio superior. Gimo ante su delicadeza, ¡me encanta!

Con cuidado, comenzamos a besarnos, a sentir nuestras bocas unidas. Demostrándonos el amor que sentimos en pequeñas caricias. Él gruñe bajito, muerde mi labio y entra depravadamente a mi boca con su lengua. Esto podría estar doliéndole por su herida, la costura de su sutura se siente rara al besarla, pero ¡que me condenen, quería tanto besarle de esta manera! Paro de pensar y me dejo llevar.

Nos separamos por aire, él apoya su frente junto a la mía, jadeantes, nos miramos a los ojos.

Suelto un suspiro, él también lo hace.

—Te amo —decimos al unísono, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo en decirlo al mismo tiempo.

Nos reímos de ese hecho.

Sin querer alejarme de él, lo hago. Roger frunce su ceño.

—No te alejes, ven, bésame más —dice, haciendo un mohín.

Sacudo mi cabeza. —Debes descansar un rato.

Mi novio rueda los ojos.

—No pongas esa cara —le regaño—. Es para tu bien.

Da un asentimiento.

—¿Leah está con mis padres?

—Sí, ellos quisieron cuidarla. Me duele tanto no tenerla conmigo todo el día.

—Diles que la traigan en la tarde, quiero verla.

—Está bien.

Quito la mesita portátil que usan los pacientes para comer, la arrastro hasta su lugar en la habitación. Más tarde, un empleado del hospital viene a retirarla. Me vuelvo hasta Roger. Veo que intenta acomodarse en la cama por sí mismo.

—Espera, te ayudaré.

Él se detiene. Me aproximo hasta su cama y lo ayudo a acostarse en la misma.

—Necesito recuperarme rápido.

—Lo harás, cariño. Solo debes tener paciencia.

Suspira resignado.

Dramático.

—Duerme un rato, estaré en el sofá. Llamaré a Gloria para saber sobre mi hija. Leslie está en la escuela, al salir vendrá a verte.

—Vale —responde Roger—. Descansa tú también, Lola.

—Lo haré —le aseguro.

Me acerco y le doy un beso la mejilla, él sonríe.

Busco mi bolso que está en el sofá de la habitación y saco el teléfono de Leslie. Aún no he podido comprarme uno nuevo. Roger me ha sugerido que si quiero que él me lo regale, sacando a relucir el tema que soy su novia y puede hacerme regalos como ese. En ese momento, me encogí de hombros y él bromeó con que no me gusta que gaste dinero en mí. Le dije que sí, él negó con su cabeza, asegurándome que me comprará uno al salir de aquí.

—Es divertido verte con el teléfono de Leslie —dice Roger.

Lo fulmino con la mirada.

—Deberías de estar durmiendo, no mirándome.

Él sonríe.

—Yo amo mirarte.

¿Cómo no derretirme de amor por sus palabras? ¡Dios mío!

—Pero tienes que descansar —replico.

—Más tarde lo haré —murmura—. Estaba agradeciéndole a Dios.

—¿Por qué?

—Porque por poco, no estoy en este mundo, no estoy a tu lado. Ni hubiese podido ver a mi hija crecer, decirles a mis padres y hermanos que los amo. Tantas cosas...

El nudo se forma en mi garganta. No habíamos podido hablar sobre lo que ocurrió. Me quedo en silencio, escuchándolo. Él quiere hablar, así que lo dejaré hacerlo.

Roger mira hacia el techo, recordando lo que vivió esa noche en ese almacén.

—Yo sabía que tenía que seguir, soportar los golpes, porque así podrían tener pruebas para enjuiciarlos y encerrarlos en la cárcel. Pero... tenía miedo.

—Roger —mi voz sale en susurro.

—Tenía miedo porque no quería morir allí, quería ganarles —me mira—. Quería que nos dejaran en paz. Quería... —se detiene, veo como toma aire, tensa su mandíbula. Esto le afecta—, salir de allí y tenerte en mis brazos, besar a mi hija y decirles cuánto las amo.

—Y nosotras te amamos a ti —digo rápidamente.

—Cuando escuchaba cada vez que ellos confesaban un crimen, me carcomía la rabia por dentro. Pero ¿Qué podía hacer? Mis manos y piernas estaban atadas, adolorido por la paliza que me dio Hamilton.

Quiero llorar.

—Así que dejé que siguieran hablando, sacando a la luz todas las cosas que hicieron, así la policía tomaba nota de todo.

—El Detective Fox vino y me dijo que mañana tomarán tu declaración en tu apartamento, cuando salieras de aquí —le informo.

—Está bien —contesta Roger—. Lo que sí me sorprendió y me enojó más fue ver a Donovan —sigue contando.

—Ese hijo de perra... —mascullo.

—Me decepcionó verlo, porque ¡joder! Él tiene una esposa e hijos, ¿por qué caer tan bajo? —Roger voltea su cabeza hacia mí.

Me encojo de hombros. —Ambición —respondo.

Bufa.

—Mal hecho, tú tienes que pensar en tu familia primero, saber que les harás daño.

—Es un ser sin escrúpulos, pensó que podía asesinarte y salir ileso de todo.

—Sí... —Arruga su ceño—. ¿A quién más le dispararon ese día? Yo escuché otro disparo.

—A Dewon, pero fue en los pies para asustarlo. Lo curaron en la estación policial.

—Desgraciado, debieron darle en una pierna —insinúa Roger.

Me levanto del sofá, camino hasta mi novio.

—Eres mi héroe, el héroe de Leah y también de Leslie —le digo, esbozando una sonrisa.

—Haría cualquier cosa por ustedes.

—Lo sé, yo también —añado.



Es viernes, le han dado de alta a Roger. Vamos camino a su apartamento, la señora Butler ha contratado a una enfermera que lo ayude y esté pendiente de sus heridas. Leah va en los brazos de Leslie, a mi lado. Raymond está manejando el auto.

—Hermano —dice Ray, llamando la atención de Roger—. ¿Dónde quedó tu auto?

—Supongo que en la estación de policías —responde—. Ese día dejé el auto con la puerta abierta y la llave en el contacto. Debo preguntar por eso.

—Qué despistado, gran Roger —dice Leslie sacudiendo su cabeza. Todos nos reímos.

—Bueno, pequeña Leslie, es que he estado pendiente de alguien más —murmura, dirigiendo su mirada hacia mí. Me ruborizo—. Discúlpame por eso —vuelve a ver a mi hermana.

Me río más, cuando ella le saca la lengua, mofándose de él.

He pensado volver a trabajar el lunes que viene, ese mismo día es el juicio de los Hamilton y de Donovan. Estoy nerviosa, pero segura de que los encerrarán para siempre.

Roger vuelve a su apartamento. Le he ofrecido vivir con nosotras por un tiempo, mientras se recupera, pero él se ha negado. Que dejáramos la mejor parte de vivir juntos para un futuro muy cercano. Yo accedí a su petición, es por eso que su madre ha contratado a una enfermera, por los dos meses de recuperación que debe cumplir.

Dos meses sin ir a la empresa, no hacer fuerza, ni hacer deporte. Él bromea con que se pondrá gordo si no va al gimnasio con frecuencia. Se preocupa que no lo quiera siendo un gordo barrigón.

Sé que me costará ir y venir con Leah o con Leslie a visitarlo, pero lo haré. Debo pensar en comprar un auto, solo que mi cuenta bancaria pide ayuda y me niego a decirle a Roger que me compre uno. Eso sí que no.



El juicio fue esta mañana.

Le han condenado los cargos a Cecilia, George y a Donovan. Los engañosos envejecerán en la prisión por los cargos de intento de homicidio y autores intelectuales de robo y secuestro, además de estafa. A Donovan lo han condenado de malversación de fondos, corrupción, estafa e intento de homicidio. Él también tendrá muchos años encerrados en la prisión.

Hoy puedo libremente respirar en paz. Estoy aliviada de que ellos estén en la cárcel, estoy feliz de que finalmente podamos vivir bien, sin preocupaciones ni en constante angustia. Feliz porque mi hermana y mi hija crecerán bien, libres de esa persecución que habíamos tenido con Cecilia y George.

En el juicio, se conoció que Esteban Oggins, el empresario multimillonario, socio de Sunshine, era también amigo de Dewon Donovan y le ayudaba en su malversación de fondos, ellos estaban robándole dinero a Sunshine, además de ocultar la ubicación e identidad de los Hamilton. También lo arrestaron y su juicio será pronto. Se descubrió que George y Esteban mantenían una relación de amantes.

Eso me sorprendió muchísimo. No sabía que George jugaba para los dos bandos, además de que engañaba a Cecilia.

Yo estaba nerviosa cuando dijeron el veredicto, asombrada por todas las cosas que hicieron. Escuchar las grabaciones que se hizo en el secuestro de mi novio fue doloroso. La voz de Roger tratando de respirar después de los golpes... Fue horrible.

Somos libres y eso se siente jodidamente bien.

—Lola, ven —me llama Roger, desde la cocina de su apartamento. La enfermera ha salido esta noche, es su día de descanso. Mañana por la mañana volverá a cuidarlo, esta noche nos toca a Leslie, Leah y a mí.

Hemos venido a visitar a Roger y a celebrar que los Hamilton ya no nos harán más daño.

Camino hasta dónde está mi novio junto a mi hermana, Leah está en mis brazos, pegada al pecho, comiendo su comida favorita.

—Estoy amamantando a la bebé, ¿qué ocurre? —Les pregunto, entrando a la cocina.

—¡Sorpresa! —Gritan al unísono. Sonrío al verles puesto delantales, sosteniendo con sus manos un pastel y galletas.

Los miro incrédula, pero sonriendo también.

—¿En qué momento han horneado todo esto? —inquiero, acercándome a Leslie, quien es la que lleva el cuenco con galletas de vainilla. Tomo una.

—Les ha hecho las galletas con la vecina de tu edificio —mi hermana asiente—, y yo mandé a comprar este pastel —dice riéndose—. La ropa es solo simulación.

Meneo mi cabeza.

Los amo mucho.

Muerdo la galleta y gimo por lo deliciosa que está.

—Eres la mejor horneando galletas, Leslie.

Ella se ruboriza y esboza una sonrisa más grande, entrecerrando sus ojos.

—Gracias, hermana —musita tímidamente.

Leah aleja su boca de mi pezón y solloza.

—Mi corazón, ahí está tu pezón, nadie es dueño de él, vuelve a succionar y listo —le digo, ayudándola a encontrar mi pecho de

nuevo, al hacerlo comienza a succionar y sigue comiendo plácidamente.

—Yo no diría que la única dueña... —murmura Roger. Abro mis ojos de pronto y mis mejillas se comienzan a ruborizar. Miro a Leslie y ella se está riendo.

—¡Roger! —exclamo amonestándolo. Le hago señas de que se acuerde de la presencia de mi hermana. Él se comienza a reír.

—Lo digo porque... —trata de decir—... vendrán hermanitos, no será la única dueña.

Leslie se carcajea, luego negando con su cabeza dice—: No sabes mentir ni disimular, Roger.

Las mejillas del mencionado están ruborizadas.

—Comamos pastel y olvidemos este momento.

—Oh no, siempre lo recordaré —asegura mi hermana riéndose.

Miro a mi novio, sacudo mi cabeza y él me guiña un ojo.

Amo esto, amo a mi pequeña familia. Sé que mis padres están orgullosos de mi hermana y de mí, de todo lo que hemos logrado.

Capítulo XXVIII
Lola

Dos meses después...

Leah cumplió tres meses la semana pasada, estamos tan felices de ver a nuestra pequeña crecer. Es rubia, sus ojos son azules como los de Raymond y el señor Lucas, impresionante. Roger ha bromeado con que si mi hija no es hija de Raymond; cuando dijo eso, me enojé con él el día que nos dimos cuenta que los ojos de Leah eran azules. Fue molesto, pero él se rió y dijo que bromeaba, que no me enojara; que él sabía que Leah era su hija.

Roger ha mejorado, su costilla está curada y la herida en su abdomen ha cicatrizado correctamente, ayer hemos ido al médico a su chequeo mensual. Todo está bien. El doctor recomendó no esfuerzos, ni movimientos bruscos.

Hace mes y medio volví al trabajo, a Leah la cuida Gloria en su casa. Sé que debí contratar a una niñera que cuidara a la bebé mientras yo trabajo, pero ella se ofreció. Así que acepté a que ella lo hiciera. Todo este tiempo, Gloria Butler se ha comportado de una manera impecable, ama a mi hija y adora cuidarla.

Me enteré por ella misma que la madre de Marie fue a visitarla y comenzó a hablar mal de mi hija y de mí, ahí fue cuando la señora Gloria sacó las garras en nuestra defensa.

—Entiendo su dolor, entiendo que tu relación con Roger comenzó cuando ellos estaban juntos, pero es momento de seguir adelante. Nuestra amada Marie no está con nosotros, pero seguimos recordando su memoria.

Esas fueron las palabras de Gloria, al contarme sobre lo sucedido. Lamento que Susanne Lemongelli hablara sobre nosotras, pero entiendo que las cosas se dieron de una forma que no se ve bien para los demás. Solo queda avanzar y no mirar atrás.

Pero siempre recordaremos a Marie.

Voy camino a la oficina de Raymond, debo pedirle un gran favor. Tengo un buen plan para la cita que tendré con Roger dentro de dos días. Todo debe salir perfecto.

Llego al piso doce de Sunshine, las asistentes de presidencia y vicepresidencia me ven, me saludan y una de ellas me pregunta qué deseo.

—Quiero hablar con Raymond, por favor —le digo a la pelirroja.

Ella me sonríe.

Recuerdo cuando me miraban de mala manera, la primera vez que vine a este piso y el día en que acepté tener un acuerdo sexual con Roger Butler.

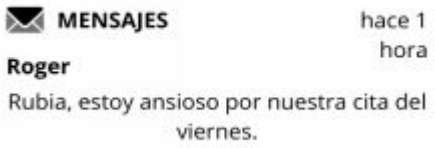
Ha pasado tanto tiempo de eso.

—Gerente, el vicepresidente la atenderá en unos momentos, está hablando con su padre —me informa la asistente. Le sonrío, le doy las gracias—. Tome asiento, ¿quiere un vaso con agua?

Sacudo la cabeza.

—No, gracias, estoy bien. Esperaré en los muebles —respondo, sacando mi teléfono del bolsillo de mi blazer.

Espero a que Raymond termine de hablar con Lucas, reviso mis mensajes, tengo uno de Roger. Sonrío disimuladamente.



Hemos esperado muchísimo por tener esta cita. El médico le ha permitido tener relaciones sexuales a Roger, luego de una pregunta no tan discreta en la consulta. En ese momento mi cara era completamente roja como un tomate.

—Doctor, ya que estoy mucho mejor y curado… —habla Roger hacia el doctor—. ¿Ya puedo tener relaciones…?

Oh por Dios, él no preguntó eso…

Siento como mi rostro se pone caliente. Puedo jurar que luzco como un tomate en este preciso momento.

—Roger —siseo.

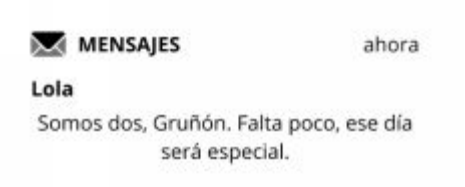
El doctor se ríe.

—Puede tener relaciones sexuales, solo no se exceda ni haga posiciones comprometedoras donde haga mucho esfuerzo —responde con normalidad.

— ¡Excelente! —Expresa Roger sonriéndome. Me quedo en silencio, sonrío negando.

Ese día, morí de pena. Fue demasiado inesperado.

Miro hasta la puerta de Raymond, aún no ha salido Lucas de la oficina. Me dispongo a responderle a Roger.



Lo será, porque haré una locura. Pero será la mejor locura que hecho en mi vida. Debo hablar con Raymond para que todo salga bien.

La asistente me llama desde el mostrador.

—Gerente, el señor Butler ha informado que puede entrar a la oficina.

Me levanto, extrañada de que Lucas no ha salido. Asiento y me dirijo a donde están mi suegro y mi cuñado.

Doy dos golpecitos a la puerta y entro.

—Permiso —digo al entrar.

Lucas y Raymond Butler me miran, me sonríen y me dan la bienvenida.

—Hermosa Lola —me saluda, Ray.

—Hola, Lola, ¿cómo estás? —inquiere Lucas saludándome.

—Hola a ambos, estoy muy bien —sonrío entrando al lugar—. Quería hablar contigo, Ray.

Él abre sus ojos, me mira divertido.

—Vale, un gusto verte, querida —me dice mi suegro. Me da un beso en la mejilla despidiéndose—. Nos vemos pronto, nuera —murmura, guiñándome un ojo. Me río por el gesto.

—Disculpe que los haya interrumpido —me disculpo.

—No, tranquila. Ya habíamos terminado, solo quería saludarte —contesta Lucas.

Asiento.

—Me iré, quiero abrazar a mi nieta antes de que vayas a buscarla —bromea. Le doy una sonrisa.

Mi suegro se despide de su hijo y sale de la oficina.

—Roger volverá a la empresa el lunes —informa Ray.

—No me había dicho —respondo.

—Sí, nos acaba de llamar y nos informó sobre su regreso.

Sonrío, él muere por volver a trabajar, no se haya en casa.

—Me alegra saber que volverá —digo.

Ray me devuelve la sonrisa.

—A mí también —dice, sentándose en su silla giratoria. Me señala la silla en frente de su escritorio—. Siéntate, cuñada. ¿Qué te trae por aquí? —Enarca una ceja.

Hago lo que pide, me siento en la silla. Suelto un suspiro.

—¿Es grave? —pregunta Ray preocupado, frunciendo su entrecejo.

Niego rápidamente. —No, solo vengo a pedirte un favor.

—Vale.

—Le propondré matrimonio a Roger —suelto sin más. Hago una mueca en mi rostro, esperando su respuesta.

Él se queda sorprendido, abre sus ojos y su boca con asombro. Muerde su labio y comienza a reír sonoramente.

Genial, le da risa.

—¿Qué? —interroga sin dejar de reírse.

Me levanto de mi silla, molesta por su actitud.

—No, Lola —se levanta también Raymond de su silla—. Espera, no te vayas. Discúlpame, es que me tomó por sorpresa.

Lo miro mal.

—¿Te seguirás burlando? —Alzo mi ceja.

Él niega con su cabeza.

—No, siéntate. Cuéntame lo que necesitas que haga.

Luego de eso, pasé una hora hablando con Raymond sobre lo que tengo preparado para Roger y nuestra cita especial del viernes.

Porque sí, los tiempos han cambiado y una mujer también le puede pedir matrimonio a un hombre.



Mis manos tiemblan un poco, estoy esperando a que Roger venga a buscarme para que vayamos al restaurante que él reservó.

Leslie y Leah se quedan en casa de Raymond, le he dicho a Laura que los acompañe un rato. Ella aceptó con gusto. Ama estar con mi hermana y con mi hija. Dijo que podía estar con ellos hasta medianoche, luego tenía que irse a su casa. Estuve bien con eso.

Raymond me ha ayudado con toda la sorpresa que le haré a Roger. Me acompañó a comprar los brazaletes de plata que serán un símbolo de compromiso entre los dos. Sé que lo típico es un anillo, pero no tenía el dinero para comprar algo de oro. Así que, cuando vi los brazaletes a juego, me decidí por ellos.

Estoy nerviosa, siento cosquillas en mi estómago. Esta salida es más emocionante que la que tuve en California, cuando él me confesó que estaba enamorado de mí y me pidió ser su novia.

Suelto un suspiro audible. Se escucha en toda la sala, las niñas se fueron hace un rato y yo estoy esperando sentada, mirando las redes sociales desde mi nuevo teléfono.

Sí, Roger me lo regaló.

Un mensaje de mi novio se vislumbra en las notificaciones, está llegando al edificio. Tomo mi cartera de mano que esta vez no es tan pequeña, el regalo está dentro en una cajita, cabe perfectamente. Voy a mi habitación, me arreglo el vestido rojo que ciñe mi figura postnatal, luego del embarazo fui recobrando mi figura y mi peso de siempre por darle lactancia a Leah. Me veo por última vez en el espejo de mi habitación y salgo a esperar a mi futuro esposo.

Tengo emoción por ver la cara de Roger cuando haga la famosa pregunta. He pensado mucho en qué decirle, pero sé que en el momento, solo saldrán las palabras adecuadas, lo que mi corazón siente.

El timbre suena, mi corazón comienza a latir más rápido. Tomo una bocana de aire y le abro la puerta a Roger. Me paralizo cuando lo veo vestido de un traje color azul marino metalizado, su camisa es de color negro. Se ve impresionante, muy apuesto.

Allí está, el hombre del que me enamoré.

—¿Disfrutando de la vista, Rubia? —inquiere, esbozando la sonrisa que me hace enamorar más. Esa sonrisa pícara, pero dulce a la vez.

—Muchísimo —le respondo sonriéndole.

Su mirada pasa por todo mi cuerpo.

—Tú estás... —se queda sin habla, veo cómo se lleva sus dedos hasta sus labios—... alucinante. Más bella que nunca.

Le sonrío, me siento coqueta, así que doy una vuelta lentamente, enseñándole como me queda el vestido rojo.

—Sé la madre de mis hijos —bromea.

Me echo a reír.

—Creo que ya lo soy —le digo, alzando mis brazos y mirándole risueña.

—Vamos —me extiende su mano, la entrelaza con la mía—, tengamos una noche especial.

Así será.



La cena fue maravillosa y muy deliciosa.

Roger está manejando rumbo al lugar al que le indiqué. Nos estamos dirigiendo a la base de hidroaviones de Seattle, en la avenida Fairview, cerca del Lago Unión. Él no me ha preguntado el porqué, veo que juega con sus dedos en mi mano, y tamborilea en el volante. Es como si estuviese nervioso.

Hoy no es nuestro aniversario, ni nada importante, pero lo haré importante, es nuestro comienzo como una pareja, como personas comprometidas. Estoy emocionada y ansiosa.

Llegamos a la base de hidroaviones, esta noche podremos ver Seattle desde el cielo. Ray me ayudó moviendo sus influencias de empresario y contactó con la empresa, habló con los dueños y me consiguió entradas para el vuelo de esta noche, solo nosotros dos.
—Siempre había querido venir para acá —dice Roger. Estacionando el auto. Sonrío, le gusta el lugar.

—Sé que eres un aventurero, entonces quise traerte aquí para nuestra noche especial.

—Eres mejor planeando salidas que yo, yo quería llevarte a mi apartamento —dice con pena, rascándose la barba—. Preparé algo en casa.

—Después iremos para allá —aseguro.

Él asiente, besa el dorso de mi mano que está entrelazada con la suya.

—La estoy pasando muy bien, Rubia —musita sonriéndome.

—Yo también, Gruñón —le lanzo un beso—. Vamos, que pronto cerrarán y no quiero reembolsos.

Me rio nerviosa.

—Vale.

Salimos del auto, no olvido traerme mi cartera con la caja adentro caminamos hasta el embarcadero, me encanta el lugar. Por el camino hasta donde está el hidroavión, se encuentran macetas con flores muy hermosas de color morado. El piloto sale del avión, nos mira y nos saluda.

—Buenas noches, tengo una reservación para esta noche. No hacemos vuelos después de las ocho de la noche, pero ya hablé con el jefe —comenta el piloto.

Doy un asentimiento. —Buenas noches, sí, mi amigo habló con su jefe hace dos días.

Roger me mira y luego ve al piloto.

—Reservación de Lola Walts —añado.

El piloto nos da el permiso, nos invita a subirnos en el hidroavión. Roger le da un apretón a mi mano, yo le sonrío para que sepa que todo está organizado.

—Espero que te guste mi regalo —susurro cuando subo por las escaleras, él está ayudándome a subir.

Roger asiente sonriéndome.

Ya subidos en la pequeña avioneta, el piloto Stewart, nos informa que habrá una grabación contando sobre las vistas que estaremos viendo. Me aproximo a él y le digo que por favor no la coloque, que estamos bien sin la grabación. Él da la aprobación.

Me siento en mi lugar, junto a Roger. Él ya se ha puesto el cinturón de seguridad, me ayuda a colocarme el mío. Stewart nos informa que debemos colocarnos los audífonos junto con los micrófonos, asentimos y cumplimos con las reglas del viaje.

Mis manos sudan, estoy muy nerviosa. Roger me acaricia la mano.

—Me encanta esta idea de ver Seattle de noche y más si es desde el cielo —me dice Roger.

—Siempre tuve el sueño de hacer este viaje, desde que estaba en la universidad —confieso.

—Me gusta cumplir ese sueño contigo.

—A mí también. Lo hace aún más especial y memorable.

El pequeño avión comienza a ascender, poco a poco vamos visualizando las luces de los edificios desde el cielo. Estamos sobrevolando sobre el lago Unión. Esto es muy hermoso de ver. El vuelo solo dura veinte minutos, así que aprovecharé cada minuto de él.

Pasamos por el *Space Needle*, una torre bellísima que es el emblema de la ciudad. Cuando pasamos por la *Bahía de Elliot*, podemos ver los barcos con luces encendidas, también las luces de los restaurantes, así como la gente caminar y disfrutar de las atracciones.

—¿Te ha gustado el paseo? —inquiero, mirando a Roger. Él está admirado de las vistas.

—Sí, Seattle es impresionante de noche —dice con un brillo en sus ojos.

Nos quedamos mirando, él se acerca y me besa.

—Te amo, Lola —susurra—. Y amo hacer estas cosas contigo.

—Te amo también, me alegra mucho que te guste.

Sonreímos y seguimos viendo la vista.

Tomo una bocana de aire, es tiempo. *Voy a hacerlo.*

—Roger... —le llamo, él deja de mirar por la ventana y me observa.

—Dime.

—Hemos pasado por muchas cosas, a lo largo de este año... hemos estado casi al borde de la muerte, pero vencimos todos esos obstáculos —digo, tomando sus manos con las mías—. Tenemos una preciosa hija. Estoy feliz de tenerte en mi vida, eres el hombre que me hace soñar, que me ama y me respeta.

—Lola —susurra. Sacudo mi cabeza, haciéndole saber que haga silencio.

—Quiero una vida contigo, quiero estar para siempre a tu lado. Quiero ver crecer a Leah y a Leslie, junto a ti —mis ojos se humedecen, mi voz es temblorosa—; quiero que te cases conmigo.

Con mis manos temblorosas, las separo de las de él y abro mi cartera en busca de la caja con los brazaletes. Él me mira con asombro, sus mejillas están ruborizadas. En este momento, me he olvidado de todo, del piloto y del mundo entero.

Ahora, somos solo él y yo en nuestra burbuja.

—Esto es un símbolo de nuestro amor —abro la caja. Respiro hondo y suelto un suspiro—. ¿Te casarías conmigo? Odio pensar en no tenerte en mi vida, por eso... quiero que aceptes casarte conmigo.

Roger se lleva su mano hasta su boca, mirándome estupefacto. Está sin habla. Parpadea varias veces.

—Oh por Dios, se suponía que esto lo haría yo —cuenta riéndose. Se ríe tanto que frunzo mi ceño sin entender—. ¡Oh, Dios! —repite.

—¿Te estás burlando? —pregunto.

Él niega rápidamente con su cabeza.

—No, mi amor.

—¿Entonces? —inquiero, enarcando una ceja.

—Es que... —revisa el bolsillo de su americana. Veo que saca una cajita negra. Me inmuto—. Yo también iba a pedirte que te casaras conmigo —responde, sonriendo dulcemente.

Nos miramos y al mismo tiempo nos comenzamos a reír. Lágrimas se deslizan por mi rostro mientras me rio. Tengo las

emociones a flor de piel.

—Tú... —susurro.

Roger toma con ambas manos mi rostro y me besa, me besa muchas veces. Yo me dejo besar, mientras sonrío de la emoción y de la felicidad.

¿Qué tipo de propuesta de matrimonio es esta? ¡Una propuesta no común! ¡Una locura!

Él se separa de mis labios, me sigue mirando dulcemente, sonriendo a más no poder.

—Te amo, te amo, te amo —repite muchas veces. Me besa de nuevo.

—¡Ay Dios! —exclamo riéndome—. Espera, pero ninguno respondió.

—¡Por supuesto que me quiero casar contigo, Rubia! —Otro beso más.

—¡Demonios! ¡Claro que me quiero casar contigo! —digo, extendiendo mi mano izquierda para que me coloque el anillo.

¡Es bellísimo!

Él lo saca de la caja negra, mi respiración se detiene cuando empieza a deslizarlo por mi dedo anular.

Emito un grito de emoción cuando está puesto completamente.

—¡Es precioso, lo amo!

—¿Mi regalo? —cuestiona Roger divertido.

—Cierto —con manos temblorosas, saco los brazaletes de plata que compré, son muy delicados, una correa fina con detalles muy mínimos, pero que hacen el brazalete algo muy lindo. En el medio del mismo, hay la mitad de un corazón, el cual se unía con el otro brazalete. Roger extiende su brazo y deslizo el brazalete por su mano. ¡Le queda!

—Es muy lindo, Rubia.

—Disculpa que no es un anillo, me pareció más bonito esto, porque era para los dos —digo de forma tímida.

—Es perfecto —añade. Toma el brazalete a juego, y lo coloca en mi muñeca. Alzamos nuestros brazos, estos se tocan, mostrando los brazaletes juntos. Haciendo que se vean cómo se unen los corazones.

—Somos un solo corazón —murmura Roger.

—Así es, mi amor —le respondo de regreso—. Para siempre.

Roger vuelve a besarme, estamos muy felices, emocionados y completamente enamorados.

Capítulo final
Roger

Hoy es el día de nuestra boda.

Han transcurrido cuatro meses del día en que Lola y yo nos pedimos matrimonio al mismo tiempo. Cada vez que nos acordamos de ese momento, nos reímos de la casualidad, algunas veces bromeamos.

Nos sorprendimos al saber que mi hermano Raymond sabía que los dos íbamos a hacer lo mismo ese día, se guardó el secreto para que ninguno se diera cuenta de lo que iba a suceder esa noche. En el momento en que le contamos a todos, él solo se comenzó a reír.

Anoche fue una noche espléndida, luego de que Lola propusiera que me casara con ella, fuimos hasta mi apartamento. Estaba muy sorprendido en el momento en que Lola comenzó a hablar sobre una vida juntos. Yo iba a decirle lo mismo. No soporto la idea de no tenerla conmigo.

Hicimos el amor como nunca antes, nos sentimos cada centímetro de nuestra piel, fue algo mágico, un momento muy bonito que sé que lo vamos a recordar toda la vida.

Vamos llegando al apartamento de Raymond, para buscar a mi hija y a Leslie. Lola toca el timbre del lugar, esperamos unos segundos y vemos que Laura es quien nos abre la puerta. Me sorprendo.

¿Entre mi hermano y ella…?

—Hola, chicos —nos saluda la amiga de Lola. Nosotros le sonreímos.

—Hola, Laura —decimos al mismo tiempo. Laura nos mira sonriente, se ríe y nos invita a entrar.

— ¿No tenías que irte a la medianoche, Lau? —inquiere Lola. Alza una de sus cejas de forma divertida.

Laura hace una mueca.

—Estuvimos jugando con Leslie hasta muy de noche, se hizo tarde y Raymond no quiso que me fuera a esa hora —explica, jugando con sus manos—. Pero ya me estoy yendo —añade.

Lola asiente, entrecerrando sus ojos hacia ella. Laura solo se ríe.

— ¿Dónde están las niñas? —pregunto, mirando por el lugar.

—Leslie se está terminando de arreglar y Leah está durmiendo, está acostada en la cama donde durmió Leslie.

—Iré a verlas —dice Lola, caminando hasta la habitación de huéspedes del apartamento de Raymond.

Laura me mira de manera nerviosa.

— ¿Y Raymond? —Le pregunto.

—Él se está bañando —contesta—. Iré con las chicas.

Le hago señas de que puede ir. Camino hasta el sofá de la sala de estar y me siento esperando que salgan todos para decirles la noticia de que nos vamos a casar.

Veo hacia mi muñeca y juego con el brazalete que me regaló Lola, mi brazalete de compromiso. Sonrío ante su idea, tan original. Tan única como ella.

— ¿Ahora le sonríes a los objetos, hermano? —cuestiona Raymond, subo mi cabeza y veo que tiene una sonrisa burlona. Lo fulmino con la mirada.

Idiota.

— ¿Tú sabes sobre este brazalete? —replico.

Él comienza a reírse. —Por supuesto, hermano. Ayudé a comprarlo.

Niego con mi cabeza.

—Eres un idiota, sabías que yo le iba a proponer matrimonio a Lola —siseo. Él se ríe más.

—Dime que ese momento fue épico.

— ¡Obvio que lo fue! —digo riéndome—. Fue muy divertido.

Él asiente con una sonrisa boba en sus labios.

—Me alegro mucho que hayan tenido una buena velada.

Le sonrío.

—Fue… la mejor.

Dejamos de hablar cuando escuchamos las voces de las chicas, vienen caminando hasta la sala de estar. La voz de Leslie resuena en

el lugar, tan alegre.

—Buenos días, mis queridos amores —les digo a Leah y Leslie. Me levanto del sofá. Mi pequeña cuñada me sonríe.

— ¡Hola, gran Roger!

—Hola, pequeña Leslie —saludo. Ella se acerca a mí y me da un abrazo.

—Me alegra saber que estás mejor.

Asiento.

—Lo estoy.

Miro a Lola, quien carga en sus brazos a nuestra hija. Le sonrío y me aproximo a su lugar. Mi bebé está dormida, hace movimientos en su pequeña boca que me hace suspirar. La amo mucho.

—Chicos, Roger y yo queremos anunciarles algo —comienza a decir Lola. Me posiciono a un lado de ella y la rodeo con mi brazo. Lola sonríe.

Los presentes nos miran expectantes, Raymond sonríe también. Laura nos mira y Leslie está a un segundo de saltar de la emoción, se le ve un brillo en sus ojos.

—Nos vamos a casar —agrego, adelantándome. Lola me mira y se ríe.

—Yo lo quería decir —murmura, pero luego extiende su mano para mostrarles el anillo de compromiso que le he dado.

Es una joya muy linda, delicada. Es un aro, bañado en oro y con pequeñas piedras de diamante. Raymond también me ayudó a elegirlo.

—Fue muy divertido saber que los dos se iban a proponer matrimonio —cuenta Raymond. Se ríe nuevamente.

Laura y Leslie lo miran como si le hubiese salido tres cabezas.

— ¿Por qué lo dices? —inquiere Laura.

— ¿Los dos se propusieron matrimonio? —pregunta Leslie hacia nosotros. Su boca está abierta del asombro.

Lola y yo nos reímos, asentimos.

—Sí, Lola es tan valiente e independiente que ella misma me pidió que me casara con ella —respondo. Le doy un beso en la mejilla a Lola.

Leslie y Laura se ríen.

— ¡Oh por Dios, Lola! —Expresa la rubia de ojos verdes.

— ¡Hermana, eres increíble!

—Soy original —contesta con suficiencia Lola.

—La amo mucho, me encanta —digo.

—Felicidades, chicos. Ustedes han pasado por mucho y ahora es el momento de ser felices —nos felicita Laura.

— ¡Serás mi cuñado para siempre! —Dice Leslie. Me abraza emocionada.

— ¡Y tu mi cuñada hermosa! —Le digo, recibiendo su abrazo—. Te quiero, pequeña.

Leslie afianza el abrazo.

—Y yo a ti —responde.

En ese momento supe, que amaba lo que estaba construyendo… mi propia familia.

El sol resplandece el día, hoy es mi boda con Lola.

Estoy nervioso, las manos me sudan y no he dejado de sentir las cosquillas en el estómago. No he sabido nada de mi prometida desde ayer, ella se ha ido a la casa de Laura, todas se arreglarán allí.

Los padrinos de la boda son Laura y Raymond, nuestros cómplices en esta historia de amor.

La boda se celebrará en un jardín, a las afueras de la ciudad. Todo está listo para que se efectúe el casamiento. Repito una y otra vez los votos matrimoniales, estoy tan ansioso de que sea la hora de verla caminar por el altar.

Mi madre entra a mi habitación. Decidí vestirme y arreglarme en casa de mis padres. Ellos estaban felices con mi decisión.

Veo como Gloria Butler está vestida y arreglada completamente, se ve espectacular. Amo a mi madre, y hoy luce bellísima.

—Madre, qué hermosa te ves —la halago, ella sonríe cálidamente.

—Gracias, hijo —dice sonriendo.

—¿Papá está vestido también?

Ella asiente. —Sí, Roger. Todos estamos listos, solo faltas tú y Raymond, ese niño no se apura.

Su comentario final me hace reír. Mi madre siempre le ha dicho *niño* a Raymond, así tenga veintiséis años. Es porque es el menor de

los tres.

—A Robert lo veremos en la ceremonia —añade.

Le doy un asentimiento, mientras me acomodo la corbata de mi traje. Mi mamá se acerca y me ayuda.

—Estoy tan feliz de verte enamorado y a punto de casarte.

—Soy feliz mamá —le digo con sinceridad—. Estoy profundamente enamorado de Lola.

—Sí, lo sé —susurra—. Me da vergüenza recordar en cómo me comporté contigo y con ella.

Niego, moviendo mi cabeza.

—Ya olvidamos eso, ahora todo es mejor.

Sus ojos se humedecen. —Por poco te pierdo —se quiebra su voz.

La atraigo a mis brazos y la abrazo.

—Olvidemos eso, mamá. No llores, hoy es un día de celebración.

Ella solloza.

—Lo sé, lo siento —se separa, limpiando sus lágrimas derramadas—. Creo que me he dañado el maquillaje.

Me rio.

—No mucho, ve a decirle a la maquilladora que te dé un retoque.

Ella asiente y me mira.

—Te amo hijo, los amo a los tres.

—Lo sabemos... también te amo.

Mi madre sale de la habitación, me miro en el espejo para terminar de arreglarme. Faltan treinta minutos para irnos al lugar de la ceremonia.

Te amaré… te respetaré… repito una y otra vez en mi cabeza.

Respiro hondo, busco el saco del traje, me lo coloco. Observo que en el bolsillo delantero, hay pequeñas flores que combinan con mi atuendo. Sonrío.

—Hoy te casas con la mujer de tu vida —susurro hacia el espejo, diciéndome a mí mismo.

—Y ella es afortunada de tenerte, hijo —escucho decir a mi padre, quien me sorprende. Él sonríe y entra a la habitación.

—Papá.

—Estoy orgulloso de ti, Roger. Estoy orgulloso del hombre que te has convertido. La empresa es un éxito con tu presidencia, tienes una hija hermosa, y ahora tendrás una esposa que te quiere y te respeta.

Esbozo una sonrisa ladeada, de esas sonrisas tímidas que sientes que en cualquier momento te ruborizas.

—Gracias, papá.

—Lola es una excelente mujer. Una buena madre, hermana, hace un impecable trabajo en la empresa.

—Yo también soy afortunado de tenerla.

Lucas Butler asiente, dándome una sonrisa.

—Deseo que tengan una buena vida juntos.

—Así será, gracias, papá. —Me aproximo a él y le doy un abrazo.



Los invitados están en sus puestos, esperando por la llegada de la novia. Mis manos sudan, me he pasado las manos por el cabello ya varias veces. Estoy más que nervioso, pero también seguro de que todo saldrá bien.

Cada obstáculo que se nos presente, lo sabremos superar.

El piano y la voz angelical de la joven que canta el *ave maría,* comienza a llenar el recinto. Estamos en un jardín, cerca de un lago, donde más de cien personas esperan celebrar nuestro matrimonio. Hay algunos ejecutivos, personas de la empresa, amigos de la universidad, así como familiares. La mayoría son invitados de mi parte, porque Lola no tiene familia, los que existen, nunca han estado en su vida y ella no los quiso invitar.

Visualizo a los padres de Laura entre el público, mis padres están también con Leah en brazos. Hace unos minutos fui hasta ella y le di un beso, saludándola. Raymond está a mi lado esperando a que empiece la ceremonia.

Lamo mis labios con nerviosismo. Trago saliva y respiro hondo cuando veo venir a Leslie con un ramo de flores, guiando a la novia hasta el altar. Detrás de ella está Laura, con un hermoso vestido, del mismo color que el de mi cuñada. Me inmuto cuando veo un vestido blanco.

—Allí viene —susurra Ray en mi oído.

Ellas caminan lentamente, al ritmo de la música.

Leslie me sonríe mientras lanza pétalos de rosas por la alfombra roja que cubre todo el camino hasta el altar.

El lugar está adornado con sillas vestidas de blanco, flores blancas, calas y rosas rojas.

Las flores favoritas de Lola.

Los presentes aplauden la entrada de Lola. Leslie llega a mi lugar, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla junto con un abrazo.

—Hazla muy feliz —susurra. Sonrío.

—Lo haré, pequeña Leslie.

Ella me sonríe de vuelta y se posiciona del lado de la novia.

Laura es la dama de guía, me saluda con un beso en la mejilla y sigue el camino de Leslie. El corredor ha quedado despejado, solo me deja ver a mi futura esposa caminando hasta mí.

Mis ojos se empañan cuando veo a la mujer que amo, a la madre de mis hijos, a mi compañera de vida para la eternidad. Mis manos están juntas, pero no dejo de moverlas. Me llevo la mano hasta mis labios, sin creer que allí está Lola, caminando en un hermoso vestido blanco de corte de sirena, que afianzan sus pequeñas curvas, el vestido es de encaje en las mangas.

Se ve perfecta.

Veo su rostro, lleva un velo transparente del mismo color, a pesar de ello, puedo ver sus ojos, están cristalinos, sus mejillas están ruborizadas.

Suelto un suspiro cuando ella se acerca más a mí. Trago saliva cuando llega a mi posición. La miro sonriente.

—Hola, Gruñón —me saluda. Extiendo mi mano para tomar la suya, se sienten frías.

—Hola, mi Rubia —le digo, me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla—. Hoy es nuestro día —susurro en su oído. Ella asiente.

—Estoy muy nerviosa.

Le doy una sonrisa.

—Yo también, pero lo haremos bien.

Nos sentamos en las sillas decoradas que han puesto para los novios, el sacerdote comienza con la ceremonia.

La mano de Lola está entrelazada con la mía, ella acaricia suavemente mi dorso de la mano. Contestamos todo lo que nos pide el Padre. Nos invita a levantarnos porque es el momento de los votos matrimoniales e imposición de los anillos.

Estoy acostumbrado a dar conferencias, a hablar en reuniones y eventos corporativos, pero hoy realmente estoy nervioso de hacerlo.

Ayudo a Lola a levantarse de su silla, Leslie le ayuda a acomodar la cola de su vestido. Mi Rubia me sonríe. Le devuelvo la sonrisa.

—Hoy estamos en la unión de estas dos personas que se aman, se respetan y están dispuestas a unir sus vidas en una —dice el sacerdote—. Ahora, es momento de escuchar sus votos, sus promesas para esta nueva vida juntos.

El sacerdote me indica que comience con mis votos, mientras le voy colocando el anillo a Lola.

—Yo... Roger Joseph Butler, prometo amarte con todas mis fuerzas, prometo respetarte, hacerte la mujer más feliz. Apoyarte en tus proyectos, en tu crecimiento personal y estar ahí en tus mayores miedos. Seré tu roca. Tu apoyo incondicional. Serás mi Rubia, mi amor, mi corazón y mi alegría, por el fin de los tiempos, estaremos juntos más allá de la muerte. Lo prometo —termino de deslizar el anillo, que se junta con el de compromiso.

Lola está derramando lágrimas con una sonrisa en sus labios, se ve hermosa, aunque esté llorando. Ella respira hondo, tratando de calmar sus emociones.

—Oh, Dios —murmura, se ríe y niega con su cabeza—. Romperé el protocolo, pero diré que te amo mucho —dice, haciendo reír a los presentes. La abrazo fuerte, dándole un beso en ambas mejillas. Me retengo en darle un beso en los labios.

—Te amo más, Rubia —aseguro. Ella me sonríe dulcemente.

—Vale... —dice, tomando aire de nuevo, agarra el anillo de la almohadita y lo inserta en mi dedo anular—. Yo, Lola Elizabeth

Walts... prometo amarte, honrarte y respetarte, llenar tu corazón de amor, esperanza y consuelo. Apoyarte en tus decisiones y también estar ahí cuando te sientas angustiado, temeroso. Seré ese apoyo incondicional que no te abandonará nunca, que te hará brillar ante las tempestades, seré tu guía y tú serás la mía. Seremos uno, hasta más allá de la muerte. Porque no me imagino ninguna vida sin ti, Roger.

Ella termina de colocar el anillo, luego entrelaza su mano con la mía, la atraigo y le doy un beso en el dorso de la misma. Subo mi mirada a ella y me observa sonriente. Me susurra un te amo en sus labios.

Los invitados aplauden, Lola se ruboriza y se ríe.

El sacerdote vuelve a tomar la palabra para culminar con la ceremonia. Es el momento del esperado beso como esposos.

—Ahora sí, los declaro marido y mujer... Roger, puedes besar a la novia.

Doy un asentimiento y sonrío. Volteo hacia Lola, tomo los vuelos del velo blanco y lo subo por su cabeza, descubriendo el hermoso rostro de mi esposa.

—Eres hermosa.

Lola me sonríe.

Me acerco a sus labios y los uno finalmente, con este beso hemos entrelazado nuestras vidas. Acaricio sus labios, una y otra vez, sintiendo el sabor de sus lágrimas derramadas, el dulce de su boca y las emociones que ella desborda. Los presentes aplauden nuevamente, escucho a Raymond gritar de la emoción. Sonrío en los labios de mi rubia, ella también lo hace. Nos separamos.

—Te amo, señora Butler.

Su sonrisa no se desvanece. Ella brilla más que una estrella hoy.

—Te amo mucho más, señor Butler.

Le doy un abrazo, ella me recibe entre sus brazos, luego le doy pequeños picos en sus labios.

La ceremonia termina, los invitados nos felicitan. Mi madre trae a Leah en sus brazos, la tomo y la abrazo. Lola se une a nuestro abrazo. Mi esposa llama a su hermana para que acerque también, así se une a nuestro abrazo familiar.

La felicidad no cabe en mi pecho. Esto es todo lo que quise, es todo lo que deseé.

Sé que, en el Cielo, mi mejor amiga está feliz de verme en estos momentos. Me hubiese gustado que estuviese aquí presente, pero ella está presente en mi corazón. Sé que Marie está orgullosa de mí.



La fiesta ha comenzado, Lola está un poco achispada por las copas de *champagne* que ha bebido, quizás yo también me he pasado un poco con el *whiskey*, pero no nos importa, estamos celebrando nuestro matrimonio. Sus mejillas ruborizadas y el brillo en sus ojos me hacen recordar el día en que me atreví a besarla, en aquel evento de Sunshine.

La banda de jazz está tocando en el pequeño escenario que se ha colocado en la carpa, el recinto es a un lado de donde fue la ceremonia eclesiástica. Veo a mi alrededor, algunos invitados están sentados, otros bailan al son de la música. En el centro de la pista, visualizo a Leslie junto a su amigo, o quizás pretendiente, Paul. Es un adolescente, uno o dos años mayor que Leslie. Es caballero y algo tímido, no he podido hablar seriamente con él, pero pronto lo haré.

—Leslie no debería estar bailando tan pegada a ese niño —murmura Raymond, posándose a mi lado. Arrugo mi frente, y me rio.

—Son adolescentes, hermano —le digo, palmeando su espalda—. Además, el chico es de buena familia. Lola me ha contado que conoce a sus padres.

Ray se queda mirándoles con el ceño fruncido, luego sacude su cabeza.

—Le estaremos vigilando. —Finaliza diciendo.

Asiento.

—Por cierto, Lola te está buscando, está un poco mareada —Ray se ríe.

Suelto un suspiro. —Se emocionó con la bebida —bromeo.

Me despido de él y busco a mi esposa por todo el lugar, salgo de la carpa, saliendo al exterior, el aire frío de Seattle llega a mis fosas nasales. Camino por el lugar, hasta que encuentro a Lola mirando hacia el lago que tenemos en frente. Me recuerda a donde fuimos cuando nos comprometimos.

—Rubia —llamo su atención. Ella voltea de pronto.

—Hola, cariño —dice sonriendo.

—Ray me ha dicho que me estás buscando —le cuento, ella asiente—. ¿Te sientes bien?

Lola emite una risita.

—Sí, pero me siento un poco mareada —se acerca a mí, y me rodea con sus brazos, apoyando su cabeza en mi pecho—. Creo que me he pasado con el vino.

—Bebe agua, se te pasará.

Ella se queda en silencio. Siento su respiración.

—¿Estás disfrutando de la fiesta, mi amor? —pregunta.

—Sí, cariño. La estoy pasando muy bien —contesto. Abrazándola un poco más, cuando nos arropa una brisa fría—. ¿No tienes frío?

Ella niega con su cabeza.

—¿Quieres bailar? —inquiere, alzando su mirada hasta mi rostro.

Sonrío.

—Claro, vamos a bailar —le digo, alejándome de ella, tomo su mano y vamos hasta la carpa, primero busco una botella de agua y ella se la empina de un solo trago.

—Listo —dice, colocando la botella sobre una mesa—. ¡Vamos a bailar, esposo mío!

Suelto una carcajada, ella realmente se ve y está feliz.



Han transcurrido cuatro horas de fiesta, los invitados siguen comiendo, bebiendo y bailando. Todos la hemos pasado muy bien. Lola está dándole el biberón a Leah, ya se le ha pasado el efecto del champagne. Yo he hablado con alguno de los ejecutivos que han venido, así como le he agradecido a mi familia por venir.

Busco a Leslie entre las personas, ella sigue hablando con su amigo Paul y su amiga Tiffany o Teffa, algo así es su nombre; que han venido a la boda. Lola los invitó, así Les no se aburría con solo personas adultas.

Miro hasta la pista de baile y me sorprendo cuando veo a Raymond bailar con Laura, frunzo el ceño sin entender. Su invitada de la noche está en otra mesa mirándolos. Todo en la vida de mi hermano es confuso.

Robert se ha acercado a mí más temprano. Junto con Nina nos han felicitado, además, le han anunciado a la familia que están esperando un bebé. Todos estuvimos emocionados de conocer la noticia, mis padres están muy felices. Me alegra mucho saber que Leah tendrá un primito o una primita pronto con quien juegue.

Miro a la pareja que baila en el centro de la carpa, tomo un sorbo de mi copa de whiskey. Siento la presencia de alguien a mi lado, pero ya sé quién es. Sonrío.

—¿Quieres escaparte unos segundos, Rubia? —pregunto mirándola. Ella sonríe y me da esa mirada pícara que algunas veces hace.

—Creo que es muy temprano, señor Butler —responde, lamiéndose sus labios. Ella me tienta.

Suspiro.

—Tendré que esperar por ello entonces.

Lola entrelaza su mano con la mía.

—La fiesta está por terminar, solo faltan los globos de los deseos —me cuenta, apoyando su cabeza en mi hombro. Con los tacones de varios centímetros que lleva puesto, llega a mi altura.

—Esperemos que termine la canción y anunciamos el espectáculo.

Dejo la copa en la mesa adyacente, rodeo a mi esposa con el otro brazo y la atraigo hacia mi cuerpo. Seguimos el ritmo de la canción, es una lenta, de las que nos gusta. Ella se ríe por mi arrebato.

Apoya su cabeza en mi pecho y comenzamos a bailar.

—Mi esposa —susurro. Ella se vuelve a reír.

—Se escucha sexy —bromea.

—Tú eres sexy, Rubia.

Bailamos los tres minutos que duró la canción, luego anunciaron el espectáculo de los globos. Todos los invitados salen de la carpa, veo a mis padres con Leah, Leslie va junto a sus amigos, Laura camina sola con su ceño fruncido y detrás de ellos, mi hermano Raymond camina junto con la morena a su lado. Ellos están enfrascados en una conversación.

Lola camina a mi lado con nuestras manos entrelazadas. Todos nos sonríen y felicitan de vez en cuando.

El sitio arreglado para ver el ascenso de los globos es increíble, en el lugar hay luces colgando, arreglos florales y velas. Lola se detiene mirando la corona gigante de dos metros, llena de rosas rojas y blancas, alumbrada con decenas de bombillos de luz blanca también. Se ve realmente hermoso.

Lola y la organizadora de bodas han hecho un buen trabajo este día.

—Amor, mira —dice Lola señalando la corona. Le sonrío.

Ella me arrastra hasta allá.

—Me gusta mucho, quedó muy linda toda la decoración. Ella asiente.

—Gracias, fueron meses planeando este día —contesta, encogiéndose de hombros.

Le doy un beso. —Buen trabajo, cariño.

Nos alejamos de la corona y caminamos hasta el borde del lago. El espectáculo comienza, los invitados graban y toman fotos emocionados, luego aplauden cuando se forma un corazón en el cielo. Un buen espectáculo. Lola me dice que nos paremos debajo de la gran corona, me dejo llevar de su mano.

—Tendremos una vida maravillosa —murmura, rodeando mi cuello con sus brazos.

La aproximo más a mi cuerpo.

—Y tendremos muchos hijos, una gran casa, un perro y veremos crecer a Leslie —le aseguro.

Ella sonríe asintiendo.

Hoy lo ha hecho mucho, amo su sonrisa.

—No me arrepiento de haber aceptado ese acuerdo.

Nuestro acuerdo sexual… aquellas reglas…

—Yo no me arrepiento de haberme enamorado de ti, Lola —musito, negando con mi cabeza.

—No digas nada... disfrutemos la vida, amándonos —susurra acercándose a mis labios.

—Para toda la vida —susurro también.

Tomo sus labios y nos fundimos en un beso que nos hace recordar que todo comenzó con el disfrute de una noche, pero que luego nos trajo el amor a nuestras vidas, el regocijo de la felicidad que transciende por nuestros cuerpos y que nos hace tener esperanza por un futuro mejor.

EPÍLOGO
Lola

Hoy es el cumpleaños de Leah, mi pequeña ya tiene un año de edad. Estamos tan felices de verla crecer, ver cómo ha aprendido a decir mamá y papá, a dar sus primeros pasos y ser adorable con todos.

Los preparativos para su fiesta de cumpleaños están listos, celebraremos el cumpleaños en nuestra nueva casa. Roger ha comprado una casa de dos pisos, con un gran jardín, ¡tenemos un perro! Leslie y Leah lo aman, le han llamado C*hocolate;* porque es de color marrón y Leah ama las galletas de chocolate, al igual que a su mamá.

Miro a mi alrededor, los globos están colgando por todo el lugar, hay arreglos florales y serpentinas por todos lados. Las mesas están en su sitio, adornadas con un arreglo en el centro, el cual dice Leah en letras doradas. Sonrío al ver a Leslie corretear con ella por el jardín, este año ha sido increíble.

Luego de que capturaran a los Hamilton y Roger saliera de ese quirófano con vida, todo en mi interior sintió alivio.

¿Qué pasó con Cecilia, George y Dewon?

Los Hamilton están en prisión, pasarán en la cárcel toda su vida si es posible. Y es lo que merecen por tanto daño que nos hicieron.

Donovan también está en prisión; se descubrió que había hecho transacciones ilegales con el dinero de la empresa. Es por eso, que había cuentas que no cuadraban, libros contables que no coincidían con las transacciones. Qué bueno que lo descubrieron. Él también pasará años en la cárcel.

El Detective Fox me informó que podía verles, aclarar algunas dudas con ellos, pero me negué a hacerlo, quería cerrar de una vez por todas ese ciclo tormentoso que estábamos viviendo. Así que, no les di la importancia que ellos querían, no quise visitarlos.

A los dos meses, cuando Roger se mejoró y sanó su costilla, así como la herida de bala, pudimos comenzar a hacer nuestra vida juntos. Tenemos cinco meses de casados y ha sido los mejores días junto a él. Fue una ceremonia hermosa junto amigos y familiares.

Leslie sigue con sus clases, ya cumplió sus catorce años y ha crecido mucho este año, tanto física como mentalmente. Aunque sigue siendo esa niña risueña, habladora, madura y divertida. Sus eventos de bailes son cada dos meses, pronto se hará uno en su escuela, hará un *solo*. Está realmente emocionada.

—Leslie, ten cuidado —le digo a mi hermana, la cual está haciéndole el juego del avioncito a Leah; mi pequeña se ríe hasta más no poder. Murmurando «Tía Les». El día que mi hija la llamó tía, ella lloró de la felicidad. Fue un momento tan especial para las tres.

—Mami —canturrea mi hija al verme. Le sonrío y haciendo un movimiento con mi mano, la saludo.

—Sí, mamá Lola —dice Leslie, poniendo sus ojos en blanco, pero sonriendo también.

—Pronto vendrá el servicio del castillo inflable, Leah lo amará.

—Le gustará bastante —responde Leslie.

Las dejo jugar un rato en el jardín, antes de que todo el lugar esté completamente decorado, con el castillo inflable, el cáterin y más globos.

Veo caminar de aquí para allá a los empleados que hemos contratado, los abuelos de Leah han querido hacer una gran fiesta para celebrar su cumpleaños, no pude negarme. Quiero que hoy sea un gran día para ella y para todos.

Hemos pasado por mucho, es hora de celebrar la vida.

Me quedo mirando algunas de las tarjetas que hay en las mesas para los invitados, siento un par de brazos rodear mi cintura, unos brazos fuertes que conozco muy bien. Sonrío por la cercanía.

—Hola, Rubia —susurra en mi oído, haciendo erizar mi piel.

—Hola, Gruñón —respondo de vuelta—. Has llegado temprano.

—No iba a faltar al cumpleaños de mi bebé.

—¿No querías verme también?

Él comienza a besar mi mejilla, luego va dejando besos hasta llegar a mi oreja; mi respiración se acelera con cada beso.

—Sabes que yo siempre quiero verte —confiesa.

Trago saliva.

—Si sigues hablándome así, creo que haremos nuestro segundo bebé, esta noche —bromeo.

—No tengo ningún problema —musita, luego me da un pequeño mordisco en mi oreja y salto de la impresión, separándome de él. Él se ríe—. Te vuelves gelatina, mi amor.

Roger mira en dirección a donde están las niñas. Sonríe, grita un poco—: ¡Leslie, Leah! ¡Hola, corazones!

Ellas detienen su juego, voltean su vista hacia Roger y sonríen. Leslie lo saluda con la mano y Leah imita el gesto de su tía; mi hija comienza a lanzarle besos al aire a su papá. Ambos sonreímos.

—Tú me vuelves loca —digo mirándole, volviendo al tema de nuestra conversación, lo he dicho en voz baja. No quiero que nadie escuche nuestra conversación.

Él sonríe abiertamente, esa sonrisa que me desarma y me vuelve a armar.

Cada día, me enamoro más de él.

Me acerco de nuevo, lo rodeo con mis brazos y subo mi mirada para encontrarme con la suya. Le doy un beso en los labios; al principio solo era una presión, pero ahora Roger ha atrapado mi labio inferior y comenzamos a acariciarnos con nuestros labios.

Escucho un carraspeo y me separo de Roger, él se ríe.

—Pareces una adolescente haciendo travesuras, hermosa Lola —comenta Raymond, riéndose de mí. Lo fulmino con la mirada.

—Has interrumpido un magnífico beso de esposo, Raymond —le regaño.

Él se carcajea más fuerte.

—Váyanse de luna de miel, me pueden dejar a las niñas conmigo o con mis padres.

Niego con mi cabeza.

—No dejaremos a Leah, es muy pequeña aún —dice Roger.

—Leslie se puede quedar con Laura —digo.

—¿Por qué no se pueden quedar conmigo? —inquiere, frunciendo su ceño, simulando molestia—. ¡Soy un buen tío!

—Sí, pero no quiero que tengas a tu chica misteriosa metida entre tus piernas con mi hermana y mi hija en la otra habitación.

—Pero Laura también... —no termina su frase, porque ha llegado el servicio de cáterin y debo ir a chequear lo que han traído.

Me volteo hacia Roger, que está a mi lado, le doy un beso y me despido de los hermanos Butler.

Me alegra mucho ver que ellos han congeniado bastante, no discuten ni se tienen celos, han tenido una buena relación desde ese incidente del secuestro. Afianzaron su relación de hermanos. Estoy orgullosa de ellos.

Quedan dos horas para que comience la fiesta, termino de arreglar la decoración, subo hasta mi habitación para colocarme el vestido coctel de color salmón que he escogido para hoy.

Ya he bañado a Leah, le he puesto su hermoso vestido color rosa pastel, se ve muy hermosa.

—Mami te ama mucho, corazón —le digo a mi hija, dándole un beso en su cabecita rubia.

—Mami —dice, sonriendo.

Amo que me sonría, tiene esa sonrisa encantadora heredada por su padre. Le doy un juguete para que se entretenga mientras me visto rápidamente. La puerta se abre y veo que Roger entra, mira a la bebé y no se aguanta dos segundos en cargarla. Cuando volteo, él ya la está sosteniendo entre sus brazos, alzándola y dándole besos en sus mejillas.

—¿Quién es la hermosa bebé que está cumpliendo un año hoy? —pregunta para Leah, ella se ríe y le lanza besos a su papá. Él mismo le ha enseñado hacer ese gesto.

Sonrío al ver ese momento padre e hija.

Roger voltea su mirada hacia mí, me pilla mirándolos; me guiña un ojo y me lanza un beso, así como hace Leah. Me río negando con la cabeza. Dejo de observarlos para poder terminarme de arreglar.

—¿Ya estás listo, cariño? —Le pregunto, mientras me coloco los aretes.

—Sí, Rubia —contesta, jugando con Leah en la cama.

Veo lo que está usando y suspiro por lo guapo que se ve.

—¿Te estás enamorando de lo que ves? —inquiere, enarcando una ceja de manera divertida.

—Todos los días... —respondo sonriéndole seductoramente.

Él comienza a reír.

—Realmente quieres hacer ese bebé esta noche.

Me ruborizo.

—Si no es esta noche, por lo menos, podemos practicar —digo guiñándole un ojo.

Mi marido se levanta de golpe de la cama, me alcanza con su brazo y me atrae hacia él, me rio por su acción.

—Me tienes enamorado, Rubia —susurra muy cerca de mis labios; los lamo y mordisqueo mi labio inferior—. Joder, estás haciendo lo mismo que hiciste la primera vez que te besé.

—¿Cómo? —pregunto inocentemente.

Él niega con su cabeza y me besa.

Me besa como si fuese la primera vez que nos estuviésemos conociendo, como ese primer beso en aquel evento corporativo, un poco salvaje y pasional. Ha pasado tanto tiempo desde que todo comenzó que lo veo muy lejano. ¡Hemos pasado por tantas cosas! Pero lo bueno de todo, es que lo supimos superar. Pudimos con todo, pudimos con las personas malas, superamos las mentiras, hicimos crecer nuestra confianza y comunicación, ahora no hay mentiras entre nosotros. No hay duda alguna de que nos amamos, nos respetamos y que somos una buena pareja, unos buenos padres para Leah y también para Leslie.

Somos una familia.

—¿La pequeña Leslie ya está lista también? —Me pregunta, cuando nos dejamos de besar.

—Sí, eso creo —respondo, aun afectada por su beso.

Él me besa la mejilla, varias veces, luego ataca mis labios.

—Esta noche —me besa de nuevo—, será increíble.

—Bueno, si es que no quedamos rendidos por toda la fiesta.

—No lo permitiré —dice, mordisqueando de nuevo mi lóbulo. Mis piernas flaquean—. Te amo, Rubia.

—Y yo a ti, Gruñón.

Le doy un beso final y él se acerca a Leah para tomarla en brazos y bajar al jardín para la celebración de su cumpleaños. Sonrío feliz por tenerlos, por amar todo lo que estamos sintiendo y viviendo juntos.



La fiesta de cumpleaños de Leah Grace ha comenzado y los invitados no paran de llegar. Hay algunos ejecutivos de la empresa con sus familias, la familia Butler está aquí. La señora Gloria junto con Lucas se ven impecables, están vestidos casi del mismo color; ellos han sido un gran apoyo en estos meses.

Luego de que pasara todo lo del juicio en contra de Donovan y los Hamilton, el señor Lucas Butler solicitó una reunión con toda la junta directiva de Sunshine; era una reunión para informar todo el revuelo que hubo en la empresa ese mes de recuperación de Roger y de juicios.

La prensa estuvo al acecho esos días, se descubrió mi presencia en la vida de Roger, además del secuestro y la malversación de fondos de la empresa. Aunque no le prestamos mucha atención a ese tema, había días que no podía ir a la oficina sin escuchar el cuchicheo entre el personal y ver los reporteros en la entrada de Sunshine.

Así que, Lucas Butler realizó esa reunión. Yo estuve presente. Ese día, me convertí en la Gerente de Finanzas de la inmobiliaria Sunshine, mi sueño se había cumplido.

Estoy nerviosa por lo que viene, sé que mi presencia aquí es para algo más que solo informar sobre mi relación con Roger.

Todos nos ponemos de pie cuando entra Lucas Butler al lugar, me tenso cuando su mirada va directa hasta mí, él da un asentimiento, el cual correspondo con uno igual. Es un saludo de suegro y nuera.

Mis manos sudan al ver que los ejecutivos, la mayoría hombres, me miran a un lado del asiento del señor Butler. Todos nos sentamos, al igual que lo hace el padre de Roger.

Respiro hondo, esperando que la noticia a continuación, sea para bien.

Roger me dio confianza antes de venir para acá, él solo me dijo que todo estaría bien. Que confiara en él y en su padre.

—Buenos días a todos —saluda Lucas Butler con ese tono serio, el modo empresario que su hijo utiliza cuando habla en conferencias. Él está aquí, por la ausencia del presidente encargado, él tomó el cargo por algunos días desde el día de incidente —. Sé que se estarán preguntando el porqué de esta reunión.

Todos los presentes se miran, unos a otros, yo solo miro al señor Butler hablar.

Veo que suelta un suspiro.

—Como saben, la empresa se ha visto afectada por un acto de corrupción de parte del señor Dewon Donovan, nuestro Gerente de Finanzas.

En la sala, se observan rostros de asombro, me hace querer voltear los ojos internamente y resoplar. Como si no lo supieran.

—El señor Donovan ha sido enjuiciado por malversación de fondos, había estado utilizando el dinero de la Empresa para fines personales —hace una pausa, traga saliva y continúa—: También, el contador fue parte de las personas que secuestraron a mi hijo.

— ¿Cómo está su hijo, presidente? —inquiere un señor de algunos sesenta años que está sentado sobre la mesa.

—Está en recuperación… —contesta sin dar detalles—. La reunión también es para presentarles a mi nuera, la novia de mi hijo Roger Butler. Quizás, su futura esposa en un tiempo cercano.

Trago saliva, mi respiración se ha detenido. ¿Por qué me tiene que presentar? ¿Por qué ha dicho eso? Me sonrojo.

Lucas se levanta y me señala, le miro asentir dándome la señal de que me levante también, respiro hondo y hago lo que me pide. Sonrío a los presentes.

—Mucho gusto, soy Lola Walts —me presento—. Soy asistente de contabilidad de la empresa.

—Hasta el día de hoy —informa Lucas. Le miro confundida. Él me sonríe de vuelta, una sonrisa cálida—. A partir de hoy, la señorita Lola Walts será la gerente de finanzas de Sunshine.

Me he quedado estática, ¿espera, que yo qué? Abro mis labios en asombro. Los ejecutivos se miran entre ellos, pero luego comienzan

a aplaudir.

—Bienvenida —dicen algunos. Otros solo se quedan callados mirándome.

—El hecho de que Lola sea la madre de mi nieta, no tiene nada que ver con su ascenso —aclara el señor Butler, frunciendo su ceño hacia los presentes—. Ella ha sido calificada para el puesto. Hemos estudiado su currículo, la hemos evaluado y ella cumple con los requisitos para este cargo. No quiero habladurías en la empresa, ni que comiencen los rumores a esparcirse. Lola Walts es una trabajadora que ha sido ascendida por su mérito.

No todo mundo se dará cuenta de eso, pero no me importa. La emoción hace mella dentro de mí. Mi sueño se está cumpliendo. Ser la gerente de finanzas de Sunshine es el logro que he querido alcanzar desde que comencé a trabajar aquí, al principio fue para poder criar bien a mi hermana, pero ahora también es por Leah, por mi hija que merece a una madre con ese cargo.

¡Oh por Dios! ¡Lo he logrado!

Mis ojos se nublan con algunas lágrimas, sonrío ante todos y le doy las gracias al señor Butler. Mis padres estarían orgullosos de verme en este momento.

—Muchas gracias por considerar mi trabajo en la empresa, no los defraudaré.

Él me da un asentimiento y un abrazo de cortesía, lo recibo gratamente. Le agradezco a los ejecutivos que me felicitan con sonrisas sinceras y otras falsas, pero así es el mundo y las personas en él, no siempre le caerás bien a todos. Pero mi trabajo hablará bien de mí, eso se los aseguro.

Sonrío al recordar el día de mi ascenso, fue hace algunos meses atrás. El tiempo pasa volando.

—Lola —me llama Gloria viniendo hasta mí. Ella se acerca y me saluda, dándome un beso en la mejilla—. ¡Estás bellísima!

—Ay, señora Butler —le digo sonrojándome. Ella enarca una ceja —. Lo lamento, hay veces que se me sale el «señora» y no la llamo Gloria.

Ella se ríe.

—Te entiendo —negando con su cabeza—. Ahora, tú eres la señora Butler.

Asiento sonriendo.

—Quedó espectacular el jardín —dice mirando hacia el lugar—. Buen trabajo, Lola.

—Gracias, Gloria —esbozo una sonrisa—. Leah está muy feliz, no quiere bajarse del castillo inflable.

—Mi nieta es hermosa y traviesa.

—Como su padre —insinúo. Ella se comienza a reír a carcajadas.

—Lo puedo imaginar, de pequeño era muy travieso.

Yo no lo decía por eso…

Me rio con ella, por mi pensamiento y porque hoy mis hormonas están a mil por horas. Ese hombre me tiene caliente desde que comenzó el día.



Cuando voy camino a la cocina, en la entrada de la casa, me detiene Laura; ella está hermosísima esta tarde. Su cabello rubio está alisado, está maquillada y sus ojos verdes resaltan mucho. Veo su vestido y éste le queda al cuerpo, ella se ve radiante.

Laura ha tenido un año fuerte, pero ha sobrellevado todo con calma y ha aprendido mucho. Ya no es esa Laura que sufre por amores, que no se siente insuficiente para los demás; ella ahora es más espontánea, ha aumentado su autoestima, se quiere, se valora y se ama como es. Estoy muy orgullosa de ver su crecimiento personal.

Le sonrío, la saludo. Ha llegado tarde a la fiesta.

—¡Lola! —Me llama, sonriendo mucho. Sus mejillas están sonrojadas. La miro divertida.

—¡Laura! Has llegado tarde, te has perdido del acto de payasos, Leah estaba fascinada con ellos —le cuento.

Ella asiente.

—Lo lamento, estaba en otras cosas y se me hizo tarde...

—Entiendo, no hay problema. Ve a sentarte, ya vuelvo. Iré por más bocadillos.

—Quiero presentarte a mi novio —dice ella con una sonrisa de felicidad.

Me sorprendo, abro mis ojos con sorpresa. ¡Oh Cielos!

—¿Ese es el chico misterioso del que me has hablado?

Ella da varios asentimientos, emocionada.

—Sí —contesta.

—¡Genial! —Le digo emocionada también—. Déjame ir a la cocina, y al regresar paso por tu mesa.

—Si quieres te ayudo.

—Vale.

Luego de nuestra conversación, fuimos en busca de más bocadillos a la cocina. Me sorprendí al conocer al novio de Laura, no podía creer que fuera él.

Las horas pasaron volando, se hizo de noche muy rápido. Leah cantó el cumpleaños feliz, rodeada de personas que la quieren, y de personas que apoyan mi matrimonio con Roger. Fue un momento de felicidad, de gozo y agradecimiento.

Un año de haber nacido mi hija, casi dos años de haber conocido al hombre de mi vida, un año de travesías, de amor, de personas engañosas que querían hacernos daño, pero vencimos todo eso. Pudimos hacerlo.



Roger me tiene entre sus brazos, me acaricia el brazo de arriba abajo mientras me cuenta cuán feliz es con nosotras.

Leslie está durmiendo en su habitación, ha quedado rendida por el trajín del día. Fui a darle las buenas noches, pero ya estaba en la cama, arropada, con su pijama y durmiendo profundamente. Le susurré buenas noches, le di un beso en su cabeza y cerré la puerta de su habitación.

Ésta estaba alejada de nuestra habitación, junto a la de ella estaba la de Leah, ella también cayó rendida en mis brazos, la acosté hace un rato en su pequeña cama-cuna; disfrutó su

cumpleaños hasta después del pastel. Fue una niña feliz. Roger se acercó a la habitación, nos despedimos de Leah, dándole besitos de buenas noches y diciéndole cuánto la amamos. Encendí el vigila bebés, ese aparato que tiene un micrófono para vigilar a los bebés en su habitación, así sabré cuando Leah se despierte. Es muy práctico.

Volvimos a la habitación y la acción comenzó entre él y yo.

Ahora, estamos abrazados, pensando en el día, en cómo Leah se divirtió tanto.

—Ella sonreía mucho, estaba tan feliz —le cuento, sonriente al recordar a mi hija riéndose mientras saltaba en el castillo inflable.

—No sabes lo feliz que me hace tenerlas en mi vida —me dice, bajando su mirada a mi rostro—. Estoy orgulloso de la familia que hemos formado.

Le sonrío.

—Yo también soy feliz —le digo mientras me acomodo para estar enfrente de él—. Estoy feliz de estar a tu lado.

—Usted es lo mejor que me ha pasado, señora Butler —murmura besándome.

—Uhmm —emito un sonido que a él le encanta—. Cómo amo que me digas así.

Él se ríe entre mis labios.

—Señora Butler —repite contra mi boca.

—Señor Butler... *no digas nada y disfruta* —susurro a centímetros de su boca—: *No digas nada y ámame* —lo beso—. Hazme el amor y hagamos ese bebé.

Vuelve a reírse.

—Con mucho gusto —es lo que dice, antes de posicionarse encima de mi cuerpo y empezar a besarme apasionadamente, queriendo probar todo de mí.

Esto es todo lo que quiero en la vida; estar en sus brazos, siendo amada por él.

Fin.



ESCENA EXTRA
Roger

Estoy nervioso.

Sé que lo que haré es una locura. Le contaré lo que he hecho a Marie.

Le he avisado por mensaje de texto que iré a verla, ella sigue en el hospital mientras la estabilizan, su enfermedad está muy avanzada, los dolores y los síntomas se han intensificado desde hace un mes para acá.

Sé que fui un idiota en no terminar con ella antes de comenzar todo con Lola, pero todo fue tan de improvisto.

No evité enamorarme de Lola Walts.

¿Cómo le digo que la engañé con alguien más? Ella está tan débil en esa cama, que soy un jodido ser humano por haberle hecho eso. No quiero lastimarla. Mi cabeza piensa y piensa en cómo decirle con exactitud lo ocurrido.

Háblale con el corazón, Roger. Mi mente intenta ayudarme, pero igual me siento confundido.

Acelero en la interestatal, yendo al hospital Virginia Mason de Seattle. Mis manos tiemblan y tomo una gran bocanada de aire cuando veo que he llegado a la calle Seneca. Entro al estacionamiento del hospital, estaciono el auto. Me quedo dentro del mismo, pensando en cómo haré esto.

Joder, ¿qué hago?

Coloco mi cabeza sobre el volante con mi corazón latiendo a mil por horas. Pienso en esa rubia que me ha vuelto loco, loco de amor y todo esto es por ella. Respiro hondo, decidido en contarle lo que sucedió a Marie.

Me bajo del auto, le doy a la alarma del auto para que quede cerrado. Me peino el cabello con los dedos con nerviosismo. Entro al hospital y subo hasta la habitación 219, donde se encuentra mi amiga y hasta los momentos, mi prometida.

Sé que cometí un error en proponerle que nos casáramos, pero en el momento, solo quería que ella fuera feliz. Pero no pude prever que llegaría una rubia con piernas largas, corazón de oro que robaría mi corazón.

En la entrada de la habitación, respiro hondo de nuevo, tratando de enfrentar esto lo más rápido posible. No sé cuál será la reacción de Marie ante todo esto.

Su madre, Susanne, me ha llamado más temprano para decirme que su hija ha amanecido mejor, los dolores de cabeza han cesado un poco y las náuseas han desaparecido, solo que a veces se le dificulta hablar.

Ella no merece todo este sufrimiento.

Tampoco el que le voy a provocar.

Toco dos veces y entro, en la habitación se encuentra solo Marie. No visualizo a Susanne por ningún lado. Miro hasta la cama donde se encuentra mi mejor amiga, ella me mira sonriente.

—Hola, Roro —me saluda con el típico apodo con el que me ha llamado desde que éramos unos adolescentes.

Me acerco hasta ella, busco la silla que hay en la habitación y me siento cerca de la cama.

—Hola, Amor —le respondo. Sonrío al recordar que es Roma al revés en español. Su ciudad de nacimiento—. ¿Cómo te has sentido?

—Estoy un po...co mejor —responde con su lengua trabada—. ¿Eso qué has venido temprano?

Trago saliva.

—Quiero hablar contigo —alzo un poco mi comisura labial izquierda, en forma de una mueca—. Sobre algo que quiero contarte.

Ella frunce ligeramente su ceño.

—¿Sobre? —Veo como ella comienza a jugar con sus manos.

Llevo mis dedos hasta mis labios, pensando en cómo comenzar.

—Marie... sabes que te quiero con el alma, y estoy agradecido de tenerte en mi vida —comienzo a decir, tomo una de sus manos y la acaricio—. Lamento no haberme podido enamorar de ti —digo sin más.

Sus ojos se empiezan a cristalizar, eso me parte el corazón. Le estoy haciendo daño.

—Roger...

Meneo mi cabeza.

—Te he engañado —confieso sin titubear, trago saliva de nuevo, suelto un suspiro—. Me he enamorado de alguien más.

Le digo lo que me ha carcomido todo este mes, el hecho de ocultarle a Lola me ha estado jodiendo la cabeza. Me duele todo esto. Yo de verdad, lo intenté. Intenté enamorarme de ella, verla con otros ojos más que una amiga, una hermana.

Pero no pude.

No pude obligar a mi corazón a hacerlo, él hizo su camino, y llegó directo al corazón de Lola para volverlo uno solo.

Trago el nudo en mi garganta, me duele herirla. Me dolió herir a Lola. Soy un imbécil.

—Ya lo sé —contesta ella, sorprendiéndome con sus palabras—. Sé que hay alguien más en tu vi...da.

Abro mis ojos, siento como mis mejillas se tiñen involuntariamente.

—¿Qué? —Susurro.

Ella asiente, limpiando una lágrima que ha rodado por su mejilla. Suspira.

—Te veías muy feliz, Roger —dice sonriendo de manera nostálgica—. Tú nun...ca sonreías de esa for...ma, tan ale...gre. Verte así, me recor...dó ese chico aventu...rero y simpático que conocí en la secun...da...ria.

Su lengua se traba al hablar, es una de las cosas que me duele ver y escuchar desde que su enfermedad avanzó, sin poder tenerle una cura que la sane completamente.

—Lo siento mucho, Marie —me disculpo, mis ojos se humedecen —. No quería hacerte daño, no pensé... que las cosas se darían así tan rápido.

—Cuando uno se enamora, no mide tiempos, Roger —dice con facilidad—. El amor... solo lle-ga, sin darnos cuenta.

Ella toma mi rostro con su mano y acaricia mi mejilla.

—Eso sucedió cuan-do comencé a ver-te con ojos de amor, no me di cuen-ta, pero ya te amaba para ese entonces.

Tenso mi mandíbula.

—Perdón —musito, bajando mi cabeza—. Perdón por no poder enamorarme de ti.

Con suavidad, Marie me levanta el rostro y veo como niega con su cabeza.

—No, Roger. No pidas per-dón.

—Realmente lo intenté, Marie —murmuro, mirándole a los ojos—. Todo este tiempo siendo novios y luego estar comprometidos, traté de mirarte con ojos de amor, pero no pude... solo te vi como mi mejor amiga, como mi hermana.

—Eso duele escu-char-lo, pero acepto tus pala-bras —dice, mirándome directamente a los ojos—. Yo te obligué a ha-cerlo —mira a otro lugar—, estar postrada en esta ca-ma, sin saber cuánto tiempo me queda para vi-vir —hace una corta pausa—, es doloroso. Tenía la bonita sensación que qui-zás lo iba a lograr —voltea a mirarme de nuevo—. Pero no lo hice, no te enamoraste de mí.

—¿Me perdonas por engañarte? —pregunto con timidez.

Esto no puede ser cierto, ella realmente... ¿Me está perdonando?

—Joder, Roger —exclama, haciéndome reír por su mala palabra —. Como tu prometida estoy cabreada, pero como tu mejor amiga, me siento feliz.

Arrugo mi frente.

—¿Feliz? ¿Por qué?

Ella bufa, poniendo sus ojos en blanco.

—¡Por fin te has enamorado! —explica sin trabarse.

Mis mejillas se ruborizan.

—Te ves lin-do con tus me-ji-llas rubori-zadas —hace pequeñas pausas para no trabarse, pero aun así, lo hace.

—Eres increíble, Amor —confieso, negando con mi cabeza—. No puedo creer que de verdad hayas aceptado el hecho de que hay otra persona en mi vida.

—¿Quién es? —inquiere, mirándome expectante. Luego, me sorprende con su segunda pregunta—. ¿Es la asistente de contabilidad?

Mi rostro me delata. Estoy sorprendido.

¿Cómo sabe eso?

—Tu rostro te delata —comenta, riéndose—. Lo sabía, el sexto sentido de una mujer no falla.

Me echo a reír.

—¿Soy tan obvio? —Ella asiente.

—¡Demonios! —digo riéndome—. Sí, se llama Lola Walts. —Ella abre sus ojos, recordando a la chica que conoció hace días atrás. Asiento—. Es la chica que conociste aquí en el hospital.

—¡Es muy bella! Y es muy agradable...

Es tan extraño estar hablando de Lola con Marie.

—Lo es... —susurro—. La conocí en la empresa, ella es la asistente de contabilidad. Muy buena trabajadora.

—Puedo imaginarlo, desde que fue a California a dar el discurso.

Ella se acuerda.

—Sí, Roro. Tú me contaste —me recuerda, rueda sus ojos—. Qué olvidadizo eres.

Me rasco la cabeza.

—¿Pero la llevaste porque estaba saliendo contigo o porque de verdad lo merecía? —inquiere, frunciendo su rostro. Allí está, la Marie justa.

Niego rápidamente.

—Lo merecía —respondo—. Fue un consenso entre todos, Raymond estuvo en esa decisión.

—¿Ellos se conocen? —pregunta con asombro.

Sé que en el fondo Marie y Raymond tuvieron algo, hace muchos años atrás, pero nunca me contaron sobre ello. No me molestó en el momento, todos éramos amigos, al fin y al cabo.

Asiento. —Sí —alzo mis cejas—, al parecer, son muy buenos amigos.

—¿Estás celoso de tu hermano? —inquiere enarcando su ceja derecha.

Miro hacia otro lugar. Porque es cierto, estoy celoso y no me gusta la cercanía que tienen ellos dos.

—Pero ya va, Lola... ¿no está jugan-do con los dos?

—Ella y él me han recalcado muchas veces que son solo amigos.

—¿Enton-ces por qué te molestas que lo sean? ¡Tú y yo somos mejores amigos desde hace años, Roger!

Trago saliva, cierro mis ojos y meneo mi cabeza en afirmación.

—Lo sé, soy un idiota.

—¡Lo eres!

Suelto un suspiro.

—Pero ella... se enteró que estaba comprometido y ahora me odia —le cuento.

Ella hace una mueca con su boca.

—Cualquiera lo estaría, yo lo estoy... Pero ahora estoy hablando como tu me-jor amiga, y entien-do su posi-ción. La has engañado a ella también.

—Joder, lo sé... —Me levanto de la silla—. Y muchas veces, le negué estar en una relación —cubro mi rostro con ambas manos. Volteo a verla de nuevo—. Le mentí.

Marie niega con su cabeza, me mira de manera reprobatoria.

—La has cagado, y feo, Roger —exclama, sin pudor.

—Soy un imbécil. Te lastimé a ti y la lastimé a ella —gruño, alzando mis brazos.

—Vale, cálmate.

Suelto un suspiro, me vuelvo a cercar a ella. Me siento en la silla y la miro.

—No supiste hacer las cosas, Roro —dice, tocando mi mano—. Sé que no querías hacerme daño —se queda pensando unos segundos—. ¡Demo-nios! ¡Te quisiste casar con-migo para hacerme feliz! ¿Crees que no lo sé? —Me pregunta, me quedo en silencio—. Sé que quieres lo mejor para mí. Sé que por eso me propusiste que me casara contigo. ¡Sé que... pronto me voy a morir, Roger!

—No digas eso.

—Es la verdad —responde, encogiendo sus hombros en resignación.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Viendo que la confianza sostenida en años ha estado presente en esta conversación. Me agrada eso.

—Entonces, ya no tengo un prometido —bromea, luego sonríe—. Ella se queda con el mejor hom-bre que he cono-cido en mi vi-da. La

envidio —finaliza diciendo mientras se ríe.

Niego con mi cabeza.

—Tú eres la persona más genial, comprensiva, leal... Una amiga en toda la expresión de la palabra. Estoy realmente agradecido de tenerte.

Me levanto nuevamente de la silla, me acerco a ella y le doy un abrazo que dura minutos. Ella comienza a llorar.

—Yo solo quiero ver-te feliz, Roro —dice con voz temblorosa—. Mere-ces serlo.

—Tú me has hecho feliz todos estos años, Amor. Has sido una excelente compañía. Una gran amiga.

Ella solloza en mi hombro. Sé que está triste por esta situación, por saber que quizás... le quede poco tiempo de vida. Estar aquí pensando que no hay un futuro en ella. Eso quiebra mi corazón. Me duele saber que no la tendré por siempre conmigo.

Marie me ha perdonado, me ha entendido y ha comprendido que no soy dueño de mi corazón, él se juntó con el de Lola sin yo decirle que lo hiciera. Fue el destino tenerla en mi vida. Así como fue tener a la mejor amiga del mundo conmigo. Porque amo a Marie, muchísimo y dolerá demasiado no tenerla conmigo nunca más cuando lo peor ocurra.

La amaré siempre y honraré su memoria hasta que me muera. Porque ella siempre tendrá un lugar en mi corazón.

Mi mejor amiga por siempre.

TERCER LIBRO

NO DIGAS NADA Y ACÉPTAME

Sinopsis

Laura Montreal es una treintañera, asistente de contabilidad de la empresa Sunshine. Tiene a dos padres amorosos que buscan la estabilidad y la felicidad de ella.

Pero Laura no es realmente feliz y estable.

Ella intenta encontrar: la aceptación de los demás, a un novio guapísimo que pueda amarla y una cura para la enfermedad de su padre.

Está cansada de fracasar en el amor, de tener un trabajo que no la hace feliz del todo, y de tratar de solucionar todos los problemas que acecha a su familia.

¿Qué pasa cuando no te aceptas a ti misma? ¿Cuándo todo se pone de cabezas y no sabes cómo salir de ese hueco que te atormenta?

Laura tiene un gran camino por recorrer, en donde se adentra a su aceptación personal, en entender que el amor puede llegar en cualquier momento, que las tormentas pasan y luego viene la calma; que el amor propio es más importante que todo lo demás.

Libro #3 de la Saga No digas nada

AGRADECIMIENTOS

Infinitas gracias a ti querido lector por haberme acompañado en otro libro de esta hermosa saga. También a las más de seis mil personas que compraron esta obra en la plataforma de Booknet; siempre estaré agradecida con ustedes por haberle dado la oportunidad a una segunda parte de la historia de Lola y Roger, y dejarme llegar a sus corazones con mi escritura.

Gracias a mi familia y amigos por el apoyo incondicional, por haberme dado el empujón para escribir un segundo libro y, luego de él, una saga estupenda que está llena de mucho amor, resiliencia, pasión, amor propio, superación personal, humor y más.

Esto apenas es el comienzo de una gran aventura. Espero que me acompañen en los siguientes libros de la saga No digas nada, porque Laura, Leslie y Raymond también contarán su historia.

Sigamos hasta que sea mucho más asombroso, los amo miles de mundos e infinitamente.

Karola

AUTORA

KAROLAYN PINEDA

Karolayn Pineda es una joven venezolana de veintiseis años, estudiante de medicina por vocación. Hace unos años comenzó a escribir poemas, buscaba contar historias a través de ellos. Es así como descubre una pasión que hasta el momento había estado dormida: la escritura.

Escribió su primer libro en 2018, llamado No digas nada y disfruta; abriendo paso a un mundo en el que ella no pensó jamás estar, pero que fue descubriendo hasta amarlo por completo.

Comenzó con No digas nada y disfruta, llegando a más de ochenta mil lectores del mundo en diferentes plataformas digitales, luego continuó con No digas nada y ámame, vendiendo más de seis mil ejemplares electrónicos en la plataforma de Booknet.com, seguidamente escribió No digas nada y acéptame, el tercer libro de su saga No digas nada. Ha escrito un spin-off de la saga, llamado No digas nada y enloquéceme. También escribió Saliendo de la oscuridad, ambientada en su propio país.

Actualmente, ya cuenta con ocho libros escritos, entre ellos están No digas nada y conóceme; así como No digas nada y perdóname, el último libro de su saga.

Los lectores la describen como una escritora fresca, brillante, excelente y amable. Además de su pasión, Karolayn ama el chocolate, los bueno modales, los idiomas y un buen café al despertar.